LAS CHICAS *de la* CALLE MAGNOLIA



Vivían en la misma calle.
Lo compartían todo.
Menos un secreto.

Isabel Dorado

Las chicas de la calle Magnolia

Isabel Dorado

2026

© Isabel Dorado, 2026. Todos los derechos reservados.

Las chicas de la calle Magnolia

1. Las chicas de la calle Magnolia
2. PARTE I
3. Prólogo
4. Capítulo 1
5. Capítulo 2
6. Capítulo 3
7. Capítulo 4
8. Capítulo 5
9. Capítulo 6
10. Capítulo 7
11. Capítulo 8
12. Capítulo 9
13. Capítulo 10
14. PARTE II
15. Capítulo 11
16. Capítulo 12
17. Capítulo 13
18. Capítulo 14
19. Capítulo 15
20. Capítulo 16
21. Capítulo 17
22. Capítulo 18
23. Capítulo 19
24. Capítulo 20
25. PARTE III
26. Capítulo 21
27. Capítulo 22
28. Capítulo 23
29. Capítulo 24
30. Capítulo 25

31. Capítulo 26
32. Capítulo 27
33. Capítulo 28
34. Capítulo 29
35. Capítulo 30
36. PARTE IV
37. Capítulo 31
38. Capítulo 32
39. Capítulo 33
40. Capítulo 34
41. Capítulo 35
42. Capítulo 36
43. Capítulo 37
44. Capítulo 38
45. Capítulo 39
46. Capítulo 40
47. Epílogo

Las chicas de la calle Magnolia

LAS CHICAS DE LA CALLE MAGNOLIA

Isabel Dorado

© Isabel Dorado, 2026. Todos los derechos reservados.
Esta es una obra de ficción. Los personajes y lugares son imaginarios; La Almadraba no existe más que en estas páginas.

PARTE I

LA HERENCIA

Prólogo

La Almadraba, junio de 2008

La mañana del 24 de junio, La Almadraba olía a hoguera apagada. Es el olor de todos los años: madera quemada, sal, sardinas frías, el verano recién estrenado durmiendo la resaca de San Juan detrás de las persianas. El pueblo se despierta tarde ese día, con indulgencia de madre. Aquel año no le dieron tiempo.

A las siete y media, Chano el de las nasas vio lo que no quería ver donde nunca hay nada que ver: un casco claro, panza arriba, clavado en los bajos de la Perla como una espina en una encía. No le hizo falta acercarse. En un pueblo de cuatro barcas, los cascos son caras. Viró con el motor a todo lo que daba y entró en el puerto gritando un nombre que no era el de un hombre, porque a esas horas todavía cabía esa esperanza: gritó «¡la *Estrella Polar*!», y el nombre del hombre lo fue poniendo la orilla.

La noticia corrió como corren las malas noticias en los pueblos chicos: de patio a patio, sin teléfono, perdiendo por el camino todo lo que no fuera verdad. A las ocho, la playa del Chorrillo estaba llena de gente en zapatillas de estar por casa. La del estanco no abrió, y eso no había pasado ni el día de la boda de su hija. Entre los restos de las hogueras, todavía calientes, alguien pisó una lata de mistela y nadie hizo la broma. La Guardia Civil acordonó el varadero con la torpeza con que se acordonan los sitios donde nunca pasa nada, y las tres barcas que quedaban salieron hacia los bajos sin que ningún patrón esperara a otro.

En la primera iba Gonzalo Herrera, veintidós años, la vista fija en un punto del agua y las manos tan quietas en la caña que daban más miedo que los gritos. En la arena quedó su padre. A Salvador lo sujetaban dos hombres, uno por cada brazo, no porque fuera a

caerse, sino porque era a ellos a quienes les hacía falta agarrarse a algo. Cuando le dijeron que la barca había aparecido, preguntó por lo único que no era la barca. Después ya no preguntó más. A Pepa la sentaron en una silla de anea que sacó la vecina del bajo, de cara a su casa y de espaldas al mar, y ella se dejó poner así, obediente, como si supiera que aquella iba a ser su postura para los próximos años.

El levante que había entrado de madrugada amaneció ya cansado, soplando a rachas sueltas, de compromiso. El mar tenía esa cara lavada que se le queda después de las faenas gordas y que los de fuera confunden con inocencia.

Y luego estaban las niñas.

Cualquiera del pueblo las habría sabido nombrar sin mirar dos veces, porque llevaban toda la vida siendo un solo bulto: las chicas de la calle Magnolia, cuatro cabezas bajo el mismo magnolio, cinco contando al hijo pequeño de los Herrera, que contaba siempre. Aquella mañana, por primera vez en diecisiete años, estaban en cuatro puntos distintos de la playa, y entre ellas había más mar que entre la orilla y los bajos.

Rocío, en la punta del espigón viejo, de pie, con los brazos cruzados, tan derecha que desde lejos parecía mayor. No lloraba. Miraba las barcas con una atención feroz, como si vigilarlas fuera un trabajo y se lo hubieran encargado a ella.

Marina, en la puerta del bar de sus padres, con el mandil a medio atar, sacando sillas a la terraza. Nadie iba a sentarse y ella lo sabía, y aun así las sacó todas, y las alineó, y les pasó un trapo una por una. Luego hizo café para un regimiento. Lo fue sirviendo sin cobrar y sin hablar, y el pueblo se lo fue bebiendo igual, porque en La Almadraba el café de las desgracias es sagrado y se toma aunque queme.

África, junto a las casetas, con las manos metidas en los bolsillos de una sudadera de chico y los ojos en el agua. De todas era la que estaba más cerca de la gente y la que menos parecía estar. Un corrillo de señoras la quiso arropar y ella dio las gracias tan bajito y tan correcto que las señoras se apartaron sin darse cuenta de que las habían despedido.

Y Candela. Candela estaba donde la playa se acaba y empieza a llamarse playa chica, la más lejos de todas, sentada en las rocas con una rebeca abrochada hasta arriba en pleno junio. No miraba las barcas. Miraba las olas de la orilla, una por una, moviendo apenas los labios, como quien reza. O contaba las olas de una en una, que para el caso venía a ser lo mismo.

Ninguna se acercó a las otras. Ninguna dijo nada. El que se fijara —y en los pueblos siempre hay quien se fija— habría pensado que el dolor reparte a la gente por la arena como le da la gana, y no le habría faltado razón, y tampoco le habría sobrado.

De todo el pueblo, solo Remedios Alcántara, en el mirador de la Cruz, pasó aquella mañana sin mirar el mar. Miró a las niñas. Una por una, despacio, como cuando pasaba lista en la escuela y le faltaba un nombre. Después se metió las manos en los bolsillos del delantal y bajó a poner agua a hervir, porque era lo que sabía hacer con las manos cuando no se podía hacer nada.

La barca entró a remolque esa misma tarde, con la quilla al sol, y el pueblo la recibió en un silencio que no se ha vuelto a oír. El mar se guardó lo demás un día entero, por ir preparando a la gente.

Las niñas se fueron de la playa por cuatro caminos distintos.

Tardarían dieciocho años en volver a pisarla juntas.

Capítulo 1

Madrid, mayo de 2026

Faltaban treinta segundos para el directo y Rocío Vargas se estaba retocando para nadie.

No hacía falta. La maquilladora la había dejado impecable hacía diez minutos, con esa piel de plató que no es una cara sino una superficie, algo pensado para que la luz resbale y no se enganche en ninguna arruga. Aun así, Rocío se pasó el meñique por la comisura del labio, se colocó un mechón que ya estaba colocado y bajó la vista un segundo hacia la cicatriz de la ceja izquierda, esa que llevaba desde los ocho años, desde una bici y una cuesta y un verano que ya no visitaba. El corrector la tapaba entera. En pantalla no existía. Fuera de pantalla tampoco, últimamente.

—Diez segundos, Rocío. —La voz de Quique le entró por el pinganillo, tranquila, de realizador que lleva veinte años contando hacia atrás sin equivocarse—. Abrimos con el incendio de Vallecas, luego pleno del Ayuntamiento y a la vuelta de publicidad el tiempo. Sonríe menos en la primera, que es un muerto.

—Recibido.

La luz roja de la cámara uno se encendió sin ceremonia, seca, y Rocío hizo lo que sabía hacer mejor que nada en el mundo: convertirse en la persona que la miraba desde dos millones de salones.

—Muy buenas noches. Un incendio en un edificio de Vallecas ha obligado esta tarde a desalojar a más de sesenta vecinos.

La escaleta corría por el teleprompter a la velocidad exacta, y ella la seguía sin adelantarse ni quedarse atrás, dándole a cada noticia el peso que le tocaba en el minutado, ni un gramo más. Once años dando las noches del informativo autonómico habían hecho de Rocío

un instrumento afinado. Sabía cuándo bajar medio tono. Sabía mirar a cámara con cariño de toda la vida a gente que no conocía de nada. Sabía dar paso a un compañero en la calle y recoger el guante sin que se notara la costura. Lo hacía en piloto automático, y el piloto automático era bueno, tan bueno que a veces, en mitad de una frase sobre el precio del alquiler, se descubría pensando en si quedaba leche en la nevera y no se le movía ni un músculo de la cara.

Esa noche todo salió redondo. El incendio, sobrio. El pleno, ágil. El del tiempo, un teleñeco simpático que anunciaba una ola de calor para el fin de semana y bromeaba con lo de sacar el ventilador del trastero. Rocío le rio la gracia en su justa medida, dio las buenas noches, mantuvo la sonrisa los tres segundos reglamentarios que dura la careta de cierre y, cuando el piloto de la cámara se apagó, la sonrisa se apagó con él, a la vez, como si las dos cosas estuvieran enchufadas al mismo interruptor.

—Muy bien, chicos. Buen finde. —Quique, otra vez, ya con voz de viernes.

Rocío se quitó el pinganillo, dejó los folios que no había mirado porque los folios eran atrezo, y bajó del plató a esa penumbra de detrás del decorado donde el mundo vuelve a tener enchufes a la vista y cables con cinta americana. En el móvil, sobre la mesa de maquillaje, dos avisos. Uno de Íñigo: «Ceno algo por aquí, tú tranquila. Hay salmón en la nevera». El otro, una llamada perdida de un número que no tenía guardado, con prefijo de Cádiz.

Se quedó mirando el prefijo más tiempo del que hacía falta. 956. Se lo sabía sin querer, entero y de golpe: la letra de una canción que no cantas en años y que te sale sola.

El teléfono volvió a sonar en su mano. El mismo número.

—¿Sí?

—¿Rocío? ¿Rocío Vargas? —Una voz de mujer mayor, educada, con la música del sur puesta muy baja, una radio encendida en la habitación de al lado—. Perdona que te llame a estas horas, hija. Te he visto ahora mismo dando las noticias y me he dicho: pues si está ahí, es que está bien. Soy Inma. Inma Gallardo, la notaria de La Almadraba.

La Almadraba.

Alguien, en algún sitio de Rocío, apagó el sonido de la sala. Los cables, las risas de dos compañeros junto a la máquina de café, el zumbido de los focos enfriándose: todo bajó de volumen a la vez, como cuando en el control mezclan el ambiente para dejar oír solo una voz.

—Sí —dijo, y notó que la palabra le salía con el oficio puesto, redonda, de presentadora—. Dígame.

—Mira, mi vida, no hay manera buena de decir esto, así que te lo digo sin rodeos. Remedios nos ha dejado. Remedios Alcántara. Ayer por la tarde, en el hospital de Cádiz. Se apagó sin ruido, que ella todo lo hacía sin ruido menos regañar. Ochenta y tres años tenía. —Una pausa breve, de las que se dejan para que el otro coja aire—. El entierro es mañana, a las doce, en La Almadraba. He pensado que tenías que saberlo tú también.

Rocío escuchó. Y mientras escuchaba, hizo lo que había hecho toda la vida delante de una cámara con una noticia mala en la mano: se mantuvo. Preguntó lo que se pregunta. A qué hora. Dónde. Si había sufrido —no, dijo Inma, se fue en una tarde, dormida—. Le dio las gracias por llamar con las palabras correctas y en el orden correcto, y hasta se oyó a sí misma decir «cuánto lo siento» con esa entonación de condolencia profesional que le había servido para presentar mil sucesos ajenos. La notaria, al otro lado, hablaba pausado, con la delicadeza de quien está acostumbrada a dar recados que pesan.

—Una cosa más, hija, pero esto ya lo hablaremos con calma, que no es de teléfono. Remedios dejó algo dicho. Para vosotras cuatro. —Inma bajó todavía más la voz—. No te adelanto nada. Ven mañana, despedidla, y ya habrá tiempo.

—Claro —dijo Rocío—. Gracias, Inma. De verdad.

—A ti, mi niña. Descansa.

Y colgó.

Mi niña.

Así la llamaba Remedios. Igual, con esas dos palabras que en su boca no eran un adorno sino un título, algo que te daba y que ya no te quitaba nadie. «A ver, mi niña, ¿eso es una nota de Selectividad o

una excusa?». «Mi niña, léeme esto en alto, que se te va la voz al final y a la gente hay que dejarla en el sitio.» Fue Remedios la que le dijo, a los quince años, con una redacción temblona en la mano, que ella tenía voz de las que se escuchan. La maestra jubilada del número 7 de la calle Magnolia. La que les hizo los deberes y las meriendas y de madre a las cuatro cuando las madres verdaderas no daban abasto o no estaban. La que guardaba bizcocho para los disgustos porque, decía, los miedos con bizcocho pesan menos.

Rocío se quedó de pie en la penumbra, con el móvil todavía en la mano, mirándolo sin verlo. En la pantalla apagada se veía su propia cara, la de plató, perfecta y quieta.

Y detrás del nombre de Remedios venía, como venía siempre, el otro. El chico. El verano. Lo cortó antes de que terminara de llegar, con la misma precisión con que se corta una entrevista que se va de tiempo. No. Ahí no. Ahí no se entraba.

Se sentó en la silla giratoria de maquillaje. Cogió el bote de leche desmaquillante, un algodón, y empezó a quitarse la cara. Lo hizo despacio, del modo mecánico de todas las noches, arrastrando la superficie de plató hacia el algodón, dejando aparecer debajo la piel de verdad, la de una mujer de treinta y cinco años que estaba cansada. Cuando llegó a la ceja izquierda, al pasar el algodón, apareció la cicatriz. Pequeña, blanca, tonta. Una bici, una cuesta, un empujón. Remedios le había puesto en la herida agua oxigenada y una tirita de las de dibujos, y le había dicho que las cicatrices son los sitios por donde el cuerpo se acuerda de las cosas.

Fue ahí. No en la llamada, no en el nombre. En la cicatriz.

Rocío se dobló sobre sus propias rodillas y lloró como no lloraba desde hacía muchos años, sin bonito ninguno, con la boca abierta y el algodón apretado en el puño, sola en un cuarto que olía a laca y a café malo. Se le rompió por dentro la locución entera. Y por debajo del maquillaje a medio quitar, por debajo de las once temporadas de dicción impecable, se le escapó el pueblo, se le escaparon las vocales abiertas y arrastradas de una niña de La Almadraba que decía «Remedio» sin ese final, «maestra», «ay, maestra», y que llevaba dieciocho años sin decirle nada a nadie con ese acento.

Dieciocho años. Los contó sin querer, porque contar era su oficio: minutar, medir, no equivocarse en las cifras que se dicen en directo. Dieciocho años desde aquel verano sin pisar el pueblo. Ni una boda, ni un entierro, ni una feria. Su madre subía a Madrid dos veces al año y ella no bajaba nunca, y entre las dos habían montado un pacto sin palabras para no nombrar el motivo, que era cómodo como son cómodas las casas construidas encima de una gotera.

Se sonó con una toallita. Respiró. Se miró en el espejo rodeado de bombillas —la mitad de la cara de plató, la mitad de una llorona — y se dijo, con la voz de dentro, la que daba las órdenes: ya está. Ya está.

Cuando llegó al piso, Íñigo estaba en el sofá con el iPad y una copa de vino a medias, en calcetines, con la tele de fondo puesta en un partido que ni siquiera miraba.

—Hola. —Ni levantó la vista del todo—. ¿Qué tal el directo? Te he puesto un rato y te he perdido con la reunión. ¿Comiste algo? Hay salmón.

—Íñigo. —Rocío dejó el bolso en la encimera de la cocina abierta, esa cocina de revista donde casi no se cocinaba—. Ha muerto una persona del pueblo. De cuando yo era pequeña. Me han llamado ahora.

Entonces sí levantó la vista. Cuarenta y cuatro años, guapo de gimnasio y de reloj bueno, la clase de hombre que en cámara habría dado estupendamente y del que Rocío, si tuviera que realizarlo, habría dicho que se le nota que ensaya la naturalidad.

—Vaya. Lo siento. —Dejó la copa—. ¿Erais muy cercanas?

Rocío abrió el grifo, llenó un vaso de agua y lo cerró. Se quedó con el vaso en la mano, sin beber.

—Fue mi maestra.

—Ah. —Íñigo asintió, con ese cariño tibio suyo, de temperatura ambiente, que nunca subía ni bajaba—. ¿Quieres que te ponga una copa? ¿Hablamos?

Y ahí estaba el problema entero de los últimos tres años, resumido en una frase de buena persona: le ofrecía una copa cuando lo que hacía falta era otra cosa que Rocío tampoco habría sabido pedir. Se preguntó, mirándolo, cuándo había sido la última

vez que él la había abrazado sin que hubiera de por medio un aniversario o una cámara de fotos. No le salió la fecha. Y en la profesión de Rocío, cuando no te sale una fecha, es que no hay noticia.

—El entierro es mañana a las doce —dijo—. En Cádiz. Voy a ir.

—¿Mañana? —Íñigo hizo el gesto de mirar un calendario que no estaba—. Cariño, es que mañana teníamos la comida en casa de Bernal, y hace tres semanas que…

—Ve tú a lo de Bernal. Yo bajo, la entierro y me vuelvo. Entro y salgo. —Lo dijo rápido, cortando, con el tono de quien cierra una escaleta—. Cojo el coche a las seis y a mediodía estoy allí. Domingo por la mañana estoy de vuelta.

—¿Seguro que estás para conducir seis horas? Te acompaño si quieres.

—No. —Salió demasiado seco, y Rocío lo suavizó por costumbre —. No hace falta. En serio. Es una cosa de allí. Voy sola.

Íñigo no insistió. Íñigo nunca insistía; era una de las cosas que al principio le pareció respeto y ahora le sabía a otra cosa. Volvió a coger la copa, dijo «como veas, lo que necesites», y le puso otra vez un ojo al partido. Rocío se llevó el vaso de agua al dormitorio sin bebérselo.

Preparó la maleta pequeña con la eficiencia de quien hace equipaje para viajes de trabajo cada semana: un vestido negro, unos zapatos planos, el neceser, el cargador. La cerró y se sentó en el borde de la cama, en aquella habitación de matrimonio que era bonita como es bonito un decorado, con sus dos mesillas simétricas y sus dos lámparas iguales.

Cogió el móvil. Buscó el navegador, ese al que le pedía a diario la M-30 y la sede de la cadena y el chino de comida a domicilio. Empezó a escribir en el destino, letra a letra, un nombre que no había vuelto a teclear en ningún sitio.

L-A A-L-M-A-D-R-A-B-A.

El aparato se lo pensó un momento. Luego, con su voz de mujer sin acento, la de todas partes y de ninguna, le mostró la ruta, las seis horas y catorce minutos, la salida de la autovía. Y le hizo la

pregunta que le hacía siempre, la única que sabía hacer, con esas dos palabras educadas y frías en la pantalla:

¿Iniciar viaje a La Almadraba?

Rocío miró aquellas letras un buen rato, con el pulgar suspendido encima, como quien va a dar paso a un directo desde un sitio del que no sabe si va a poder volver.

Y le dijo que sí.

Capítulo 2

La Almadraba, mayo de 2026

A las doce en punto, cuando el cura llegó al «descanse en paz», Marina Quintero ya había echado la cuenta de la gente que subiría después al Espigón, y le salían más de cien.

Era más fuerte que la pena. Los ojos se le iban solos por encima de las cabezas, contando, pasando a cada uno por caja como si en lugar de en un entierro estuvieran a la puerta del bar un domingo de agosto. Estaba el pueblo entero y dos filas de antiguos alumnos que habían venido de Cádiz y de Chiclana con la corbata que solo se sacan para esto. Estaban el alcalde, y las maestras nuevas que no la conocieron y fueron igual, y hasta el de la ONCE, que había cerrado el cupón. A una maestra jubilada hacía treinta años la enterraba el pueblo en pleno. Remedios habría hecho un chiste con eso. Habría dicho que menudo lleno, y que a ver si iba a ir la gente a clase así de puntual.

Marina bajó la vista al suelo de albero. El cementerio de La Almadraba está en lo alto, entre chumberas, con el mar al fondo haciendo lo que hace el mar los días que no le importas nada: brillar como un plato recién fregado. Hacía un calor de mayo tonto, sin criterio, de esos que no saben leer la ocasión.

Y allí, sin buscarlas, las encontró a las cuatro.

No juntas. Esa era toda la historia, resumida en la forma de estar de pie. Estaban las cuatro bajo el mismo cielo por primera vez en dieciocho años, y se habían colocado a propósito, decididas de antemano a no coincidir: una en cada punta del duelo, con más metros entre ellas de los que cabían en aquel cementerio.

Rocío había llegado la última, en un Audi blanco que dejó torcido en la cuneta, con unas gafas de sol grandes y el paso rápido de

quien tiene ya metido en la cabeza el viaje de vuelta. Se puso en la fila de atrás, al lado de Mercedes, su madre, que había subido de Jerez. Se dieron dos besos y un apretón de manos corto, esa manera de tocarse de las que solo se ven una vez al año. Marina las miró y pensó, como piensa quien lleva la contabilidad de un pueblo, que entre aquella madre y aquella hija había una cuenta vieja sin saldar, y que llevaba abierta lo mismo que Rocío llevaba sin bajar: dieciocho años.

África estaba al otro lado, altísima, con el pelo cobrizo recogido y un vestido negro que no se compra en La Almadraba. Miraba el ataúd con una compostura rara, la de quien ha aprendido a estar en los sitios sin estar del todo. Cuando le tocó acercarse a Pepa a darle el pésame, Marina le leyó los labios: dijo «lo siento mucho» con un español liso, sin música, un español de aeropuerto que no era de ninguna parte. A la niña que se sabía de memoria se le había borrado el sur de la boca.

Y Candela. Candela estaba pegada al muro del fondo, la más lejos de todo, menuda, con el pelo negro cortado a lo bruto y una rebeca abrochada con el calor que hacía. Tenía la vista baja y los labios se le movían apenas, contando algo —las juntas del suelo, las chumberas, lo que fuera—, y con el pulgar de la mano izquierda se frotaba despacio la muñeca, esa flor pequeña que llevaba tatuada allí desde hacía años. De cara al muro, por no tener el mar delante.

A Pepa la habían sentado en la primera fila, en una silla de anea que le sacó una vecina, porque a Pepa en los entierros se la sienta desde hace dieciocho años, desde que enterró a un hijo de diecinueve en aquel mismo cementerio. La habían puesto de cara a la tumba y de espaldas al mar, y ella se dejó poner así, obediente, igual que todos estos años. A mitad del responso, cuando el cura se enredó en una frase larga y le salió mal la concordancia, a Pepa se le escapó una risa por lo bajo, con el pañuelo apretado contra la boca. Marina la oyó y supo de qué se reía: Remedios le habría puesto un cero al cura por esa frase, y a la salida se lo habría dicho. Nadie se escandalizó. En La Almadraba se sabe que la risa en un entierro es la pena buscando la puerta de atrás.

Detrás de Marina, dos señoras de la pescadería llevaban un rato haciendo lo que mejor se hace en los entierros de pueblo, que es el recuento. Una le dio con el codo a la otra.

—Mira. Han venido las cuatro.

—Las cuatro, sí. Anda que no ha llovido.

—Las chicas del siete. Fíjate cómo están, ni se hablan. Con lo unidas que iban.

—Un cuerpo con cuatro cabezas eran, aquellas crías. Cosas de la vida.

Marina no se volvió. El pueblo las seguía llamando «las chicas del 7» aunque en el número 7 ya no viviera ninguna, aunque del siete no quedara más que el magnolio de la puerta y una casa cerrada con la maestra dentro de una caja. Los motes de pueblo son como el luto: duran mucho más que su motivo.

Se escabulló antes del último responso, como habían quedado, porque alguien tenía que ir abriendo el bar y ese alguien era siempre ella. Bajó la cuesta del cementerio a paso vivo, con los zapatos buenos que le hacían daño, y por el camino le vino Remedios sin avisar, como vienen los muertos los primeros días, por la puerta de servicio. Remedios en el taburete de la esquina cada mañana, con su cortado templado, dándole los buenos días y el parte del pueblo. Remedios, que cuando Marina se quedó con el Espigón le dijo que un bar no es de quien lo paga sino de quien lo aguanta, y que ella lo iba a aguantar de sobra. Marina se pasó el dorso de la mano por la cara una vez, deprisa, y siguió bajando. Ya lloraría cuando cerrara. Llorar era otra cosa que se podía dejar apuntada para luego.

El Espigón se llenó a la una y media, de esa gente que en los duelos no tiene hambre pero necesita las manos ocupadas en algo, aunque sea en un vaso. Marina se puso detrás de la barra, que era su sitio y su trinchera, el metro cuadrado desde el que había aprendido a plantar cara a cualquier desgracia sin que se le notara por fuera. Sebas se metió en la cocina sin que hubiera que decirle nada. Empezaron a salir tortillas de la plancha, montaditos, cafés y más cafés, y Marina fue repartiendo con la cabeza puesta en las comandas para tenerla puesta en algo. Trabajar para no pensar. Era un truco viejo y le seguía funcionando.

No cobró. No cobró un café en toda la tarde, ni una caña, ni un mal montadito, y cuando la del estanco le quiso dejar unas monedas encima de la barra, Marina se las devolvió al bolso casi de un manotazo. Hay días en que cobrar es como pasarle la cuenta a la pena, y en la contabilidad particular de Marina esos días se pagaban de su bolsillo y punto. Remedios había fiado media calle Magnolia durante cuarenta años. Por una tarde que fiara ella el pueblo entero, no se iba a arruinar.

Gonzalo Herrera llegó con la niña de la mano. Cuarenta años, las manos grandes de patrón, la corbata negra que le quedaba de prestado en un cuerpo hecho para el hule. Lucía, nueve, con un vestido de los domingos y un aburrimiento de entierro que no sabía dónde meter. Se subió a un taburete y pidió, muy seria, una Fanta de naranja y un plato de esas patatas de bolsa que ponía Sebas. Marina se la puso, le echó las patatas en un cuenco como a los clientes buenos, y tampoco le cobró, claro. A los nueve años, un entierro es sobre todo una tarde larguísima de estar callado, y bastante castigo era ya.

—Gracias, Marina —dijo Gonzalo, con esa voz suya de pocas palabras, y se apoyó en la punta de la barra a tomarse un café que tampoco quería.

Fue entonces cuando entró Rocío. Se había quitado las gafas de sol y traía la cara de sostenerse que Marina le conocía de la televisión, la de aguantar el tipo delante de dos millones de personas. Buscó a Inma con la mirada, y en el camino, sin querer, se le cruzó con la de Gonzalo. Un segundo. Puede que dos. Él bajó la vista al café. Ella la apartó con oficio, como quien da paso a otra cámara. No se saludaron. Casi no se conocían: él era el hermano mayor, el que ya faenaba cuando ellas eran unas crías. Y sin embargo Marina, que estaba en medio con la jarra del café en la mano, notó que por encima de la barra acababa de pasar algo que pesaba más de lo que se veía. Lo notó y lo dejó pasar. Bastantes cuentas ajenas llevaba en la cabeza como para abrir otra.

Candela se había sentado en la mesa del rincón, la de más adentro, la única desde la que no se ve el trozo de mar que se cuela por la puerta entre los toldos. Tenía un vaso de agua sin tocar y las

dos manos alrededor, y de vez en cuando Marina la veía mover los labios sobre el borde del vaso, contando por lo bajo, o rezando, que de lejos era lo mismo. Ninguna de las cuatro cruzó los pocos metros que la separaban de las otras. Se saludaban de refilón, con la barbilla, y hasta ahí. Lo que se había roto aquel verano no se arreglaba con un pésame, y las cuatro lo sabían.

África pasó un momento por la barra a pedir agua con gas, si había, y la pidió en aquel español limpio de todo, tan correcto que raspaba. Marina se la puso y no le apartó la vista enseguida.

—Bien lejos te has ido, hija.

—Bruselas —dijo África, como si el nombre lo explicara todo. Y a lo mejor lo explicaba.

En un respiro, cuando el bar bajó de ruido, Sebas salió de la cocina secándose las manos en el mandil y se puso detrás de ella. Le rozó la espalda con la mano, a la altura de los riñones, un roce de trece años de barra compartida.

—¿Has comido algo? —dijo bajito, para ella sola.

—Luego.

—Marina.

—Que luego, Sebas. —Cogió la bayeta y le pasó a la barra un repaso que la barra no necesitaba, porque estaba seca y limpia. La pasó igual, dos veces, por el mismo sitio—. Cuando se vaya la gente.

Sebas se quedó un momento detrás de ella, sin insistir. Él le miró la nuca; ella miró la barra limpia; y en el medio metro que no cruzaron cabía un matrimonio entero. Después Sebas volvió a la plancha, porque las tortillas no se hacían solas y porque hacía años que tenía aprendido en qué puertas de Marina no se llama dos veces.

A media tarde, cuando la cosa empezó a aclararse y el pueblo fue soltando el «hala, os dejo, mucho ánimo» de rigor, Inma Gallardo se acercó a la barra con el bolso agarrado con las dos manos, un recado que pesa.

—Marina, mi vida. —Bajó la voz—. ¿Puedes decirles a las otras tres, ya que a ti te hacen caso, que el viernes que viene os espero a las cuatro en la notaría? El día cinco, a las doce. Es una cosa de Remedios. —Y, antes de que Marina abriera la boca—: No preguntes,

que aquí no te voy a contar nada. Ella lo dejó todo dicho y bien atado, que ya la conocías. Solo que estéis las cuatro.

—Las cuatro —repitió Marina.

—Las cuatro. —Inma le apretó la mano sobre la barra, la soltó y se fue a dar el pésame a Pepa.

Marina miró el bar. En una punta, Rocío con su madre, mirando el reloj. En un rincón, Candela contando el borde de un vaso. En la barra, África con su agua con gas y su español de ninguna parte. Las cuatro en la misma sala y en cuatro provincias distintas. Cómo iba ella a juntar el viernes lo que llevaba desde aquel verano sin dejarse juntar, no tenía ni idea. Pero dijo que sí con la cabeza, para dentro, porque a Remedios tampoco se le decía que no. Ni muerta.

Se hizo de noche y el bar se fue quedando en los huesos. Sebas fregó la plancha, colgó el mandil y le dijo que subía a por pan para el día siguiente, y le puso en la frente uno de esos besos que ya no se preguntan. Marina se quedó sola, que era como mejor sabía estar cuando había mucho que sentir.

Abrió la caja. La contó. Cero. Un día entero de bar, más de cien personas, y en el cajón lo mismo que había puesto ella por la mañana. Se quedó mirando aquel cero un buen rato, y fue lo más parecido a rezar que hizo en toda la jornada.

Luego, sin pensarlo, por pura costumbre de las manos, cogió un vaso pequeño y empezó a hacer un cortado. Templado, corto, sin quemar, como lo tomaba Remedios cada mañana en el taburete de la esquina, el del ventanal, desde el que vigilaba la plaza y le iba diciendo a Marina quién pasaba y por qué. Lo tenía casi hecho cuando se acordó de que ya no había para quién.

No lo tiró. Lo dejó en la barra, en su sitio de siempre, junto al taburete vacío. Apagó las luces menos la de encima de la caja. Y se quedó de pie en su trinchera, mirando cómo al cortado se le iba el humo despacio en el bar a oscuras, hasta quedarse tan templado como a ella le gustaba.

Capítulo 3

La Almadraba, junio de 2026

El vuelo de Bruselas salía a las siete menos cuarto, y África Soler lo había cogido no porque fuera el mejor, sino porque era el que la dejaba en La Almadraba con el tiempo justo para no tener tiempo de pensar. Calcular la llegada al minuto y no al día era una manera de viajar que se había enseñado sola. Había aterrizado en Sevilla a las diez menos cuarto, había cogido un taxi, y ahora se bajaba en la plaza de siempre a las doce menos diez, con el motor todavía caliente y una vida entera pendiente de que un desconocido le diera el cambio.

—Aquí mismo, gracias.

Lo dijo en un español liso, de ninguna parte, el mismo con el que pedía un café en cualquier aeropuerto del mundo. El taxista, que era de Chiclana y llevaba media hora hablándole del levante que venía, la miró por el retrovisor con esa curiosidad sin preguntas que despierta la que vuelve al pueblo. En Bruselas era *madame* Soler y una cabina. Aquí, en la plaza, volvía a ser el nombre entero, la Soler, la de Remedios. Y Remedios era la única persona que quedaba en el mundo que sabía decir ese nombre: con las dos aes del final abiertas, arrastradas, no la «Áfrika» plana y correcta de las cabinas. Se le había muerto, entre otras cosas, la única boca que la pronunciaba bien.

La notaría de Inma Gallardo ocupaba los bajos de una casa de la plaza, a dos puertas del Espigón, con una placa de latón que alguien sacaba brillo los jueves y una maceta de gitanillas en la ventana. África llegó la primera, o eso creyó, hasta que vio el SEAT verde de Candela aparcado de cualquier manera contra el bordillo, con dos ruedas encima de la acera, como aparca la gente que ha venido de

lejos con el estómago cerrado. De Jerez había hasta allí una hora larga. Candela la había hecho, entonces. Ya era algo.

Dentro olía a papel y a ambientador de vainilla, el olor de los sitios donde a la gente le pasan las cosas importantes sentada en sillas incómodas. Una chica joven las hizo pasar a un despacho pequeño, con una mesa de reuniones que se comía casi todo el cuarto y cuatro sillas de un lado y una del otro. Cuatro y una. Alguien había contado las sillas de antemano.

Ya estaban las otras tres.

Y aquí estaba lo nuevo, lo que en dieciocho años no había vuelto a pasar: no había mar por medio, ni un cementerio, ni la barra de un bar con su metro de trinchera. Había una habitación de doce metros cuadrados y las cuatro dentro, respirándose. En el entierro habían podido repartirse por el cementerio, cada una en su esquina, sin rozarse. Aquí no cabía. Marina estaba de pie junto a la ventana, con los brazos cruzados y la cara de quien ha cerrado el bar a mediodía y está calculando lo que pierde. Rocío se había sentado ya, muy derecha, con unas gafas dobladas en la mano y esa quietud de plató que África le había visto por la tele sin saber nunca si estaba mirando a su amiga o a una presentadora. Había subido a Madrid el domingo, después del entierro, y había vuelto a bajar para esto; se le notaba el viaje en los ojos. Candela ocupaba la punta, la silla más pegada a la pared, contando algo con el pulgar sobre la muñeca tatuada.

—Sentaos, sentaos, mis niñas. —Inma entró con una carpeta y un vaso de agua, cerró la puerta y el cuarto se hizo aún más chico—. Sé que estáis todas con prisa por iros, así que no os robo más de la cuenta.

Se sentó en la silla sola, la de enfrente. Cincuenta y cinco años, gafas colgando de una cadenita, las dos manos encima de la carpeta, sujetándola por si se le escapaba. África la conocía de siempre y la había oído tres días antes en el entierro repartir pésames con la delicadeza de quien está acostumbrada a dar recados que pesan. Ahora tenía otra cara. La cara de la que va a leer.

—Esto es el testamento de Remedios Alcántara Ponce —dijo—. Yo os lo voy a explicar en cristiano, porque en notario no lo entendería ni ella, que fue maestra cuarenta años. Pero que conste que está todo en regla, firmado y con dos testigos, y que Remedios vino a firmarlo en marzo por su pie, con la cabeza más clara que la mía. Que luego se dice.

África se recolocó el reloj en la muñeca sin darse cuenta. Lo hacía siempre antes de las reuniones que importaban, ese gesto de ajustar una correa que no estaba floja.

—La casa del número siete —siguió Inma— es para vosotras cuatro. Para las cuatro por igual, una cuarta parte cada una, sin distinción.

Ninguna contestó. Fue un silencio raro, de gente que esperaba cualquier cosa menos que le regalaran una casa. Marina descruzó los brazos y volvió a cruzarlos.

—Pero. —Inma levantó un dedo, y África supo que ese «pero» era el capítulo entero—. Hay una condición. Y os la leo tal cual la dejó ella, que para eso se molestó en dictármela palabra por palabra.

Se puso las gafas. Bajó la vista al papel.

—«La casa del número siete de la calle Magnolia será de las cuatro a condición de que vivan juntas en ella, las cuatro, desde el veintiuno de junio hasta el veintiuno de septiembre de este año. Durmiendo dentro. Las noventa y dos noches.» —Levantó la vista un segundo, por encima de las gafas, y volvió a bajarla—. «Si una sola falta, aunque sea una noche, aunque sea la última, la casa se vende y se reparte el dinero. No hay medias tintas. O las cuatro, o ninguna.»

Noventa y dos noches. África hizo la cuenta antes de decidir hacerla, porque los números se le adelantaban siempre a la voluntad: del veintiuno de junio al veintiuno de septiembre, un verano exacto, medido como se mide una condena o una convalecencia.

—¿Y si no? —Fue Rocío la que preguntó, con esa voz suya que daba las malas noticias sin que se le temblara—. Si no vivimos ahí. ¿Qué pasa con la casa?

Inma dejó el papel. Cogió el vaso de agua, bebió un sorbo que no tenía sed de beber, y lo dejó en el mismo redondel húmedo de donde lo había cogido.

—Que se vende. Y hay comprador. —Sacó de la carpeta un folio con un membrete azul, muy limpio, de esos que se imprimen para dar confianza—. Una promotora. Azahar Costa, sociedad limitada. Llevan un año detrás del número siete y de las dos casas de al lado; quieren hacer apartamentos con vistas al puerto, lo que ellos llaman «un producto de costa». Han dejado una oferta por escrito, esperando. Muy educada. Muy alta. —Dobló el folio otra vez, como si el papel oliera a algo—. De las ofertas que se hacen sabiendo que la otra parte está de luto.

Nadie tocó el membrete azul. Se quedó en el centro de la mesa, entre las cuatro, y a África le pareció el objeto más frío de la habitación. Sabía leer una amenaza escrita en el idioma en que se disfraza de oportunidad. «Un producto de costa» quería decir tirar el magnolio. Eso quería decir, aunque no lo pusiera.

—Ahora lo bueno, que también lo hay. —Inma se quitó las gafas —. Remedios no os deja una casa y un problema y hala, apáñense. Dejó dinero para todo. Un fondo, que administro yo. La obra que hay empezada arriba, en la azotea y las vigas, está pagada; el arquitecto cobra de ahí y no de vuestro bolsillo. Y hay para los gastos del verano, y para… —hizo una pausa mínima, y África, que vivía de las pausas mínimas, la oyó entera— para lo que a cada una le haga falta, que ella dejó dicho el qué, pero eso es harina de otro costal. Lo dejó todo pagado y atado. Como ella era.

Marina se había quedado mirando la carpeta. África la tradujo sin esfuerzo: Marina estaba pensando en el Espigón, en unos números que a saber cuántas noches le quitaban el sueño, en la palabra «fondo» dicha por una notaria en un despacho. No dijo nada. Descruzó los brazos otra vez, y esta vez ya no los volvió a cruzar.

—Y luego están estas.

Inma abrió la carpeta del todo y sacó, con las dos manos, cuatro sobres.

Los puso sobre la mesa en fila, uno al lado de otro, y África dejó de traducir nada, porque a veces una cosa se ve antes de poder

decirse en ningún idioma. Eran cuatro sobres de color crema, cerrados, y en cada uno había un número escrito a mano, del uno al cuatro, con una letra que se reconocía de lejos. La letra de Remedios. Pero no la letra de las libretas y las pizarras y las felicitaciones de Navidad de toda la vida, aquella caligrafía de maestra que ponía firmes a las palabras. Era la misma letra vencida, temblando, agarrada al renglón con el poco pulso que le quedaba. África miró el número que le tocara —no supo cuál, no quiso saberlo todavía— y pensó en las manos que habían hecho esos trazos, y en todo lo que esas manos habían sabido guardar durante años sin que se les cayera nada. Remedios había sido siempre así: un sitio donde las cosas estaban seguras. Bajó la vista antes de que se le notara en la cara que a ella aquellos sobres le pesaban más que a las otras, y por qué. Eso no era de este cuarto.

—Son para vosotras. Una para cada una. —Inma volvió a poner las manos encima, tapándolas—. Pero no os las doy hoy.

—¿Cómo que no? —Marina, por fin.

—Como que no. —Inma lo dijo con una dulzura que no admitía discusión, la de las maestras y las notarias, que a fin de cuentas son el mismo oficio—. Yo os las enseño, para que sepáis que existen y que son de su puño. Pero las guardo yo. Estas eran sus instrucciones, y a Remedios las instrucciones se le cumplen aunque esté criando malvas, que si no, es capaz de venir a tirarme de los pies. —Ni una sonrisa se movió en el cuarto, pero el aire respiró un dedo—. La número uno os la entrego el día que os mudéis. El veintiuno. Y a partir de ahí, cada una en su momento: la siguiente no sale de mi cajón hasta que la de antes se haya cumplido.

—¿Cumplido cómo? —África habló por primera vez, y notó su propia voz salir neutra, de cabina, sin una gota de la música que aquella mujer sabía ponerle al nombre—. ¿Quién dice cuándo una carta se ha cumplido?

Inma la miró. Le sostuvo la mirada más de la cuenta, de mujer mayor a mujer que se fue muy lejos.

—Yo, hija. Lo dice ella y lo juzgo yo. Para eso me nombró a mí, que la conozco desde que erais unas crías colgadas de su falda. —Volvió a guardar los sobres en la carpeta, despacio, uno por uno—.

No penséis que es un capricho. Es la manera que encontró de estar en una habitación en la que ya no puede estar.

Se hizo un silencio distinto. No el de la frialdad, sino el de cuatro personas que empiezan a entender, cada una por su cuenta, el tamaño de lo que les están poniendo delante.

—Yo no puedo. —Rocío lo dijo primero, deprisa, cerrando la escaleta antes de que la abrieran—. Tengo un informativo. Once temporadas. No se para un directo tres meses porque a alguien le dé por… —dejó la frase sin terminar, y la manera de dejarla dijo más que si la termina.

—Yo tengo el bar —dijo Marina—. Yo no cierro el Espigón un verano ni aunque me lo pida el Papa.

—Yo vivo en Bruselas —dijo África, y oyó la palabra salir de su boca como una llave que abría siempre la misma puerta, la de irse —. Tengo un contrato. Trabajo.

Y no dijo lo otro, lo que llevaba dos meses sin decir en voz alta: que en un cajón del ordenador había un formulario de excedencia empezado y sin enviar, con su nombre bien escrito y la fecha en blanco. Eso tampoco era de este cuarto.

Candela no dijo su excusa. Candela era la que menos podía, la que tenía un vivero que atender y unas rutinas que no aguantaban tres meses fuera de sitio, y sin embargo fue la única que no puso ninguna sobre la mesa. Se quedó mirando la carpeta cerrada donde acababan de guardar los cuatro sobres, con el pulgar quieto por primera vez, y a África se le ocurrió que Candela ya sabía, como lo sabían todas por debajo de las excusas, que a Remedios no se le decía que no. Ni en vida. Mucho menos ahora.

—Antes de que sigáis. —Inma juntó las manos sobre la carpeta—. Os voy a decir una cosa que no debería, siendo yo quien soy, pero os la digo porque os quiero. Esta condición, la de vivir juntas o vender… jurídicamente es discutible. Vamos, que si alguna de vosotras cogiera un abogado de los buenos, es muy posible que la tumbara, y os quedarais la casa las cuatro sin tener que dormir en ella ni una noche. —Las miró de una en una, sin prisa—. Podríais impugnarla. Está en vuestro derecho. —Cerró la carpeta—. Pero ninguna lo va a hacer. Y las cuatro sabéis por qué mejor que yo.

Nadie la contradijo. Ese fue el momento en que a África se le cayó del todo la idea de que aquello se pudiera arreglar con un billete de vuelta.

Inma se levantó, dio por terminada la reunión con la naturalidad de quien lleva toda la vida dando por terminadas las cosas, y abrió la carpeta una última vez. Sacó los cuatro sobres y los volvió a poner en fila sobre la mesa, del uno al cuatro, con la letra temblona hacia arriba.

—Miradlos bien, que no os los vais a llevar. —Puso la mano abierta al lado, sin tocarlos—. Estarán aquí, en mi cajón, esperándoos. Tenéis hasta el veintiuno para decidir si venís a por la primera. —Fue hacia la puerta y la abrió, y entró de la calle un ruido de plaza, de gente, de un pueblo que seguía a lo suyo—. Ni un día más, mis niñas. Ella lo dejó dicho: el veintiuno, o nunca.

Capítulo 4

La Almadraba, mayo de 2008

La última noche de feria olía a nardo y a aceite frito de la noche anterior, y Rocío Vargas se lo estaba guardando entero para contarlo luego, aunque todavía no supiera a quién.

Le pasaba desde hacía dos años, desde que Remedios le dijo aquello de que tenía voz de las que se escuchan. Desde entonces miraba las cosas dos veces: una para vivirlas y otra para ponerles palabras, como si en algún lado hubiera alguien esperando que ella le explicara cómo había sido. Ahora mismo, por ejemplo, lo habría contado así: la feria de La Almadraba se muere los domingos por la noche, con las bombillas de colores todavía encendidas sobre las casetas medio vacías, el suelo lleno de vasos de plástico y de serrín, y una de Estopa saliendo de un altavoz al que le queda una hora escasa de guerra.

—¡Quilla, que se va a parar la noria contigo dentro y te vas a quedar ahí a vivir!

Marina la esperaba abajo con dos tickets gastados en la mano, la cara colorada de haber estado corriendo y el mandil todavía puesto, porque a Marina el bar de sus padres no se lo quitaba nadie ni en feria: se escapaba un rato, daba una vuelta, y volvía a la caseta a sacar rebujitos antes de que su madre pusiera el grito. Rocío bajó de la barquilla con las piernas flojas y la risa suelta, y al reírse se le abrió el sur en la boca, esas vocales de La Almadraba que a ella se le escapaban solo cuando no se acordaba de vigilarlas.

—Illa, que subas conmigo, que sola me da yuyu —dijo Candela, tirándole de la manga.

—Contigo no subo, que te pones a contar los tornillos de la noria y me la desgracias.

Candela se rio sin ganas y no lo negó. Contaba cosas cuando se ponía nerviosa —los peldaños, las olas, los farolillos de una guirnalda — y en la feria había mucho que contar, así que llevaba toda la noche con el pulgar frotándose la cara de dentro de la muñeca izquierda, ese tic suyo de cuando algo se le ponía cuesta arriba.

Estaban las cuatro y estaba Nico, que era como decir que estaban las cinco, porque desde que Rocío tenía uso de razón Nico Herrera había sido el quinto lado de una cosa que se empeñaban en llamar cuadrilla. Diecinueve años, hijo de pescador, con esa manera de estar guapo sin enterarse que a Rocío le parecía casi de mala educación. Cuando dos discutían, él ponía paz sin que se le notara que la ponía; cuando una se venía abajo, aparecía con un algodón de azúcar del tamaño de una cabeza y el asunto se olvidaba. Esa noche había llegado tarde y oliendo a barca, a gasoil y a salitre por debajo de la colonia del Mercadona, porque venía de faenar.

—¿Y tú de dónde sales, marinero? —le soltó Marina—. Que hueles a lonja.

—De echar horas, quilla. —Nico se encogió un hombro, sonriendo con media boca—. Que este mes andamos las nasas y yo a partes iguales.

Lo dijo sin peso, con la ligereza de hablar del tiempo. Rocío se lo quedó mirando más de lo que hacía falta, con esa doble mirada suya, y le vio algo por debajo de la broma: que había dejado a su padre en la caseta de los mayores, sentado con un chato y con esa cara de cansado que Salvador traía últimamente, la de un hombre que hace cuentas por la noche; que Nico le había acercado un plato de pescaíto antes de venirse con ellos y le había dicho algo al oído que hizo reír al viejo; y que ahora estaba aquí, con ellas, quitándole hierro a base de bien. Rocío no supo ponerle nombre a lo que vio. Lo archivó, como archivaba todo, para contarlo luego.

Por la caseta de los mayores andaba también Gonzalo, el hermano grande, aunque a la feria de los jóvenes hacía años que no bajaba. A sus veintidós ya era un hombre de mar de los serios, con unas manos como palas y un hablar corto de tres palabras, y había venido a recoger a su padre para llevárselo a casa antes de que se le echara encima el cansancio. Al pasar junto a la cuadrilla levantó la

barbilla a modo de saludo y siguió andando, como el que ya vive en otra parte. A Rocío no se le ocurrió ni decirle nada. Gonzalo Herrera era para ella poco más que eso: el hermano de Nico, el callado, uno de esos mayores que están y no están, y con el que en toda su vida no habría cruzado dos frases seguidas.

Se metieron en los coches de choque, que era lo último que quedaba vivo de la feria. África no quiso subir.

—Id vosotras. Yo os hago la foto.

Sacó su Motorola de tapa, el que le habían traído de fuera y que tenía mejor cámara que ninguno, y les fue haciendo fotos borrosas y con flash para colgarlas al día siguiente en el Tuenti. Rocío la miró desde el coche, dando vueltas, y pensó que África llevaba toda la feria un pelín en otro sitio, más callada, con la cabeza puesta en un examen. Sería la Selectividad, se dijo, que la tenían todas encima y a cada una le daba por un lado. A Rocío le daba por soñar despierta con un sobre que aún no había llegado y con una ciudad que aún no se atrevía a nombrar en alto, ni siquiera para contárselo a nadie. Y lo dejó ahí, porque el coche de Marina la embistió por detrás y se le fue el pensamiento de un frenazo.

Nico conducía fatal a propósito, chocando con todas para hacerlas gritar, y las cuatro le gritaban y lo perseguían por la pista como si fuera lo más divertido del mundo, que aquella noche lo era. Rocío lo miró desde su coche, esquivándolo, y pensó que así era la cuadrilla desde siempre: cuatro chicas dando vueltas alrededor del mismo chico, que ni se enteraba, riéndose, sin saber que era el centro de nada. Le duró el pensamiento lo que tardó Nico en embestirla de lleno y en pedirle perdón sin dejar de reír.

—¡Que es la última, illos, que mañana se lo llevan todo! —gritó Marina por encima del reguetón que había puesto el de la barra, uno de esos de verbena que sonaba en todas partes aquel mayo.

La última siempre sabe distinto. Se bajaron de los coches medio mareados, y la feria empezó a recogerse a su alrededor como se recoge una fiesta: un feriante desmontando una escopeta de perdigones, las bombillas apagándose por tramos, un padre cargando en brazos a un crío dormido con una espada de plástico en la mano. Candela dijo que se iba, que su madre. África dijo que

también, y que ya subían la cuesta juntas. Marina tenía que ayudar a recoger la caseta. Y así, sin que nadie lo decidiera, la cuadrilla se fue deshaciendo en la esquina del real, y Rocío se encontró de pronto con que solo quedaban ella y Nico y el ruido lejano del último altavoz.

—Ven, que te enseño una cosa —dijo él.

La llevó por detrás de las casetas, a la parte de atrás, donde estaban los generadores y las neveras vacías y los palés, ese revés de la feria que nadie mira, oscuro y sin música, con olor a cable caliente. No había un alma. Nico se sacó del bolsillo el MP3, uno pequeño con la carcasa arañada, y le tendió un auricular.

—Escucha esta, que la he grabado para ti. Bueno, para… la he grabado.

Se puso él el otro. Se quedaron los dos muy juntos por fuerza, atados por un cable de medio metro, y empezó a sonar una de Melendi bajita, con el hilo de música de la feria colándose por debajo. Rocío miró el auricular, miró a Nico, y por primera vez en la vida no supo qué contar de lo que estaba pasando, porque lo que estaba pasando le estaba pasando a ella.

—Nico.

—¿Qué.

—Que si me vas a besar, bésame ya, que se va a acabar la canción.

Se rio él, sorprendido, con esa risa suya de crío bueno, y le puso una mano en la cara. Con el pulgar le rozó sin querer la cicatriz de la ceja, la de la bici, la que Rocío llevaba desde los ocho años y que se tapaba en las fotos.

—¿Esto de qué es?

—De una cuesta y un empujón. Ahora bésame.

Y la besó. Fue un beso de los primeros, torpe y despacio, con sabor a rebujito y a azúcar, y a Rocío no se le detuvo el tiempo ni le pasó nada de lo que dicen las canciones que pasa: le pasó una cosa más pequeña y más suya, que fue darse cuenta de que llevaba mirando a Nico dos veces desde hacía mucho más tiempo del que había querido reconocerse. La canción se acabó, y ni la oyeron acabarse.

Se separaron. El auricular se le cayó a ella y se quedó colgando.

—Qué fuerte —dijo Rocío, que fue lo único que le salió, y se pasó la mano por el pelo, y se miró de refilón en la pantalla apagada del móvil sin verse.

—Ya ves. —Nico se pasó el mismo pelo, en el mismo sitio, como si se les hubiera pegado el gesto—. Oye. Ro.

—¿Qué.

—Esto… —Se quedó buscando la palabra. Miró hacia las casetas, hacia donde antes estaban las otras—. Que no lo digamos todavía. A las chicas.

Y ahí a Rocío se le enfrió un poco el algodón de azúcar por dentro, porque era exactamente lo que ella estaba pensando y le dio miedo que él lo pensara igual de rápido. No era vergüenza. Era otra cosa. Era que las cuatro eran cuatro por Nico tanto como por ellas mismas; que estaban todas un poquito enamoradas de él desde los catorce años, cada una a su manera y ninguna en serio, o eso creía Rocío; que aquello era el aire que respiraba la cuadrilla, y que si ella lo tocaba, si de repente Nico era suyo y no de las cinco, algo se descolocaba y a lo mejor no volvía a colocarse.

—Si se sabe, cambia todo —dijo ella, y no era una pregunta.

—Cambia. —Nico asintió, serio de golpe, y luego le volvió la media sonrisa—. Pero cambia igual sabiéndolo. Solo que más despacio.

—Pues más despacio. —Rocío le tendió el auricular caído, para tener algo que hacer con las manos—. Nuestro. De momento.

—Nuestro.

Subieron la cuesta separados un palmo, por si acaso, aunque no había nadie, riéndose bajito de que no había nadie. En la esquina de la plaza se despidieron con el «hasta mañana, illo» de siempre, de mentira, y Rocío siguió sola calle Magnolia arriba con el secreto puesto por dentro, una cosa que todavía no se había estrenado.

Pasó por delante del número siete. La casa de Remedios estaba a oscuras menos la ventana de la cocina, con esa luz amarilla de la maestra que se acostaba tarde. En el patio, a la derecha de la cancela, se veían en fila los cuatro esquejes de magnolio que Remedios había plantado el año que nacieron, uno por cada una,

cuando las cuatro no levantaban un palmo del suelo. Los tenía numerados en su cabeza como los alumnos en una lista. El de Rocío iba tirando. El de Marina estaba fuerte y torcido. El de África era el más alto. El de Candela seguía sin echar una flor, año tras año, y Remedios decía que ya la echaría, que las cosas vivas tienen cada una su reloj, y a nadie le parecía todavía otra cosa que un esqueje con menos suerte que los demás.

Por encima de todos, viejo como la calle, el magnolio grande abría en mayo sus flores blancas del tamaño de un plato, y olía a esa hora a limón y a cera, un olor espeso y bueno que se bebía el de la feria y el de la barca y todos los demás. Rocío se paró debajo. Se tocó los labios con dos dedos, comprobando que aquello había pasado de verdad. Y se subió a casa a acostarse sin sueño ninguno, con diecisiete años, una feria que se apagaba a su espalda y, por primera vez, una noticia grande que era solo suya y que no pensaba dar.

Capítulo 5

La Almadraba, junio de 2026

El SEAT verde subió la cuesta de la calle Magnolia en segunda corta, cargado hasta la baca, y Candela Benítez lo aparcó debajo del magnolio grande porque era el único sitio con sombra y porque, si tenía que dejar el coche al sol tres horas mientras subían cajas, prefería achicharrarse ella antes que los esquejes.

Había salido de Jerez a las nueve. Podía haberlo hecho con una maleta, como la gente normal, pero la gente normal no se ganaba la vida con lo vivo. Atrás, en el maletero y ocupando los dos asientos, traía dos bandejas de aromáticas, un limonero enano en su tiesto de barro, la kentia del mostrador que no se fiaba de dejar sola, tres geranios, y una caja de plástico con la podadera buena, el rafia y las etiquetas en blanco. Contarlas mientras conducía la había ido calmando kilómetro a kilómetro. El vivero se lo había dejado a Fali, la muchacha que le echaba una mano de marzo a septiembre desde hacía tres veranos y era la única persona en el mundo a la que Candela le confiaba una manguera. «De mañana temprano riegas, y el jazmín ni lo mires, que ese lo llevo yo», le había dicho al salir. Fali le había dicho que sí a todo, que es lo que se le contesta a quien se va con esa cara.

Delante del número siete estaba ya el Audi blanco de Rocío, aparcado recto, milimetrado, con las ruedas paralelas al bordillo, con la disciplina de una ciudad donde te multan por respirar. Candela lo miró y supo que Rocío había bajado para quedarse: nadie trae un coche desde Madrid para tres días.

La casa olía a obra. A yeso fresco, a madera cortada, a ese polvo blanco que se te mete en la garganta y sabe a nada. Habían quitado la puerta de un baño y estaba apoyada en el pasillo. Del techo del

salón colgaban dos vigas nuevas, todavía sin pintar, más claras que las viejas.

—Ojo con el escalón, que está suelto.

La voz venía de arriba. Bajaba un hombre alto, treinta y muchos, con una camiseta llena de yeso y un metro amarillo colgando del cinturón. Se limpió la mano en el pantalón antes de tendérsela, y ese gesto —el de no darte la mano sucia— le gustó a Candela sin querer.

—Teo. El de la obra. —Rápido, la erre madrileña, la sonrisa fácil de quien no ha aprendido todavía que aquí las cosas se dicen despacio—. Tú eres… a ver que lo adivino. La de las plantas. Se te ve venir el coche desde la esquina, tía, parece una carroza de las Cruces.

—Candela.

—Currad cuando queráis con las cajas, que la escalera aguanta, lo que no aguanta es el escalón ese. La azotea la tengo yo tomada una semana más, pero por abajo os movéis a gusto.

Lo dijo pasando la mano por una de las vigas nuevas, no de cualquier manera, sino acariciándole la veta con el pulgar, comprobando si aquello iba a durar. Candela lo archivó. A la gente la calaba por cómo trataba lo que estaba vivo —las plantas, los críos, los perros—, y una casa vieja era lo más parecido a un ser vivo que ella conocía. Un tío que le acariciaba la madera a una viga no le podía caer del todo mal.

En el salón, entre cajas, estaban las otras tres. Rocío doblando una manta con esquinas de plató. Marina con los brazos por los codos de fregar algo que ya estaba limpio. Y África, altísima, el pelo cobrizo recogido, deshaciendo una maleta pequeña y, al lado, un maletín negro y un portátil: se había traído de Bruselas el trabajo que se podía traer, el que cabe en una bolsa, y no había dicho más.

—¿La azotea estará para el lunes? —le preguntó a Teo sin levantar la vista, en el tono con que se pregunta la hora de un vuelo.

—Para el otro lunes, jefa.

—Bien. —Y siguió a lo suyo.

Candela la miró traducir al madrileño a idioma de cabina y se guardó el comentario.

El reparto de los cuartos no lo decidió nadie: ya venía decidido de antes. Rocío subió la maleta arriba sin preguntar, volviendo a un sitio que le correspondía; África la siguió con la suya. Arriba se quedaron las dos, las que se habían ido lejos, las que dormían mejor cerca de una puerta por la que se sale. Marina bajó su bolsa a uno de los cuartos de abajo sin discutirlo, y a Candela le tocó el otro, el del fondo, y le pareció bien: abajo estaban las que se habían quedado, o las que volvían con el mar a la altura de los pies. A los catorce años se repartían igual la manta en la playa, cada una en su sitio, sin hablarlo.

Y en el pasillo de abajo había una puerta más. Cerrada. Con la llave puesta en la cerradura, una llave antigua con un cordón. El cuarto de Remedios. Pasaron por delante las cuatro, cada una con su carga, y las cuatro leyeron la puerta cerrada de refilón, y ninguna alargó la mano ni dijo «¿y esto?». Marina apretó el paso un poco. Rocío miró para otro lado con la cara con que se mira otro lado en la tele. Candela se paró medio segundo, el que tardó en tocarse la muñeca izquierda, la magnolia tatuada, con el pulgar. La puerta se quedó cerrada. Nadie pidió abrirla. Había en la casa una habitación a la que no se entraba, y las cuatro lo entendieron sin que nadie lo explicara, que las cosas de Remedios se entendían así, calladas.

Bajó al patio a por la kentia. El patio estaba igual: la cancela de hierro, la parra dando sombra fea, el pozo tapado. Y a la derecha de la cancela, en fila, los cuatro esquejes de magnolio que Remedios había plantado el año que nacieron. Candela se acuclilló delante como quien pasa lista. El de Rocío iba tirando, con dos hojas nuevas de un verde tierno. El de Marina, fuerte y torcido, empeñado en crecer hacia el lado que no era. El de África, el más alto de los cuatro, buscando la luz por encima de los otros. Y el suyo. El cuarto. El que en treinta y cinco años no había echado una flor. Le miró las hojas —sanas, verdes, ni una plaga— y la yema de la punta, cerrada, apretada, dura, exactamente igual que el verano pasado y que el otro. No florecía y ya está. Candela sabía de sobra que había plantas que no florecen nunca y no por eso están enfermas; se lo decía a los clientes del vivero con una sonrisa. A sí misma no se lo terminaba de creer. Le pasó el dedo por la yema, contó las hojas —

una, dos, tres, cuatro, cinco, seis—, y se levantó antes de que le diera por contar otra cosa.

Inma llegó a media tarde, cuando el sol ya pegaba de lado y en la cocina se había encendido esa luz amarilla de siempre, la de Remedios, la de acostarse tarde con un libro. Llamó a la cancela con los nudillos aunque estaba abierta.

—No me subo, que estáis con la mudanza y yo estorbo. Vengo a dos cosas nada más.

La primera fue un manojo de llaves en una anilla, que dejó en la mesa de la cocina con un tintineo.

—La de la calle, la de la cancela, la del contador. Y la del cuarto de Remedios. —Esta la separó con dos dedos, sin levantarla del todo —. Esta os la dejo por si un día hace falta entrar a algo. Pero no hace falta hoy. Ni mañana.

Ninguna la cogió. La llave del cordón se quedó sobre la mesa, un poco aparte de las demás.

—Y la segunda. —Inma abrió el bolso y sacó un sobre. Uno solo. Color crema, cerrado, y en el centro un número uno escrito a mano con aquella letra que se agarraba al renglón con el pulso ya de prestado—. La primera. Como os dije. Hoy es el veintiuno y hoy os la traigo, que las instrucciones son las instrucciones.

Lo dejó en el centro de la mesa, apoyado en un vaso para que se tuviera derecho, con el uno mirando a las cuatro.

—¿Y ahora qué? —preguntó Marina—. ¿La abrimos?

—Ahora, nada. Ahora la tenéis. —Inma se colgó el bolso—. Cuándo se abre lo sabréis cuando toque, que Remedios de eso también dejó dicho. —Fue hacia la cancela y, antes de salir, se volvió —. No os la comáis con los ojos, que las cartas no se abren mirándolas. Es su manera de estar en una habitación en la que ya no puede estar. Dadle un rato.

Y se fue calle abajo, saludando a alguien que Candela no vio.

El sobre se quedó en la mesa. Nadie lo tocó. Nadie lo apartó tampoco.

Cenaron tarde, cuando ya no quedaba luz que aprovechar para colocar. Marina había traído del Espigón una tortilla de patatas todavía tibia, un táper de ensaladilla y medio pan, porque el bar

seguía abierto y ella tenía que estar allí a las ocho de la mañana, y porque a Marina darle de comer a la gente era lo que sabía hacer con las manos cuando las manos no sabían qué otra cosa hacer. Puso la mesa, que a esas alturas se ponía sola: ella de espaldas al fogón, para levantarse a por lo que hiciera falta. Rocío se sentó de cara a la ventana. África en la esquina. Y Candela, sin pensarlo, ocupó la silla que daba a la pared, la que no tenía vistas a nada, la de siempre, porque de cara a la pared se cuentan mejor las juntas de los azulejos y no la ve a una nadie contarlas.

Había una silla vacía. La de la cabecera, la que daba a la puerta. Nadie se sentó en ella y nadie la quitó. Se apretaron las cuatro en el otro lado de la mesa, hombro con hombro casi, dejando la cabecera sola, y ninguna dijo por qué, porque en aquella cocina la cabecera había tenido dueña cuarenta años y no era cosa de estrenarla la primera noche.

—Está buena la tortilla, Marina —dijo Rocío.

—Poco hecha, como a ti te gustaba. —Marina lo dijo sin pensar, y en cuanto lo dijo se quedó con el tenedor en el aire, sorprendida de acordarse—. Vamos, como te gustaba de cría. A saber ahora.

—Sigue igual.

Comieron. Sonaban los cubiertos, sonaba la nevera, sonaba abajo, muy lejos, el pueblo montando algo en la playa: golpes de martillo, un remolque, voces. Estaban clavando los palés para las hogueras de San Juan, que era pasado mañana. Candela lo oía y contaba los golpes sin querer, y se tocaba la muñeca, y partía la ensaladilla en trozos cada vez más chicos sin llevárselos a la boca. Dos días. Pasado mañana. La yema del esqueje cerrada, seis hojas, las juntas del azulejo —siete de arriba abajo—, el martillo abajo, la silla vacía a su izquierda. Enumeró para dentro hasta que el pecho se le puso otra vez donde tenía que estar.

—Voy a recoger yo —dijo, y se levantó antes que nadie.

Al rato, Sebas se puso la chaqueta para volverse a casa, porque la condición hablaba de que durmieran ellas, las cuatro, y lo de los maridos nadie lo había preguntado todavía; y porque aquella primera noche era de ellas, eso no hacía falta que lo dejara dicho nadie. Había subido a echar una mano con las cajas y a traer la

cena, y ahora se iba. Marina lo acompañó a la cancela. No fue una despedida de las que se cuentan: un «hasta mañana en el bar», la mano de él en la nuca de ella, y Marina se quedó dentro, en su cuarto de abajo, la primera de sus noventa y dos. Tenía el tamaño exacto de una cosa pequeña que todavía no dolía. Rocío y África salieron un momento a la calle a que se les fuera el polvo de la obra de encima. Desde la esquina se veía la playa del Chorrillo, allá abajo, y las siluetas de los que armaban las hogueras contra lo último del cielo.

—¿Bajas? —le dijo Rocío desde la cancela—. A estirar las piernas. A ver el mar.

—Ahora salgo —dijo Candela.

No salió. Se quedó en la cocina, secando un vaso que ya estaba seco, oyéndolas bajar la cuesta, y cuando dejó de oírlas se acercó a la ventana pero no la abrió. Desde allí el mar era una franja oscura sin fondo. Ella lo miró un ratillo desde dentro, con el vaso en la mano, y luego corrió un poco el visillo, lo justo, y se puso a regar las aromáticas que había dejado en el poyete, una por una, con un chorrito de nada, que a esas horas casi no hace falta pero calma.

Cuando terminó, apagó la luz grande y dejó solo la amarilla.

En la mesa, apoyado en el vaso, con el uno mirando a la cocina vacía, seguía el sobre. Cerrado. Nadie lo había abierto. Candela se quedó un momento delante, con las llaves a un lado y la del cordón un poco aparte, y pensó que aquella noche empezaba algo y que aquel sobre lo sabía todo y ellas todavía no.

Se fue a la cama sin apagar la luz de la cocina, por si la última en subir la necesitaba.

Capítulo 6

La Almadraba, junio de 2026

A las diez de la noche el pueblo entero olía a pólvora y a sardinas, y las cuatro seguían dentro de la casa como si el olor fuera a subir la cuesta y a llamar a la cancela.

Abajo, La Almadraba hacía lo que hace todos los veintitrés de junio: montaba su fiesta. Subían por la calle Magnolia los ruidos de siempre —un petardo, otro, la megafonía del ayuntamiento probando el micrófono, una de reguetón que ganaba y perdía según el aire— y subía también, por debajo de todo, el humo de la sardinada, ese olor que se te mete en la ropa y no se va en tres lavados. El pueblo llevaba años recuperando esta noche. La había ido normalizando poco a poco, como todo, hasta devolverle su forma antigua de verbena tonta y feliz. Solo cuatro personas en toda La Almadraba sabían exactamente qué fecha era, y las cuatro estaban en la misma casa sin decírselo.

Rocío la contó igual, por dentro, porque contar era su oficio. Dieciocho. Del 2008 al 2026 iban dieciocho, ni uno más ni uno menos, y le salió la cifra redonda y fría como cuando daba en directo el número de muertos de un temporal. Estaban las cuatro repartidas por el salón sin decidir nada. Marina de pie junto a la ventana, con los brazos cruzados, mirando abajo. África en el sofá con el portátil cerrado encima de las rodillas y sin abrirlo. Candela en el suelo, con la espalda contra la pared, tocándose la muñeca. Y Rocío en la silla de la cocina que ya era la suya, la de cara a la ventana, con el móvil en la mano, mirándolo sin verlo.

—Sebas está solo en el bar —dijo Marina, sin volverse—. Esta noche facturan más que en agosto entero.

Nadie contestó. Que Marina hubiera dejado el Espigón lleno hasta la bandera en la mejor noche del año, y estuviera aquí arriba, con las manos vacías, mirando por una ventana, lo decía todo sin que hiciera falta decirlo.

—Podemos bajar —dijo Rocío. Le salió con la voz de dar paso, la de proponer un directo desde un sitio incómodo—. O no.

—Yo no bajo a la playa —dijo Candela, deprisa, y volvió a la muñeca.

—Nadie ha dicho la playa. Bajar a la calle. A que nos dé el aire.

Bajaron. No lo decidió ninguna; se levantaron una detrás de otra, porque ya no se aguantaba sentada, y salieron a la cuesta, y la cuesta las fue llevando abajo casi sin querer, porque una calle en pendiente empuja para el mismo lado que el pueblo. En la esquina de la plaza el ruido se hizo grande de golpe: las casetas, los puestos, un tenderete de algodón de azúcar rosa girando en su bombo. Rocío lo vio y apartó la vista con oficio, con la misma limpieza con que se corta un plano que no toca. Algodón de azúcar. No esta noche.

Llegaron al paseo, el que va por encima de la playa del Chorrillo. Abajo, en la arena, ardían las hogueras. La de los quintos era la más alta, como todos los años, una torre de palés y puertas viejas que crepitaba lanzando pavesas al aire negro, y alrededor de ella el pueblo entero era una sombra que reía. Rocío se quedó mirándola. Se acordó, sin buscarlo, de que Nico juraba cada verano que la del año siguiente llevaría dos puertas más. Lo archivó donde archivaba esas cosas, y le dolió el sitio.

Bajaron las escaleras del paseo a la arena. Las tres. Candela se quedó arriba, en el último escalón, con la punta de las zapatillas justo en el borde de cemento, donde se acaba el paseo y empieza a bajar la arena. No dijo nada. No puso ninguna excusa. Se quedó allí de pie, con los brazos cruzados, mirando el fuego desde arriba, desde la orilla de otra cosa, y ninguna de las tres le preguntó por qué, porque llevaban ya tres días aprendiendo a no preguntarle a Candela por los sitios donde se paraba.

En la arena hacía calor de hoguera por delante y fresco de junio por detrás. Olía a pescado y a leña. Rocío realizó la escena sin querer, por costumbre: el plano habría sido ese, el pueblo de

espaldas al mar, todo el mundo de cara al fuego, nadie mirando el agua negra que era, después de todo, de lo que iba la noche.

—Chiquillas, ¿escribís? —La del estanco pasaba entre la gente con un montón de papelitos cortados a mano y un puñado de lápices de esos de apuntar la quiniela—. Uno cada una, que es gratis. Se escribe lo que quieres dejar atrás y a la candela con él. Lo que no quieras que vuelva.

Les puso a cada una un papel en la mano sin esperar respuesta, del modo en que las señoras de pueblo reparten las cosas, que es sin permiso.

—Yo todos los años echo lo mismo —siguió, ya repartiendo a otros—: la artrosis y a mi consuegra. Y ahí siguen las dos, mira tú, tan vivas. Pero una se queda descansada. —Se rio sola, se guardó un papel de más en el mandil, y entonces, bajando la voz a ese tono con que en los pueblos se dicen las cosas de peso como si no lo tuvieran, añadió, mirando a Rocío—: Y este año echadle uno al pobre Nico Herrera, mi arma, que dieciocho años son muchos para andar cargando con un muerto. Ya toca soltarlo, criaturas. Que en paz descanse.

Y se fue, tan tranquila, a repartir papelitos más allá.

Lo dijo con buena intención. Lo dijo con la misma naturalidad con que en La Almadraba se nombra a Nico desde hace años, sin bajar ya los ojos, con la costumbre puesta encima como una manta: el pobre Nico Herrera, que en paz descanse. El pueblo lo había soltado hacía mucho. Podía nombrarlo en una verbena, entre una sardina y un cohete, y seguir bailando. Rocío se quedó con el papelito en la mano, en blanco, y el lápiz sin estrenar, y no supo qué se escribe en un papel para que no vuelva una persona que llevas todos estos años queriendo que vuelva.

—Vámonos —dijo Candela desde arriba, desde su escalón, que lo había oído todo—. Yo me subo.

—Espérate —dijo Marina.

—Que me subo, Marina.

—Que te esperes un segundo, hija, que no pasa nada por…

—No estoy en la arena. —A Candela se le acortó la voz, se le puso de contar peldaños—. Y no voy a bajar. Y no me da la gana de

que me lo pregunten. Ninguna. Ni tú.

Y ahí saltó. No por Candela; Candela fue solo la cerilla. Saltó por todos los años de papel guardado, por el pobre Nico dicho a la ligera, por la hoguera de los quintos ardiendo tan alta como si no hubiera pasado nada. Marina se volvió, y ya no era a Candela a quien miraba.

—¿Sabéis lo que pasa? —Le temblaba el mandil que no llevaba puesto, las manos buscándolo—. Que vosotras lo soltáis cuando os da la gana, porque no lo tenéis delante. Tú —a Rocío— te lo llevaste a Madrid hace dieciocho años y no has vuelto a pisar esta playa hasta hoy. Nosotras lo tenemos aquí abajo todas las noches de verano. Todas. Así que no me vengas tú ahora a las hogueras con cara de duelo, que a ti se te apaga con el mando a distancia.

Era injusto y las cuatro lo sabían. Era desmedido, iba demasiado adentro, y apuntaba mal, como si Marina hubiera cogido carrerilla para pegarle a otra persona y le hubiera salido Rocío por el medio. Rocío no supo, esa noche, por qué a Marina le salía la rabia con ella con tanta puntería y tan torcida a la vez. Le contestó de todas formas, porque le habían dado en el sitio.

—¿Que a mí se me apaga con el mando? —Se le fue el plató de la voz, se le abrió el sur en la boca, el que solo le salía al reírse fuerte o al enfadarse—. ¿Tú qué sabrás lo que cargo yo?

—Sé lo que cargamos todas. Lo mismo. Un amigo muerto.

—No. —Y ahí lo dijo. Se oyó decirlo desde fuera, como se oye una voz en pinganillo—: No era un amigo, Marina. Era mi novio.

El fuego seguía crepitando. Alguien, a diez metros, se reía de algo.

—Desde la feria de mayo. De aquel mayo. En secreto, porque él me dijo que si se sabía cambiaba todo, y yo le dije que vale, que nuestro, de momento. —Le salía atropellado ahora, sin minutar, sin corte—. Y estuvimos así hasta el final. Los dos. Nadie lo supo. Me dijo que si se sabía cambiaba todo. Y mira.

Y detrás de «hasta el final» había una noche entera que no cabía en la frase, y Rocío la dobló hacia dentro y cerró, con el mismo gesto seco con que se corta un directo que se va de tiempo. Ahí no. Eso era otra cosa, y esa noche no se daba, ni a estas, ni todavía, ni

a lo mejor nunca. Se quedó con el papelito en blanco en la mano y notó que le temblaba.

Y entonces las miró. Las realizó, una por una, buscando en la cara de cada una el primer plano de la sorpresa, que era lo que venía después de una noticia así.

África se había quedado muy quieta. No se llevó la mano a la boca, no dijo «qué me estás contando», no hizo nada de lo que hace la gente. Bajó la voz —la bajaba siempre cuando algo le importaba de verdad— y preguntó una cosa rara, que no era la que se pregunta.

—¿Desde mayo? —Y, como Rocío no contestaba de puro desconcierto—: La feria. ¿Seguro que desde la feria de mayo? ¿No antes?

—Desde la feria —dijo Rocío—. ¿Qué más da cuándo?

África no contestó qué más daba. Se recolocó el reloj en la muñeca, despacio, con los dos dedos, y miró el fuego, y a los pocos minutos dijo que se subía, que le estaba dando el humo en los ojos, y se subió.

Y las otras dos. Ahí fue donde Rocío, en mitad del directo, con la garganta abierta y el papel temblando, registró una cosa que no tuvo fuerzas para pararse a pensar: que ni la cara de Marina ni la de Candela habían cambiado. Ni un músculo. Ella acababa de romper el secreto más grande de su vida y dos de las tres lo habían recibido como una noticia ya sabida. Lo vio, lo archivó en el sitio de las cosas que no cuadran, y siguió, porque no daba para más.

Candela fue la primera en irse del todo. Se dio media vuelta en su escalón sin despedirse, y Rocío la vio subir la cuesta contando algo con los labios, las farolas o los escalones o lo que fuera, con las manos hundidas en las mangas.

Subieron las cuatro por caminos parecidos y separados, como bajaron. En la puerta del número siete, en el felpudo, Rocío se miró los zapatos antes de entrar y se los quitó de un talón contra el otro para no meter la playa en la casa. Cayó arena. De los suyos, de los de Marina, de los de África. Tres pares con arena y uno sin ella, alineados en el escalón, y la de Candela, que no había pisado la arena, limpia del todo.

Fueron entrando a la cocina de una en una, porque en aquella casa se acababa siempre en la cocina. Marina encendió la luz grande y la volvió a apagar, y dejó solo la amarilla, la de Remedios, la que se quedaba puesta por si la última en subir la necesitaba. A esa luz se sentaron. Marina de espaldas al fogón. Rocío de cara a la ventana. África en la esquina. Candela de cara a la pared. Y la cabecera, la que daba a la puerta, vacía, como llevaba vacía tres noches.

En el centro de la mesa, apoyado en el vaso para que se tuviera derecho, con el uno mirando a la cocina, seguía el sobre. Llevaba allí dos días. Nadie lo había tocado.

Rocío alargó la mano y lo cogió. No lo decidió más de lo que había decidido bajar a la playa. Lo abrió con el pulgar por el borde y sacó una cuartilla sola —dentro no había nada más, ni foto, ni nota, nada—, escrita con aquella letra que se agarraba al renglón con el pulso ya prestado, temblona, torcida hacia el final de cada línea. La leyó en voz alta porque las otras tres la estaban mirando, y porque las cartas de Remedios se leían en alto, que para eso les había enseñado ella a leer.

> *Ve a cenar a casa de los Herrera. Llévale un libro a Lucía: te espera desde antes de conocerte. Y mírale la cara a Gonzalo sin pedirle perdón con los ojos, que no te ha acusado nadie más que tú.*

Nadie dijo nada.

La última frase se quedó en la cocina como el humo del cortado en un bar a oscuras. *No te ha acusado nadie más que tú.* Remedios, muerta hacía veintiséis días, le contestaba a Rocío justo lo que Rocío acababa de gritar en la playa, sin haberlo oído, porque lo sabía desde antes, porque lo llevaba sabiendo dieciocho años. Le caía encima como una losa y a la vez le abría una puerta, y las dos cosas pesaban lo mismo.

No la comentaron. En aquella casa lo que más pesaba se decía con las manos. Marina cogió la bayeta y le pasó a la mesa un repaso

que la mesa no necesitaba, dos veces, por el mismo sitio. África se recolocó el reloj. Candela se puso el pulgar en la magnolia de la muñeca y contó por dentro las juntas de los azulejos, siete de arriba abajo, sin que se le moviera la cara. Rocío dejó la cuartilla otra vez en el centro de la mesa, donde había estado el sobre, apoyada en el mismo vaso, y se quedó mirándola sin verla.

Después se llevó dos dedos a la ceja izquierda, a la cicatriz, a aquel sitio pequeño y tonto por donde el cuerpo se acuerda de las cosas, y no dijo nada más.

La cabecera seguía vacía. Daba a la puerta, por si entraba alguien.

Capítulo 7

La Almadraba, junio de 2026

Un libro para Lucía. Eso decía la carta, y la carta era la escaleta de aquella semana, así que Rocío llevaba media tarde de pie delante de las estanterías del salón del número siete buscando el plano que Remedios ya tenía montado.

Podía haberlo comprado. Bajar a Cádiz, entrar en la librería de la calle Ancha, pedir cualquier cosa con dibujos y un lazo, cumplir el trámite. Pero la carta no decía «cómprale». Decía «llévale». Y decía una cosa más, en presente, que se le había quedado atravesada desde San Juan: *te espera desde antes de conocerte*. Un libro no espera en una librería; en una librería está a la venta. Espera el que ya está en un sitio.

Así que buscó en la casa.

Las estanterías del salón eran las de una maestra: pocas novelas de las gordas y muchos libros pequeños, de los de leer en voz alta, colocados con un orden que solo Remedios entendería. Teo había tapado la mitad con plásticos por la obra de las vigas. Rocío los fue apartando, tosiendo el polvo, hasta que en el estante de abajo, el que quedaba a la altura de un niño, dio con una fila de tomos forrados igual, con el plástico grueso de biblioteca de colegio y las esquinas romas de tanta mano. Los sacó de uno en uno. Y allí estaba.

Matilda. Forrado como los demás, el lomo blando, la portada de la niña con la trenza y la pila de libros. Lo abrió por la primera página y se le fue el aire lo que dura leer una línea, porque en la esquina de arriba, con aquella letra de antes, la firme, la que agarraba el renglón sin temblarle todavía, ponía: *Biblioteca de aula. Doña Remedios. Se lee y se devuelve.*

Este. Este era el que les había leído a ellas. Le vino el recuerdo entero, de una pieza: las cuatro tiradas en la alfombra de aquel mismo salón, ocho o nueve años, un invierno, y Remedios en el sillón haciendo la voz de la Trunchbull para que se rieran de miedo. Este ejemplar, no otro, llevaba en esa estantería desde entonces, esperando a que hiciera falta.

Se sentó en el brazo del sillón con el libro en la mano y entendió la frase. No había milagro ninguno. Remedios había sido maestra cuarenta años, tenía sus libros, y escribió la carta sabiendo lo que había en sus estanterías; sabiendo que el que quería para Lucía llevaba ahí un montón de años, desde mucho antes de que Lucía naciera. *Te espera desde antes de conocerte.* Era verdad. Era literal. Rocío, que se ganaba la vida midiendo las palabras, se quedó quieta con el susto que da una palabra dicha exacta.

Se metió el libro en el bolso y bajó la cuesta a pie, dejando el Audi aparcado donde llevaba tres días, torcido junto a la cancela del siete. A la lonja se iba andando. A casa de los muertos, también.

Había ido a ver a Pepa el jueves, con la carta guardada en el bolso, el salvoconducto por si le fallaban las palabras en la puerta. No le hizo falta enseñarla. Se plantó en la puerta de la casa de junto a la lonja, dijo «Pepa, que Remedios me dejó dicho que viniera a cenar», y a Pepa se le encendió la cara antes de que Rocío terminara la frase.

—Pues el viernes —había dicho Pepa, agarrándola de las dos manos—. ¿El viernes te viene? Que viene Gonzalo con la niña. Y trae hambre, mi arma, que aquí se cena.

No preguntó por qué. No preguntó a cuento de qué Remedios mandaba a cenar a una chica que llevaba dieciocho años sin pisar el pueblo. A Remedios no se le llevaba la contraria, ni viva ni muerta, y menos si te mandaba compañía para una mesa que se había quedado grande.

La casa olía a fritura y a mar de cerca, ese mar de trabajo que huele a hielo y a caja de pescado, distinto del de la playa. Pepa abrió con un paño en la mano y la metió para dentro a empujones de cariño. Sesenta y ocho años, bajita, el luto ya descolorido a gris de tanto ponérselo.

—Pasa, pasa, no te quedes en la puerta como la visita. Que tú no eres la visita, tú eres de las de siempre.

Y ahí, en el recibidor, empezó lo que Rocío había venido temiendo sin saber ponerle imagen. La casa estaba llena de Nico. En la cómoda del pasillo, en un marco de plata, Nico de comunión. En la pared de la escalera, Nico de quince en una barca, entornando los ojos al sol. En el aparador del comedor, la grande, la de estudio: Nico con diecinueve recién cumplidos, la última, con esa media sonrisa de crío bueno que Rocío conocía por dentro y por fuera. Diecinueve para siempre. Iba a cenar debajo de aquella cara, la noche entera con su novio mirándola desde la pared con la edad congelada, mientras ella cumplía treinta y cinco y se retocaba el pelo delante del cristal oscuro del aparador para nadie.

—Rocío. —Gonzalo se levantó de la mesa. Le tendió la mano, grande, seca, de patrón—. Gracias por venir.

—Gracias a vosotros.

Y ahí estaba la orden de la carta, en la primera frase. *Mírale la cara sin pedirle perdón con los ojos.* Rocío se obligó. Le sostuvo la mirada el tiempo justo de un plano corto y le costó lo que no está escrito, porque le salía solo el gesto de bajarla, de decirle con los ojos una cosa que él no sabía y no tenía por qué saber. No la bajó. Miró a Gonzalo Herrera a los ojos, que eran los de Nico pero de otra manera, más lentos, más cansados, y no le pidió perdón. Fue como aguantar un directo con el pinganillo gritándote que cortes.

—Siéntate aquí, anda —dijo Pepa, y le retiró una silla.

Fue entonces cuando Rocío la realizó, la escena entera, sin querer, por oficio. Había una ventana en el comedor que daba al puerto, a los mástiles y a la línea del agua poniéndose ya de color de tarde. Y Pepa, que podía sentarse en cualquiera de las seis sillas de su propia mesa, fue a sentarse en la única que le daba el mar a la espalda, con la naturalidad de quien lleva dieciocho años sentándose así, de espaldas al agua que se llevó a su hijo. A Rocío se le quedó el plano dentro y se lo guardó. Hay cosas que se ven mejor si no las mira una dos veces.

—Bueno, ¿y a esta quién es? —Lucía había entrado corriendo de la cocina con un vaso de Fanta de naranja en la mano, y se paró en

seco a inspeccionar a la desconocida con esa falta de vergüenza de los nueve años.

—Rocío. Una amiga de tu tío Nico —dijo Pepa—. De cuando erais chicas, ¿verdad, mi arma?

—De cuando éramos chicas.

Lucía la miró entornando los ojos, igualita que su padre, igualita que Nico en la foto de la barca. Y entonces se le abrió la cara.

—¡Tú eres la de la tele!

—Lucía —dijo Gonzalo.

—¡Que sí! ¡Que es la señora de las noticias! —Lucía se volvió a su abuela con el escándalo del descubrimiento—. Abuela, ¡si es la de las noticias, la que ves tú en el ordenador!

Y ahí Pepa se puso a recoger un vaso que no había que recoger.

—Ay, calla, criatura, no digas tonterías.

Pero ya estaba dicho, y Rocío lo cogió al vuelo aunque hubiera preferido no cogerlo. Pepa la veía. Pepa la veía dar las noticias por internet, en una aplicación que alguien le habría puesto, desde Madrid, desde hacía años. La madre de Nico llevaba años viendo la cara de una de las amigas de su hijo muerto sostenerse delante de dos millones de personas, y no se lo había dicho a nadie, y no se lo iba a decir a ella si la niña no lo suelta. Rocío tuvo que bajar la vista al plato lo justo y hacer como que se colocaba la servilleta. Ea. Esa sí que no la vio venir.

—Pues sí —dijo, cuando pudo, con la voz de dar paso a otra cosa —. Soy la de las noticias.

—¿Y sales todos los días?

—De lunes a viernes.

—¿Y no te da vergüenza?

—Lucía, hija, deja comer a la gente —dijo Gonzalo, pero por debajo del regaño le tembló algo que en otra cara habría sido una sonrisa. Y le puso a la niña en el plato, sin mirar, con dos dedos, el trozo bueno del pescado, el de sin espinas, apartándoselo del suyo. Lo hizo sin mirar, de las mil veces que ya lo había hecho. Y a Rocío le vino de golpe, sin permiso, la feria de 2008, Nico acercándole un plato de pescaíto a su padre y diciéndole algo al oído que hizo reír al viejo. El mismo gesto, la misma mano de acercar comida a quien se

quiere, bajando de padre a hijo y de hermano a sobrina, dando de comer a los que quedaban.

La cena fue de esas que salvan los niños. Lucía llevó el peso de la conversación ella sola, contando el colegio, la piscina —que a nadar la había enseñado su madre, dijo así, en pasado, con la naturalidad tremenda de los críos que ya han colocado a sus muertos en su sitio —, una amiga que se llamaba también Lucía y era «la Lucía mala», mientras Pepa iba sacando fuentes que no cabían y diciendo «come, mi niña, que estás en los huesos» a todo el mundo por igual, a Rocío la primera. Gonzalo hablaba corto, de tres palabras, y solo cuando le preguntaban. Pero Rocío, que se ganaba la vida viendo quién miente en el primer plano y quién no, veía otra cosa: un hombre que se levantaba a por el agua antes de que su madre la pidiera y vigilaba de reojo que Lucía comiera. El que se quedó. Mientras ella hacía las noticias en Madrid, alguien tenía que quedarse a sostener esto, y le había tocado a él.

En un momento, entre plato y plato, Pepa se limpió las manos en el paño y miró a Rocío de una manera distinta y dijo lo que llevaba toda la noche guardado:

—Qué bien que has venido, mi arma. —Y bajó la voz, la puso de decir las cosas de peso—. Tú eras de las que más lo querían, ¿verdad? A mi Nico. Se te nota, mira. Se te nota todavía.

Lo dijo con una ternura que no sabía adónde iba a dar, sin saber que acertaba en el centro exacto de la diana: le estaba diciendo a la novia secreta de su hijo, tantos años después, que se le notaba el querer. Rocío tuvo que coger el vaso de agua y beber, para hacer algo con las manos y la garganta, mientras por dentro se le venía abajo un edificio sin ruido. Notó que le empezaba el sur en la boca, esa cosa que se le escapaba solo al reírse fuerte o al no poder más, y se lo tragó con el agua.

—Mucho —dijo, y no le salió más grande. Bastó. En aquella mesa, «mucho» era una palabra del tamaño justo.

Después, cuando Pepa se llevó a Lucía a lavarse los dientes entre protestas, Rocío se levantó a llevar los platos a la cocina, por tener las manos en algo, y Gonzalo entró detrás con las fuentes. Se

quedaron los dos solos en aquella cocina pequeña, con el grifo abierto, muy cerca por fuerza del sitio.

—No tenías por qué venir —dijo él, dejando las fuentes en el mármol—. Lo digo en serio. Lo de Remedios era un decir. Nadie te lo iba a tener en cuenta.

—Quería venir. —Y era verdad, aunque fuera una verdad con dieciocho años dentro que no cabían en la cocina.

Gonzalo cerró el grifo. Se volvió, y la miró de frente, sin prisa, con esa lentitud suya de hombre que mide el mar antes de salir.

—Mi madre lleva sin cenar con gente desde que murió mi padre. —Se apoyó en el mármol—. Se apaña, ¿eh? No te creas. Pero pone una silla de más y no se sienta nadie. Esta noche se ha sentado alguien. —Hizo una pausa corta, de tres palabras contadas—. Gracias por eso.

Y ahí Rocío estuvo a un pelo. Estuvo a punto de decirle lo que no se dice, de abrir la puerta que la carta le prohibía abrir, porque el querer callado pesa y las ganas de soltarlo eran de las que empujan. Pero ahí no se entraba. Cerró, con el mismo gesto seco con que se corta un directo que se va de tiempo, e hizo lo único que la carta le pedía: le miró la cara a Gonzalo Herrera y no le pidió perdón con los ojos. Lo miró por primera vez de verdad, a la cara que tenía delante y no a la que arrastraba por dentro. Y él le devolvió la mirada, tranquilo, sin acusarla de nada, porque no tenía nada de qué; el único juzgado en aquella cocina era el que Rocío llevaba montado por dentro desde entonces. *No te ha acusado nadie más que tú.* Lo entendió allí, con las manos mojadas, mejor que en la playa.

Duró lo que dura eso. Un plano. Puede que dos. Después Lucía irrumpió en la cocina con el pijama puesto y el pelo mojado, cortándolo todo, que para eso están los niños.

—Espera. —Rocío sacó el libro del bolso antes de que se le fuera la niña otra vez—. Que esto es para ti. Te lo he traído.

Lucía cogió el libro con las dos manos, con el respeto de un regalo que no esperaba, y le dio la vuelta, y lo abrió por la primera página con dos dedos, con el respeto de los mayores, sin saber muy bien por dónde. Se quedó mirando la letra de la esquina.

—Pone «doña Remedios» —leyó, juntando las sílabas—. ¿La de la casa de la magnolia? ¿La que se ha muerto?

—Esa. Era su libro. Se lo leía a las niñas, hace muchos años. —Rocío tragó—. A mí me lo leyó.

—¿Y ahora es mío?

—Ahora es tuyo. Te estaba esperando.

Lucía lo apretó contra el pijama, satisfecha, sin hacer más preguntas, porque a los nueve años que una cosa te estuviera esperando es lo más normal del mundo. Y entonces, ya con el libro suyo bien agarrado, se acordó del otro asunto.

—Oye. ¿Tú vuelves?

—¿Cómo que si vuelvo?

—A cenar. O al colegio. Es que en septiembre vamos a hacer una radio, la seño lo ha dicho, una radio de verdad para contar las cosas del pueblo, y no sabemos hablar en el micro ninguno. Y tú sabes. —Lo dijo como quien cierra un trato ya hecho—. Así que vienes y nos enseñas. ¿Vale?

—Lucía —empezó Gonzalo.

—Vale —dijo Rocío.

No lo pensó más de lo que había pensado bajar a la playa en San Juan. Se le escapó el sí antes que la cabeza, y en cuanto lo dijo supo que se había comprometido a volver, a un colegio, en septiembre, a un pueblo al que no bajaba desde que se fue. Lucía asintió una vez, con el libro y el asunto ya resueltos, y se fue a darle las buenas noches a su abuela.

Gonzalo la acompañó a la puerta. Fuera ya era de noche y olía a la lonja y, más abajo, a la sardinada de tres días atrás que todavía no se había ido del todo del pueblo.

—No hace falta que vengas al colegio —dijo él, en el escalón—. Se le olvida en dos días.

—A lo mejor no se me olvida a mí —dijo Rocío.

Y bajó la cuesta hacia el número siete, sola, con el móvil en la mano mirándolo sin verlo, y con la cara de Nico todavía puesta detrás de los ojos, mirándola desde una pared con diecinueve años para siempre.

Capítulo 8

La Almadraba, junio de 2008

A Nico no le cobraba. Eso era todo, y era todo lo que Marina Quintero sabía decirle.

Se lo llevaba diciendo desde los catorce años sin que él se enterara. Le ponía la caña antes de que la pidiera, con su chorrito de casera porque a Nico la cerveza sola le daba acidez, y cuando él sacaba las monedas del bolsillo del pantalón de faena, ella ya estaba en la otra punta de la barra, de espaldas, secando un vaso que no había que secar. «Anda, déjalo.» Nico dejaba las monedas en el platillo de las propinas, que para el caso era lo mismo y no era lo mismo, y se marchaba tan contento sin saber que acababa de pasar por caja de la única manera que Marina tenía de quererlo.

Porque en El Espigón se pagaba todo menos eso. El bar era de sus padres —de su madre, más bien, que mandaba en la barra igual que mandaba en la caseta de la feria, con un ojo en el fuego y otro en la calle—, y se llamaba así desde antes de que Marina naciera, por el espigón viejo del fondo de la plaza. Marina había aprendido a andar agarrada a aquel mostrador y sabía sacar una comanda antes que las tablas de multiplicar. Cobrar era para ella tan natural como respirar: sabía quién fiaba y hasta cuándo, quién se dejaba la voluntad y quién contaba las vueltas. En aquel pueblo, querer a la gente y cobrarle a la gente eran dos oficios que ella hacía con las mismas manos y no confundía nunca. Menos con Nico. A Nico lo quería mal, es decir, gratis.

Aquella semana el bar estaba puesto de estudio. La Selectividad la tenían encima —la semana siguiente, decían las cuatro, y lo decían con el respeto de una tormenta que ya se oye—, y las tardes se les iban en la mesa del rincón con los apuntes fotocopiados hasta

la ceguera, esos folios grises de tanto pasar por la máquina del papelero, subrayados con tres colores y anotados por los cuatro cantos. Rocío se sabía la historia de memoria y aun así la repasaba en voz alta como si diera las noticias. Candela iba contando temas que le faltaban, uno, dos, tres, y cuando llegaba al siete se le empezaba a acelerar la cuenta y había que quitarle el boli. África estudiaba idiomas sin abrir la boca, altísima y callada, con la cabeza en otro sitio, y Marina lo achacó a que a cada una la Selectividad le daba por un lado y a África le daba por dentro.

Ella estudiaba a ratos, entre caña y caña, con el temario abierto junto a la caja y una libreta en la que lo mismo apuntaba una comanda que una fecha de la Guerra Civil. La hija del bar no tenía tarde libre para nadie, y menos en junio.

—Illa, siéntate un rato con nosotras, que te va a caer el tema de las autonomías —le decía Rocío.

—Sentaos vosotras, que yo el tema de las autonomías me lo sé por los que piden fino y los que piden manzanilla.

Sebas se reía en la cocina cuando Marina soltaba una de esas. Se reía él solo y asomaba la cabeza por el pasaplatos con la cara colorada del fuego para no perderse la siguiente. Sebas Romero tenía diecinueve años y era el pinche que había puesto su madre para el verano, un chaval grande y torpe de Barbate que rompía más vasos de los que fregaba y que aprendía las cosas a la tercera, pero a la tercera se le quedaban para siempre. Freía un pescado como los ángeles. Era el primero en llegar y el último en colgar el mandil, y tenía una manera de estar pendiente de Marina que a ella le calentaba la nuca sin necesidad de volverse. Le guardaba el último montadito. Le subía las cajas de cascos sin que se lo pidiera. Cuando ella decía una gracia, él la celebraba como si le hubieran regalado algo.

—¿Te ayudo a bajar la persiana? —le preguntaba al cerrar, todas las noches, aunque la persiana la bajaba Marina con un dedo.

—Que puedo yo, Sebas.

—Ya. Por si acaso.

Marina lo dejaba estar. Sebas era bueno, y a los buenos una les tiene ley aunque no les tenga otra cosa. Lo miraba fregar la plancha

con aquel empeño de niño grande y pensaba, sin pena y sin gana, que un día de estos habría que decirle algo, porque un chico así no ronda a una chica de aquella manera por deporte. Y se le iban los ojos a la puerta, por si entraba quien no iba a entrar de aquella manera.

El martes puso España el primer partido de la Eurocopa y el bar se llenó de hombres y de humo y de gritos. Marina no se sentó en tres horas; cuatro le metieron a Rusia, y ella cerró la caja con la espalda partida y contenta, que había noches en que el bar era todo lo que había.

Fue dos tardes después, volviendo de un recado, cuando se le clavó la primera espina.

Su madre la había mandado a la cofradía a por hielo, que el arcón viejo se había rendido con la calor, y Marina volvía por el paseo con las bolsas pesándole en los dedos y el pueblo entero dorado de esa luz de las nueve menos cuarto de junio, cuando el sol se pone a la altura de las azoteas y todo parece pintado a mano. El paseo iba vacío. La marea, baja. Y allá al fondo, sobre las piedras del espigón viejo, había dos que no eran pescadores.

Marina los conocía de espaldas. Habría conocido a Nico Herrera de espaldas en mitad de una feria, con lo que ella lo llevaba mirando. Estaba sentado en la última roca con los pies colgando hacia el agua, y a su lado, muy pegada, con la cabeza en el hueco de su hombro como si aquel hueco fuera suyo de toda la vida, estaba Rocío. No hacían nada. Y lo hacían todo. Nico giró la cara y le dijo algo bajito, y Rocío se rio y le buscó la boca, y se besaron despacio, con esa calma de los que ya no es la primera vez, con el mar detrás poniéndose colorado.

Marina se quedó parada en el paseo con el hielo derritiéndosele en las bolsas.

No la vieron. No las veía nadie: el espigón viejo, a aquella hora, era el sitio más solo del pueblo. Y Marina, que había pasado por caja a media Almadraba, hizo en dos segundos la cuenta más rápida de su vida y le salió redonda: el mes entero se le cuadró de una. Que Rocío y Nico llegaran al bar por separado y se fueran por separado. Que no se sentaran nunca juntos en la mesa del rincón. Que Rocío

anduviera desde la feria como en las nubes, retocándose el pelo para nadie, con el Messenger puesto una de esas de Melendi que antes le daban risa. Que a Nico, cuando entraba, se le fuera la mirada un instante a la esquina donde estaba Rocío antes de saludar a nadie. Todo lo que Marina había visto sin verlo se le ordenó como se ordena una caja descuadrada cuando por fin aparece el billete que faltaba. No era nada nuevo. Era ella, que no había querido mirarlo dos veces.

Dio media vuelta antes de que el hielo fuera agua y subió por la otra calle, la de la iglesia, para no pasar por delante del mar. No lloró. Metió el hielo en el arcón, cambió la bombona que estaba a punto, le sacó una ración de calamares a una mesa de guiris y le dijo a su madre que sí, que ya estaba todo. Guardarse las cosas también era un oficio de barra, y en ese lo tenía todas ganadas.

No dijo nada. A quién iba a decírselo, si el secreto no era suyo.

La segunda espina se la clavó ella sola, tres o cuatro días después, y esa fue peor porque venía con letra.

Estudiaban las cuatro en el rincón, era media tarde y el bar iba flojo, y Rocío se levantó a coger algo del baño dejando en la silla la carpeta de anillas, esa de tapas de plástico con fotos del Tuenti pegadas por dentro. Marina pasó por detrás con una bandeja, la rozó con la cadera sin querer, y la carpeta se fue al suelo y se abrió en abanico, y ella se agachó a recoger los folios con la mano libre, deprisa, que en un bar todo se recoge con una mano. Apuntes. Un examen viejo. Y, entre medias, dos papeles que no eran de estudiar.

Uno era una carta con membrete, de una residencia de estudiantes de Madrid, y aunque Marina la leyó a la carrera, agachada, con la bandeja en la otra mano, entendió lo que había que entender: le confirmaban a Rocío Vargas una reserva de plaza para septiembre. El otro era un folleto en papel bueno, a todo color, con una foto de una facultad grande y unas letras que decían Periodismo, Universidad Complutense. Estaba doblado por la mitad, de llevarlo escondido en algún sitio. En el margen, con el boli de Rocío, una cuenta de habitación y comedor que Marina, que de cuentas sabía, leyó de un vistazo.

Se le juntaron las dos espinas dentro y se hicieron una.

Rocío se iba. No lo estaba pensando: lo tenía apalabrado, con carta y con folleto y con la cuenta echada, guardado donde no lo viera nadie. Se iba en septiembre a Madrid y no se lo había dicho a las chicas, ni a su madre a lo mejor, ni —Marina lo supo con el estómago antes que con la cabeza— a Nico. A Nico, que se lo comía a besos en el espigón cuando no los veía el pueblo. Rocío se iba a marchar a la otra punta del mapa y a aquel chico que a Marina le hervía por dentro desde los catorce años lo tenía sentado en una roca sin decirle que en tres meses lo dejaba solo mirando el mar.

Oyó la cadena del baño. Cerró la carpeta con las dos manos, cuadró los folios contra el muslo con dos golpes secos, como una baraja, y la dejó en la silla tal como estaba, con las fotos del Tuenti para arriba. Cuando Rocío volvió y le dio las gracias por recogérsela, Marina ya estaba detrás de la barra sacando dos cafés.

—De nada, illa. Se te había caído.

—Qué torpe soy.

—Cosas que pasan.

No le tembló la voz ni la bandeja. Le habían enseñado a servir con cuarenta grados de fiebre y con el bar lleno el día que se murió su abuelo, y esto no era más que otra cosa que aguantar de pie.

Cerraron tarde. Se fueron marchando las cuatro, África la primera, con esa prisa suya de junio; Candela contándole a Rocío no sé qué de un tema que le faltaba; Rocío con su carpeta bajo el brazo, sin sospechar que la llevaba abierta por dentro para una sola persona. Se quedaron ellos dos recogiendo, Marina y Sebas, con la tele echando el resumen de los partidos sin voz y las sillas patas arriba sobre las mesas.

Sebas pasó la fregona por donde ya estaba fregado. Carraspeó dos veces antes de arrancar.

—Marina. Oye. —Se agarró al palo de la fregona como a un remo —. Que el domingo hay verbena en Zahara, y va gente. Y he pensado que a lo mejor… no sé. Que si te apetece.

Marina estaba pasando la bayeta por la barra. La barra estaba limpia. La había limpiado hacía diez minutos y volvía a pasarle el trapo por el mismo tramo, despacio, dos veces, tres, como si de tanto frotar fuera a sacarle brillo a algo que ya no lo cogía. Miró un

momento la puerta del bar, el trozo de plaza a oscuras, el sitio por donde entraba cada tarde el que no iba a entrar de aquella manera, el que ya tenía dueña y no lo sabía nadie y ella no iba a ser quien lo dijera. Luego miró a Sebas, grande y colorado y bueno, con la fregona en la mano y toda la esperanza del mundo mal disimulada en la cara.

—Vale —dijo—. El domingo.

A Sebas se le encendió la cara, y en seguida se le puso seria otra vez, como si le diera apuro alegrarse tan a lo bestia. No era tonto, Sebas. Le sostuvo la mirada más de la cuenta, y algo vio, o algo intuyó, porque no dijo «qué bien» ni se puso pesado. Dijo:

—Vale. —Y, más bajo, mirando la fregona—: A la hora que tú digas.

Volvió a lo suyo. Marina volvió a lo suyo, que era la barra limpia. Le pasó la bayeta una vez más, por pasarla, por tener las manos en algo mientras se tragaba las dos espinas hasta el fondo, la del espigón y la de los papeles, las dos juntas en el mismo sitio donde guardaba lo que no era suyo contar. No le cabía enfado. Le cabía otra cosa más callada y más de bar: la de quien cuadra una caja que sabe que va a salir descuadrada y aun así la cuadra, porque el bar abre por la mañana y hay que dejarlo todo en su sitio.

Colgó el mandil de Sebas en su gancho. Descolgó el suyo, se lo ató a la cintura con dos vueltas y un nudo hecho a ciegas, y apagó las luces menos la de la caja.

El domingo iría a la verbena de Zahara con un chico bueno, porque era lo que había. Ahora había que fregar el suelo.

Capítulo 9

La Almadraba, julio de 2026

El correo llegaba a La Almadraba a media mañana, y África Soler había hecho suyo el buzón sin que nadie se lo repartiera, igual que había hecho suyas las cuentas del mes: eran las tareas que se podían hacer a solas y con exactitud, y a solas y con exactitud era como África sabía estar en una casa. El martes bajó antes que nadie a la cancela, abrió la tapa de latón y sacó lo de siempre —el recibo de la luz, una propaganda de neumáticos, el folleto de la farmacia— y, debajo, un sobre que no era como los demás.

Membrete azul. Muy limpio, de esos que se imprimen para dar confianza. Lo reconoció antes de leer el remite, porque ya había visto uno igual en la notaría de Inma, doblado con dos dedos y por una esquina, lo justo para no mancharse. Azahar Costa, sociedad limitada. Dirigido «a las señoras del número 7 de la calle Magnolia», en plural y sin nombres, que era la manera educada de no saberse el nombre de nadie.

Lo abrió en el escalón, de pie. Dos párrafos, corteses hasta la exageración, que lamentaban las molestias, se ponían a su entera disposición y, en mitad de la segunda línea, sin darle importancia, soltaban una cifra. África la leyó y la volvió a leer, no porque no la entendiera, sino porque era intérprete y sabía que las cantidades importantes se dicen siempre de refilón, metidas entre dos frases amables, para que parezcan un detalle y no una llave que intenta abrirte por dentro. Debajo, un plazo. «Quedamos a la espera de su respuesta hasta el próximo 31 de julio.» Ni un día de prisa aparente. Toda la prisa del mundo por debajo.

Subió con el fajo del correo y lo dejó en la mesa de la cocina. Marina cogió el sobre azul, lo leyó de pie, sin sentarse, moviendo la

boca con los números, y no dijo lo que estaba pensando, que era mucho. Rocío lo leyó por encima de su hombro y soltó un «hay que ver qué finos», y nada más. Candela ni se acercó. No lo contestó nadie. Al final fue Marina la que lo pegó en la puerta de la nevera con un imán, entre la lista de la compra y un horario de farmacias de guardia, y allí se quedó, el papel más frío de la cocina, apoyado en la nevera con el desdén de una factura que nadie piensa pagar todavía.

Porque en aquella casa se había instalado una rutina, y la rutina, aunque fuera de prestado, era lo más parecido a una tregua. Se habían repartido las cosas sin repartírselas. Marina cocinaba y no dejaba cocinar a nadie más, y bajaba con la Berlingo a por la compra grande. Rocío pegaba listas a la nevera con letra de teleprónter. Candela regaba: había ido colonizando el poyete del patio con las macetas del vivero, las aromáticas y el limonero enano, y a primera hora se la oía trajinar con el chorrito de nada. Y África llevaba el correo y las cuentas, y cuadraba al céntimo lo que otras dejaban sin cuadrar: su manera de poner orden en un sitio donde el orden no dependía de ella.

Después de San Juan algo se había movido de sitio. No se habían perdonado nada —nadie había dicho una palabra de perdón, ni falta que hacía—, pero se hablaban más y se miraban menos, que en aquella casa era la única forma de deshielo posible. Se preguntaban por el pan. Se dejaban el café hecho. La luz amarilla de la cocina seguía encendiéndose sola cada noche, por si la última en subir la necesitaba, y ya nadie preguntaba quién la dejaba puesta. La cuartilla de la primera carta de Remedios seguía en el centro de la mesa, apoyada en el mismo vaso, leída y sin retirar, porque retirarla habría sido decidir algo y aún no tocaba decidir nada.

Arriba, la obra iba bajando de piso. Teo había terminado la azotea el lunes —«acabada, jefa, ni una gotera os entra ya»— y había plegado el andamio de fuera para meterse con las vigas del salón y el baño de abajo, cuya puerta llevaba desde la mudanza apoyada en el pasillo como un mueble más. Se lo oía todo el día: la radial, el martilleo, y de vez en cuando una canción de las suyas mal silbada. África había decidido, sin decírselo a nadie, que con Teo se ceñiría al

trato de la obra: con corrección, con horarios, y sin una grieta por donde entrara nada personal.

Le funcionó dos días. El miércoles, Teo bajó a la cocina a por agua mientras ella repasaba el ticket de la compra en la mesa, y en vez de coger el vaso y subir, se quedó.

—¿Las vigas para cuándo? —preguntó África sin levantar la vista, en el tono con que se pregunta la hora de un tren.

—El jueves las dejo pintadas. El baño, la semana que viene. —Bebió—. Oye, qué manera de preguntar tienes. Pareces la ONU.

—Es eficiente.

—Es de miedo. —Lo dijo sin ofenderse, casi con gusto, apoyado en la encimera con el vaso en la mano—. No preguntas nada que no sea una fecha.

África dejó el ticket. Lo miró por primera vez en tres días con atención de intérprete, buscándole la demanda, porque a la gente se la entendía por lo que quería de ti, y su oficio entero consistía en averiguar qué quería de verdad el que hablaba, por debajo de lo que decía. Al que pedía dinero se le veía. Al que quería estirar la obra una semana más, también. Al que tiraba los tejos, a la legua. Le buscó a Teo la petición debajo de la frase y no la encontró. Eso fue lo que la descolocó: que no había nada debajo. Un hombre en su cocina que no le pedía ni un favor, ni una hora extra, ni que le rieran la gracia.

—¿Y tú qué quieres? —preguntó, y le salió más directa de lo que pretendía.

—Terminar la casa y cobrar de Inma, que para eso me contrató la difunta. —Dejó el vaso en el fregadero, enjuagado, otra manía que ella archivó—. No te voy a dar conversación, jefa, si es lo que te preocupa. Yo soy fácil. Divorciado, sin críos, sin ruinas que enseñar. Vengo, curro y me voy. —Y subió las escaleras silbando, dejándola con la palabra en el sitio donde ella guardaba las que no sabía traducir.

Porque eso era lo raro. África sabía colocar a la gente en su idioma —el que quiere, el que teme, el que miente— y a Teo no lo sabía colocar en ninguna casilla, y un hombre sin casilla era, para

ella, lo más incómodo que había: alguien de quien no podías defenderte, porque no sabías de qué.

El jueves, buscando las tijeras de la cocina para abrir un paquete de café, África abrió el cajón hondo del aparador, el de los cordeles y las velas y las cosas que no tienen sitio en ninguna casa. Las tijeras no estaban. Estaba otra cosa.

Un paquete de tarjetas atadas con una goma reseca. Postales de Navidad, de las que reparten en el estanco. Las de arriba, las que se veían sin desatar nada, tenían un abeto y una estrella de purpurina medio caída, y estaban escritas por las dos caras con la letra de Remedios —la de antes, la firme, la que agarraba el renglón—. África reconoció los nombres en los sobres sin sacarlos: el suyo, el de Rocío, el de Marina, el de Candela, repartidos en años distintos. Y reconoció, en dos o tres, el sello morado de Correos con la mano señalando y las palabras «Devuelto al remitente. Destinatario desconocido», encima de unas señas viejas, tachadas, de pisos y ciudades que ya no eran de nadie, y una de fuera, de otro país, escrita con su letra de maestra aplicada a un idioma que no era el suyo. Había también sobres cerrados, con matasellos de ninguna parte, escritos y nunca echados al buzón.

No las desató. No leyó ninguna entera. No hacía falta. Lo entendió de golpe, como se entiende una frase en un idioma que creías olvidado: cada año, por Navidad, Remedios les había escrito a las cuatro. Cada año. Y cada año se le habían vuelto las cartas, o no se había atrevido a echarlas, y las había guardado atadas con una goma en el cajón de las cosas sin sitio, esperando una dirección que no cambiara. África cerró el cajón despacio, con las dos manos, con el cuidado de una puerta detrás de la que duerme alguien. Encontró las tijeras en otro sitio. No se lo contó a nadie. Esa tarde bajó al pueblo a por sellos, aunque no hacía falta comprar sellos, y volvió sin ellos.

El viernes por la tarde estaba en la cocina pasando a limpio las cuentas del mes cuando oyó a Rocío en el patio. Había bajado al patio con el móvil, a decir lo que no se dice delante de nadie, y desde la ventana entornada —África no la abrió del todo, solo corrió

un poco el visillo, sin querer espiar y sin poder no oír— le llegaron las dos frases con las que Rocío terminó tres años.

—Íñigo, esto no lo arreglas tú viniendo un fin de semana. —Una pausa, la voz de dar las noticias, la que no se le temblaba nunca—. No vengas, de verdad. Ya está. Ya está.

Y ya estaba. Del otro lado no hubo insistencia; se notó en lo corto que fue el resto, en que Rocío colgó sin dar más explicaciones ni recibirlas, porque el que estaba al otro lado no era de los que pelean por quedarse. África lo tradujo sin querer, por deformación: no había sido una ruptura, había sido un cierre, la clase de conversación en la que uno de los dos apaga el plató y el otro recoge los cables sin protestar. Limpia. Sin sangre. De las que se firman.

Rocío subió, se sentó a la mesa de cara a la ventana y cogió el bolígrafo para tachar de la lista algo que no había que tachar.

—Uno menos —dijo, y nada más. Nadie hizo aspavientos. Marina levantó la vista de la sartén, la volvió a bajar. Y solo pasó una cosa: antes de volver a la lista, Rocío miró a África un segundo de más, con una atención rara, como si le buscara en la cara la respuesta a una pregunta que no había hecho. Fue un momento, no más. Luego tachó su renglón y siguió con la lista. África se recolocó el reloj y siguió sumando, y guardó aquella mirada donde se guardan las cosas que no cuadran, sin saber que Rocío la había sacado del mismo cajón.

A media tarde llamaron a la cancela. Era Lucía, la niña de los Herrera, con el *Matilda* de Remedios apretado contra el pecho con las dos manos y la cara colorada de subir la cuesta. «¿Está la de la tele?», preguntó, y sin esperar respuesta: «Es que vengo a ensayar lo de la radio, que en septiembre hay que hablar por el micro y no sabemos ninguno, y me ha dicho que sabe. Y traigo el libro, que ya me lo he leído casi entero.» África le abrió y la dejó pasar hacia el salón, donde estaba Rocío, y por un momento, viendo a la cría subir los escalones de dos en dos con el libro por delante, la casa dejó de sonar a obra y a silencios y sonó a otra cosa. A África se le quedó dentro que la niña hubiera subido sola una cuesta entera para una radio que era de septiembre. Los niños hacían eso. Trataban el futuro como si ya hubiera llegado.

El sábado se acostó tarde. Esperó a oír la casa entera dormida —el crujido de las escaleras, la cisterna, el silencio de las cuatro respiraciones repartidas por los cuartos— y solo entonces, en su cuarto de arriba, con la luz apagada y la de la cocina colándose por debajo de la puerta, abrió el portátil sobre las rodillas.

No abrió el formulario de excedencia, que llevaba dos meses empezado y sin enviar. Abrió el navegador. Y cuando escribió la primera letra en la barra, la dirección se completó sola, entera, sin que ella tuviera que acordarse: la señal de que aquel sitio no era nuevo, de que ya había estado allí otras noches, en otras camas, en otros idiomas. Una web oficial, sobria, con el escudo de una administración y unas palabras en el encabezado que África sabía decir en cuatro lenguas y no había conseguido nunca decir en voz alta en ninguna. Servicio de mediación. Búsqueda de orígenes. Un formulario, unos requisitos, un teléfono de contacto y una frase que avisaba de que el procedimiento podía llevar años y de que no siempre había respuesta.

Leyó lo que ya se sabía de memoria. Puso el cursor sobre el botón de empezar, esa cosa que llevaba media vida sin llegar a pulsar, y lo dejó ahí, quieto, el tiempo que tarda una intérprete en decidir si traduce una frase o la deja pasar porque no tiene equivalente en la lengua de llegada. Hay palabras que no cruzan. Se dicen en un idioma y en el otro no existe el hueco donde meterlas.

No borró el historial. Lo pensó —un segundo, el pulgar sobre el trackpad—, y no lo hizo, porque borrarlo habría sido admitir que había algo que esconder en una casa ya llena de cosas calladas, y estaba demasiado cansada para esa clase de mentira pequeña. Cerró la tapa. La habitación se quedó a oscuras del todo. Se recolocó el reloj en la muñeca sin luz, como antes de las reuniones que importan, y se quedó sentada en el borde de la cama, esperando a tener sueño.

Capítulo 10

La Almadraba, julio de 2026

A las cinco y media de la mañana la plaza de La Almadraba era un plató con las luces apagadas. Los toldos del Espigón recogidos, la persiana verde echada, las sillas encadenadas unas a otras como si alguien temiera que se fugaran de noche. No había un alma. Solo el mar, que a esa hora no se veía pero se oía, respirando abajo detrás de las casas. Rocío esperaba en el escalón de la fuente con una chaqueta que le sobraba con el calor que ya venía subiendo, mirando el móvil sin verlo, preguntándose por qué una mujer de treinta y cinco años acababa citada de madrugada por culpa de una niña de nueve.

Porque la idea, como todas las buenas ideas de aquel verano, había sido de Lucía.

Había subido dos veces más al número siete a ensayar la radio, con un micro que era un cepillo del pelo y una seriedad de locutora de guerra. Y en una de esas, entre pregunta y pregunta, había decretado con la lógica aplastante de los nueve años que para contar las cosas de un pueblo por la radio primero había que verlas. Y la primera cosa del pueblo, la que salía antes que nadie, antes incluso que la del estanco, era la marea del alba.

—Pues papá te lleva —había resuelto, sin consultarlo con papá, que estaba delante—. ¿A que la llevas, papá? En la barca. A ver cómo se levantan las nasas. Así lo cuenta bien. ¿Vale?

Y Gonzalo, acorralado en su propia cocina por una cría con un cepillo por micrófono, había mirado a Rocío con esa lentitud suya y había dicho que vale. Que el martes. Que a las cinco y media en la plaza, y que si no estaba, se iba sin ella.

Estaba. A las cinco y veinticinco, que en el oficio de Rocío era llegar tarde.

La furgoneta bajó al puerto con las luces largas barriendo las redes tendidas del muelle. Gonzalo no habló hasta que apagó el motor.

—Buenos días. —Le tendió un chaleco naranja, de los de espuma —. Póntelo. No es por el reglamento.

La barca se llamaba *Salvador*, como su padre, pintado a mano en la proa con una letra que hacía aguas por el final. Era una barca chica, de bajura, de plástico blanco con la banda azul desconchada, un motorcillo, una caseta donde no cabía una persona de pie y un montón de nasas apiladas a popa que olían a mar viejo. Nada que ver con la que Rocío llevaba dieciocho años sin nombrar. Esta no tenía nombre de estrella. Tenía nombre de padre muerto, que es otra clase de faro.

—¿Vas tú solo siempre? —preguntó, por decir algo, mientras él soltaba amarras.

—Solo. —Le dio la mano para bajar a bordo, una mano grande, seca, que la agarró de la muñeca entera y no de los dedos, como se agarra a la gente que se puede caer al agua—. Hoy vamos dos. No te acostumbres a que te lleve nadie.

Salieron de la bocana con el pueblo todavía negro a la espalda y el cielo apenas despintándose por el este, un gris sucio que aún no era color. Rocío se sentó donde él le dijo que se sentara y se agarró a lo que él le dijo que se agarrara, y aun así el primer bandazo la mandó contra la caseta y le arrancó un «ay» que en Madrid no se le habría escapado. Gonzalo no se rio. Pero se le movió algo en la cara, en el mismo sitio donde a Nico se le movía la sonrisa, y le costó no verlo.

—El mar no es un plató —dijo él, la vista al frente—. Aquí no hay marca en el suelo donde ponerse.

—Ya lo veo. —Se recolocó como pudo—. En el plató, por lo menos, el suelo no se mueve.

El amanecer lo pilló ya fuera, con la costa convertida en una raya baja de luces. Y ahí Rocío hizo lo que sabía hacer: lo realizó. Buscó el plano sin querer, el que lo contaría —el sol saliendo del agua por

detrás de La Almadraba, la primera luz prendiendo los cristales del pueblo uno a uno, el mar pasando de plomo a estaño y de estaño a una lámina rosa que dolía de bonita—, empezó a minutarlo por dentro, a ponerle la voz de dar paso a las imágenes. *Y así amanece en este rincón de la costa gaditana donde…*

Y se paró. Se calló por dentro. Porque no había cámara, ni pinganillo, ni dos millones de personas al otro lado, ni falta que hacía retransmitir nada. Por primera vez en no sabía cuántos años, tenía delante una cosa que solo había que mirar. La miró. Sin ponerle palabras, sin doblarla, sin la segunda mirada que la había acompañado desde los quince, esa de vivir las cosas una vez para vivirlas y otra para contarlas. El sol salió del todo y a Rocío se le quedó la voz de dar paso guardada en la garganta, sin estrenar, como el papelito de San Juan.

—Toma. —Gonzalo le puso en las manos un termo—. Que se ve mejor con café.

La faena empezó donde el agua cambiaba de color, más oscura, señal de que había fondo distinto. Él sabía dónde sin mirar el GPS, que llevaba pero no encendía. Fue subiendo las nasas de una en una, tirando de un cabo verde de algas, y Rocío entendió deprisa que su papel a bordo era no estorbar, que ya era bastante papel. Las nasas salían del agua chorreando, pesadas, con un pulpo dentro de cada tres o cuatro, y algún cangrejo, y morralla que él devolvía al mar de un gesto. Trabajaba callado, con las manos, esas manos que sabían el nudo antes de hacerlo. Le enseñó a Rocío a echar la carnada nueva y Rocío lo hizo mal, y le salpicó, y se le quedó en las palmas un olor a mar y a sal que no se iba frotándolas en el vaquero. Le gustó, y le dio rabia que le gustara.

—Se te da fatal —dijo Gonzalo, sin levantar la vista de la nasa.

—Llevo años dando malas noticias en directo con un terremoto de fondo. Esto es otra liga.

—Esto es más fácil. —Volcó un pulpo en el cajón—. Aquí solo te puede salir mal con el mar. Y el mar no discute.

Pusieron rumbo a otra hilera de nasas, más al sur, pegada a una zona donde el agua rompía blanca sobre algo que no se veía. Rocío lo notó antes de saber qué era: una rompiente donde no había

costa, el mar quebrándose solo, en mitad de la nada, con esa espuma tonta y alegre que engaña a los de tierra. Gonzalo aflojó el motor. No señaló nada. Habló con la voz de leer el parte, sin subir ni bajar.

—Los bajos de la Perla. —Una pausa de tres palabras contadas—. Ahí volcó la barca de mi hermano.

Rocío no dijo nada. La cabeza se le fue sola a la versión que se sabía, la de todos, la que llevaba dieciocho años siendo la verdad completa para el pueblo: un golpe de levante entrado de madrugada, la barca de su padre embargada y él sacando las nasas por última vez, el casco panza arriba clavado en la piedra con el aparejo a medio subir, y el mar guardándose lo demás un día entero. Ella lo había visto desde la punta del espigón viejo, aquella mañana, de pie y muy derecha, vigilando las barcas como si se lo hubieran encargado.

—Paso por delante todos los días —siguió Gonzalo, y el motor ronroneaba flojo—. Al principio lo rodeaba por fuera, media hora más de vuelta con tal de no verlo. Un día tenía prisa y crucé por encima sin pensarlo. Y al siguiente ya era el camino corto a las nasas. —Miró la espuma sin ablandarse—. Uno se acostumbra hasta a esto. No sé si eso está bien.

Y Rocío estuvo a un pelo. Estuvo a punto de decir lo que no se dice, de soltar por la boca abierta que ella también pasaba por delante todos los días, solo que por dentro, que a ella los bajos de la Perla le quedaban justo debajo de una noche entera que no le había contado a nadie, que aquel muerto que a él se le había quedado en el agua a ella se le había quedado en la última frase que le dijo en un espigón. Que no era su hermano lo único que había volcado ahí.

Pero ahí no se entraba. Cerró, con el mismo corte seco con que se remata un directo que se va de tiempo. Bebió café para tener la boca ocupada. Miró la rompiente igual que un plano que se descarta antes de emitirlo.

—No sé si está bien o mal —dijo, cuando pudo—. Está vivo. Que es lo que hay.

Gonzalo la miró un segundo de más. Después metió motor y dejó los bajos a popa, y no volvieron a nombrarlos.

Fue en la última hilera, con el sol ya alto y la camiseta pegada de calor, cuando él habló de Elena. No lo hizo por pagar una confidencia con otra; lo soltó con las manos ocupadas en el cabo, que era la única postura en que le cabía decirlo. Salió de Lucía. De que Lucía nadaba como un pez.

—La enseñó su madre. El verano que… —No terminó la cuenta, pero Rocío la echó sola: 2022, Lucía con cinco años, el mismo verano—. Elena. Se empeñó en que aprendiera antes de los seis. Como si tuviera prisa. —Subió una nasa vacía, la revisó, la volvió a soltar—. Era de Medina. De tierra adentro. Se mareaba en cuanto la barca se separaba del pantalán, no subió aquí ni tres veces en doce años. Le tenía al mar un respeto de los de fuera.

—¿Y venías igual?

—Vengo más desde que no está. —Lo dijo sin drama, apilando cabo—. Es lo raro. La casa está llena de ella. La cocina, el sofá, el lado de la cama. Todo. Y aquí no. Aquí nunca puso el pie. Salgo a faenar y es el único sitio del día donde no me la encuentro en cada esquina. —Miró el agua—. Vengo al mar a descansar de echarla de menos. Menuda cosa que contar.

Rocío no dijo «lo siento», que era lo que la gente decía y no servía de nada. Se acordó de Pepa sentándose de espaldas al agua en su propia mesa, de Gonzalo levantándose a por el agua antes de que la pidieran, del trozo de pescado sin espinas. El que se quedó. Se quedó a sostener a la madre, a la niña, la casa llena de una muerta y la barca vacía de ella. Y salía cada mañana a la única hora en que no le pesaba.

—No es menuda cosa —dijo—. Es de las que yo pondría en directo si me dejaran.

Volvieron a media mañana, con el pueblo ya despierto y el sol pegando en el agua como en una chapa. Atracaron en el pantalán, y el puerto seguía casi vacío, esa hora muerta en que los de la mañana ya han vuelto y los de tarde no han salido. Gonzalo le pasó los cajones, le enseñó a amarrar y ella lo hizo fatal, y él rehízo el nudo sin decir nada, y al enderezarse se quedaron los dos de pie en el pantalán, muy cerca por fuerza del sitio, con el olor a pulpo y a sal y a diésel y las manos de los dos llenas de lo mismo.

Y ahí pasó. No pasó nada, y por eso pasó. Él la miró de frente, sin prisa, y Rocío le vio la boca y le vio la sal secándosele en el antebrazo y le vio las manos, aquellas manos que sabían el nudo antes de hacerlo, y pensó en concreto y sin permiso qué sería que la agarraran a ella de la muñeca entera como al bajar a bordo, y se le acortó la respiración, y él bajó un poco la cabeza, lo justo, lo que baja la cabeza un hombre que mide el mar antes de salir.

Y Rocío se apartó.

Porque no se puede. Porque estaban de pie sobre el agua que se lo llevó, sobre el mismo mar por el que ella lo había soltado a él una noche, y besar al hermano de Nico allí, con la sal de Nico en las manos, era una cosa que no le cabía en el cuerpo. La culpa le llegó antes que las ganas, le ganó por medio plano.

—Tengo que… —Buscó una prisa y le salió la primera que pilló, torpe, de las que no engañan a nadie—. Me esperan. Marina. Las cuentas. Es que había quedado. —Cogió el cajón que él le tendía, el del pulpo, y casi se le cae—. Gracias. Por lo de la niña. Por lo de la marea. Ya le cuento a Lucía. Que se lo cuento yo.

—Rocío.

—De verdad que me esperan.

No la esperaba nadie. Subió la cuesta con el cajón contra la cadera y sin volverse, con esa dignidad falsa de la que huye fingiendo llegar tarde a un sitio, y solo respiró cuando dobló la esquina y dejó de verlo.

A mediodía, Inma pasó por el número siete. No entró: se quedó en la cancela, con las gafas en la punta de la nariz y esa forma suya de repartir los recados como sentencias, sin toga.

—Que ha cenado en casa de los Herrera y que esta mañana ha salido con Gonzalo a la mar —le dijo a Marina, que había abierto, pero mirando a Rocío por encima del hombro de Marina—. La primera está cumplida. —Se dio media vuelta ya, camino de la plaza —. Mañana os traigo la segunda.

Y se fue, tan tranquila, como la del estanco repartiendo papelitos.

Rocío subió a su cuarto con la sal todavía tirante en las manos. Desde la ventana de arriba se veía el puerto, el pantalán chico, la banda azul desconchada del *Salvador* amarrado donde lo había

dejado. El pueblo puesto abajo a la luz gorda del mediodía, con su plaza y su iglesia y su rompiente blanca a media milla que desde allí no se veía pero ella ya sabía nombrar.

Antes de bajar a comer pasó por la cocina. En el centro de la mesa, apoyada en el vaso, con el uno mirando a la puerta, seguía la cuartilla de la primera carta, donde llevaba desde San Juan. La cogió. La dobló por la mitad, por donde ya venía doblada, y la guardó en el cajón de las cosas sin sitio. El vaso se quedó vacío y derecho en mitad de la mesa. No lo movió.

Se lavó las manos por fin. El agua salió de la sal, y el olor no del todo.

PARTE II

LA PROCESIÓN

Capítulo 11

La Almadraba, julio de 2026

El miércoles la caja de El Espigón sonaba cada dos minutos, y a Marina eso le sabía a gloria. Julio había entrado con los pies por delante: la plaza llena a media mañana, los toldos dando sombra, dos mesas de guiris, y ella detrás de la barra sacando cafés con la cabeza en tres comandas a la vez, que era la única manera que conocía de estar entera. Nada que ver con aquel día de mayo en que abrió la caja al cerrar y le salió un cero. En julio la caja es la que aguanta los diez meses flojos, y Marina la oía sonar con el gusto raro de oír llover en agosto.

Sebas freía en la cocina. Salían los montaditos, salían las tortillas de la plancha, y de vez en cuando él asomaba la cabeza por el pasaplatos, colorado del fuego, para cantarle una mesa. Trece años así. Ella cobraba, él freía, y en medio la barra, que era el mueble más importante del matrimonio y ninguno de los dos lo había dicho nunca en voz alta.

El taburete de la esquina, el del ventanal, seguía vacío. Marina no le ponía ya el cortado —eso lo hizo una vez, la tarde del entierro, y con una vez basta—, pero tampoco dejaba que nadie se sentara ahí. Era el sitio de Remedios, y muerta y todo, desde aquel rincón se seguía dando el parte del pueblo, aunque ahora lo diera el silencio.

Las otras tres bajaron a media mañana. No a tomar nada: a estar. Ayer Inma se lo había dicho en la cancela, tan tranquila: *mañana os traigo la segunda*, y las cuatro habían dormido con la frase puesta encima. Ahí estaban Rocío en un taburete con un café que no se tomaba, África en la punta con el portátil haciendo cuentas de algo suyo, y Candela junto a la puerta, medio dentro medio fuera,

tocándose la muñeca y mirando el trozo de mar que se colaba entre los toldos.

Inma entró desde la calle a las doce menos algo. No tenía que andar mucho: la notaría le caía a dos puertas. Traía el bolso agarrado con las dos manos y, dentro, el sobre. Marina lo supo antes de verlo, por cómo lo traía.

—Buenas, mis niñas. —Lo dejó en la barra, sobre el mármol, con el número dos mirando para arriba y aquella letra temblona que se agarraba al renglón con el pulso ya prestado—. La segunda. Para Marina.

La barra se quedó callada. Hasta los guiris, que no entendían nada, bajaron la voz, porque hay cosas que se notan sin idioma.

—Léela tú —dijo Rocío, bajito—. En alto. Como la mía.

Porque así se leían las cartas de Remedios, en voz alta, que para eso les había enseñado ella a leer. Marina se secó las manos en el mandil, cogió el sobre, lo abrió con el pulgar por el borde y sacó una cuartilla sola. Y la leyó como sabía leer ella cuando tenía la barra por medio y a la gente delante: con la voz de dar comandas, plana, para no temblar.

> *Cierra El Espigón un mes. Los gastos corren de mi cuenta; Inma tiene las llaves del dinero. Un bar es un sitio precioso para esconderse, mi niña, pero tú y Sebas lleváis trece años hablándoos con la barra en medio.*

Dejó la cuartilla en el mármol. La primera cuenta que le salió fue la de las fechas, porque las fechas eran lo primero que Marina sabía hacer con cualquier golpe: convertirlo en números y mirarlos de frente.

Hoy, 8 de julio. Un mes. Hasta el 8 de agosto. Se le fue el dedo por el calendario que llevaba en la cabeza mejor que en la pared: la segunda quincena de julio, ya vendida casi mesa por mesa; el puente de Santiago; la primera semana de agosto, la gorda, la que llena las terrazas hasta la fuente. Todo cerrado. Reabrir el 8 de agosto, sábado, con la temporada empezada sin ella. Agosto era el

mes que salvaba el año, y le pedían cerrar justo por la puerta de agosto, un mes redondo que no se recupera en octubre sirviendo cortados a cuatro jubilados.

—Esto es que se ha vuelto loca —dijo, y le salió sin música, seca —. Con perdón, que en paz descanse. Pero es que se ha vuelto loca del todo.

—Puede ser —dijo Inma, que no se ofendía nunca—. Loca y con las cuentas hechas. Que las dos cosas caben.

Y ahí Inma abrió el bolso otra vez y sacó una carpetilla, y a Marina le vino el segundo golpe, que fue peor porque venía sin poder enfadarse.

—El fondo lo cubre. Todo. Lo dejó dicho ella, número por número. —Inma lo decía sin levantar la voz, cada cosa en su renglón, con la autoridad de quien no necesita toga—. Los proveedores del mes, que no se le debe un mal barril a nadie cuando vuelvas a abrir. Las nóminas, si tuvierais alguna. Y lo que el bar deja de ganar en un julio, mi vida, que eso te lo echó ella con lápiz de maestra hasta el último céntimo. Lucro cesante, lo llaman los papeles. Ella lo llamaba «lo que Marina va a dejar de meter en la caja, que se lo pongo yo».

Marina se cogió a la barra. No por el dinero. El dinero, mira, el dinero se entendía. Lo que no le entraba era que aquella mujer, desde una cama de hospital, hubiera echado sus cuentas —las de ella, las de su bar— con un lápiz, previendo hasta el agujero de agosto. Que la hubiera calado tanto.

—No —dijo—. No, Inma. Yo el bar no lo pago con dinero de nadie. Un bar no es de quien lo paga. —Se le atragantó el resto de la frase, porque el resto de la frase era de Remedios—. Es de quien lo aguanta. Me lo dijo ella. Pues eso.

—Ya lo sé, mi vida.

—Pues eso. Que lo aguanto yo. Este bar no ha cerrado ni el día que enterramos a mi abuelo, que serví con cuarenta de fiebre y la caja llena. No cierra por gusto de nadie.

Cogió la bayeta. Le pasó a la barra un repaso que la barra no necesitaba, dos veces, por el mismo sitio, como se limpia lo que ya está limpio cuando lo que hay que limpiar es otra cosa que no se quita con agua. Y mientras frotaba volvió a la cuartilla, y leyó otra

vez, para dentro, la última línea. *Tú y Sebas lleváis trece años hablándoos con la barra en medio.* Y esa sí. Esa no se contestaba con una cuenta. Esa era verdad, y las verdades de Remedios tenían la mala costumbre de estar echadas con el mismo lápiz que las sumas.

Sebas había salido de la cocina. No lo oyó llegar; lo notó en la nuca, un calor de sol a la espalda. Se había quitado el mandil y traía en la cara esa cosa que a Marina le costaba mirar de frente desde hacía años: la esperanza mal guardada de un hombre bueno. Había oído la carta, se le veía.

—Un mes —dijo él. No lo dijo como una queja. Lo dijo bajo, como si la palabra fuera un tesoro que se le pudiera caer.

—Sebas, que es medio verano. Que es el julio entero y…

—Un mes contigo sin barra. —Bajó la voz, y en un bar en julio bajar la voz es quedarse casi a solas—. Marina. ¿Tan malo es quedarte conmigo a solas?

Y ahí Marina no tuvo bayeta que pasar. Se quedó con las dos manos quietas encima del mármol, que era donde nunca las tenía quietas, y no supo qué contestar, porque la respuesta honrada no se podía decir en un bar a las doce de la mañana ni a lo mejor en ningún sitio. La respuesta honrada era que no, que malo no era. Que malo era lo otro: que llevaban trece años queriéndose bien a través de una tabla de mármol, pasándose el cariño en montaditos y en cañas con casera, y que quitar la tabla de en medio la dejaba sin saber con qué manos tocar a su marido cuando las manos no tenían un vaso que secar.

Había matrimonios de dos. El de ella era de tres, y el tercero medía cinco metros de barra, tenía persiana verde y se llamaba El Espigón. Remedios lo había visto cada mañana durante cuarenta años desde el taburete de la esquina, y no había dicho ni palabra hasta que se murió. Muy suyo: guardarse la carta para el final, como quien no cobra en el momento y te pasa la cuenta cuando ya no puedes discutirla.

Marina miró a Inma. Delante de todas. Porque había una pregunta práctica que nadie había hecho todavía en tres semanas, y de repente era la única que importaba.

—Si cierro el bar —dijo, despacio—, yo duermo en el siete. Como las cuatro. Pero Sebas dónde duerme. Un mes. —Tragó—. ¿Puede subir Sebas al siete?

Inma se lo pensó el tiempo justo para que se notara que no se lo inventaba.

—La condición dice cuatro. Que durmáis las cuatro las noventa y dos noches, esas son las palabras, y esas se cumplen. —Se ajustó las gafas—. De maridos no dice ni una letra. Ni a favor ni en contra. Y lo que no se prohíbe, mi vida, en esta casa y en cualquiera, se permite. —Recogió el bolso—. Que suba. Que Remedios, si hubiera querido dejaros solas de verdad, lo habría escrito. Y no lo escribió.

No había toga y aquello fue una sentencia. Sebas se miró las manos vacías, sin mandil, como si no supiera qué hacer con ellas sin un mandil que atarse. No dijo «qué bien». No era tonto. Dijo, más bajo, mirando la barra:

—A la hora que tú digas.

Y volvió a la cocina, porque quedaban dos tortillas en la plancha y las tortillas no se hacen solas ni siquiera el día que a uno le abren una puerta que llevaba trece años cerrada.

Las otras tres no dijeron discursos. Ni falta. Rocío sacó el móvil y dijo, con la voz de organizar un directo, que ella llamaba a los proveedores esa misma tarde, uno por uno, que a ella por teléfono no le temblaba la mano. África giró el portátil hacia Marina: una hoja de cuentas, columnas ordenadas, y con dos dedos en el reloj le dijo que las facturas del mes se las repasaba ella con Inma, número por número, «que las cuentas de otro se ven mejor que las de una». Y Candela, que no había abierto la boca, se acercó, cogió la bayeta que Marina había soltado y le pasó ella a la barra el repaso que faltaba, callada, hasta el borde. Se la quitó de las manos. Fue lo único que dijo, y lo dijo sin decir nada.

Cerraron a las cuatro y media. A la última mesa, una pareja de Chiclana sin prisa, Marina no le cobró los cafés, porque hay días en que cobrar es pasarle la cuenta a la pena y aquel día se pagaba de su bolsillo. Echó a los rezagados con un «hala, que cerramos temprano», puso las sillas patas arriba sobre el mármol una a una,

cosa que en El Espigón solo se hacía de noche y nunca un mes seguido. Barrió. Fregó. Bajó las bombonas.

Y llegó al taburete de la esquina, el del ventanal.

Se quedó parada delante. Ese no lo ponía nunca patas arriba, ni de noche; ese se quedaba abajo, en su sitio, como si Remedios fuera a llegar por la mañana con el parte del pueblo. Un mes sin que nadie hiciera en aquel rincón un cortado templado y corto, de los que no queman la boca. Marina lo cogió, le dio la vuelta, y lo subió al mármol con los demás, patas arriba. Le costó más que las quince sillas juntas. Pero un bar que se cierra se cierra entero, y dejar aquel taburete abajo era hacerle a Remedios el mismo cortado que a un muerto: bonito y para nada.

El cartel se lo pensó menos de lo que se piensa la gente. Rocío se había ofrecido a redactárselo «con las palabras justas», y hasta Sebas apuntó que con un «disculpen las molestias» quedaba más fino. Marina cogió un cartón de una caja de cascos, un rotulador gordo, y escribió en dos renglones, con la letra de apuntar comandas:

CERRADO HASTA EL 8 DE AGOSTO. NO PREGUNTEN.

Y lo pegó por dentro del cristal con dos trozos de cinta, mirando a la plaza.

—¿No pongo el motivo? —dijo Sebas, detrás.

—El motivo no es de nadie. —Marina alisó la cinta con el pulgar—. El que quiera café que se lo haga en su casa un mes. No se muere.

Bajó la persiana verde de un tirón, como todas las noches, solo que aquella noche la echó del todo y le pasó el candado, que era cosa de dos veces al año. El chasquido sonó en la plaza como suena lo que no se acostumbra a sonar: un bar que no había cerrado ni por un entierro se quedaba callado detrás de un cartón, a media tarde de un miércoles de julio.

En la plaza ya había corrido. La del estanco venía cruzando con cara de catástrofe nacional.

—Pero Marina, mi arma, ¿que cierras? ¿Un mes? ¿Y yo dónde me tomo yo el cortado de las ocho, criatura, en el bar de la gasolinera con los camioneros? —Se llevó la mano al pecho—. Que me vas a

matar al pueblo de un disgusto. Que aquí no hay otro sitio donde enterarse de las cosas.

—Pues os enteráis en agosto —dijo Marina—. Todo de golpe. Más noticias.

—Ea. Encima con guasa. —La del estanco se fue meneando la cabeza, y ya iba contándoselo a la de la pescadería antes de llegar a la esquina, que en La Almadraba una persiana echada corría más rápido que un cohete de San Juan.

Le hizo gracia y le dolió a partes iguales, que era como dolían las cosas en aquel pueblo.

Subió al siete por la cuesta con Sebas al lado, los dos callados, cada uno con lo suyo. Ella con el mes por delante, un mes que se le hacía temporada baja sin final a la vista. Él con una alegría que no se atrevía a sacar entera, no fuera a gastarse. Cenaron con las otras tres en la cocina de la luz amarilla, África de la esquina, Rocío de cara a la ventana, Candela de cara a la pared, Marina de espaldas al fogón para levantarse a por lo que hiciera falta, y la cabecera vacía, como llevaba vacía tres semanas.

Ya de noche, cuando las otras subieron y bajaron a sus cuartos y la casa se puso a crujir con sus crujidos de casa vieja, sonó la cancela. Marina abrió. Era Sebas. Había bajado a por sus cosas y volvía con una bolsa de deporte al hombro, una de esas de gimnasio que él no pisaba, con el neceser y las zapatillas asomando por la cremallera mal cerrada. La primera noche de los dos bajo el techo de Remedios. Se quedó en el escalón, grande y bueno y sin saber qué hacer con la bolsa, esperando a que ella lo dejara pasar, esperando como llevaba trece años esperando en la puerta de todo.

—Anda, entra —dijo Marina—, que se te va a enfriar lo que sea que traigas.

Y se apartó para dejarle sitio, con el corazón haciéndole en el pecho la misma cuenta imposible de siempre. Un mes. Sin barra. A solas. Y en la mano de él, colgando de la bolsa, el manojo de llaves del bar cerrado, que a partir de esa noche no abría ninguna puerta.

Capítulo 12

La Almadraba, junio de 2008

El pestillo del baño de El Espigón no cerraba bien desde siempre, y aquella tarde África Soler tuvo que empujarlo con el pulgar hasta que entró en el hueco, y agradeció tener las manos ocupadas en algo que obedecía, porque en su bolsillo llevaba desde hacía tres días una cosa que no iba a obedecer.

La había comprado en Cádiz. En una farmacia grande de la avenida, una de esas con dos cajas y luz de hospital, donde la mujer de la bata le cobró sin mirarla, como a un turista cualquiera. En La Almadraba no habría podido: doña Puri sabía de quién eras nieta antes de darte el cambio, y a las nueve de la noche lo sabría el pueblo entero. África había aprendido pronto que hay cosas que solo se pueden hacer en un idioma que nadie de tu casa habla, y Cádiz, a media hora en el coche de línea, era ya otro idioma.

Sacó la caja del bolsillo. La había llevado tres días escondida en el estuche de los rotuladores, entre el Tipp-Ex y una goma, porque el estuche era el único sitio de su cuarto donde su madre no metía la mano. En casa no lo podía hacer: su madre estaba siempre, y le mandaba un SMS desde la otra habitación para que bajara a poner la mesa. El baño del bar, con todo el mundo a lo suyo, era el sitio más solo que le quedaba. Leyó el prospecto entero, de pie, con la espalda contra la puerta. Lo leyó como leía todo lo que le daba miedo: despacio, palabra por palabra, buscándole a cada instrucción la trampa. *Recoja la primera orina de la mañana.* No era la mañana. *Espere tres minutos.* Tres minutos eran ciento ochenta segundos, y África sabía contar; lo hacía Candela cuando se ponía nerviosa, y a lo mejor por eso ella no lo hacía nunca, por no parecerse.

Lo hizo. Dejó la varilla en el borde del lavabo, sobre un trozo de papel higiénico doblado, y se sentó en la tapa a esperar con las manos entre las rodillas.

Fuera se oía el bar. La tele con el resumen de la Eurocopa, que el domingo jugaba España contra Italia y no se hablaba de otra cosa; la voz de Marina cantando una mesa hacia la cocina; el runrún de la cuadrilla en el rincón de siempre, celebrando que la Selectividad se había acabado aquella misma semana y que el verano empezaba por fin de verdad. Estaban todos. África había dicho que iba un momento al baño y nadie había levantado la cabeza, porque llevaba semanas «un pelín en otro sitio» y a todos les cuadraba: los exámenes, decían. La cabeza en el examen. Que se le pasaría.

Dos faltas. Eso era lo que de verdad llevaba en la cabeza desde hacía semanas, aplazado con la excusa de la Selectividad como quien deja una carta sin abrir fingiendo que no la ve. La primera podía ser cualquier cosa, los nervios, el estudio. La segunda ya no se decía con palabras vagas. Pero mientras tuviera exámenes por delante podía no mirarlo. Hoy se le habían acabado los exámenes.

Miró el reloj. Se lo recolocó en la muñeca, ese gesto suyo de antes de las cosas que importaban, y se obligó a esperar los tres minutos enteros, porque hacer trampa habría sido peor. Contó hasta ciento ochenta sin darse cuenta de que estaba contando, y al llegar a ciento ochenta cogió la varilla.

Dos rayas.

Una era la de control, la que salía siempre, la que decía que la prueba funcionaba. La otra era la que decía lo demás. Estaban las dos, paralelas, iguales de rosas, tan tranquilas en su ventanita de plástico como si no acabaran de partir el mundo en un antes y un después. África las miró un buen rato. No lloró. No se le cayó nada por dentro con estrépito, no fue así; fue más callado, fue como cuando en una cabina te falla el audio un segundo y sigues traduciendo por inercia con la voz mientras la cabeza se ha quedado atrás, en el silencio, sabiendo que ha pasado algo que nadie más ha oído todavía. Positivo. Sabía la palabra en tres idiomas. En el suyo, en su propia boca, no le cabía.

Envolvió la varilla en el papel higiénico. La guardó en el estuche, junto a los rotuladores, donde había estado la caja. Tiró de la cadena por hacer ruido, se lavó las manos, se miró en el espejo moteado y se puso la cara de nada, la que sabía poner mejor que ninguna, la de la niña alta y callada que estudia idiomas y a la que no le pasa nunca nada. Empujó el pestillo hacia fuera y salió al bar.

—Illa, ¿te has perdido? —le dijo Marina de pasada, con tres cañas en la mano.

—Cola —dijo África, y era mentira, porque no había cola, pero Marina ya iba hacia otra mesa y no lo comprobó.

Se sentó otra vez con los demás. Rocío contaba algo de una playa a la que había que ir; Candela iba por la baldosa número no sé cuántos del suelo del bar, con el pulgar en la muñeca; Marina cobraba y no cobraba según a quién. Nadie notó nada. África se bebió media Fanta y se rio cuando tocaba reírse, con el estuche pesándole en el bolso como si dentro llevara una piedra y no una tira de plástico, y pensó que era asombroso lo poco que abulta por fuera una cosa así.

Aquello había sido a finales de abril. Antes de la feria. Una noche.

La caseta del vivero del padre de Candela, aquel almacén de macetas rotas y sacos de mantillo detrás de los invernaderos que había sido el escondite de la cuadrilla desde que eran críos y se colaban a fumar el primer cigarro robado. Estaban Nico y ella, solos por casualidad, sin que nadie lo buscara, y había pasado sin plan y sin promesas, una vez, y los dos libres, que eso África lo tenía clarísimo: no le había quitado nada a nadie. A la mañana siguiente Nico le había apartado el pelo de la cara con una torpeza de crío bueno y no habían dicho gran cosa, porque no había palabras preparadas para aquello.

Y luego, en mayo, Nico se había puesto raro. Esquivo. Le rehuía la mirada en el bar, se sentaba lejos, contestaba con monosílabos amables. África lo había entendido a la primera, porque su oficio, aunque todavía no supiera que era su oficio, era ese: entender lo que la gente quería decir por debajo de lo que decía. Nico se arrepentía. Se había arrepentido de aquella noche y no sabía cómo mirarla sin que se le notara. Y ella lo había querido en silencio desde

entonces, con la boca cerrada y el reloj bien puesto, sin pedirle explicaciones que él no querría dar, porque hay cosas que si las nombras se rompen del todo. No lo nombró. Fue tan buena traductora de todo el mundo que a sí misma se tradujo mal.

Salió del bar la primera, como salía siempre en junio, con la prisa de la que tiene la cabeza en otra parte. Subió por la calle de la iglesia para no pasar por el paseo, y a la altura del ábside, en el callejón sin salida de detrás donde no había más que un contenedor y una parra, se paró, se dobló y vomitó la Fanta y el miedo y las dos rayas contra la pared encalada.

Estaba limpiándose la boca con el dorso de la mano cuando oyó los pasos.

—Ay, mi niña.

Remedios venía de la novena con el misal en una mano y la rebeca al brazo, sesenta y cinco años y toda una vida de patio de colegio en los ojos. Se paró a dos metros. No preguntó qué le pasaba, no dijo «¿te has puesto mala?», no hizo ninguna de las preguntas que hace la gente que no sabe. Miró a África. La miró como miraba las redacciones, por debajo de la letra, y en la cara de África leyó de un tirón lo que una maestra de cuarenta años de veranos aprende a leer sin querer: la palidez que no es de un mal pescado, la cara de susto viejo de una cría alta a la que a mediados de junio le falla el estómago detrás de una iglesia. Hizo la regla de tres sin pestañear y le salió redonda. No le hizo falta preguntar nada, y sobre todo no le hizo falta preguntar quién.

—Ven a merendar —dijo, y le tendió el brazo del misal—. Y trae ese miedo, que los miedos con bizcocho pesan menos.

África abrió la boca para decir que no, que tenía que subir, que su madre. No le salió. Cerró la boca y fue detrás de ella.

La cocina del número 7 tenía esa luz amarilla de las bombillas de antes, la que Remedios dejaba encendida hasta tarde y que en la calle era lo único que se veía de la casa cuando todo lo demás estaba a oscuras. Olía a limón y a horno. Remedios cortó dos trozos de bizcocho de un molde que tenía empezado en la encimera, porque en aquella casa siempre había bizcocho empezado, y puso la

leche a calentar sin preguntar si quería, que a los disgustos no se les pregunta.

—Come.

África comió. Estaba bueno, tibio y apretado, y le asentó el estómago revuelto, y comió porque era más fácil masticar que hablar. Remedios se sentó enfrente con su taza y estuvo un rato largo sin decir palabra, dejándola comer, dejándola estar, con las manos alrededor de la loza caliente.

—Es que estoy… —empezó África, y ahí se paró.

Tenía la palabra. La tenía en el prospecto, la tenía en francés y en inglés, la había leído mil veces aquella tarde. En su idioma, en su propia voz, en aquella cocina, no cruzaba. Se quedó colgando en el aire el «estoy», solo, sin el resto, como una frase a la que se le ha caído la mitad por el camino y no hay manera de recuperarla.

—Lo sé —dijo Remedios, y se lo ahorró—. Estás embarazada, mi niña. No hace falta que lo digas tú, que ya lo he dicho yo. Ya está dicho. Ya no muerde tanto.

Y era verdad. Dicho en voz baja, en aquella cocina, por aquella voz, mordía menos.

Remedios no dijo nada más de lo que había que decir. No le preguntó quién. No dijo qué vas a hacer, ni tu madre, ni Dios mío, ni ninguna de las cosas que África había ensayado defender de camino. No hizo planes, no habló de nada que no fuera aquella cocina y aquella tarde. Solo alargó la mano por encima de la mesa, le tapó a África la suya, que era más grande que la de ella y aun así más niña, y dijo:

—Esto no sale de esta cocina hasta que tú digas. Ni una palabra. Lo que decidas, lo decides tú, y yo estoy. Para lo que sea. Pero decides tú.

África asintió. Se le habían soltado por fin dos lágrimas, sin ruido, y se las secó con la servilleta de tela y no con la mano, porque hasta llorando era ordenada.

Cuando bajó la cuesta, ya de noche, llevaba en el bolso, envuelto en papel de aluminio, un buen trozo de bizcocho que Remedios le había puesto «para luego, por si te entra». Iba masticando las palabras que todavía no había dicho, ordenándolas como ordenaba

un discurso antes de leerlo en clase, buscándoles el principio. Se lo diría a Nico. No aquella noche, ni al día siguiente: en San Juan. Faltaban tres días, y necesitaba los tres para encontrar la manera de empezar, porque de todas las frases posibles ninguna servía, y una intérprete sabe que lo importante no es lo que dices sino con qué lo abres. Lo abriría por lo más suave. Empezaría por *no te asustes*. Sí. Eso. *No te asustes, Nico.* Y luego ya se vería.

Detrás de ella, en lo alto de la calle, la ventana de la cocina de Remedios seguía encendida, amarilla y quieta, la única luz de toda la calle Magnolia. África no se volvió a mirarla. Subió a su casa con el bizcocho en el bolso y el discurso a medio hacer en la boca, con diecisiete años y tres días por delante, pensando solo en las tres palabras por las que iba a empezar.

Capítulo 13

La Almadraba, julio de 2026

El viernes por la mañana Marina descubrió que un hombre sin plancha es un hombre sin manos.

Sebas llevaba dos noches en el número siete y se había levantado a las siete menos cuarto por pura costumbre de cocina. Se hizo un café. Fregó la cafetera. Fregó la taza. A las siete y cinco no le quedaba nada que fregar, y se le puso en la cara ese desamparo del que tiene las manos vacías y toda la mañana por delante.

—Siéntate, cansino —le dijo Marina desde la puerta—, que me mareas.

—Es que no sé estar de pie sin hacer nada.

—Pues siéntate y no hagas nada sentado. Estás de vacaciones.

Vacaciones. La palabra les venía como un abrigo prestado. En trece años el bar no había cerrado ni por un entierro, y ahora tenían por delante un mes de no cerrar nada, que era justo lo que ninguno sabía hacer.

El primer choque fue al mediodía. Marina había puesto unos garbanzos a remojo la víspera, con idea de un potaje; y en cuanto sacó la olla, Sebas se le plantó al lado con el cuchillo ya en la mano.

—¿Te frío yo unas puntillitas mientras, para ir picando?

—No hay que freír nada. Es un potaje.

—Ya, pero mientras.

—Mientras nada. Un potaje no lleva «mientras». Lleva su fuego y su hora.

En el bar cada uno tenía su reino con una pared en medio: ella la barra, él la plancha, y trece años de matrimonio cruzándose por el pasaplatos sin tocarse los codos. En la cocina de Remedios no había pasaplatos, sino dos cocineros que no habían guisado el mismo

puchero en su vida. Sin barra por medio, hasta darse de comer era terreno sin pisar.

Esa noche fueron cinco a la mesa por primera vez.

Marina lo pensó al repartir los platos, y le salió la cuenta sola: Rocío de cara a la ventana, África en la esquina, Candela de cara a la pared, ella de espaldas al fogón para levantarse a por lo que hiciera falta. Cuatro sillas ocupadas y una vacía —la de la cabecera, la que daba a la puerta, la de Remedios, tres semanas sola y así seguía—, y Sebas de pie en el umbral con el plato en la mano, contando lo mismo que había contado ella.

No preguntó «¿y yo dónde me pongo?», que es lo que habría preguntado cualquiera. Miró la cabecera vacía, la entendió sin que nadie se la explicara, y salió al patio. Volvió con una de las sillas de enea de debajo de la parra, una coja que había que calzar con un cartón, y se la encajó en la esquina del fogón, medio fuera de la mesa, con una rodilla casi tocando el mueble. Ahí cenó, incómodo, con el plato en el filo, sin rozar la cabecera de Remedios ni con el codo.

Marina lo apuntó en la libreta de dentro, la de las cosas que no se cobran. Las otras tres cenaron como si no hubieran visto nada. Que un hombre grande le cupiera a la casa en una esquina sin que se lo mandaran se notaba mucho.

El sábado intentaron hacer cosas de dos. La playa fue idea de Rocío —«Iros a la playa, hombre, que para eso está»—, pero Marina no sabía ir a la playa: aguantó veinte minutos incorporándose a mirar la hora en un reloj que no llevaba, y acabó sacudiendo la arena de la toalla con el mismo repaso seco que le daba a la barra. «Aquí no hay comandas», le dijo Sebas desde debajo del sombrero. Ella ya lo sabía.

El domingo bajaron a la lonja a la hora en que entran las barcas, y sin darse cuenta se plantaron delante del puesto de Chano el de las nasas mirándole el pescado con ojo de oficio. Sebas cogió un boquerón, lo dobló, le miró la agalla.

—Está de escándalo el boquerón hoy.

—Buenísimo.

—Para unas fritas…

—Sebas.

—Digo yo.

Cayeron los dos a la vez en que le estaban comprando género a un bar cerrado. Marina se rio, corta y sorprendida, la risa de quien lleva un mes sin gastarla. Compraron el kilo igual, para casa, y subieron la cuesta con el paquete goteando.

Metió los boquerones en la nevera, apartando con el codo el papel azul de Azahar Costa que seguía imantado en la puerta, muy educado y muy alto, esperando su turno.

Fue esa misma tarde, con la casa en silencio de siesta, cuando pasó lo otro.

El cuarto de abajo era estrecho para dos. En trece años se habían acostado juntos las pocas noches que el bar dejaba, y su costumbre no era dormir juntos sino relevarse. La persiana estaba echada, y el sol de julio se colaba por las rendijas en tres rayas largas que cruzaban la colcha y trepaban por la pared.

Lo que hubo no fue descubrirse. A los treinta y siete, y trece de casados, no se descubre nada: se reconoce. Las manos de Sebas sabían el camino de memoria, y las de ella igual. Lo nuevo era la luz: trece años a oscuras y con el cansancio puesto, y de pronto una tarde de domingo con las rayas de sol andando despacio por la sábana. Eso sí que era estreno.

Después se quedaron los dos mirando subir las rayas por la pared.

—No me acordaba de tu cara de día —dijo Sebas.

Marina no contestó a eso. Contestar a eso era abrir una puerta, y ella tenía las puertas contadas. Alargó la mano, le apartó a Sebas un pelo de la frente con la torpeza de la que no acostumbra, y dijo:

—Hay que sacar los boquerones y limpiarlos, que si no se ponen malos.

—Marina.

—Que se ponen malos, Sebas.

Y se levantó a por los boquerones, que era su manera de decir que había sido bonito.

El lunes las otras tres se llevaron a Sebas. No lo dijeron así, claro: Rocío bajó pidiendo una mano con los proveedores, que de barriles y

de cámaras frigoríficas ella no tenía ni idea y Sebas sí, y África le puso delante un taco de albaranes para cuadrar con las facturas, «que tú te sabes los precios de memoria y yo no». En una hora Sebas tenía otra vez las manos ocupadas y cara de hombre que sirve para algo, y Marina se quedó sola en la cocina por primera vez en cuatro días. Le hicieron aire, y ella se dejó: sabían las tres que a Marina hay que dejarla respirar o se ahoga en compañía, y así se hacían en aquella casa los favores, por el lado, sin nombrarlos.

Cuando salió a regar el poyete, encontró en el alféizar de la cocina una maceta chica de barro con una mata de albahaca, puesta ahí sin nota, sin nombre, justo donde daba el sol de la mañana. Candela. No hacía falta firmar. Candela dejaba las plantas como otros dejan un recado: esto es para que riegues algo que no sea la barra. Marina le metió un dedo en la tierra, comprobó que estaba en su punto, y la dejó donde estaba.

Fue esa noche, con la casa acostada y los dos en el cuarto pequeño, cuando Sebas se atrevió.

Llevaba cuatro días cogiendo carrerilla, se le notaba. Sin barra por medio, sin comanda que cantar, sin persiana que bajar a las doce, a un hombre le sobran las horas para decir por fin lo que lleva años tragándose. Lo dijo bajito, mirando al techo, que así se dicen las cosas que llevan trece años esperando el silencio.

—Marina. ¿Tú por qué no quisiste nunca que tuviéramos un niño?

La pregunta llevaba media vida en aquella casa buscando un sitio sin ruido donde caber, y lo había encontrado al fin: sin caja que sonara, sin plancha, sin nadie.

Marina estaba de espaldas. No se volvió.

—Ahí no, Sebas.

—No te estoy echando nada en cara. Es que nunca…

—Que ahí no.

Lo dijo con la voz plana de dar la última comanda de la noche, la que no admite otra ronda. Y por dentro, justo antes de cerrar la boca, le arrancó una frase que no llegó a pensar entera: que un hijo era levantar algo, y que ella, de todo lo que había levantado en su vida, no… Y ahí la cortó. En seco, de un tirón, antes de que entrara lo que no quería dejar entrar. No la formuló. No la dejó cuajar. La

metió en el cajón de las cosas que no se sacan y le echó la llave, la misma llave con cordón que había en la cocina un poco aparte y que nadie cogía.

—Vale —dijo Sebas, al rato, en lo oscuro. No preguntó dos veces. Hacía años que tenía aprendido en qué puertas de Marina no se llama dos veces, y aquella era la más cerrada de todas—. Vale.

Le buscó la mano por debajo de la sábana y se la dejó ahí, sin apretar, solo puesta, como quien deja una puerta entornada por si alguien quiere salir de noche. Marina se la dejó coger. Fue lo único que le pudo dar aquella noche, y él lo cogió como si fuera mucho, que para lo que estaba acostumbrado a que le dieran, lo era.

El martes por la mañana llegó el pueblo a la puerta, como llega siempre: en forma de papel.

Lo trajo la del estanco, con la excusa de saber si ya abrían el bar —«que no, señora, que hasta agosto no»— y de paso dejó en la mesa el programa de las fiestas, la Virgen del Carmen en la portada con su barca de plata. Venía todo puesto en su hora: la misa mayor, la procesión, la salida de la barca de la Virgen al atardecer con Gonzalo de patrón, y al final, en letra más pequeña, la ofrenda de coronas en el agua por los que se quedaron en el mar.

Marina dejó el programa abierto en la mesa, al lado del vaso vacío donde había estado apoyado el sobre de Remedios, y siguió a lo suyo. Fue Candela la que lo cogió. Lo leyó de pie. Y Marina, de espaldas al fogón, la vio por el rabillo del ojo hacer una cosa rara: se quedó quieta. Del todo. Como se queda quieta el agua justo antes de que pase algo por debajo. Dejó el programa en la mesa con mucho cuidado, como si pesara más de lo que pesa un papel, se tocó la muñeca izquierda con el pulgar —la magnolia—, y sin decir palabra se fue al patio, con sus plantas.

Marina no lo entendió. Pero lo apuntó, en la libreta de dentro, junto a la silla de enea de Sebas y la albahaca del alféizar y todas las cosas que en aquella casa no se cobraban ni se explicaban.

Dos días quedaban para el Carmen. Marina dobló el programa por donde venía la ofrenda de coronas en el agua y lo dejó encima de la nevera, al lado del papel azul, esperando turno como todo en aquella casa.

Capítulo 14

La Almadraba, julio de 2026

Tres veces decidió Candela que no bajaba al Carmen, y tres veces se desdijo. La mañana del jueves la encontró todavía sin decidirse, que en ella venía a ser lo mismo que estar decidida.

Lo pensó regando el poyete, que era donde pensaba mejor, con la manguera a un dedo de abierta para no ahogar la albahaca. Que no iba. Que se quedaba en casa con las plantas y ya está. Pero eso no era verdad y ella lo sabía regando. Las otras tres bajaban —Rocío lo había dicho con esa voz de dar paso, «hay que ir, es el pueblo»; Marina porque el Carmen es el Carmen aunque tengas el bar cerrado; África porque no se iba a quedar sola en una casa en obras —, y si bajaban tres y faltaba una, el pueblo lo contaba. Las del siete. En un sitio así no ir también es una manera de ir, solo que peor, porque no vas y encima das que hablar.

Así que iba. Iría. Pero puso condiciones, las mismas que le ponía a un rosal para enderezarlo: que creciera hacia donde ella quería y no hacia donde le diera la gana. Iría lejos del agua. Se quedaría arriba, en el paseo, o mejor todavía en la esquina de la plaza, junto a los soportales, que desde allí se ve la procesión salir de la iglesia y no se ve el mar. Contaría los banderines, que este año los habían puesto de la lonja a la plaza en dos colores, y contar cosas de colores puestas en fila la sostenía. Y llevaría la rebeca.

Hacía una tarde de julio de las que pegan el asfalto a las suelas. La rebeca era de punto fino, azul marino, con los botones hasta el cuello, y no abrigaba de nada ni servía para nada más que para lo que servía, que era estar puesta. Candela la sacó del respaldo de la silla, se la echó por los hombros y se pasó el pulgar por la muñeca izquierda, por la magnolia, sin darse cuenta de que lo hacía. Marina

la vio salir así, tapada hasta arriba en pleno agosto adelantado, y bajó los ojos a lo suyo. En aquella casa había cosas que se veían y no se decían, y la rebeca de Candela era una de las más antiguas.

Bajaron las cuatro por la cuesta a eso de las siete y media, cuando el sol ya no mataba pero todavía apretaba.

El pueblo llevaba una semana vistiéndose y esa tarde estaba vestido del todo. Banderines de la lonja a la plaza, cruzando la calle en aspas, blancos y azules, quietos porque no corría ni un soplo de aire. Los balcones con las colchas buenas puestas a airear el día que tocaba, mantones, una bandera de la cofradía. Olía a incienso de la iglesia mezclado con el freír de las casas, que la gente comía deprisa para bajar a tiempo. La banda del pueblo se estaba afinando delante del ayuntamiento, esos primeros compases que no son música todavía sino gente buscándose, y un platillo suelto de vez en cuando.

—Ay, la banda —dijo la del estanco, que estaba en su puerta con la bata de flores y el abanico—. Un año de estos afinan antes de empezar y nos da a todos un soponcio.

Se rio ella sola de su gracia y siguió abanicándose. Candela también sonrió, un poco, por hacer, y se agarró a la broma como a un pasamanos antes de un tramo de escalera.

Se quedó en la esquina de la plaza, en los soportales, como había planeado. Rocío, Marina y África bajaron un poco más, hacia la lonja, y le dejaron sitio sin decírselo: nadie le dijo «quédate ahí», nadie le dijo «baja». Marina le puso la mano en el hombro al separarse, ni una palabra, y se fue con las otras. Candela contó los banderines. Del primer aspa a la esquina de Chano había doce, blanco azul blanco azul, y contarlos le puso el pecho donde tenía que estar.

La Virgen salió de la iglesia a las ocho, cuando el cielo empezaba a bajar de color.

Salió a hombros, como todos los años, meciéndose despacio en el paso al ritmo de los costaleros, con su manto azul —un azul de mar de julio, de mediodía, no de mar de noche— y a los pies un montón de claveles blancos que Candela le miró con ojo de oficio, buenos, frescos, cortados esa mañana. La banda arrancó de verdad, ya afinada, un pasodoble lento, y el pueblo se puso a aplaudir a la

salida fuerte y con los ojos brillando, que aquí se aplaude así a lo que se quiere. El paso bajó la calle hacia la lonja mecido, flor a flor, y detrás la cofradía con sus medallas y media Almadraba, y Candela lo siguió con la vista desde los soportales, arriba, lejos del agua, contando costaleros por debajo del faldón —seis de este lado, seis se supone que del otro— y aguantando bien.

En la lonja embarcaron a la Virgen.

Eso no lo había contado ella en sus cuentas. Debió contarlo. La bajaron del paso con un cuidado de manos que temblaban de aguantar el peso, y la subieron a la barca de la cofradía, engalanada de arriba abajo, con guirnaldas y flores y banderas, y en la popa, de patrón, con la camisa blanca y las manos grandes en la caña, iba Gonzalo Herrera. Y la barca de la Virgen se separó del muelle, y detrás fue saliendo el mar entero.

Porque salieron todas. Las de bajura, las de recreo, las neumáticas de los chavales, hasta la de Chano con las nasas quitadas y llena de críos, engalanadas con lo que cada uno tenía, banderines de plástico, una sábana, ramas. El mar se llenó de barcas, decenas, escoltando a la Virgen, que iba delante meciéndose sobre el agua igual que había ido meciéndose por la calle, flor a flor. El sol se ponía por detrás y el agua se puso de un color que Candela no quiso nombrarse. La gente bajó a la orilla y al muelle a despedir la barca, y Candela, sin decidirlo del todo, bajó también un poco, hasta el borde de la plaza, porque la marea de gente empujaba para abajo y ella iba dentro.

En la orilla, en una silla que le habían sacado, estaba Pepa.

Pepa, que llevaba dieciocho años sentándose de espaldas al mar. En su casa, en el entierro, en la vida. Y esa tarde estaba de cara. Puesta de cara al agua, con Lucía de pie a su lado agarrada del respaldo, mirando salir la barca de su hijo mayor con la Virgen a bordo, sin apartar los ojos ni una vez. El único día del año. Nadie a su alrededor lo señaló, porque en La Almadraba las cosas de Pepa y el mar no se señalan, y Candela tampoco lo pensó con palabras: solo la vio, de cara, y se le bajó a la raíz, muy hondo, y lo tapó enseguida con una cuenta. Las barcas. Contó las barcas. Iba por nueve cuando empezó la ofrenda.

La ofrenda de las coronas fue lo que la partió.

La cofradía las llevaba en las barcas, apiladas, y a una señal empezaron a echarlas al agua, una tras otra, coronas de flores redondas, grandes, atadas con cintas. Y Candela, que se ganaba la vida con lo vivo, que hacía coronas como esas con sus manos en el vivero de Jerez para los entierros de Jerez, las leyó al vuelo, sin querer, planta por planta. Claveles. Margaritas. Siemprevivas, que aguantan más en el agua. Una de crisantemo que alguien había pagado cara. Flores vivas, cortadas esa mañana, frescas todavía, con el tallo mojado, y las estaban echando al agua oscura para que se las llevara. Flores vivas sobre el agua que se pone negra. Su oficio y lo otro en la misma cosa, la misma, sin separar.

Por los que se quedaron en el mar.

Una de las coronas llevaba cintas con nombres escritos, muchos nombres, los de todos los años, y el pueblo los fue diciendo bajito según pasaba la corona, y entre ellos, en su sitio de siempre, el suyo. *El pobre Nico, que en paz descanse.* Lo dijo una voz al lado de Candela, cualquiera, con la costumbre puesta encima, y otra lo repitió, y las coronas empezaron a flotar y a irse, despacio, separándose unas de otras, cogiendo la corriente, mar adentro, hacia donde el agua ya no tenía color.

Candela quiso contar las coronas.

Empezó. Una. Dos. La tres se le juntó con la cuatro porque el agua las movía y ya no supo si eran una corona o dos, y volvió a empezar, una, dos, y otra vez se le mezclaron, flores y agua y flores, y la cuenta no agarraba, resbalaba, no había manera de ponerlas en fila porque el mar no las dejaba quietas, el mar no deja nada quieto, el mar se lo lleva todo mar adentro y no lo devuelve, y la corona con los nombres se iba, y el suyo iba en ella, y ella no podía dejar de mirar cómo se lo llevaba el agua sin color y no conseguía contar, no conseguía, uno, uno, uno. Y entonces el sonido se le empezó a estrechar. La banda seguía tocando pero le llegaba desde lejos, como por un tubo, y la gente que la rodeaba se hizo de pronto mucha, demasiada, hombro con hombro, y la rebeca abrochada hasta el cuello le quemaba, le pesaba, todo el julio de golpe encima del punto azul marino, y ella tiró de los botones sin abrir ninguno, y

buscó la muñeca con el pulgar y la magnolia no le sirvió de nada, y quiso decir algo, quiso decir «que me llevo yo el…», que me llevo, que me tengo que, y no le salió el final de la frase, se le quedó a medias en la garganta, cortada igual que todas las suyas, y el suelo de la plaza se le puso lejos de los pies.

—Candela.

Una mano en el codo. No en el brazo, no tirando: en el codo, por debajo, sosteniendo el peso justo para que no se viniera abajo.

—Candela, venga conmigo. Por aquí.

Era Álvaro Cepeda. El médico. Estaba a su lado y no se sabía desde cuándo, y no le preguntó qué le pasaba, no le dijo «respire hondo» ni «tranquila», no hizo aspavientos ni llamó a nadie ni levantó la voz para que la gente se apartara. Solo puso el codo de ella en su mano y la sacó de la multitud por el lado, como quien saca una planta de una maceta sin romperle la raíz, hablándole bajo todo el rato de cosas que no eran nada —por aquí, ya está, un pasito, cuidado con el bordillo— hasta que la calle se abrió y hubo aire y ya no había mar delante, solo pared.

La consulta estaba a cuatro puertas de la plaza, en la calle de atrás de la iglesia, en los bajos de una casa vieja con una placa de esmalte al lado del timbre. Álvaro abrió con su llave. Dentro estaba fresco y oscuro y olía a alcohol y a papel, ese olor de las consultas de siempre. Una sala de espera con cuatro sillas de plástico azul pegadas a la pared y un cartel de vacunas. Y detrás, la consulta: la camilla con el papel puesto, la báscula antigua de pesas, una vitrina de cristal con el material ordenado, la mesa. La sentó en la silla de los pacientes, no en la camilla, y no encendió la luz grande, solo la de la mesa.

Le puso en las manos un bote.

Un bote de depresores, los palitos de madera, esos con los que el médico te mira la garganta. Se lo puso en las dos manos, cerrado, y le quitó la tapa él mismo, y no le dijo respire, ni cuénteme qué ha pasado, ni nada de médico nuevo. Le dijo:

—Cuente.

Nada más. Cuente. Y se apartó a llenar un vaso de agua en el grifo del rincón, dándole la espalda a propósito, para dejarla sola con

el bote y sin mirarla, que era exactamente lo que hacía falta.

Candela metió los dedos y empezó a sacar palitos de madera y a ponerlos en fila sobre la mesa, uno al lado de otro, sin tocarse. Uno. Dos. Tres. Los palitos se dejaban contar. No se movían, no se los llevaba nada, se quedaban donde ella los ponía. Cuatro. Cinco. Le temblaba la mano y aun así los palitos aguantaban en su sitio, quietos, secos, en fila, y el sonido fue volviendo poco a poco desde lejos, y el tubo por el que le llegaba todo se fue abriendo, y para el palito número once ya podía oír el grifo, y el pasodoble muy amortiguado a través de la pared, y su propia respiración. Doce. Trece. Dejó de contar cuando dejó de necesitarlo, con catorce palitos en fila y el bote medio vacío en el regazo.

Álvaro le puso el vaso de agua delante, en el hueco que quedaba entre los palitos y el borde de la mesa, y se sentó en su sitio del otro lado, sin bata, con la camisa remangada, y esperó. No le tomó el pulso. No apuntó nada. Esperó a que la cosa se asentara, en silencio, con las manos abiertas encima de la mesa. Fuera, el pueblo seguía en el Carmen. Dentro, no había más ruido que el de Candela bebiendo agua a sorbos pequeños.

—Ya está —dijo ella al rato, con la voz todavía corta—. Ya estoy. Perdone.

—No hay nada que perdonar.

Candela miró los catorce palitos en fila. Luego lo miró a él, que la miraba a ella sin ninguna prisa, con una calma que no era la de un médico con una desconocida. Era otra cosa. Era una calma que se sabía de memoria, la de un camino hecho muchas veces. Le puso el agua a la temperatura buena, pensó de pronto, sin querer; ni fría ni del tiempo, buena. Y el bote. Y el «cuente». Nadie sabía lo del contar. No lo sabía ni ella hasta que lo hacía.

—¿Desde cuándo me conoce usted tanto? —preguntó Candela.

Álvaro no apartó la mirada. Tardó lo justo. Y luego, muy sencillo, con el tono de dar la hora:

—Desde hace más de lo que usted cree.

No dijo más. No dijo cuánto, ni de qué, ni cómo. Recogió el vaso vacío, se levantó a aclararlo, y con eso cerró la puerta a cualquier otra pregunta, con la misma suavidad con que había abierto la de la

calle. Candela se quedó con el suyo dentro sin saber qué hacer con él. Se había pasado la vida esperando la pregunta —la de todos, la de las amigas, la de los médicos, la de Remedios incluso—, la pregunta de qué te pasó, qué hiciste, por qué eres así, con la respuesta lista para no darla nunca. Y aquel hombre no le había preguntado nada. La había cuidado sin preguntarle nada. Y eso, para ella, era el mundo puesto del revés, el mar sacando cosas a la orilla en vez de llevárselas.

Salió de la consulta cuando ya era de noche. En la sala de espera, en una de las cuatro sillas de plástico azul, estaba Marina. No preguntó dónde había estado ni por qué ni cómo se encontraba. Se levantó, le echó un ojo de arriba abajo para ver que estaba entera, y dijo:

—Vámonos para arriba, anda, que he dejado la puerta sin echar.

En aquella casa no se preguntaba. Subieron la cuesta sin hablar, Marina un paso por detrás por si acaso.

Al pasar por el muelle, Candela miró el agua una vez. La barca de la Virgen volvía ya, con las luces encendidas y la banda tocando en la orilla para recibirla, y en la popa, de patrón, la silueta de Gonzalo con las manos en la caña. Amarró. Y en el instante en que amarraba, desde el otro lado del muelle, entre la gente, Rocío lo miró llegar, y él la miró a ella, un segundo, desde el agua a tierra, sin acercarse, sin decir nada, cada uno en su orilla. Después Gonzalo se agachó a asegurar el cabo y Rocío volvió la cara, y ahí quedó.

Las coronas ya no se veían. Estaban lejos, mar adentro, donde el agua no tiene color, y en la oscuridad quedaban de ellas unos puntos claros, cada vez más chicos, que la corriente separaba y se llevaba. Candela se paró a mirarlos un ratillo. Luego se soltó el botón de arriba de la rebeca, y el siguiente, y se la quitó por fin, y la dobló con cuidado sobre el brazo, que hacía calor, y subió a casa a ver cómo estaban las plantas.

Capítulo 15

Noche de San Juan de 2008

A las diez en punto los quintos prendieron la suya, que era la más alta, una torre de palés y de puertas viejas que llevaban toda la semana amontonando en lo alto de la playa del Chorrillo, y la arena pasó de azul a cobre en lo que se tarda en decir «ya». Las demás hogueras fueron prendiendo detrás, más chicas, repartidas hasta la orilla, pero la de los quintos era la que mandaba, y en cuanto agarró de verdad el pueblo entero se puso a gritar como si el fuego fuera un gol.

Porque el pueblo venía de ganar. La víspera, domingo, España le había pasado a Italia en los penaltis, y La Almadraba llevaba desde entonces con la Eurocopa metida en el cuerpo, de modo que aquella noche la verbena y el fútbol se habían hecho una sola cosa: alguien había bajado un altavoz a la arena y salía Estopa, y encima de Estopa iban dos o tres cantando lo suyo, mal, felices, con una litrona en la mano y la certeza absoluta de que aquel era el mejor verano de su vida.

África Soler lo miraba todo desde un metro más atrás, como miraba siempre las cosas, con la bandolera cruzada y la mano puesta encima sin darse cuenta.

Dentro de la bandolera iba el estuche de los rotuladores. Y dentro del estuche, entre el Tipp-Ex y una goma, envuelta en un trozo de papel higiénico que llevaba tres días sin cambiar, iba la tira de plástico con las dos rayas. Se lo había traído a la playa como se trae uno lo que no puede dejar en casa: pegado al cuerpo, contando con él. Llevaba tres días ensayando lo que iba a hacer con eso esta noche. Había elegido San Juan a propósito, con la cabeza fría, porque en San Juan el pueblo estaba mirando para otro lado, todos

de cara al fuego y de espaldas al agua, y una podía apartarse con alguien detrás de las casetas y contarle la cosa más grande de su vida sin que a nadie se le ocurriera buscarla.

—¡Illa, foto! —gritó Marina, agarrándola del brazo—. ¡Que no tenemos ni una de esta noche!

—Voy, voy.

Sacó el Motorola de tapa, el que le habían traído de fuera y que hacía mejores fotos que ninguno del grupo, y al abrirlo se le encendió la pantalla con un SMS de su madre esperando: «q no volvais tarde». Lo dejó sin contestar. Buscó a alguien con la vista, y le puso el móvil en las manos al primero que pasó, un señor con un niño en brazos que se paró de buena gana.

—Todos juntos, illos —dijo África—. Que salga la hoguera detrás.

Y por una vez fue ella la que se metió en la foto en lugar de hacerla. Se apretaron los cinco delante del fuego, Nico en el medio porque el medio era suyo desde siempre, Candela de puntillas para llegar, Rocío tirando de Marina que aún tenía media cara vuelta hacia el bar de sus padres. El flash los dejó blancos sobre el naranja lo que dura un fogonazo. Salió borrosa, seguro; salían todas borrosas y con los ojos raros, pero eso ya lo verían al día siguiente en el Tuenti. El señor les devolvió el teléfono, África le dio las gracias, cerró la tapa y se guardó los cinco en el bolsillo sin volver a mirarlos. Fue un momento pequeño. No pesó nada.

Nico se dejó caer a su lado en la arena, oliendo a humo y a colonia del Mercadona por debajo del humo, y le dio un trago a la litrona común.

—Este año la subimos otro metro —dijo, con la barbilla hacia la hoguera de los quintos—. Que hemos conseguido dos puertas de las buenas, las del corral del tío Paco, que las tira igual. El verano que viene, illos, os lo juro: esta llega al primer piso del ayuntamiento.

—Eso dijiste el año pasado —le dijo Candela.

—Y el otro —dijo Rocío.

—Y llegará. Vosotras esperad sentadas. —Se rio, y le pasó a Rocío la litrona sin mirarla más de la cuenta, y Rocío la cogió sin mirarlo más de la cuenta, y África no le puso a eso ningún nombre porque

no había ningún nombre que ponerle: eran Nico y Rocío pasándose una litrona, como llevaban haciendo desde los catorce.

Se rieron de algo. Candela había empezado a contar las tablas de la caseta más cercana con el pulgar en la muñeca, bajito, «una, dos, tres», que era lo que hacía cuando la fiesta se le ponía por encima, y Marina la imitaba para hacerla rabiar, y Nico juraba por tercera vez lo de las dos puertas. Era la cuadrilla de siempre, entera, en la mejor noche del año. África se rio cuando tocaba reírse.

Y los fue leyendo a los cuatro, sin querer, como hacía siempre, porque a los demás los entendía por debajo de lo que decían, y eso no se apagaba. Candela contando no estaba nerviosa por nada; estaba nerviosa por estar, que era distinto, y a las once ya se le habría pasado. Marina, cuando cantaba una mesa desde lejos hacia el bar de sus padres, decía «ahora voy» y quería decir «no me vayáis a dejar sola». Rocío, riéndose fuerte, quería que la miraran, y esta noche le había salido el sur en la boca sin darse cuenta, señal de que estaba contenta de verdad. A todos les cabía lo que llevaban dentro en una frase corta. Solo ella llevaba una cosa que no le cabía en ninguna, que la había leído en tres idiomas en un prospecto y que en el suyo, en su propia boca, en aquella playa, todavía no había conseguido decir en voz alta.

Pero por dentro estaba en otra parte, y llevaba semanas estándolo, aunque a todos les cuadraba que fuera por la Selectividad. Tenía en la cabeza el discurso. Lo había ordenado tantas veces que se lo sabía como se sabe una interpretación difícil antes de entrar en cabina: primero abrir suave, luego lo importante, luego dejar sitio para lo que dijera el otro. Empezaría por «no te asustes». Después vendría «no te pido nada, Nico, que conste, no te pido nada». Y después ya se vería. Lo tenía todo colocado, cada frase en su renglón.

Le dieron el bocadillo de la cena y no lo tocó. Se abrió una Fanta y le dio dos sorbos y la dejó clavada en la arena, de pie, sudando, porque el olor de la hoguera se le mezclaba con el de las sardinas de más allá y le daba vueltas al estómago. Miró el reloj. Se lo recolocó en la muñeca, ese gesto suyo de antes de las cosas que importaban.

Las diez y veinte. Todavía no. Un rato más y la cuadrilla se disolvería sola, como todas las noches, cada una a lo suyo, y entonces.

A las diez y media se levantó Marina a por hielo al bar y Candela se fue detrás, y Rocío se quedó hablando con unas del instituto, y Nico se puso de pie y se sacudió la arena del pantalón, y África entendió que aquello era el hueco. No iba a haber otro mejor. Se le había secado la boca. Se pasó la lengua por los labios y le salió la voz baja, la que ponía cuando algo importaba de verdad.

—Nico. ¿Me acompañas un momento?

—Claro. ¿Adónde?

—Aquí al lado. Un segundo.

Lo llevó detrás de la fila de casetas de madera, las de guardar los aparejos, donde no llegaba la luz de la hoguera más que en rachas y el altavoz sonaba ya lejos, tapado por la caseta. Allí estaban solos. África había ensayado hasta ese detalle: que estuvieran solos, que él la mirara, que hubiera silencio suficiente para caber una frase entera sin gritar.

Y entonces, con Nico delante y mirándola y esperando, con los tres días de discurso perfectamente colocados en la cabeza, abrió la boca y le salió la primera y ninguna más en su sitio.

—No te asustes.

Lo dijo, por fin. Después de tres días, lo dijo en voz alta, y en cuanto lo soltó el resto del discurso se le vino abajo entero, todas las frases tan bien ordenadas se le cayeron del renglón a la vez y se le mezclaron, y lo que había pensado decir el último le salió por el medio, sin preparar, desnudo.

—Estoy embarazada. Es tuyo. De la noche del vivero, de abril. —Y aún tuvo tiempo de acordarse de que aquello no era el orden, de que faltaba el «no te pido nada», y de metérselo detrás a destiempo —: No te pido nada, ¿eh? Que conste. No te pido nada.

Nico no dijo nada.

Se quedó blanco. Lo vio ponerse blanco a la luz que llegaba de rebote, de golpe, como si por dentro se le hubiera ido algo de sitio. Abrió la boca. La cerró. La volvió a abrir, y África esperó la palabra, la que fuera, con el oído puesto igual que en cabina, cuando el que habla coge aire para arrancar. No llegó. A Nico se le fueron los ojos

por encima del hombro de ella, hacia el mar, hacia las luces del puerto que se veían al fondo, y volvieron, y no traían nada. Tragó saliva. Le tembló la barbilla como a quien le salen las cuentas mal por más que las repita. Y las piernas se le fueron solas: un paso atrás, otro, la arena cediéndole debajo, y se dio la vuelta y se metió hacia la gente sin haber dicho ni una sola palabra.

Ni una.

África se quedó de pie detrás de la caseta, con la frase dicha y el sitio de la respuesta vacío.

Llevaba toda la vida haciendo eso: coger lo que la gente decía y lo que la gente callaba y ponerlo en claro, pasarlo de un idioma a otro sin que se perdiera nada por el camino. Era lo único que sabía hacer del todo bien. Y ahora, con la única persona con la que le iba la vida en acertar, cogió aquel silencio de Nico —el blanco de la cara, los ojos yéndose al puerto, el paso atrás— y lo tradujo de corrido, sin dudarlo, y le salió una sola cosa, la peor: se ha ido. No lo quiere. Se arrepintió de abril y ahora se le viene esto encima y no lo aguanta, y ha hecho lo que hace la gente cuando algo le viene grande, que es marcharse. Lo tenía clarísimo. No se le ocurrió, ni por un segundo, que un silencio pudiera querer decir otra cosa que aquella; ella, que se ganaría la vida sabiendo que casi siempre quiere decir otra cosa.

Se apoyó en la madera de la caseta y se dejó ir hasta abajo, hasta sentarse en la arena fría de la parte de atrás, con las rodillas recogidas. Y lloró. Una vez, hacia dentro, tapándose la boca con el dorso de la mano para no hacer ruido, ordenada hasta para eso, como había llorado en la cocina de Remedios tres días antes con la servilleta y no con la mano. Se le habían roto los tres días de discurso. Ya no servía ninguna de las frases. No había abertura suave que valiera para una conversación en la que el otro se iba sin hablar.

Se secó con la muñeca. Se recolocó el reloj sin verlo. Las once menos veinte.

Y fue al levantarse, cuando se asomó un palmo por el canto de la caseta para volver con los demás como si no hubiera pasado nada —

porque eso también sabía hacerlo, poner la cara de nada—, cuando los vio.

Al otro lado de la hoguera, lejos, con toda la lumbre y todo el humo por medio, Nico estaba de pie. Y delante de él estaba Marina.

Hablaban. Eso era lo único que se veía desde donde ella estaba: los dos de pie, de frente, Marina diciéndole algo y Nico escuchando, o al revés, imposible saberlo con aquella distancia y aquel ruido y las pavesas subiendo entre medias. No le llegaba ni una palabra. No sabía de qué. Solo eran dos personas habladas por el fuego, una enfrente de la otra, y ella detrás de una caseta con el estuche apretado contra el pecho por encima de la bandolera, sin oír nada, mirándolos.

Capítulo 16

La Almadraba, julio de 2026

Para la tercera semana de julio, La Almadraba hervía a fuego lento, y el calor entraba en el número 7 por arriba —por la azotea nueva, que Teo había dejado acabada a finales de junio y que ahora recogía el sol como una plancha— y bajaba despacio hasta la cocina, donde África hacía las cuentas del mes con un ventilador apuntándole a la nuca. El Espigón llevaba cerrado desde el ocho, y Marina, sin barra donde esconderse, había convertido aquella casa en su barra: cocinaba de más, fregaba lo fregado, y Sebas se dejaba dar de comer con la paciencia de quien lleva trece años esperando en una puerta. Rocío bajaba a media tarde con Lucía a ensayar la radio de septiembre —«di los buenos días como si no conocieras a nadie», la oía África desde la cocina, «otra vez, y no corras»—, y la voz de la niña, tiesa y solemne, subía por el hueco de la escalera diciendo el parte del tiempo a un micro que era un mando de la tele.

Teo llevaba tres días con las humedades del salón. Picaba la pared de abajo hasta el ladrillo, y África se había acostumbrado a trabajar con aquel ruido igual que al zumbido de una cabina: presente, monótono, más raro cuando paraba que cuando sonaba. Aquella mañana paró.

—Jefa. —Teo apareció en la puerta de la cocina con el cortafríos en una mano y la cara del que ha encontrado algo—. Baja un segundo, anda. Que esto no me lo esperaba yo.

Había levantado un tramo de zócalo, el rodapié de madera oscura al pie de la pared, y detrás, donde tendría que haber ladrillo, había un hueco. No de desconchón ni de humedad. Un hueco cuadrado, hecho a mano, rematado a conciencia por alguien que quiso que estuviera y que no se viera.

—Esto está hecho a propósito —dijo Teo, pasando la yema por el canto—. Esto lo picó alguien, lo forró y volvió a tapar. Un escondrijo de toda la vida. —Metió la mano con un cuidado que a África le recordó al del pulgar por la veta, y sacó una lata.

Una lata de las de dulces, redonda, de mantecados, con una pastora pintada en la tapa medio comida por el óxido. De las que en cualquier casa del pueblo acaban guardando botones o hilos.

Las llamó a las cuatro. No hizo falta gritar mucho: Marina ya venía secándose las manos, Candela subía del patio con tierra en las uñas, Rocío bajó la escalera con Lucía detrás preguntando qué era. Se juntaron en el salón alrededor de la lata, apretados, con el respeto que impone una cosa que sabe más que uno. Fue Rocío la que dijo lo que pensaban las cuatro.

—Es de Remedios.

Nadie lo discutió. La llevaron a la cocina, la pusieron en el centro de la mesa, y a Lucía la mandó Rocío al patio con la excusa de las plantas, porque hay latas que no se abren con una niña de nueve años mirando. Teo se quedó en la puerta, con el cortafríos todavía en la mano, sin entrar del todo y sin irse.

África abrió la tapa. Costó: el óxido la había pegado. Dentro no había botones ni hilos.

Lo primero que sacó fue una foto.

Impresa en papel, de las que se revelaban en la tienda, con el borde blanco y el color ya un poco ido hacia el naranja. Cinco chavales delante de una hoguera, apretados, blancos por el flash sobre el fuego, con los ojos raros. Nico en el medio, porque el medio era suyo desde siempre. Candela de puntillas. Ella misma, África, la única que en las fotos salía siempre un metro más atrás y que aquella vez, por una vez, se había metido dentro.

Le dio la vuelta sin pensarlo, por el oficio de mirar las cosas dos veces. Detrás, a bolígrafo, con letra firme —la de antes, la que agarraba el renglón—, ponía: *23 de junio de 2008.*

Y África se acordó, sin buscarlo, de cómo aquella foto había llegado a existir en papel. Ella la había hecho con el Motorola, aquella noche, y se la había guardado en el bolsillo sin volver a mirarla. *Fue un momento pequeño*, había pensado entonces. *No*

pesó nada. Y en julio, después del entierro, Remedios se la había pedido. «Mándamela, mi arma, esa de los cinco en la lumbre, que la quiero tener.» La habían llevado a revelar a la tienda de Barbate, y África le había dado a Remedios una copia sin mirarla ella tampoco, porque en aquel julio mirar cualquier cosa de aquella noche era más de lo que podía. Dieciocho años después le pesaba en la mano lo que no le había pesado en el bolsillo. Se recolocó el reloj. Cortó. Había cosas de aquella playa que sabía dejar a la altura de la piel y no dejar bajar más, y las dejó.

Debajo de la foto había papeles.

Programas de fiestas, viejos, doblados. El del Carmen de un año cualquiera, con la Virgen del manto azul y la barca de plata. Uno de San Juan con las bases del concurso de hogueras. Otro del Carmen más antiguo todavía, con el papel ya blando de tanto doblarse. Años sueltos, sin orden, guardados por alguien que apartaba los papeles de las fiestas como prueba de que el pueblo siguió celebrando.

—Mira que era de guardar cosas —dijo Marina, y lo dijo con la voz un poco tomada, pasando los programas como las hojas de un álbum.

Debajo de los programas había una pulsera.

África la sacó y la puso en la mesa, a la luz. Un cordón de cuero trenzado, fino, ya reseco y oscurecido, con una florecilla de plata engarzada en el medio, de esas de plata que no es plata, de puesto de mercadillo, de las que se compran de cría por dos euros en la feria y se llevan hasta que se pierden. La miró buscándole dueña —era pequeña, de muñeca de niña— y levantó la vista para preguntar de quién era.

No hizo falta preguntar.

Candela se había quedado quieta. Del todo. No la quietud de contar baldosas, que era una quietud que se movía por dentro; esta era otra, una en la que hasta la respiración parecía haberse parado a esperar. Tenía los ojos en la florecilla de plata y no los levantaba. África, que se ganaba la vida cogiendo lo que la gente decía y lo que callaba y poniéndolo en claro, cogió aquella quietud y no supo a qué idioma pasarla.

—Es mía —dijo Candela por fin, muy bajo. Alargó la mano y la cerró sobre la pulsera antes de que nadie más la tocara—. La perdí de cría.

Y cerró el puño. No dijo dónde. No dijo cuándo. No dijo nada más, y en aquella casa no se preguntaba, así que nadie preguntó; Marina siguió con los programas, Rocío miró la foto, y solo África se quedó un segundo de más con los ojos en el puño cerrado de Candela, en los nudillos blancos, y archivó la escena entera donde archivaba lo que no cuadraba, sin sacarla y sin entenderla, para más tarde. Para nunca, a lo mejor. Se recolocó el reloj y siguió vaciando la lata.

En el fondo, apoyado contra la pared de hojalata, había un sobre.

Pequeño, de los de las cartas cortas, cerrado y lacrado con un poco de celo ya amarillo. En el centro, dos palabras. Y esta vez la letra no era la de antes: era la de después, la temblona, la que se agarraba al renglón con el pulso de prestado, la misma de los sobres de las cartas que Inma les enseñaba sin dárselas.

«Todavía no.»

Nadie alargó la mano. Se quedaron los cuatro mirando el sobre en el centro de la mesa, y Teo, desde la puerta, dejó el cortafríos en la encimera sin hacer ruido, con el cuidado de quien nota que la cosa ha dejado de ser de obra.

—A lo mejor es un décimo de lotería de hace la tira —dijo Marina, que necesitaba decir algo—. Y nos hacemos ricas y nos ha jorobado el «todavía no».

Nadie se rio del todo, pero se agradeció. Rocío alargó un dedo y le dio media vuelta al sobre, solo media, por comprobar que no tuviera truco por detrás, y no había nada por detrás, solo las dos palabras por delante.

—Yo esto no lo abro —dijo Candela, con el puño todavía cerrado sobre la pulsera contra el pecho.

—Nadie lo abre —dijo África.

Llamaron a Inma. Vino a la media hora, sin prisa, con el bolso colgado del codo y esa manera suya de entrar en las casas como si ya supiera lo que le iban a enseñar. Miró la lata vacía, miró la foto,

miró los programas. Y cuando llegó al sobre pequeño con las dos palabras, se paró de otra forma.

—Ah —dijo. Nada más, un rato—. Ah.

—¿Sabías tú que estaba esto aquí? —le preguntó Rocío.

—No sabía dónde. Sabía que había algo. —Inma sacó del bolso un pañuelo de tela y, sin abrir el sobre, sin darle la vuelta siquiera, lo levantó de la mesa y lo envolvió, con el mismo cuidado con que se coge lo que no es de uno—. Esto me lo llevo yo. Instrucciones son instrucciones. Ella dejó dicho lo que se abre y cuándo, y esto lleva escrito cuándo. —Se lo guardó en el bolso, contra el forro—. Todavía no.

—Pero ¿qué es? —dijo Marina.

—Es lo que pone. —Inma se colgó el bolso otra vez. Y ya en la puerta, mirando el tramo de zócalo levantado, el hueco cuadrado al aire, se detuvo un momento y dijo, seca, sin volverse del todo—: Ella sabía que la obra pasaba por aquí.

Y se fue calle abajo, dejándolas con la lata vacía, la foto, los programas, y un hueco en la pared que hasta esa mañana había estado tapado dieciocho años.

Aquella tarde, África se acordó sin querer del cajón hondo del aparador, de las postales de Navidad atadas con la goma reseca, de los cuatro nombres suyos repartidos en años que no llegaron: las cartas de Remedios llevaban toda la vida juntándose por los rincones de aquella casa, esperando una dirección que no cambiara, y ellas por fin habían venido a ser la dirección. Cerró el pensamiento como se cierra un cajón donde duerme alguien.

Al caer la tarde, cuando el sol dejó de pegar y Teo recogió la herramienta y se lavó el yeso de los brazos en el grifo del patio, subió a la azotea con dos cervezas de la nevera y le tendió una a África, que había subido antes a tomar el fresco.

—Ya no curro —dijo, por si acaso, enseñándole la lata—. Que conste. No bebo en horario.

Se sentaron en el pretil nuevo, de espaldas al pueblo y de cara al puerto, que a esa hora se iba poniendo de todos los colores que no tenía a mediodía. Teo no preguntó por la lata. Ni por la foto, ni por la pulsera, ni por aquello de los años que se había dicho delante de

él en la cocina y que cualquiera habría cogido al vuelo para tirar del hilo. No tiró de ningún hilo. Bebió, miró el puerto, y comentó que la azotea aguantaría un temporal de levante sin pestañear, que la había ferrallado él pensando en lo peor.

Y fue por eso, porque no le pedía nada —ni la historia, ni la pena, ni que le riera la gracia—, por lo que África le dio algo. Pequeño. Verdadero.

—En Bruselas nadie me llama África —dijo, mirando el agua—. Soy madame Soler. Lo dicen bien, con mucho respeto, sin una falta. —Le dio un trago—. Remedios era la única que decía «África» con las dos aes abiertas, las de aquí, las del sur. Me pasé dieciocho años oyendo mi nombre en boca de gente que lo pronunciaba perfecto, y era como oírlo traducido. Correcto. Y no era el mío.

Teo no dijo «qué bonito» ni «qué triste». Ladeó un poco la lata, mirándola.

—Pues aquí te van a llamar África con las aes esas hasta que te canses —dijo—. El del estanco ya lo hace. Y jefa, que ese soy yo.

Se le escapó a África una risa, corta, de las de verdad, y la cortó ella misma en cuanto la oyó, porque hacía tiempo que no le salía una así y le extrañó el sonido. Teo no lo señaló. Bebió, y se quedó callado mirando cómo el faro empezaba a barrer el techo del cielo, y no llenó el silencio con nada, y África tampoco, y estuvieron así un rato, cada uno con su lata, sin que aquello pidiera palabras. Cuando la cerveza se acabó, Teo se levantó, recogió las dos latas —también la de ella— y enjuagó la suya en el grifo del pretil antes de dejarla, esa manía.

—Me bajo —dijo—. Mañana ataco la otra pared. A ver qué me encuentro.

—A ver —dijo África.

Y fue ella la que se retiró primero, antes de que aquello se pusiera a ser otra cosa, bajando la escalera con la excusa de las cuentas que no había hecho. No hubo más. En aquella azotea, de momento, no pasó nada que se pudiera contar, que era justo lo que la tenía a ella sin saber dónde meterlo.

Antes de acostarse volvió al salón. Teo había dejado el tramo de zócalo apoyado contra la pared, y el hueco cuadrado seguía al aire,

vacío, esperando a que al día siguiente lo taparan otra vez. La lata la habían guardado, los programas los había recogido Marina. Solo quedaba la foto, encima de la repisa, donde alguien la había dejado sin decidir qué hacer con ella.

África la cogió. Miró a los cinco, blancos sobre el fuego, borrosos, felices, sin saber nada. Y no la guardó en ningún cajón. La apoyó de pie en la repisa del salón, contra la pared, derecha, como se había quedado dos días la primera carta apoyada en el vaso de la cocina: puesta a la vista, sin decidir nada, porque retirarla habría sido decidir algo, y aún no tocaba. Nico en el medio, mirando a la casa. Apagó la luz y los dejó allí.

Capítulo 17

La Almadraba, julio de 2026

A Marina la despertó la costumbre, no el despertador: a las seis y media ya tenía los ojos abiertos, igual que cada mañana del verano. Sólo que aquel sábado de Santiago no había nada que abrir.

Se quedó un rato mirando el techo del cuarto estrecho, oyendo a Sebas respirar hondo a su lado, y le salió la cuenta sola, como le salían todas. El puente de Santiago era uno de los tres fines de semana que sostenían el verano: las terrazas llenas hasta la fuente, los del camping bajando a comer, las mesas dobladas dos y tres veces al día. Lo tenía echado hasta el último café. Y aquel año se lo comía un cartón de una caja de cascos pegado por dentro del cristal.

Se levantó sin encender la luz. Descolgó de la cocina la llave del Espigón y salió a la calle Magnolia cuando el pueblo todavía olía a la noche de antes. Bajó la cuesta con la plaza para ella sola, los toldos recogidos, las palomas por el suelo. Le quitó el candado a la persiana verde —dos vueltas, cosa de dos veces al año— y la subió lo justo para pasar por debajo, agachada, colándose en su propio bar sin querer que se notara.

Dentro estaba todo como lo había dejado el ocho de julio. Las sillas patas arriba sobre las mesas. La barra desnuda, sin cafetera encendida, sin el rumor. Y en el rincón del ventanal, el taburete de Remedios, patas arriba también sobre el mármol, que se lo había puesto ella con sus manos y le había costado más que las quince sillas juntas. Verlo así, boca abajo, le dio en el pecho más que la persiana cerrada. Un bar apagado es un bar. Aquel taburete del revés era otra cosa.

Marina no se paró a pensarlo. Se ató el mandil de dos vueltas, cogió la bayeta, y se puso a limpiar lo que ya estaba limpio.

Le pasó a la barra un repaso que la barra no necesitaba desde hacía diecisiete días. Ordenó los vasos que ya estaban ordenados, contó las botellas del estante como si alguien fuera a pedirle cuentas, barrió un suelo sin migas. La carta de Remedios decía cierra el bar, y ella lo tenía cerrado, con su cartón y su candado y su NO PREGUNTEN mirando a la plaza. Pero la carta decía otra cosa por debajo, y esa Marina la estaba pisando con las dos manos y una bayeta: había bajado a esconderse detrás de la barra a la hora en que no la veía nadie, que era hacer trampa sin romper la regla.

La vio Sebas por el cristal.

Marina levantó la cabeza y ahí estaba, al otro lado del escaparate, detrás del cartón, mirándola por el trozo de vidrio que quedaba libre entre el NO y el PREGUNTEN. Se había despertado, no la había encontrado en la cama, y había bajado a buscarla. Sin afeitar, con la camiseta de dormir, los ojos de quien sabía dónde iba a encontrarla antes de salir de casa.

Marina le abrió porque no abrirle habría sido peor.

Entró, y no dijo buenos días. Se quedó de pie al otro lado de la barra, en el sitio de los clientes, con las manos en los bolsillos del pantalón de dormir, mirándola frotar el mármol.

—La carta decía que cerraras el bar —dijo—. No que te escondieras en él.

—He bajado a hacer inventario.

—Marina, que llevas la cuenta de las servilletas en la cabeza. Tú no tienes que hacer inventario de nada. —No lo dijo con mala voz. Lo dijo despacio, como quien por fin suelta algo que lleva mucho rato aguantando de pie—. Has bajado a lo que bajas siempre. A ponerte la barra por delante.

Marina le pasó al mismo tramo un tercer repaso.

—¿Sabes qué hora es? Las siete de la mañana de un sábado, y estoy hablando contigo con esto en medio otra vez. —Puso la mano abierta en el mármol, entre los dos—. Trece años, Marina. Trece años hablándote por encima de esta tabla. La otra tarde, la de la siesta, con el sol en la sábana. ¿Te acuerdas?

—Sebas.

—Fue la primera vez en trece años que te veía la cara de día. Te lo dije. Y tú te levantaste a por los boquerones.

Marina abrió el grifo, lo cerró. No salía agua; estaba cortada desde el ocho.

—Yo no soy de discutir, tú lo sabes. Yo soy de callarme y de freír. Pero es que un hombre llama a una puerta, y si no le abren, pues llama otra vez, digo yo. Pues yo no. Yo llamo una vez y me espero trece años en el escalón, a la hora que tú digas, por si acaso. —No se le rompía la voz; se le ponía más baja, que en él era peor—. Lo de los niños. Te pregunté una vez, una sola, en lo oscuro. «Ahí no, Sebas», me dijiste. Y no volví a preguntar. Pero es que ni sé por qué, Marina. Ni eso me diste. Cerraste esa puerta y ni me dijiste de qué lado la cerrabas.

Marina soltó la bayeta en el mármol.

Acorralada. Esa era la palabra, y ella la conocía bien, porque así se quedaba cada vez que le quitaban la barra de en medio y la dejaban a campo abierto sin nada que fregar. Y a ella, acorralada, no le salía el llanto. Le salían los dientes.

—¿Qué quieres que te diga, Sebas? ¿Que hablemos? Pues venga, hablamos. —Le salió la voz de dar la última comanda, la que no admite otra ronda, sólo que esta vez seguía—. ¿Tú qué te crees, que yo me casé contigo por un flechazo? ¿Que tú y yo somos una película de las de la tele?

—Yo no he dicho…

—Me casé contigo porque era lo que había.

Lo dijo, y en cuanto lo dijo supo que era verdad, y por eso cortaba como cortaba. No era una mentira para hacer daño. Era la cosa más de verdad que le había dicho a aquel hombre en trece años, dicha de la peor manera. Sebas se quedó con la mano todavía en el mármol, muy quieto, y el bar cerrado se puso más callado todavía.

Y a Marina, en caliente, se le vino a la boca algo peor. Que si le apuraba, que si de verdad quería que se lo dijera todo, que ni siquiera se habría—

Y ahí se paró. En seco. Como se baja una persiana de un tirón antes de que entre lo que no se quiere dejar entrar. Se tragó el

resto. No lo dijo. Pero ya daba igual, porque Sebas le había visto empezar la frase, y una frase que uno se calla delante del otro hace casi tanto ruido como la que se dice.

Sebas quitó la mano del mármol.

—Vale —dijo. Y fue lo peor que podía decir, porque «vale» era lo que decía cuando le cerraban una puerta y ya no volvía a llamar.

No dio un portazo. Sebas no era de portazos ni de amenazas; no dijo «pues me voy» ni «esto se acabó» ni ninguna de esas frases que dice la gente que quiere que la sigan. Se quedó un momento mirando el trozo de mar que se colaba entre los toldos recogidos, el mismo de trece años, y luego se dio la vuelta y salió por debajo de la persiana medio subida, agachado, con cuidado de no descolgar el cartón.

Marina se quedó sola en el bar cerrado con la bayeta en la mano.

Subió detrás de él a los diez minutos, cuando ya no había nada más que fregar. Se lo encontró en el cuarto de abajo, sacando de debajo de la cama la bolsa de deporte, la de gimnasio que él no pisaba, la misma con la que había subido al siete la primera noche, cuando lo de subir todavía era una fiesta que no se atrevía a celebrar. La estaba llenando sin doblar la ropa, y eso fue lo que más impresión le hizo a Marina: Sebas, que doblaba hasta los trapos de la cocina, metiendo las camisetas en bola.

—Sebas.

—Me voy unos días a Barbate, con mi madre. —Tiró de la cremallera, que se atascó, sin perder la calma—. No es por hacerte nada. Es que aquí no hago falta. Aquí no hago ni falta ni café.

Se echó la bolsa al hombro. En la puerta del cuarto se paró, y Marina esperó el «a la hora que tú digas», que llevaba trece años oyéndoselo, en la barra y en la cama y en el escalón de todo. No llegó.

—Cuando quieras arreglar esto, me avisas —dijo, sin volverse del todo—. Pero esta vez la hora no me la digas tú.

Y bajó la escalera con la bolsa, y Marina lo oyó despedirse de las otras tres en el zaguán con una educación que dolía más que un grito, y oyó la cancela, y no oyó ningún coche, porque Sebas no tenía coche ni lo había tenido nunca. Se iba a Barbate en el de línea,

con la bolsa de gimnasio al hombro, a esperar en la parada de la plaza como esperaba en todas partes.

La mañana se quedó grande y sin ruido.

Fue esa tarde cuando llegó el sobre. Lo dejó el cartero a la hora de la siesta, y Rocío subió del buzón con dos cosas: una propaganda de un supermercado y un sobre bueno, de papel grueso, con el membrete azul en la esquina que ya conocían las cuatro. Azahar Costa.

—Otra vez estos —dijo Rocío, y lo dejó en la mesa de la cocina.

En la nevera seguía imantada la primera oferta, la de junio, entre la lista de la compra y las farmacias de guardia, con su plazo hasta el treinta y uno de julio muy educado y muy alto. No había vencido todavía. Y ya mandaban otra.

Marina la abrió porque las cuatro la miraron a ella. La leyó. Y la cifra de julio se había puesto más gorda que la de junio: le habían añadido ceros sin que nadie contestara al primero, con esa prisa de los que huelen que la casa pasa un mal momento y aprietan.

Marina dejó el papel azul en la mesa, en el centro, donde tres semanas antes había estado la lata de la pastora.

—A lo mejor —dijo, y le salió muy tranquila, que era lo que la hacía peor— la loca no era Remedios.

No saltó nadie.

—A lo mejor la loca soy yo, que llevo un mes cerrando un bar que da de comer, durmiendo en una casa que no es mía por una condición que se podría impugnar, y he mandado al padre de los hijos que no he tenido a Barbate en el autobús. —Puso un dedo encima del membrete azul—. A lo mejor lo que hay que hacer es coger esto, firmar, repartirlo en cuatro, y que cada una se vuelva a su vida. Que Rocío tiene su plató, África su Bruselas, Candela su vivero. Y yo mi bar. Cada mochuelo a su olivo, y aquí no ha pasado nada.

Nadie dijo nada. En aquella cocina, donde las cosas se decían callándolas, aquel silencio fue el más ruidoso de todos.

Fue África la primera. Se recolocó el reloj, bajó la voz —le pasaba cuando algo le importaba de verdad— y lo puso en columnas:

—Si es por dinero, Marina, el dinero lo pongo yo. Lo que le debas a los proveedores, lo que te haya cundido cerrar, lo que sea. Lo pongo yo y no se habla más. —Como si con una cifra encima de la mesa se tapara cualquier agujero; como si a ella los agujeros se le arreglaran pagándolos.

—No es por dinero, África.

—Pues entonces no vendas nada.

Rocío ya tenía el móvil en la mano. A Rocío, cuando algo se torcía, le salía el directo: organizar, llamar, buscarle a cada cosa su plan y su minuto.

—A ver. Una cosa es una cosa. —Hablaba deprisa, dando paso—. Sebas se ha ido esta mañana con un cabreo, no a Australia; está en Barbate, a media hora. Eso se arregla. El bar abre el ocho, el cierre está pagado, eso está arreglado. Y esto —cogió el papel azul con dos dedos, por una esquina, con remilgo— esto lo contesto yo mañana con Inma, que para decir que no también hace falta saber decirlo. Aquí hoy no firma nadie nada.

Candela no dijo ni una cosa ni otra.

Se levantó de la mesa sin ruido, arrastrando la silla despacio para no arrastrarla, se tocó la muñeca izquierda con el pulgar —la magnolia—, y salió de la cocina, y salió de la casa, y Marina la oyó cruzar la cancela y echar a andar cuesta abajo sin rumbo, no hacia ningún sitio sino lejos del sitio en que estaba.

Nadie la siguió. En aquella casa cada una tenía su manera, y la de Candela era andar.

La casa aquella noche fue un sitio grande.

Cenaron tres. La silla de enea coja de Sebas, la que él mismo había traído del patio y calzado con un cartón para caberle a la casa sin molestar, se quedó arrimada al fogón, vacía, y nadie la quitó de allí y nadie se sentó en ella, igual que nadie se sentaba en la cabecera de Remedios. Dos sillas vacías en una cocina de cuatro metros. Marina las contó las dos y no apuntó nada en ninguna libreta, porque hay cosas que no se cobran ni se apuntan: sólo se aguantan.

Se acostó en el cuarto de abajo, en la cama estrecha que llevaba trece años siendo estrecha, y aquella noche, con Sebas en Barbate,

le sobraba la mitad. Una cama de matrimonio sin nadie al otro lado es la cosa más grande que hay. Marina se quedó en su lado, el de siempre, sin pasarse al centro, con la mano abierta en la sábana fría del otro sitio, igual que él se la había dejado a ella tantas noches, la puerta entornada por si alguien quería salir de noche.

Y en lo oscuro, sin bayeta que pasar ni comanda que cantar ni barra que poner por medio, le vino el pensamiento entero, sin cortar, por primera vez. Que a ella siempre se le había dado mejor cerrar que abrir. Bajar persianas, echar candados, cuadrar la caja al final del día. Que de todo lo que había en la vida —un bar, un matrimonio, un hijo— lo suyo era lo que se aguanta y no lo que se levanta; que romper cosas se le daba fácil, casi bien, y levantarlas—

Y ahí la cortó. En seco. Como siempre. Metió el resto en el cajón de las cosas que no se sacan y le echó la llave.

No durmió. A las tantas, ya de madrugada, oyó la cancela: Candela, que volvía. La oyó entrar despacio, meterse en el cuarto del fondo, y por la rendija de debajo de su puerta se encendió la luz y no se apagó en un buen rato. Las cuatro seguían bajo el mismo techo. Una noche más de las noventa y dos, aunque fuera de aquella manera.

Marina se levantó a por un vaso de agua que no quería. En la cocina a oscuras, sobre la mesa, en el centro exacto donde había estado la lata de la pastora, el membrete azul de Azahar Costa esperaba su turno, muy educado y muy alto, con su cifra más gorda y su plazo sin vencer. Nadie lo había guardado. Nadie lo había roto.

Marina lo miró un rato largo, y por primera vez desde que aquellos papeles empezaron a llegar, no lo apartó con el codo.

Capítulo 18

Noche de San Juan de 2008

A las diez y cuarto Marina llevaba el mandil atado a medias y la cabeza en dos sitios.

La caseta de sus padres estaba a la entrada de la playa, la de todos los San Juanes, dos tablones y el toldo de rayas y el arcón sudando hielo en un rincón, y aquella noche no daba abasto. Su madre cobraba con un ojo en la caja y el otro en la calle, igual que en el bar, igual que en la feria. Lo demás lo hacía Marina. Subía cascos, bajaba cascos vacíos, sacaba las litronas de dos en dos y de cuatro en cuatro, cantaba de lejos «¡marchando!» a una mesa que no era mesa sino un corro de gente de pie en la arena, y cada dos viajes se dejaba caer un minuto en la manta de la cuadrilla, que estaba a media playa, cerca de la hoguera de los quintos, y al minuto ya estaba otra vez de pie.

Porque el pueblo venía de ganar. La víspera España le había pasado a Italia en los penaltis, y La Almadraba llevaba desde el domingo con la Eurocopa metida en el cuerpo, de modo que la verbena y el fútbol se habían hecho una sola cosa: en el altavoz que alguien había bajado a la arena sonaba Estopa, y encima de Estopa cantaban tres, mal, felices, con la litrona en la mano.

Marina no cantaba. Marina servía. Era la mejor noche del año y ella la veía por debajo, con los ojos de detrás de la barra: por lo que se pedía y por lo que iba quedando en el arcón.

Y la veía, además, con dos cosas dentro que llevaba once días sin poder soltar en ninguna parte. Once días justos. Once días sirviendo cañas encima de la tarde en que los vio en el espigón, a Rocío y a Nico, muy pegados en la última roca, la boca de ella buscándole la boca a él con la calma de los que ya no es la primera vez. Y encima

de los papeles: la carta de la residencia de Madrid, el folleto de la Complutense doblado por la mitad, la cuenta de habitación y comedor echada al margen con el boli de Rocío. Rocío se iba en septiembre. Lo tenía apalabrado, con carta y con folleto. Y no se lo había dicho a nadie: ni a las chicas, ni —Marina lo sabía con el estómago antes que con la cabeza— a Nico.

Dos espinas en el mismo sitio. Y encima el mandil, que no se lo quitaba ni en feria.

A las diez y media subió a por hielo, que el arcón de la caseta se había rendido con la calor, y Candela se fue detrás por no quedarse sola en la manta. Cuando Marina volvía con el cubo pesándole en el brazo, ya cerca de la lumbre, se topó con Nico de pie, él solo, con una litrona muerta en la mano y la vista puesta en cualquier parte.

—Illo, ¿y tú aquí plantado? —Dejó el cubo en la arena—. Que pareces un farol apagado.

Nico tardó en volver la cara. Y cuando la volvió, Marina lo vio blanco, con la cara de reventado que se le pone a la gente a las tantas de una noche larga.

—Estoy aquí —dijo él, y no dijo más.

—Menuda contestación. —Marina se rio—. ¿Qué te pasa, que traes cara de difunto?

—Nada. El cansancio. —Se pasó la mano por la nuca—. Llevo toda la semana subiendo puertas a esa hoguera.

—Ya. Y regándolas por dentro con litrona, que se te ve. —Le quitó la que tenía en la mano, la sopesó: caliente, muerta, un dedo de nada—. Anda, tira esa, que está para las plantas.

Fue al cubo, sacó una fría del hielo nuevo y se la puso en la mano. A la cuadrilla el gasto de la noche se lo iba apuntando en la libreta, para cobrarlo al final entre todos; lo de Nico no lo apuntaba nunca, ni en la libreta ni en la cabeza, y esta tampoco. Le achacó la palidez a lo que se le achaca a un chaval a esas horas: la litrona, la semana de faena, el sofoco de la lumbre. No le buscó otra cosa. No había otra cosa que buscarle.

—Este año la habéis puesto más alta que nunca —dijo ella, por decir, mirando la torre de palés.

—El que viene, al ayuntamiento —contestó Nico, pero le salió sin fuerza, la broma de siempre dicha por un hombre que estaba en otra parte.

—Eso dices todos los años. —Marina cogió el cubo—. Descansa, anda, que pareces que vengas de descargar el pescado tú solo.

Y volvió hacia la manta. Por el camino se cruzó con África, que subía de la parte de las casetas con la bandolera cruzada y la cara de no haber roto un plato en su vida, y Marina le dijo «illa, ¿tú por dónde andabas?» y África dijo «por ahí» y Marina no le dio más vueltas, que cada una tenía su noche y ella tenía un cubo de hielo derritiéndosele en el brazo.

En la manta le habían quitado el sitio.

No era nada. Rocío se había traído a dos o tres del instituto, unas de las que en verano bajaban al pueblo, y estaban todas sentadas en su trozo, riéndose de algo, con la manta ya llena. El hueco de Marina, el de siempre, el de la esquina de al lado de Rocío, lo ocupaba ahora una con una diadema.

—Anda, siéntate un rato, mujer, que llevas toda la noche de camarera —le dijo Rocío, sin moverse, sin hacerle sitio, con la sonrisa de quien lo dice por decir.

Y ahí Marina apretó de más.

—De camarera estoy porque alguien tiene que estarlo —dijo, y le salió más seco de lo que hacía falta—. No todas hemos nacido para que nos sirvan y que nos guarden el sitio.

—Uy. —Rocío levantó las cejas, y le puso esa cara suya de tenerlas todas ganadas, de sabérselas todas desde antes que las demás—. Qué carácter gastamos hoy. Pues no bajes hielo y siéntate, que no te lo ha mandado nadie.

—Me lo ha mandado el arcón, que en esta playa el que no sirve, bebe. —Marina notó cómo se le subían las dos espinas a la garganta, la del espigón y la de los papeles, y por un segundo tuvo en la punta de la lengua todo lo otro, lo de «tú sí que tienes el billete comprado ya, y no para bajar hielo», y se lo tragó a tiempo, porque no era suyo de contar. Le salió otra cosa, más torpe—: Tú tranquila, illa, sentada, que a ti se te da bien.

—Anda, quita, boba. —Rocío ya se estaba volviendo hacia las del instituto, riéndose otra vez, sin enterarse de que aquello no iba de la manta ni del sitio ni del hielo—. Que estás de un cansino esta noche.

Y se acabó. Fue una pelea de las de amigas, fea y corta, sin gritos, de las que se olvidan a la mañana siguiente. Rocío se fue con las suyas al otro lado de la lumbre a por algodón de azúcar o a por lo que fuera, y Marina se quedó de pie con el cubo vacío en la mano, ardiéndole por dentro una cosa que no era la pelea.

Bajó a la caseta. Sirvió. Cobró dos rondas, dio mal las vueltas de una y las rehízo, sacó cascos, y todo el rato, con las manos en lo suyo, le fue subiendo el arrebato como sube la leche cuando te descuidas del fuego.

Porque a Marina se le daban bien las cuentas, y aquella noche se puso a echar la peor de su vida sin darse cuenta de que la estaba echando. Le salía redonda. Rocío lo tenía todo. Tenía a Nico, que se lo comía a besos en una roca cuando no los veía el pueblo. Tenía Madrid, la residencia, la facultad de las fotos a todo color, el mapa entero por delante. Y encima de tenerlo todo, lo engañaba con septiembre: tenía a aquel chico sentado en el espigón sin decirle que en tres meses lo dejaba solo mirando el agua. A Nico, que era el único que a Marina le hervía por dentro desde los catorce años. A Nico, al que ella no le cobraba.

Y de ahí, sin costura, le vino la otra idea, la que traía el veneno dentro y venía disfrazada de lo contrario. *Alguien tiene que decírselo.* Alguien tenía que avisar a aquel pobre chaval de que la que le buscaba la boca en el espigón ya tenía echada la cuenta para irse. Era de justicia. Era, hasta, un favor. Marina se lo dijo así por dentro, con esas palabras, y se lo creyó, porque el que se emperra en cobrar una deuda que no le deben siempre encuentra la manera de que le parezca justa.

No era justicia. Era despecho vestido de faena. Pero eso Marina no lo veía, y a las once y diez ya había dejado la caseta atrás.

Lo encontró apartado, junto a las casetas de los aparejos, donde no llegaba la lumbre más que en rachas. Estaba solo otra vez, mirando hacia el paseo, la litrona fría sin abrir en la mano.

—Nico.

—Dime.

Y Marina, que le habría servido gratis toda la vida, le sirvió aquello.

—Rocío se va a Madrid en septiembre. —Lo dijo del tirón, con la voz de dar la última comanda—. Y no piensa decírtelo.

Nico no dijo nada.

—Lo tiene apalabrado. Una plaza en una residencia, una facultad, la cuenta echada y todo. Lo lleva escondido en la carpeta. —Le salía ya sin freno, empujado por lo de dentro—. Y a ti no te ha dicho ni media palabra. Digo yo que tendrás derecho a saberlo.

Y le vio la cara.

Marina había ido buscando una cosa: la rabia, o el golpe, algo que le devolviera a Rocío partida en dos. Lo que vio fue otra. Se le fue la cara a Nico, sí, se le quedó un momento sin nada, apagada como un sitio al que le quitan la luz. Pero detrás de aquel blanco no vino la tormenta que ella había bajado a encender. Vino una quietud rara, la de quien echa por fin la última cuenta de la noche y le sale, después de mucho, un número. No mencionó a Rocío. No preguntó nada. Se le fueron los ojos un momento hacia el paseo, hacia las luces del puerto al fondo, como si allí hubiera algo esperándolo, y volvieron, y ya no la miraban a ella.

Marina lo leyó todo al revés. Pensó que le había clavado la cosa más grande de su vida y que se lo estaba viendo en la cara, y por eso lo tenía blanco y mudo. No se le ocurrió que un chaval pudiera venir ya blanco de antes. Ella no había visto lo de las casetas. Ella solo tenía su frase, y le echó a su frase toda la culpa de aquella cara.

Y en cuanto la soltó, antes de que Nico se diera la vuelta, ya lo sabía. Le supo a hierro en la boca. No lo había dicho por él. A Nico, en aquello, no le importaba nada. Se lo había tirado a la cara para hacerle daño a Rocío, que lo tenía todo, por el único sitio por donde Rocío sangraba, y lo había vestido de favor —*alguien tiene que decírtelo*— cuando era despecho pelado. Lo supo entera, de golpe, con el cubo de la vergüenza volcándosele por dentro. Y ya estaba dicho. Y una palabra dicha es como el hielo bajado a la playa: para cuando quieres devolverlo al arcón, ya es agua.

—Nico, oye. —Le salió pequeña—. Que a lo mejor…

Pero Nico ya echaba a andar. No hacia la manta ni hacia la caseta ni hacia la lumbre: hacia el otro lado, hacia las piedras del espigón viejo, con las manos en los bolsillos y sin prisa ninguna, como quien tiene un sitio adonde ir. La playa estaba oscura por ese lado, que la luna esa noche salía tarde, y a los pocos pasos la negrura de detrás de la hoguera se lo comió entero.

Marina se quedó plantada junto a las casetas con la frase dicha y el sitio de recogerla vacío.

Luego se ató mejor el mandil, con dos vueltas y un nudo a ciegas, cogió el cubo del hielo y bajó otra vez a la caseta, porque estaba llena hasta la bandera y su madre la buscaba ya con los ojos, y en San Juan el bar de los Quintero no cerraba hasta que se apagaba la última hoguera de la playa.

Capítulo 19

La Almadraba, julio de 2026

Marina llevaba tres días cocinando de menos. Le pasaba por primera vez desde que tenía uso de cucharón: el domingo unas lentejas que no llegaron a repetir, el lunes un arroz soso al que no le faltaba la sal, sino el otro fuego. Trece años guisando ella lo lento y Sebas lo de freír, y sin la plancha del fondo su potaje no sabía a nada. Sebas llevaba en Barbate desde el sábado, ido en el autobús de línea con la ropa metida en bola —él, que doblaba hasta los trapos de la cocina—, y Marina echaba la cuenta al revés, que era como echaba las que dolían. Al tercer día le salió el número.

En la barra había aprendido que las deudas se pagan en persona: el que debe viene, se sienta y cuenta el cambio en la mano del otro. Y ella le debía a Sebas una cosa que no cabía en un mensaje al móvil ni en una llamada de tres minutos. Se la debía entera y de pie, cara a cara, como se paga lo que de verdad se debe.

El miércoles cogió las llaves de la Berlingo y bajó a Barbate sin decir a dónde iba. No hizo falta: en aquella casa se sabía todo sin preguntarlo. Media hora de carretera sin radio, cantándose por dentro lo que le iba a decir, ordenándolo como quien repasa una comanda larga para no dejarse ni un plato.

La madre de Sebas le abrió con el mandil puesto y un tenedor de freír en la mano. No le preguntó a qué venía: la miró un instante —el mismo con que su hijo calaba a alguien sin decir palabra— y se apartó para dejarla pasar. Olía a pescado frito a las once de la mañana, que en aquella familia era dar los buenos días. Puso en la mesa una fuente de pescaíto que nadie había pedido, dijo «sentaos, que ahora mismo saco más», y se volvió a la cocina a seguir friendo,

por no estorbar. Toda aquella gente hablaba el mismo idioma: acercarle a uno la comida y callarse el resto.

Sebas estaba en el patinillo del fondo, arreglando una silla de la madre que cojeaba, porque ese hombre no sabía estar en una casa sin arreglarle algo. Levantó la vista y la vio en la puerta. No se le encendió la cara ni se le apagó: la miró con la cara de tres días de espera, la que Sebas había puesto toda la vida en la barra y en el escalón y ahora en el patinillo de su madre.

—Anda —dijo—. Has venido.

—Con la Berlingo. —Marina se quedó en el marco—. ¿Damos una vuelta? Aquí dentro no.

Bajaron al puerto. Barbate a esa hora era barcos azules y oxidados amarrados de cualquier manera, redes tendidas, olor a sal y a gasoil. Caminaron un trecho sin hablar, por el muelle, entre cabos y cajas de plástico apiladas. A Marina le venía bien andar; podía mirar los barcos y no mirarlo a él, y decirlo así era más fácil.

—Aquel chico que se ahogó —empezó—. Nico. —Le costó el nombre; hacía años que no lo decía en voz alta delante de nadie que no fuera de las cuatro—. En el pueblo te lo han contado siempre como un accidente y ya está. Y lo fue. Pero aquella noche, antes, pasaron cosas.

Sebas no dijo nada. Andaba a su lado con las manos en los bolsillos, mirando el suelo del muelle.

—Rocío y él eran novios. En secreto, desde la feria de mayo, sin que lo supiera nadie del pueblo. Y lo fueron hasta el final. Yo lo sabía. Los vi un día en el espigón, de casualidad, y me lo callé, porque no era mío de contar. —Tragó—. Eso es lo primero.

—Vale —dijo Sebas, bajito. No era el vale de cerrar la puerta. Era el de dejarla seguir.

Marina se paró delante de un pesquero al que le faltaba una letra en el nombre. Aquí bajó el ritmo. Tomó aire antes de cantar la comanda que no quería cantar.

—Y aquella noche, en la playa, en San Juan, yo le solté a Nico una cosa. Una cosa de Rocío y de Madrid, de que se iba y no se lo había dicho a él. Se lo dije en caliente, para hacer daño, y no a él, fíjate, a ella, por celos de crías. —Miró el agua—. Y a la media hora

aquel chico estaba en el mar. No sé si por lo que le dije. A lo mejor iba a pasar igual, a lo mejor no tuvo nada que ver. Pero yo dije lo que dije. Y una palabra dicha es como el hielo bajado a la playa, Sebas: para cuando quieres devolverlo al arcón, ya es agua.

Se quedó con eso colgando. No le contó la frase entera, ni la pelea con Rocío, ni cómo se le había subido el veneno vestido de favor. Le dio la forma de la cosa, no la cosa. Bastante era.

—Y por eso —dijo, y ahora le costaba más, porque venía lo que nunca le había puesto a nadie palabras—. Lo de los niños. Lo que me preguntaste el otro día en el bar, de qué lado había cerrado yo esa puerta. Pues de este lado. —Le salía torcido, sin la palabra limpia que lo dijera de una vez—. Desde aquella noche hay cosas que no me dejo tener. No es que no las quiera. Es que yo sé romper, Sebas. Bajar persianas, cerrar cajas, cuadrar lo que se acaba, eso lo hago con los ojos cerrados. Levantar es otra cosa. Un hijo es levantar algo. Y a mí, con lo que llevo dentro desde los diecisiete, levantar me da un miedo que no te sé ni explicar. No me veía con derecho. —Por fin lo miró—. Nunca fue por ti. Que eso te quede claro aunque no te quede claro lo demás. No fue por ti nunca. Fue por mí.

Sebas se había quedado quieto, mirando los barcos, con esa cara suya de hombre grande al que le acaban de mover un mueble de sitio dentro de la casa.

No se enfadó. Marina había bajado a Barbate medio esperando el enfado, casi buscándolo, porque el enfado ella sabía cobrarlo. Lo que le vino fue peor y fue mejor. Sebas habló despacio, sin levantar la voz, sin quitarle los ojos al agua.

—Llevo trece años casado con un fantasma de diecisiete años.

No lo dijo con rabia. Lo dijo como el que abre por fin un cuarto que llevaba años cerrado en su propia casa y ve lo que había dentro, y no era un monstruo ni otro hombre ni nada de lo que se había imaginado en trece años de noches: era una cría parada en una playa, con una frase dicha y sin sitio donde recogerla.

—Yo pensaba que era yo —siguió, más para él que para ella—. Que te hacía falta otra vida, otro que no fuera el que fríe. Y era una

noche de hace dieciocho años. —Se pasó la mano por la nuca—. Podías habérmelo dicho antes, Marina. Trece años.

—No sabía decirlo.

—Ya. —Y ese ya sí se lo creyó él entero—. Eso sí me lo creo.

Se quedaron un rato mirando el trajín del puerto, un hombre remendando una red, una gaviota peleándose con otra por una cabeza de pescado. Marina notó que le habían quitado un peso y le habían puesto otro, y que el nuevo, por lo menos, lo llevaban dos.

—Vuelve a casa —dijo ella—. A la de arriba, la del lío, la de las otras tres y la condición y todo. Vuelve.

Sebas tardó en contestar. Cuando lo hizo, no fue con un discurso, que él no era de discursos.

—Vuelvo. —Y luego, sin subir la voz, poniendo una condición de las que no se negocian pero tampoco se gritan—: Pero algún día me lo cuentas entero. Esto de hoy no es entero, y tú lo sabes y yo lo sé. No te pregunto cuándo. Cuando puedas. Pero entera, Marina.

—Entera —dijo ella.

Y era la primera vez en dieciocho años que le prometía a alguien contar algo entero, y le dio un vértigo raro, porque ni ella sabía si lo tenía entero para contarlo.

Volvieron a la casa. En el cuarto de su madre, Sebas metió las cosas en la bolsa de gimnasio, la misma. Marina lo miró doblar las camisetas una por una, por los hombros, con cuidado, y se acordó de cómo las había metido el sábado, en bola, de cualquier manera, y no dijo una palabra, pero lo apuntó en la libreta de dentro, la de las cosas que no se cobran. La madre les puso en una bolsa un tupper de pescaíto frito «para el camino», que eran treinta minutos, y no se despidió con palabras: se despidió con eso, que en su idioma era lo mismo que un abrazo largo. A Marina, al salir, le apretó el brazo una vez. Ni una palabra a favor ni en contra. Solo el apretón, y a freír.

Marina condujo de vuelta con Sebas de copiloto y el tupper caliente entre los dos, oliendo la furgoneta a pescado por partida doble.

En el número siete lo recibieron sin ceremonia, que era como se recibían las cosas grandes en aquella casa: Rocío levantó la vista del móvil con un «hombre, el cocinero» y se puso a organizar la cena, y

Candela subió del patio una maceta de albahaca que dejó en el alféizar sin nota, que era su manera de decir bienvenido. La silla de enea coja volvió esa noche a su esquina de la mesa, y la cocina fue otra vez lo que era: cuatro sillas, una coja y la cabecera vacía.

El viernes venció el plazo de Azahar Costa. No hizo falta gran cosa: Rocío bajó a la notaría e Inma redactó cuatro líneas muy educadas —tan educadas como el membrete azul, para que aprendieran— diciendo que no, que las señoras del número siete no vendían, ni esa cifra ni la siguiente. En nombre de las cuatro. Cuando Rocío volvió y lo dio por hecho, Marina cogió el papel azul de la mesa, donde llevaba desde el sábado esperando su turno. No lo rompió: romper era lo suyo y aquella semana estaba aprendiendo a hacer otra cosa. Lo dobló y lo metió en el cajón de las cosas sin sitio, con las postales viejas de Remedios, y cerró el cajón despacio. La mesa se quedó limpia por primera vez en un mes.

Esa noche Sebas durmió en el cuarto estrecho, en su lado, y la cama volvió a ser pequeña, que era como tenía que ser. Marina no se durmió enseguida: le rondaba la palabra que había prometido —entera— y una cosa peor, que ni ella la tenía entera, la misma sensación de cuadrar una caja a la que le faltaba un billete.

Al otro lado de la cama, Sebas respiraba hondo. Antes de dormirse del todo, sin abrir los ojos, dijo una cosa en voz baja, más para él que para ella.

—Entera, ¿eh? Cuando puedas.

Marina se quedó mirando el techo. Entera era una palabra muy grande para una caja a la que a lo mejor le faltaban billetes que ni ella había contado nunca.

Capítulo 20

La Almadraba, agosto de 2026

El problema, a las diez de la mañana en la plaza, era aritmético, y a Rocío los problemas aritméticos se le daban peor que un directo con el pinganillo gritándole. Eran seis. En la Berlingo cabían holgadamente cuatro y con calzador cinco, si uno iba encima de las neveras, pero seis con las toallas, la sombrilla, dos neveras y la cesta de Marina no cabían ni queriéndose mucho. Así que hacían falta dos coches. La Berlingo de Marina y el Audi de Rocío, que llevaba tres días sin arrancar, torcido junto a la cancela como un mueble más.

—Yo con la de la tele —decretó Lucía, que había bajado con la mochila, el flotador puesto ya en la cintura y la lógica intacta de sus nueve años—. En el coche blanco. ¿Vale?

—Lucía —dijo Gonzalo.

—Es que en el otro huele a pescado.

—En el otro vas con tu tía Marina.

—Por eso.

Marina, que estaba metiendo la tortilla envuelta en un paño en la nevera azul, levantó la cabeza.

—Anda la niña —dijo, sin ofenderse—. Que huele a pescado. Como si el pescado no le diera a usted de comer, señorita.

Y así se repartieron, con Lucía haciendo la selección de personal: en el Audi, la de la tele, África de copiloto y ella detrás con el flotador; en la Berlingo, Marina al volante, Sebas y Candela. Sebas cargó las neveras sin que se lo pidieran, porque ese hombre no sabía estar quieto al lado de un peso, y África se recolocó el reloj y miró el reparto, traduciendo en silencio quién iba con quién y por qué.

Gonzalo se quedó fuera de todo, en la acera, con la ropa de faena y las llaves de la lonja en la mano. Él trabajaba. Un lunes de agosto era descargar, pesar, hielo y cajas hasta media tarde, feria o no feria, cierre del Espigón o no. La excursión era de las cuatro, más Sebas, más la niña que él soltaba por un día.

Se acercó a Rocío, que era a la única que no le había dicho todavía ni buenos días. Desde el pantalán no se habían dicho nada. Un mes entero de cruzarse en un pueblo de tres calles y no cruzar una palabra; en la procesión del Carmen se habían mirado desde el agua a tierra, cada uno en su orilla, y ahí había quedado. Ahora venía derecho hacia ella con la cría de por medio, que era la única frontera por la que aquel hombre pasaba sin pedir permiso.

—Sabe nadar —dijo, y era lo más largo que le había dicho en un mes—. No la dejes sola en el agua igual.

—No la dejo.

—Y si dice que no tiene hambre, miente.

Dos frases. Le puso en la mano a Rocío la bolsa de la merienda de Lucía —un bocadillo, una Fanta, la crema—, se la puso entera en la mano, cerrándole los dedos por encima, y a Rocío se le quedó el gesto dentro sin saber qué hacer con él, porque el hombre que no soltaba nada acababa de soltarle lo más suyo a ella, a la de Madrid, con dos frases y una bolsa de plástico. Después le revolvió el pelo a Lucía, dijo «pórtate» sin creérselo, y se fue a la lonja a levantar la persiana de hierro. No se volvió a mirar cómo arrancaban.

La cala de Punta del Fraile no venía en ningún folleto, y a mucha honra. Se llegaba por la carretera de Barbate, un desvío de tierra que el Audi hizo a paso de procesión mientras Rocío rezaba por los bajos del renting, y luego a pie: una bajada mala entre pinos torcidos por el levante de toda la vida, con las raíces haciendo de peldaños y un cabo viejo que alguien había atado a un tronco para lo peor del tramo. Sebas bajó el primero con las dos neveras, resoplando, jurando en barbateño. Abajo, al final de las agujas de pino y de las piedras, había una cala chica, de arena gruesa y canto rodado, encajada entre dos brazos de roca, con el mar entrando limpio por una boca estrecha. No cabía casi nadie. Estaban ellos y una pareja con un perro, y el perro se fue a media mañana.

Y ahí, en aquella cala del tamaño de un salón, pasó una cosa que Rocío llevaba dieciocho años sin ver: la cuadrilla entera, asomando por debajo de las mujeres que eran ahora.

Empezó por los motes, que salieron solos, con la arena. Marina volvió a ser la Sargento en cuanto organizó las toallas por rango de sombra. África, que sacaba una cabeza a todas, volvió a ser la Jirafa —«la Jirafa no, que estoy cerca del agua», protestó, y se rio con una risa que a Rocío le sonó a otro idioma de tan poco usada—. Y a Rocío le cayó el suyo de siempre, Radio Ro, la que lo contaba todo antes de que pasara, y le dio una vergüenza tonta y buena, de las de los quince.

Enterraron a Sebas. Fue idea de Lucía, y Sebas se dejó, porque un hombre que fríe pescado como los ángeles y no sabe decir que no a una niña es material de primera para enterrarlo en la arena hasta el cuello. Le hicieron un cuerpo de sirena con las tetas de dos montones y todo, y Sebas aguantó tan digno, con la cara al sol, diciendo «tú sigue, tú sigue, que luego el arroz te lo hago yo con la sal que a mí me dé la gana». Marina lo fotografió para tenerlo. Se reía. Rocío no la veía reírse así desde antes de que el bar les creciera en medio del matrimonio.

Sacaron la tortilla a mediodía y fue, como siempre, casus belli. Marina la hacía poco hecha, corriendo el huevo por dentro, y llevaba veinte años defendiéndolo como una frontera.

—Está cruda, Marina —dijo Sebas, ya desenterrado, con un trozo en la mano y comiéndoselo entero.

—Está en su punto. La cuajada es tortilla de residencia de ancianos.

—Es que chorrea.

—Chorrea el que sabe.

Y África, la Jirafa, que llevaba dieciocho años pidiendo cafés en un español de aeropuerto, dijo con la boca llena «a mí es que esta tortilla me sabe a los diecisiete», y se hizo un silencio corto, uno solo, de esos en que la pena asoma la cabeza por la puerta de atrás y ve que hay gente y se vuelve a ir. Marina le puso otro trozo en el plato sin decir nada. Así se pagaban las cosas en aquella cuadrilla: por el lado, con comida, sin nombrarlas.

Sebas, para tapar el hueco, arrancó una de Estopa. La de siempre, la de la cuadrilla, la que se sabían desde los quince y se ponían en la minicadena de la caseta del vivero. La cantó fatal, medio tono por debajo, y Marina se enganchó por la segunda, y África soltó la tercera voz que nadie sabía que se acordaba, y la dejaron a medias, sin terminarla, riéndose de lo mal que sonaban, con la parte final flotando sin cantar por encima de la arena. Nadie la cantó entera. No hacía falta. La cantaban ellos cinco, antes, y cuatro no es cinco, y eso lo sabían todos sin decirlo.

Candela no cantó. Candela se había ido, sin ruido, a lo suyo.

En el brazo de roca de la derecha, donde la marea baja dejaba un hueco, había una poza. Un charco grande de agua clara atrapada entre las piedras, con su fondo de arena y sus lapas y una anémona pegada a un canto, quieta, del todo quieta, sin ola, sin corriente, agua que se dejaba mirar hasta el fondo porque no se iba a ninguna parte. Candela se sentó al borde con los pies dentro y ahí se quedó la mañana entera, a gusto, contando lo que hubiera que contar, con el agua sujeta donde ella la veía. No se metió en el mar ni una vez. Nadie le dijo nada, porque en aquella casa había cosas que se veían y no se decían, y aquella era de las más antiguas. Y Lucía, que nadaba como un pez —la había enseñado su madre, el verano que —, hacía el viaje: se tiraba al mar por la boca de la cala, buceaba, salía, y luego subía a la poza a enseñarle a Candela un cangrejo diminuto, una concha, una piedra con una raya blanca, y Candela se las guardaba en fila en una roca plana, ordenaditas, y Lucía volvía al mar a por más. Del mar a la poza y de la poza al mar, cosiendo las dos aguas la una a la otra sin saber que las cosía.

Fue mirando eso cuando a Rocío le pasó lo que le daba miedo.

Estaba tumbada en la toalla, la sal secándosele tirante en los brazos, con la tortilla mala de Marina en el estómago y la risa de África todavía en el aire, y de pronto se dio cuenta de que era feliz. Así, sin más, con esa sencillez tonta y peligrosa. Feliz de estar en una cala del tamaño de un salón con la gente correcta y sin nada que retransmitir. Y en cuanto lo notó, se le encendió por dentro la vocecita del oficio, la de minutar, la que llevaba dentro desde los quince y no se apagaba nunca: *esto cuánto dura*. Empezó a contarlo

como un directo que se va de tiempo. Un día. Un día bueno de aquel verano prestado, y a partir de mañana el bar reabría, y en septiembre ella firmaba en Madrid, y las cosas buenas eran justo las que se podían perder, porque de lo que no tienes no te pueden quitar nada. Se le fue la cabeza sola a hacer la cuenta atrás de la felicidad mientras la felicidad seguía pasando delante, sin enterarse, con un flotador rosa.

Y cortó. Con el mismo tajo seco con que se remata un plano que uno decide no emitir. Hoy no. Hoy se quedaba dentro del día. Bebió agua de la botella caliente, para tener la boca ocupada, y volvió a mirar a Lucía yendo del mar a la poza, y se quedó ahí, en el día, que era lo único que había.

Volvieron al atardecer, con el pueblo puesto de color de tarde y todos oliendo a sal, a crema y a pino. Rocío bajó el Audi hasta la lonja para dejar a Lucía; los demás siguieron con la Berlingo cuesta arriba al siete, a descargar neveras y a discutir la tortilla otra vez.

La lonja a esa hora estaba casi vacía. Los de la mañana habían vendido y recogido, los de tarde no habían entrado, y quedaba ese hueco muerto en que el sitio huele más que nunca a hielo y a caja y a mar de trabajo. Gonzalo apilaba cajas azules al fondo, con una manguera corriendo por el suelo de cemento mojado y un montón de hielo derritiéndose despacio en un rincón. Se enderezó al oír a la niña.

—Papá, había una poza. —Lucía llegó disparada—. Con una anémona. Y he cogido cosas para ti. Espera. —Y salió corriendo otra vez, de vuelta al Audi, a por el cubo de las conchas que se había dejado en el asiento, dejándolos a los dos plantados en la lonja mojada.

Se quedaron solos. Dos minutos. El primero desde el pantalán.

—¿Se ha portado? —dijo Gonzalo.

—Como un jabato. —Rocío buscó por dónde seguir y le salió lo verdadero—. No se ha separado de Candela. Le ha estado llevando conchas a un charco toda la mañana. —Tragó—. Le ha sentado bien. A las dos.

Gonzalo la miró un segundo de más, con la manguera corriendo sola a sus pies y las manos grandes mojadas del hielo, y se le movió

algo en la cara, en el mismo sitio donde a Nico se le movía la sonrisa, y a Rocío le costó no verlo. Le costó no ver la sal secándosele a él en el antebrazo, igual que a ella, la del mismo día. Le costó no acordarse de lo que había pensado en concreto y sin permiso en el pantalán, hacía un mes: qué sería que la agarraran a ella de la muñeca entera, no de los dedos.

Y decidió con el cuerpo antes que con la cabeza, que era la única manera de decidir aquello. Una mujer que llevaba un mes huyendo y un día entero siendo feliz.

Lo besó ella. Dio el paso corto que faltaba sobre el cemento mojado y lo besó, sin preámbulo, en la boca, con toda la torpeza del primer medio segundo —las narices, el susto de él, el ángulo mal cogido— y luego ya no, luego bien, luego despacio y sabiendo. Sabía a sal el beso, a la sal del día, a la de los dos. Y Gonzalo, que había tardado ese medio segundo en entender qué le estaba pasando, levantó la mano mojada y la agarró de la muñeca entera, no de los dedos, como se agarra a la gente que se puede caer al agua, y no para apartarla. Para que no se fuera esta vez.

Duró poco. Lo que dura una cortinilla entre dos bloques. Puede que menos. Se separaron lo justo, la frente de él casi en la de ella, las dos respiraciones cortas, y ninguno dijo nada, porque no había nada del tamaño de aquello que cupiera dicho.

Y por el rabillo del ojo, en el asiento de atrás del Audi, con el cubo de las conchas en las manos, Rocío pilló a Lucía. Medio segundo. La niña ya estaba mirando para otro lado, para el puerto, con la cara girada hacia los mástiles y una sonrisa puesta que no venía de los mástiles, la sonrisa del que ha visto una cosa y decide guardarla. No los miró. Miró el mar como si el mar fuera muy interesante de repente.

A Rocío se le pasó, medio segundo, la otra cosa. La sal en las manos, el mar ahí abajo, aquel otro nombre. Y ahí no. Cerró la puerta antes de abrirla del todo, con la mano de Gonzalo todavía en su muñeca y las luces de la lonja empezando a apagarse a su espalda, una a una, mientras la niña seguía sonriéndole al puerto.

PARTE III

EL CHICO

Capítulo 21

La Almadraba, agosto de 2026

El grifo del Espigón llevaba un mes sin dar agua, y lo primero que hizo Marina la mañana del ocho fue agacharse detrás del arcón de los hielos y abrir la llave de paso que Sebas había cerrado la noche del candado. Tardó en venir. Vino con un ruido de tripa vacía, un escupitajo de aire, y luego un chorro pardo de tubería dormida que Sebas dejó correr en el fregadero hasta que salió limpio. África lo miró desde la punta de la barra, con las cuentas del mes delante, y pensó que un pueblo medía el tiempo por cosas así: un mes de grifo seco en un bar era un mes de algo roto, y devolver el agua era devolverle a un sitio la respiración. En Bruselas el agua venía siempre y no quería decir nada.

Después fue la persiana. Marina la subió de un tirón, entera, con el mismo golpe de muñeca con que la había echado un mes antes, solo que al revés, y la luz de la plaza entró de sopetón y le dio al interior un aire de cosa recién despertada. El mármol tenía las quince sillas patas arriba, y encima, en la esquina, el taburete del ventanal. Marina despegó el cartel del cristal por dentro con cuidado de no rasgar el cartón, y cuando lo tuvo en la mano se quedó un segundo mirándolo, las dos líneas de rotulador gordo, CERRADO HASTA EL 8 DE AGOSTO, NO PREGUNTEN, como quien lee una fecha que por fin ha llegado.

—Trae, que lo tiro —dijo Sebas, con la bolsa de basura ya en la mano.

—No. —Marina se lo apartó contra el pecho—. Este me lo quedo yo.

Y se lo llevó al almacén y no dijo por qué, y África, que archivaba estas cosas por oficio, la vio guardárselo en algún sitio de los suyos

y pensó que había gente que aprendía tarde a guardar en vez de tirar, y que Marina era de esa gente, y que se le estaba notando aquel verano.

Lo del taburete fue lo último y fue lo primero. Marina bajó del mármol el taburete de la esquina antes que ninguna de las quince sillas, lo puso en su sitio junto al ventanal con las cuatro patas en el suelo y le dio con la bayeta un repaso corto al asiento, uno solo, y siguió con las sillas. No dijo nada. No hacía falta. África, que un mes antes no había estado allí para verla subirlo el último, entendió sin que se lo contaran que aquel taburete había sido el que más costó levantar y era el que primero bajaba, y que en aquella casa las cosas importantes se decían así: con un mueble puesto en su sitio y ni una palabra encima.

Para las ocho y media ya había cola en la puerta. No de turistas: de pueblo.

La del estanco fue la primera, como no podía ser de otra manera, cruzando la plaza con el monedero en la mano y la cara del que llega a un sitio que le habían quitado.

—¡Ay, gracias a Dios! —dijo, entrando derecha al taburete de siempre, que no era el de Remedios, ese no lo tocaba nadie, sino el de al lado—. Un mes, Marina, un mes tomándome yo el cortado en la gasolinera, con los camioneros, que aquello no es café, aquello es agua sucia caliente. Ponme el de las ocho, anda, aunque sean las ocho y media, que hoy te lo perdono.

—Hoy invita la casa —dijo Marina, y le puso el cortado templado y corto.

—Ea, encima. —Pero se lo tomó a sorbos, recobrando la costumbre, dando el parte: quién se había ido de vacaciones, quién había vuelto, quién se casaba en septiembre. Detrás entró Chano el de las nasas, que ya no faenaba pero seguía bajando a la plaza a las horas de siempre, y pidió una caña «que no fuera de las de la gasolinera tampoco», y detrás el pueblo entero fue entrando como entra el agua a un cauce seco: de golpe, sin orden, a llenar el hueco que llevaba un mes vacío. Sebas volvió a la plancha, salieron los primeros montaditos, y el bar se puso a sonar otra vez con su idioma de siempre —cafés, comandas, el cajón de la caja—, y África, desde

la punta, lo oyó recuperar la voz como una sala que llevaba un mes en silencio.

Hubo un momento, a media mañana, con el bar lleno, en que Sebas asomó la cabeza por el pasaplatos para cantar una mesa y no la cantó. Se quedó mirando a Marina por encima de la barra llena, de fuego a caja, de un lado del mármol al otro. Y Marina levantó la vista de la jarra y lo miró a él, y no se dijeron nada, ni una comanda, ni un número. Fue un momento, el justo, y se deshizo. Después él cantó la mesa y ella tiró la caña. Pero África lo cogió al vuelo, porque para eso se ganaba la vida, y lo que cogió fue esto: que llevaban trece años hablándose con la barra en medio, y que aquella mañana la barra seguía en medio, cinco metros de mármol lleno, y por primera vez no se hablaban a través de ella, sino por encima. La segunda carta de Remedios se había cumplido, y no era por el mes cerrado. Era por eso.

El bar aguantó lleno hasta media tarde. Al caer el sol aflojó, como afloja todo en agosto cuando la gente se va a la playa a por la última hora, y Marina se quitó el mandil por primera vez en el día.

—Ve subiendo tú —le dijo Sebas desde la plancha—. La primera noche la cierro yo. —Y como Marina abría la boca para discutirlo, él, sin volverse, con la espátula en la mano—: A la hora que yo diga.

Marina se rio, una risa nueva, y subió al siete dejándolo al frente, que era otra cosa que un mes antes no habría hecho.

Inma llegó a la cancela con el sol ya bajo, el bolso agarrado con las dos manos, igual que el día de la segunda. África le abrió. No hizo falta que dijera a qué venía.

—Un mes —dijo Inma, dejando el sobre en la mesa de la cocina, sobre el hule—. Día por día. Del ocho al ocho. Has cerrado el bar un mes redondo y lo has vuelto a abrir esta mañana, que me lo ha contado medio pueblo antes de comer. La segunda está cumplida. —Y giró el sobre para que el número mirara hacia arriba, y aquella letra temblona agarrada al renglón—. Aquí está la tercera. Para África.

África se recolocó el reloj.

—Léela tú —dijo Rocío, bajito, lo mismo que le había dicho a Marina un mes antes—. En alto.

Porque así se leían las cartas de Remedios. África cogió el sobre, lo abrió por el borde con el pulgar, despacio para no romper lo de dentro, y sacó una cuartilla sola. La letra le bailó delante hasta que la enfocó. Empezó a leer con la voz de cabina, la lisa, la que había aprendido a poner por encima de cualquier cosa que dijeran los papeles, porque una intérprete no llora lo que traduce.

> *Deja que Teo termine la obra: las casas, como las personas, no se caen por viejas sino por no dejar que las apuntalen. Y cuando llamen a la puerta preguntando por mí, abre. Abre aunque te tiemblen las piernas. Sobre todo si te tiemblan.*

La primera frase le salió entera. La leyó bien, con su música justa, la de la obra y las casas que se apuntalan, y hasta le dio tiempo a pensar que era muy de Remedios meter una casa en una lección. Iba media frase por delante de su propia voz, como iba siempre, leyendo lo que venía antes de decirlo, que era el truco de su oficio. Y así fue como la segunda frase le llegó por dentro antes de que le saliera por fuera. *Y cuando llamen a la puerta preguntando por mí, abre.*

La voz se le paró ahí.

No fue que se emocionara. África se había pasado la vida traduciendo en directo cosas que se emocionaban —discursos, sentencias, dos jefes de Estado dándose una mala noticia— y no se le había roto la voz nunca, porque para eso estaba entrenada, para ser el cristal por el que pasan las palabras sin mojarse. Y aquella frase de dos renglones, escrita para ella por una vieja muerta, se le quedó atravesada en un sitio donde no le cabía, y no supo por qué. No supo por qué. Esa fue la parte que le dio miedo, más que la frase: que ella, que le encontraba el motivo a todo lo que decía la gente, no le encontrara el motivo a lo suyo con seis palabras. Se recolocó el reloj, que no estaba flojo, y no le salió el resto.

Rocío lo cogió al vuelo. Con la misma naturalidad con que se da paso en un directo cuando a un compañero se le va la voz, dejó la

cuartilla en la mano de África y leyó ella misma, en alto, las dos líneas que faltaban.

—«Abre aunque te tiemblen las piernas. Sobre todo si te tiemblan.»

Se hizo el silencio de después de las cartas, que en aquella cocina ya tenía su forma: Marina recogió unos platos que no había que recoger, Candela se quedó con los ojos en la cuartilla sin acercarse, y nadie preguntó qué quería decir «cuando llamen a la puerta», porque las cartas de Remedios llevaban dos meses hablando en un idioma que solo se entendía después, a destiempo, cuando ya había pasado la cosa que anunciaban. La de Rocío se entendió con una cena. La de Marina, con un mes. Esta ya se entendería.

—Muy de ella —dijo Marina, por decir algo, por tapar el hueco—. Dejarte a ti, que vives en un avión, un recado de abrir puertas.

Se rieron un poco. África se rio también, con media boca, porque le tocaba, y guardó la cuartilla en el sobre. Solo Rocío no cerró el asunto del todo. Miró a África un segundo de más, con aquella atención rara que ya le había echado otras veces, las noches del correo, como si le buscara en la cara la respuesta a una pregunta que ninguna de las dos había hecho; y luego, igual que las otras veces, la retiró y no dijo nada, y lo archivó donde archivaba lo que no le cuadraba. África la vio archivarlo. Sabía dónde, porque tenía el mismo cajón.

No cenó bien. Se le había puesto la frase de través, y le volvía sola entre bocado y bocado sin que ella la llamara, como vuelve una palabra que has traducido mal y no sabes dónde. Cuando las otras subieron a sus cuartos y la casa empezó con sus crujidos de casa vieja, África no se acostó. Subió a la azotea a que le diera el fresco, porque el cuarto de arriba, con el calor del día en las paredes nuevas, no era sitio para una cabeza que no paraba.

Teo estaba allí.

No lo esperaba. Seguía en el pretil con un foco de obra enchufado a un alargador y un bote de pintura, dándole la última mano al murete, despacio, a la luz mala, con esa manera suya de no dejar las cosas a medias.

—Casi termino —dijo, sin volverse, como si supiera que era ella—. Doy esta mano, mañana recojo, y ya está. La casa entera. —Metió la brocha en el bote—. ¿Tú no duermes?

—Hace calor. —No era eso, y los dos lo sabían, pero Teo no tiró del hilo. Nunca tiraba. Se había cruzado con Inma en la cancela al bajar las herramientas, y sabía que había habido otra carta, porque en aquella casa las cartas ya no eran un secreto para nadie; y no preguntó ni por la carta ni por la cara con que ella había subido. Le hizo sitio en el pretil, en la parte seca.

Se sentó. El puerto abajo, las luces, el faro barriendo el cielo a su hora, lo mismo que la última vez que habían estado allí con dos cervezas y ella se había retirado la primera antes de que aquello se pusiera a ser otra cosa. Esta vez no se retiró.

—¿Y cuando acabes? —preguntó. Le salió antes de pensarla, y en cuanto la oyó supo que era la primera vez en todo el verano que le importaba de verdad una respuesta de Teo, que hasta entonces solo le había preguntado por fechas de obra y nunca por él.

—Otra casa. Otra obra. —Se limpió una gota de pintura del dedo con el trapo—. Hay un cortijo en Huelva que se cae a cachos. En octubre igual empiezo.

—Siempre casas de otros.

—Siempre. —Lo dijo sin pena, y luego, porque ella se había quedado callada esperando, añadió una cosa que no solía—: Casas de otros se me da bien. La mía la hice una vez y me salió regular.

África no preguntó. Había aprendido de aquella casa que las cosas se cuentan solas cuando no se les tira del hilo, y se quedó quieta; y Teo, mirando el puerto y no a ella, le enseñó la única ruina que tenía.

—Compramos una tapia con tejado en la sierra, mi mujer y yo, para arreglarla los fines de semana. Hacérnosla nosotros, poquito a poco. —Rascó una gota de pintura seca del pretil con la uña—. Y yo terminaba un cuarto, y ella lo miraba y decía qué bonito, y yo empezaba el siguiente. Terminé la casa entera. Quedó preciosa. —Tiró la gota por el pretil abajo—. El día que la acabé nos dimos cuenta los dos de que la casa era lo único que teníamos entre manos. Se acabó la obra y se acabó el motivo. Ella se quedó la casa,

que es justo, que la quería ella. Yo me quedé el oficio. —Se encogió sin encogerse—. Así que ya ves. Sí que tengo una ruina que enseñar. Lo que pasa es que no la enseño, porque es de las que quedan bien.

África se acordó, sin querer, de la frase que no había podido leer, la de abrir la puerta aunque tiemblen las piernas, y por un momento las dos cosas —la frase y el hombre que terminaba las casas de todos menos la suya— le parecieron dichas por la misma boca. No lo dijo. Se quedó. Se quedó mucho después de que Teo diera la última mano y enjuagara el bote en el grifo de arriba, esa manía; se quedó cuando ya no había obra que fuera excusa para estar los dos allí, y no se retiró la primera. Esa fue toda la diferencia con la otra noche, y era una diferencia del tamaño del mundo. Hablaron poco más: del cortijo de Huelva, de si el levante iba a entrar fuerte aquel año. Nada. Y sin embargo, cuando por fin bajó, mucho después de medianoche, no bajó huyendo de que aquello se pusiera a ser otra cosa. Bajó con ganas de que lo fuera. Que no es lo mismo, y África, que vivía de que las palabras no fueran lo mismo, lo sabía mejor que nadie.

Se acostó tarde y se durmió peor. En algún momento de la madrugada se despertó sin saber qué la había despertado. La casa hacía sus ruidos: la madera de la escalera acomodándose, una gotera del baño que ya no goteaba y aun así sonaba, la respiración de las otras tres repartida por los cuartos. Y por debajo de todo, la frase, que se había quedado dentro y no se iba, dándole vueltas sola con la voz de Remedios, con las aes abiertas del sur: *abre aunque te tiemblen las piernas. Sobre todo si te tiemblan.* Se quedó boca arriba, con los ojos abiertos en lo oscuro, oyendo la casa. Abajo, al final del patio, la cancela estaba cerrada, quieta, sin que nadie la tocara. África se recolocó el reloj en la muñeca a oscuras, sin ninguna necesidad, y se quedó escuchando, por si llamaban.

Capítulo 22

Noche de San Juan de 2008

A las once y media la verbena empezó a aflojar, y Rocío supo, sin mirar el reloj, que era su hora.

Lo supo por el ruido. Llevaba toda la noche oyéndolo crecer, y ahora lo oía bajar: el altavoz seguía dando reguetón, pero ya sin corear; las hogueras habían pasado su punto alto y se venían abajo por dentro, más brasa que llama, con el pueblo sentándose alrededor en corros. Era el momento en que una fiesta se parte en fiestas pequeñas, en que la cuadrilla se disolvía sola y cada una tiraba por su lado, y en que ella y Nico, desde hacía un mes, tiraban por el mismo sin que se notara.

No habían quedado con palabras. No hacía falta. Un rato antes, junto a la lumbre, cuando Nico le pasó la litrona común y la cogió ella, él había hecho el gesto de siempre, uno tan pequeño que ni las otras tres, que lo tenían delante, lo cazaron: una vuelta mínima de la barbilla hacia el lado oscuro de la playa, hacia donde se acababa la arena y empezaban las piedras. *La última roca. Cuando esto afloje.* Era todo el idioma que tenían para verse a escondidas, y con eso les bastaba.

Se apartó del corro sin que la echaran de menos. Rocío sabía salir de un plano sin que se notara el corte, y en San Juan era más fácil todavía: nadie mira quién se va, todo el mundo mira el fuego. Bordeó la última hoguera por fuera del calor, pasó de largo la caseta de los Quintero, donde Marina servía sin levantar la cabeza, y enfiló hacia lo oscuro.

Le venía la pelea puesta todavía, la de hacía un rato con Marina, pero le venía como una china en el zapato: molestando poco y sin importar nada. No había entendido a qué venía tanto. Marina llevaba

toda la noche de un cansino de cuidado, saltándole por lo del sitio en la manta como si le fuera la vida, y Rocío la había archivado en el cajón de «se le pasa durmiendo». Mañana ninguna de las dos se acordaría.

Lo otro le pesaba más, y ese sí que lo traía puesto desde hacía semanas. El sobre. En su cuarto, dentro de la carpeta de anillas con las fotos del Tuenti en las tapas, seguía la carta de la residencia con la plaza reservada para septiembre y el folleto de la facultad doblado por la mitad. Lo tenía desde antes de la Selectividad. Lo había mirado tantas veces que ya no lo leía: solo lo tocaba. Y esta noche, bajando a lo oscuro, Rocío terminó de tomar sola una decisión que llevaba medio verano tomando a medias, y le salió redonda y fría, como cuando en directo hay que dar una cifra y se da sin que tiemble.

Se iba a ir. Y no le iba a deber a nadie el irse.

El espigón viejo salía de la arena hacia el agua negra, un brazo de piedras grandes puestas unas encima de otras hace más años que el pueblo, resbaladizas de verdín en la parte baja, secas y ásperas arriba. Rocío se sabía el camino con los pies. Fue saltando de canto en canto, con las chanclas en la mano para no escurrirse, hasta la última roca, la que ya estaba mar adentro, la de ellos, aquella en la que hacía once días los había visto Marina sin que ellos lo supieran. Detrás quedaba la fiesta, chica y anaranjada. Delante, nada: el agua sin luna todavía, que esa noche salía tarde, y muy al fondo las luces del puerto, quietas.

Nico ya estaba allí. Lo llevaba estando un rato, se le notaba en la manera de estar sentado, los codos en las rodillas, la vista puesta en el agua. A su lado, en la piedra, tenía una litrona apoyada, fría, sudando en el canto, sin abrir. No la había tocado.

—Ya pensaba que no venías —dijo, y volvió la cara.

—He tenido que despistar a media playa. —Rocío se sentó a su lado, en el sitio de siempre, con un palmo de piedra entre los dos por la costumbre de que no se viera—. Marina está insoportable esta noche. Se ha picado por una tontería.

Nico no dijo nada de Marina. Miraba el agua.

Y Rocío, que había bajado con el guion hecho, con las frases colocadas cada una en su renglón, la entradilla montada de arriba abajo, notó que se le desordenaban todas de golpe en cuanto lo tuvo al lado y callado. Se le quedó una sola arriba, la que iba a decir la última, y decidió darle paso ya, antes de arrepentirse, con el pulso de quien lee al aire una noticia que sabe que va a doler.

—Nico, tengo que decirte una cosa.

—Dime.

—Me voy a ir. —Lo soltó del tirón, mirando el agua para no mirarlo—. No sé cuándo. Pero me voy a ir de aquí, y va en serio, y no quiero que me esperes. No quiero que te quedes tú aquí esperando a una que se va. Eso no.

Se hizo un silencio de los que en directo se te hacen larguísimos y duran un segundo. El agua daba contra las piedras de abajo, floja.

—No es por ti —siguió ella, porque el silencio la empujaba—. Es que yo aquí no me quedo, Nico, y lo sabía desde antes de… de nosotros. Y no me parece bien tenerte atado a algo que se va a acabar cuando yo coja la puerta. Prefiero decírtelo yo ahora, y no dejártelo puesto para septiembre. Así no me debes nada y no te debo nada. Es más limpio.

Se había preparado para muchas cosas. Para que se enfadara, o le preguntara cuándo, o adónde, o por qué no se lo había contado antes, y para seguir mintiendo un rato más sin nombrar Madrid ni la residencia, porque una cosa era romper y otra enseñarle el mapa entero. Se había preparado, sobre todo —aunque eso no se lo confesó ni a ella misma—, para que él peleara. Para que le dijera que no, que se esperaba, que lo hablaban. Era lo que hacía la gente después de una frase así.

Nico no hizo nada de eso.

Se quedó un momento con la vista en las luces del puerto, muy lejos, igual que se le habían ido los ojos otras veces esa noche sin que ella lo supiera. Y cuando volvió a mirarla no traía rabia, ni pena de la que se ve, ni la cara del que se defiende. Traía una calma que a Rocío no le cabía en la escena. Una quietud rara, como de haber echado ya una cuenta larga y haberle salido, por fin, el número.

—Vete tranquila, Ro.

Lo dijo así, bajito, limpio, sin que le temblara. Igual que al que se sube a un tren: vete tranquila.

Y a Rocío, que había bajado a romper, aquello le hizo más daño que cualquier cosa que hubiera preparado. Ella acababa de decirle que se iba, que lo dejaba, que no la esperara, y él le contestaba que se fuera tranquila, sin pelear, sin retenerla, abriéndole la mano igual que a un pájaro. Le buscó la trampa a la frase y no se la encontró. ¿Por qué no le decía que no? ¿Por qué no se peleaba por ella, aunque fuera un poco, como pelea la gente por lo suyo? Se quedó con la pregunta atravesada y sin sitio donde ponerla, porque no había ni una sola razón en el mundo, esa noche, que le explicara aquella paz.

—¿Ya está? —dijo, y le salió más pequeña de lo que quería—. ¿Nada más?

—¿Qué quieres que te diga? —Nico sonrió un poco, con media boca, la sonrisa de crío bueno de siempre, solo que cansada—. Que te vayas. Que vueles. Yo también… —Se paró. Cogió aire. No lo terminó—. Vete tranquila.

Y entonces la abrazó.

No fue un abrazo de despedida, o Rocío no lo leyó como tal. Fue un abrazo largo, de los que no se dan en el espigón por si alguien mira desde el paseo, de los que se guardan para el cuarto o para nunca. La apretó fuerte, con la cara metida en su pelo, sin prisa por soltarla, y ella lo dejó hacer con el sobre de Madrid pesándole en la conciencia y aquella calma de él pesándole todavía más. Olía a humo y a colonia del Mercadona y a mar por debajo de todo. Rocío cerró los ojos y por un momento no se acordó de que acababa de romper: solo estaba el abrazo, y le pareció el sitio más seguro del mundo, que es exactamente lo que no se le tiene que parecer a una el sitio del que se acaba de ir.

Cuando la soltó, le puso las dos manos en los hombros y la miró.

—¿Tú estás bien?

—Sí. —Rocío se rio un poco, sin ganas, para tapar—. Soy yo la que se va, Nico. Estoy bien.

—Vale. —Bajó las manos. Se levantó. Recogió la litrona fría de la piedra, la que no había llegado a abrir, y se la quedó mirando como

si no supiera de dónde había salido. Y ya de pie, antes de irse, se volvió y le preguntó otra vez, igual, como quien se asegura de una cosa que no puede dejar a medias—: ¿Seguro que estás bien?

—Que sí, pesao. —Se le abrió el sur en la boca sin querer, que se le abría solo cuando algo la tocaba de verdad—. Anda, tira.

Y Nico tiró.

Pero no hacia la playa, ni hacia la fiesta, ni hacia el puerto que tenía enfrente. Tiró por el otro lado, saltando las piedras hacia la arena y desde la arena cuesta arriba, hacia las casas, hacia el pueblo dormido por encima de la verbena. Rocío se quedó en la roca viéndolo irse. Lo siguió con la vista mientras subía, una sombra contra las pocas luces de las ventanas, hasta que la cuesta y lo oscuro se lo fueron comiendo por tramos, primero las piernas, luego el bulto entero, y ya no estuvo.

Se quedó sola con lo que acababa de hacer.

Y le vinieron los dos juntos, cada uno tirando para su lado. El alivio de haberlo dicho, de tenerlo ya fuera, de bajar a Madrid en septiembre sin nada colgando detrás. Y la pena, que era más grande y no se dejaba nombrar, de haber roto lo único que era solo suyo, la cosa que no había dado ni pensaba dar, por hacer lo que a los diecisiete años a una le parece lo maduro: soltar antes de que te suelten, irte sin deber, no dejarse nada atado. Se sintió mayor y se sintió sola, y las dos cosas juntas le supieron a la misma agua. Se quedó allí sentada un rato largo, sin contarlo por dentro por primera vez en mucho tiempo, sin buscarle las palabras, porque a aquello no se las encontraba.

Cuando por fin se levantó para volver, con las chanclas en la mano y las piernas dormidas de la piedra, lo vio.

En las rocas de la playa chica, al otro lado, donde el espigón se junta casi con la orilla pequeña, había alguien. Una silueta quieta, sentada o agachada, menuda, recortada apenas contra el agua que empezaba a coger la poca luz de la luna que salía por fin, baja y de canto. No se movía. Y en la silueta, a la altura de una muñeca, había un punto de plata: una chispa mínima, un brillo pequeño que cogía esa luz de nada y la devolvía, quieto, ahí colgado en lo oscuro.

Rocío se sobresaltó a medias, se quedó parada con una chancla a medio calzar, y se le pasó enseguida. Miró un momento, entornando los ojos, pero estaba demasiado lejos y demasiado negro para sacar nada, y la luna no daba para caras. Alguien de la verbena, se dijo. Uno que ha bajado a mear a las rocas, o una pareja buscando lo oscuro, como habían buscado ellos. Gente. En San Juan la playa entera está llena de gente escondida. No le dio más vueltas —tenía la cabeza en otra cosa, en la cuesta, en la cama, en septiembre— y la silueta se quedó allí, quieta, sin moverse, mientras Rocío le daba la espalda y bajaba de las piedras a la arena.

Subió la cuesta despacio. El pueblo olía a hoguera apagándose y a sardina fría, y por la calle Magnolia arriba iban ya subiendo otros, en grupos flojos, riéndose bajito de sus cosas. Rocío subía sola, con las chanclas todavía en la mano y el abrazo puesto por dentro como se lleva una cosa que no se ha estrenado del todo. Le dolía y a la vez estaba tranquila, que era raro. Había hecho lo que tenía que hacer, y ya está.

Y sin embargo, al pasar por delante del número siete, con la ventana de la cocina de Remedios encendida con su luz amarilla de siempre, Rocío se paró un segundo debajo del magnolio grande, que ya no tenía flores pero seguía oliendo a algo, y pensó que lo suyo con Nico no se había acabado del todo esa noche. Que una ruptura de verano no era el final de nada. Que quedaba agosto entero por delante, dos meses largos, tiempo de sobra, y que ya verían, y que a lo mejor él la esperaba aunque le hubiera dicho que no la esperara, y que a lo mejor ella se dejaba esperar.

Nuestro. De momento.

Se lo dijo así, con las mismas palabras de la feria de mayo, y le pareció que el «de momento» era una puerta que se quedaba abierta y no una que se cerraba, y con eso se subió a casa a dormir.

Capítulo 23

La Almadraba, agosto de 2026

En agosto el Espigón se quedaba en nada a media tarde. El pueblo se iba a la playa a por la última hora de sol, las mesas se secaban solas, y desde que reabrió el ocho Sebas había cogido la costumbre de mandarla arriba en ese hueco flojo —«a la hora que yo diga», con la espátula en el aire, disfrutándolo— y quedarse él con las cuatro sombras que pedían tinto de verano. Así que a las seis y media de aquel miércoles Marina estaba en la cocina del siete, con el ventilador apuntándole a la nuca, adelantando una cena sin saber todavía para cuántos iba a ser.

Tenía en la cabeza la caja del día, que iba floja para un doce de agosto, y una comanda de la una que Sebas había cantado mal y que a ella no le cuadraba de tres euros. La llevaba puesta por debajo de todo, esa cuenta, dándole vueltas sola mientras secaba un vaso con el paño, uno que ya estaba seco, por hacer algo con las manos. Rocío pelaba tomates en el otro extremo de la mesa. África había subido a la azotea con el portátil y había vuelto a bajar, y ahora estaba en el patio, junto a la cancela, sentada en la silla baja de enea sin hacer nada, que era una cosa que África no hacía, y llevaba así toda la tarde. Candela regaba el poyete. La casa entera olía a tomate y a la cal caliente de las paredes.

Sonó la cancela.

No fue un golpe fuerte. Fue un toque corto, con los nudillos, de los que piden permiso, y Marina lo oyó desde dentro y no le dio importancia, porque una cancela que suena a esa hora es Inma, o un chico del butano, o alguien que se ha equivocado. Pero vio por el hueco de la puerta que África se levantaba de la silla de enea despacio —llevaba toda la tarde esperando eso sin decirlo— y iba a

abrir. Y Marina, con el vaso y el paño todavía en la mano, salió al patio detrás de ella, por curiosear quién era, secándose las manos que no tenía mojadas.

África descorrió el pestillo y abrió la cancela.

Al otro lado había un chico.

Diecisiete años, puede que menos, con una mochila colgada de un hombro y la camiseta pegada a la espalda del calor de la cuesta. Sudaba. Traía la cara de haber andado mucho y de no estar seguro de haber llegado bien, y miraba a África, y luego miró un palmo más allá, a Marina, con una educación de crío al que han enseñado a saludar a los mayores.

Y Marina lo miró a él.

Y se le paró la cuenta de los tres euros en mitad de la cabeza, y no volvió. Se le descuadró sola, se le cayó del renglón, y en el sitio donde tenía que estar el número no quedó nada. Porque aquella cara la conocía. La conocía de haberla tenido delante en una barra dándole cañas con casera que no cobraba, de haberla visto reírse junto a una hoguera jurando que la del año siguiente llegaría al ayuntamiento, de una foto de estudio en el aparador de Pepa con diecinueve años puestos para siempre. Era esa cara. La barbilla, la frente, la manera de la boca. Era la cara de Nico Herrera, exacta, sin un año de más, plantada en la cancela del número siete una tarde de agosto dieciocho años después de que el mar se lo llevara.

El vaso se le quedó en la mano. No lo dejó, no lo soltó, no hizo nada con él: se le quedó ahí agarrado, y el paño colgando, y ella parada en el patio mirando a un muerto que sudaba.

Solo que no eran sus ojos. Marina cogió eso en el instante mismo del golpe, por oficio de mirar caras: la cara era la de Nico entera, pero los ojos no. Los ojos eran de otro. Castaños, muy juntos, más grandes de lo que pedía aquella cara, unos que no encajaban en lo demás y que ella no supo de quién eran. Los tenía vistos en algún sitio; pero la cabeza, descuadrada con la cuenta, no le dio para ir a buscarlos.

—Perdone, señora. —El chico habló primero, y habló suave, con un andaluz de capital, de ciudad, distinto del de allí, más lavado, sin

las aristas del pueblo—. Estoy buscando a Remedios Alcántara. ¿Vive aquí?

Nadie contestó. Marina no podía. Y África, a su lado, se había quedado con la mano en el hierro de la cancela y no la soltaba, y no dijo nada tampoco.

El chico, al ver que no le respondían, se descolgó la mochila del hombro, la puso en el suelo entre sus pies, y sacó del bolsillo de fuera un papel doblado en cuatro, blando de haberse abierto y cerrado muchas veces. Lo desdobló con cuidado, sujetándolo como un billete que le tiene que valer para entrar.

—Es que ella me escribió. —Lo giró para que lo vieran, sin soltarlo, sujetándolo por el canto—. Mire.

Era una cuartilla pequeña, y la letra Marina la conoció de lejos, antes de leer una palabra: la letra temblona, la que se agarraba al renglón con el pulso de prestado, la misma de los cuatro sobres que Inma les enseñaba sin darles. No la leyó entera. No le hizo falta. Alcanzó a coger dos renglones al vuelo, los de abajo, *ven en verano, te estarán esperando*, y con eso le vino a la cabeza, de sopetón, la tercera carta. La de África. *Y cuando llamen a la puerta preguntando por mí, abre.* Cuatro días atrás, Marina había dicho por decir algo que qué cosa dejarle a la que vive en un avión un recado de abrir puertas. Y era esto. La puerta era esta.

Fue entonces cuando África se soltó de la cancela.

—Perdonad —dijo, muy bajo, sin dirigirse a nadie. Y se dio la vuelta y entró en la casa, deprisa pero sin correr, con la mano ya buscándose la boca, y Marina la oyó subir la escalera de dos en dos y cerrar la puerta del baño de arriba, y por el hueco del patio le llegó el ruido de lo que estaba haciendo allí dentro. Se puso mala. Vomitando. Un golpe de calor, o algo que había comido, o vaya usted a saber.

Marina no lo entendió. Apuntó las tres cosas —la cara del chico, los ojos que no eran de la cara, África subiendo a ponerse mala— en la libreta de dentro, donde apuntaba lo que no se cobraba ni se decía, y se puso a echar la cuenta ahí mismo, en el patio, con el vaso en la mano. No le salió. Le sobraba un número: aquella cara. La dejó a medias, porque el chico seguía en la cancela sudando y a

un chico en la puerta no se le deja tirado mientras una hace cuentas.

—Anda, pasa —dijo, y le salió la voz rara, de sitio hondo—. Que te va a dar algo ahí de pie con este sol. Pasa al fresco.

Rocío había salido al patio detrás, con el cuchillo de los tomates todavía en la mano, y se había parado en seco. Marina la conocía: la vio ponerse blanca despacio, sin aspavientos, con oficio: la cara del que está en directo cuando le meten por el pinganillo una cosa mala y tiene que seguir dando paso. Candela había dejado la manguera corriendo en el poyete, chorreando sola, y estaba quieta del todo, con la magnolia de la muñeca tapada por la otra mano, mirando al chico sin acercarse un paso.

Nadie dijo el nombre. Nadie dijo nada de lo que estaban pensando las tres, cada una lo suyo, en aquel patio con el agua corriendo sola. A Marina se le vino a la boca una palabra, *Herrera*, y se la tragó, porque decirla era abrir una puerta que no le tocaba a ella abrir y que a lo mejor no había que abrir de aquella manera, con el crío delante.

Lo sentaron en la cocina, en la esquina de África, y le pusieron delante un vaso de agua fría y un plato con lo que había —queso, unos picos, dos tomates de los que Rocío tenía ya pelados—, y el chico dio las gracias tres veces y esperó a que le dijeran que podía, y entonces comió. Comió con el hambre atrasada de días comiendo mal: deprisa al principio y luego frenándose a propósito, avergonzado de tener tanta hambre delante de gente. Cogía los picos partiéndolos por la mitad primero, con las dos manos, y se comía la miga rebañando el plato con el pan al final sin darse cuenta de que lo hacía. Marina lo miraba de reojo mientras sacaba la cena, y aquel gesto del pan la volvió a rozar por dentro sin dejarse coger, como un nombre que se tiene en la punta de la lengua.

—Me llamo Martín —dijo el chico, cuando pudo—. Martín Navas. Vengo de Málaga. He venido en el autobús hasta Barbate y de ahí andando, que no había otro. —Bebió agua—. Abajo, en un estanco de la plaza, le he preguntado a una señora por la casa de doña Remedios y me ha mandado para acá, a la de la magnolia grande.

Así que ya lo había visto el pueblo. La del estanco le había dado las señas, y a esas horas el aviso ya iría de boca en boca, cuesta abajo, sin que hiciera falta empujarlo. Marina lo pensó de pasada y lo dejó estar.

—¿Y a Remedios de qué la conoces tú? —preguntó Rocío, con mucho tiento, dejando el cuchillo en el mármol para no tenerlo en la mano.

—No la conozco. —Martín bajó la vista al plato—. O sea, no la conozco de verla. Ella me escribió el año pasado, esa carta, y otra antes. Es… —Se paró. Se le puso en la cara el trabajo de estar diciendo algo que traía preparado y que no le salía como lo había traído—. Es un poco largo de explicar. Estoy buscando una cosa. Una historia mía, de hace tiempo. Y ella era la única que… —Y ahí se cortó, del todo, y se miró las manos, y no siguió.

No siguió, y ninguna de las tres tiró del hilo. En aquella casa se había aprendido a no tirar del hilo, y aquella tarde menos que nunca. Marina, que llevaba media hora oyéndolo empezar frases y dejarlas, reconoció la manera: era la de alguien que ha ensayado un discurso muchas veces a solas y descubre, al soltarlo, que no cabe por la boca. La había visto hacer eso. No supo dónde.

—Bueno —dijo, y le puso más queso sin preguntarle—. Come, anda, que lo demás ya se hablará.

Lo de Remedios se lo dijeron entre Rocío y ella, despacio, con el cuidado que se le pone a un crío que ha viajado media Andalucía para nada. Que Remedios había muerto. A finales de mayo, en el hospital de Cádiz, dormida, sin sufrir. Que llevaban ellas allí el verano por cosa de ella, por lo que dejó dicho. El chico dejó el pico en el plato y se quedó mirando el hule un rato largo, y luego dijo «ah» muy flojito, y «no lo sabía», y «lo siento», que era una cosa rara de oír: un crío dándole el pésame por su muerta a la gente de ella, cuando el que se había quedado sin nadie era él.

—¿Tus padres saben que estás aquí? —le preguntó Marina, porque eso sí era lo primero, con crío de por medio.

—Sí, sí. —Lo dijo deprisa, y sacó el móvil del bolsillo—. Me dejaron venir. ¿Puedo…? Que si no llamo, mi madre se sube por las paredes.

—Llama, hijo, llama.

Se apartó dos pasos, hacia el patio, pero la cocina era chica y se le oyó igual, y nadie hizo por no oírlo.

—Mamá. Sí, soy yo. Que ya he llegado. —Silencio—. Que sí, que estoy bien, que he comido. —Silencio—. No, mamá. Que ella no está. Ha pasado una cosa… que se ha muerto. En mayo. —Silencio más largo—. Ya. Ya lo sé. No, están aquí unas señoras, que son muy amables, que me han dado de comer y todo. —Y luego, más bajo, de espaldas—: Que sí, mamá, que os llamo antes de acostarme. Dile a papá. Un beso. Yo también.

Colgó y volvió a la mesa con la cara deshecha de haber oído a su madre al otro lado, y Marina pensó que aquella mujer, la de Málaga, había criado bien a aquel crío, y que estaría en su cocina con el teléfono en la mano pasándolo mal por un hijo suelto en un pueblo que no era el suyo, buscando algo que ella le había dejado buscar. Le entraron ganas de llamarla y decirle que el niño estaba en buenas manos, aunque no supiera todavía en qué lío las estaba metiendo.

El hostal estaba lleno. Marina lo sabía sin llamar —en agosto no había una cama libre en veinte kilómetros—, así que no hubo ni que planteárselo. Le hicieron sitio en el sofá del salón, que era grande y fresco y daba al patio, y Candela sacó sábanas del armario de abajo y una manta fina por si a la madrugada refrescaba. Fue montando la cama sin decir nada, estirando la sábana con las esquinas bien metidas, a la manera de las casas donde se recibe, y cuando llegó a la repisa, sin pararse, con la naturalidad de quien va quitando el polvo, cogió la foto que estaba allí de pie desde julio —los cinco delante de la hoguera, Nico en el medio— y la tumbó boca abajo contra la madera, y siguió estirando la manta. Marina la vio. Vio la foto quedarse mirando a la pared. Y no dijo nada, porque no había nada que decir que se pudiera decir allí.

África no bajó a cenar. Marina le subió un plato tapado con otro y lo dejó en la puerta del cuarto, tocó con los nudillos y dijo «te lo dejo aquí, por si luego», y no abrió, y desde dentro no contestó nadie. Bajó otra vez.

Le dio de cenar al chico. Le puso el guiso que había hecho para todas y le repitió sin preguntarle, y le apartó la parte de arriba, la de

más caldo, que era como se le da de comer a quien se quiere sin decírselo. Martín comió, y en algún momento, con la tripa ya llena y el susto del viaje bajándole, se le soltó la cara y contó una tontería de la madre y del perro y de que en Málaga hacía más bochorno todavía; y Marina le dijo algo por seguirle la conversación, y el chico se rio. Se le puso en la boca media sonrisa, torcida, de crío bueno. Y a Marina se le fue el aire un segundo por debajo del mandil, porque esa sonrisa la tenía vista, esa exacta, y la palabra que se había tragado en el patio le volvió a la boca, *Herrera*, y otra vez se la tragó, con un trago de agua, igual que había hecho Rocío en casa de Pepa sin que ella lo supiera.

Se acostó el último. Marina bajó a apagar la luz de la cocina, la amarilla, la que se dejaba encendida por si la última en subir la necesitaba, y al pasar por el salón lo vio dormido en el sofá, boca arriba, con un brazo por fuera de la sábana y la respiración honda de un crío reventado de andar. Le vio la cara en lo oscuro. Aquella cara. Y en la repisa, encima de él, la foto seguía boca abajo, mirando a la pared, con Nico dentro sin dejarse ver.

Arriba, la puerta de África seguía cerrada, y por debajo no salía luz.

Marina se quedó un momento parada en el arranque de la escalera, con la casa a oscuras y el chico durmiendo abajo con la cara de un muerto, echando otra vez la cuenta que no le salía, sumando la carta y los ojos que no eran de la cara y la cara que era de quien no podía ser. No le cuadraba de tres euros ni de nada. La dejó a medias, como se deja una caja que no cierra cuando ya es muy tarde y las manos ya no dan, y subió a acostarse pensando que mañana. Mañana ya se vería. Mañana, con el día claro, aquello tendría que querer decir algo.

Capítulo 24

La Almadraba, agosto de 2026

Al chico lo encontraron el jueves ya despierto en el sofá, doblando la sábana con las esquinas bien metidas, con la maña de una casa donde le habían enseñado a recoger; y África se pasó el día entero buscando la manera de estar en la misma casa que él sin cruzársele.

No fue fácil, porque él lo puso todo de su parte para estorbar poco. Preguntó si podía ayudar en algo, y como nadie supo qué decirle, cogió la escoba y barrió el patio sin que se lo pidieran. A media mañana salió a andar —«a conocer el pueblo, si no molesto»— y volvió a la hora justa, sin tardar de más, con esa educación de quien no quiere ser una carga en casa ajena. Llamó a su madre desde el poyete, de espaldas, bajando la voz, y África, que estaba en la cocina fingiendo repasar unas facturas que ya había repasado, oyó «que estoy bien, mamá, que son muy amables», y se agarró al borde del mármol.

Porque cada cosa que hacía aquel chico se la clavaba en un sitio distinto.

Le miraba las manos partir los picos por la mitad, con las dos, antes de comérselos, y era un gesto que no había visto en su vida y que sin embargo conocía. Le oía empezar una frase con cuidado, ensayada, y pararse a la mitad porque no le cabía por la boca, y tener que arrancar de nuevo por otro lado; y esa, esa sí, esa manera de traer un discurso preparado y descubrir al soltarlo que ninguna palabra sirve, esa era suya. De ella. La reconoció sin buscarla: era su propia letra en un papel que no recordaba haber escrito. La cara era de Nico entera, exacta, sin un año de más. Pero los ojos eran los de ella, castaños y muy juntos, y la manera de callar era la de ella, y África llevaba toda la vida traduciendo a la gente por debajo de lo

que decía y ahora tenía delante a un chico de diecisiete años que era, letra por letra, la traducción de dos personas.

Por la noche cenaron todos alrededor de la mesa, con Martín en la esquina que había sido la suya esas semanas, y después él se sentó en el sofá con Candela a ver algo en la tele, y a África se le hizo insoportable el salón. La cercanía. Tenerlo a dos metros, con la cabeza inclinada igual que la inclinaba Nico, hablando bajito de una serie, y no poder decir la única frase que había en aquella casa. Subió temprano con la excusa del cansancio. No durmió.

A las cuatro de la mañana bajó descalza. La casa estaba a oscuras y el chico dormía en el sofá boca arriba, con un brazo por fuera de la manta y la respiración honda. África se paró en el arranque de la escalera a mirarlo un segundo, no más, porque más no aguantaba. Y luego fue subiendo, cuarto por cuarto, y las despertó a las tres sin encender la luz.

—Subid a la azotea —dijo, muy bajo—. Que no se despierte.

Subieron en camisón, medio dormidas, con el desconcierto de las tres de la mañana, y la azotea nueva de Teo las recibió fresca y limpia, con el puerto abajo y el faro barriendo el aire cada tanto. África esperó a que estuvieran las tres apoyadas en el pretil. Se recolocó el reloj en la muñeca, ese gesto de antes de las cosas, aunque a las cuatro de la mañana no había hora que valiera.

Y entonces se tradujo a sí misma por primera vez en dieciocho años.

Lo hizo por orden, como en cabina, porque era la única manera que sabía de decir las cosas grandes: primero abrir, luego lo importante, luego dejar sitio. Empezó por abril. Por la caseta del vivero del padre de Candela, una noche de finales de abril, antes de la feria, sin plan y sin promesas, los dos libres, que eso lo dijo despacio y mirando a Rocío al decirlo, aunque no supo por qué le importaba tanto dejarlo claro. Siguió por el test en el baño del bar, el 20 de junio, escondido tres días en el estuche de los rotuladores. Por Remedios, que la caló vomitando detrás de la iglesia y se la llevó a merendar bizcocho. Y llegó a San Juan.

—Se lo dije a él esa noche —dijo—. En la playa, detrás de las casetas de los aparejos. Sobre las diez y media. Le dije que estaba

embarazada, que era suyo, que no le pedía nada. —Bajó todavía más la voz—. Y se quedó blanco, y se dio la vuelta, y se fue sin decirme una palabra. Ni una. No lo quiso saber. Le vino grande y se marchó, que es lo que hace la gente cuando algo le viene grande.

Nadie la corrigió. Nadie podía.

Contó lo de después como se lee un parte: Sevilla en septiembre, la casa de la prima de Remedios, el embarazo escondido nueve meses en una ciudad donde nadie sabía de quién era nieta. La mentira pública, la que aún seguía en pie en el pueblo: que se había ido a un curso fuera. Y el 15 de marzo de 2009.

—Nació el quince de marzo. Un niño. —Se paró. El faro pasó una vez—. Me lo dejaron tener en brazos una hora antes de firmar. Una hora. No cabe en ningún idioma esa hora, así que no os la voy a contar. Solo os digo que existió.

Después la adopción, legal, con papeles, una familia de Málaga que ella había elegido leyendo carpetas y más carpetas, sabiendo que en aquel contrato le iba la vida. Y una cosa más, la que no le había dicho a nadie nunca, ni a Remedios del todo: que había dejado a Remedios como persona de contacto en el expediente. Por si algún día. Sin creérselo. Que llevaba media vida entrando de noche en una web de búsqueda de orígenes, en el idioma que tocara según el país en el que durmiera, con el cursor encima de «empezar», y que no lo había pulsado nunca. Todos esos años con el dedo encima del botón.

—Y ese chico que está durmiendo abajo en el sofá —dijo, y aquí la voz se le quedó sin sitio— es mi hijo. Es él. Lo sé por la cara, y por los ojos, que son míos, y por la edad, que cuadra al día. Y porque escribió Remedios. Remedios lo llamó, y me puso a mí a abrir la puerta sin decirme a quién le abría.

Se calló. Había dejado sitio para la respuesta —lo dejaba siempre — y esperó, con el oído puesto, a ver en qué idioma le contestaban.

Rocío fue la primera, y no dijo lo que se dice. Se había quedado muy quieta, con la espalda contra el pretil, y preguntó una cosa que no era la que se pregunta.

—¿Abril? —Tenía la voz rara, de sitio hondo—. ¿Antes de la feria? ¿Seguro?

—Antes de la feria —dijo África—. En abril. Los dos libres.

Y le vio cruzar la cara un alivio. Lo vio pasar, limpio, un segundo de descanso que no encajaba con la noticia que acababa de dar, y no lo entendió del todo, pero lo reconoció, porque era el suyo. Era la misma pregunta que ella le había hecho a Rocío en la hoguera hacía dos meses —*¿desde la feria de mayo?, ¿no antes?*— y por la misma razón exacta: para saber que nadie le había quitado nada a nadie, que aquello había sido de dos personas sueltas y no un robo. La traductora entendió el alivio de Rocío porque era el reverso del suyo. Lo que no entendió fue lo que vino detrás, en la misma cara, un instante después: algo peor que el alivio, algo que se le puso a Rocío en los ojos y bajó a apretarle la boca, y que Rocío no explicó. No dijo nada más. Se quedó mirando el agua negra del puerto con la cara cerrada, tropezando por dentro con algo viejo que creía bien guardado. África archivó esa cara en el sitio de las cosas que no cuadraban, y no tuvo fuerzas para traducirla.

Marina se rompió más que ninguna, y por donde África no supo.

—¿A qué hora? —dijo, y le salió con un hilo—. Lo de las casetas. ¿A qué hora se lo dijiste, África?

—A las diez y media, por ahí. Antes de las once, seguro. —África la miró sin entender de qué iba la pregunta—. ¿Qué más da la hora?

Pero a Marina sí le daba. Se le fue la cara entera, se le descuadró como se descuadra una cuenta a la que le sobra de pronto un número enorme, y se llevó la mano a la boca, y luego la bajó a buscarse el mandil que no llevaba, y como no lo tenía se agarró al pretil con las dos manos. No dijo por qué. Dijo «Dios mío» muy bajo, para dentro, y se dio media vuelta y se fue al otro extremo de la azotea, a la parte oscura, y se quedó allí de espaldas con los hombros subidos. Ninguna la siguió. África la miró irse y pensó que a Marina le había dado fuerte lo del niño, lo de la juventud partida, que Marina era de sentirlo todo por el cuerpo. No se le ocurrió otra cosa. No tenía con qué.

Candela no dijo una palabra.

Se había quedado quieta del todo desde el principio, más que nunca, con el pulgar clavado en la magnolia de la muñeca sin contar siquiera, sin mover los labios. Tenía la cara sin nada, como una casa

con las luces apagadas. Y en algún momento, sin avisar, se levantó del pretil y bajó la escalera, y África oyó la puerta del patio abrirse abajo, y por el hueco la vio salir a lo oscuro, al patio, y de ahí a la calle, a andar, sola, a las cuatro y media de la mañana. Rocío hizo el gesto de ir tras ella y Marina la paró con la mano, desde su rincón: *déjala*. La dejaron. Se miraron las tres con extrañeza, sin más, con esa preocupación que se le tiene a Candela cuando se le mete algo por dentro, y África pensó, traduciéndolo mal una vez más, que a Candela se le metían las penas de todas en el cuerpo, las cuatro a la vez, y que por eso no podía con esta.

Nadie le reprochó nada. Eso fue lo que más le costó aguantar.

África había subido a la azotea preparada para el juicio. Dieciocho años callando algo así, un hijo escondido, una amiga muerta esa misma noche, y ella con el secreto guardado en el estuche mientras las otras cargaban con lo suyo a ciegas. Se había preparado para que le pidieran cuentas. Y no se las pidieron. Nadie le dijo «cómo no nos lo dijiste», nadie le echó los años en cara. El silencio de las tres no era de reproche; pesaba, pero por otro lado, como pesa una losa que se levanta entre varias. Rocío, al bajar, le puso una mano en el brazo y no dijo nada, que en Rocío, que siempre tenía la palabra a punto, era mucho. Y a la mañana siguiente, cuando África apareció en la cocina con la cara de no haber dormido en dos noches, Marina, sin levantar la vista del fuego, le puso un café y le dijo:

—¿Tú has comido algo desde ayer, criatura? Que llevas dos días de intérprete y ni desayuno.

Fue lo más cerca que estuvo nadie de decirle que la querían.

Los dos días siguientes la casa los pasó por dentro, despacio, mientras por fuera hacía la vida de siempre. Y por fuera, en medio de todo, seguía Martín, sin saber nada, ajeno, ayudando a poner la mesa y contando tonterías del perro de Málaga. Marina le daba de comer con el mimo callado del que quiere y no lo puede decir: le repetía el guiso sin preguntarle, le apartaba la parte de más caldo. África lo miraba desde la puerta y tenía que salir al patio a que le diera el aire. Verlo reír. Verlo dar las gracias tres veces. Verlo tan educado y tan solo en aquella casa llena de mujeres que sabían quién era menos él.

Y había prisa, además, aunque nadie quisiera nombrarla. El pueblo ya murmuraba. La del estanco le había dado las señas el primer día, y a esas alturas media Almadraba había visto pasar por la cuesta a un chaval con la cara de Nico Herrera, y el que lo había visto lo había dicho, y las cosas en aquel pueblo no tardaban nada en dar la vuelta entera. Si no se lo contaban ellas, se lo contaría cualquiera por la calle, o le llegaría a Pepa de refilón, en la pescadería, sin nadie que sostuviera el golpe.

Así que lo hablaron el viernes por la noche, en la cocina, a la luz amarilla, con el chico ya acostado. Fue una deliberación corta, de las que se resuelven porque solo hay una manera decente de hacer las cosas.

—Primero él —dijo África—. Antes que nadie, primero él. Se lo digo yo. Sola. Se merece oírlo de mí antes que de nadie, y no delante de todas, como un tribunal.

—¿Y los Herrera? —preguntó Rocío, con su voz de ordenar, de minutar, la que le salía sin querer hasta para esto—. Pepa. Gonzalo. Eso no puede llegarles por la calle.

—Después. El mismo día, pero después. Primero el niño, luego ellos. —África se recolocó el reloj—. El domingo. El dieciséis. Se lo digo a él por la mañana, y por la tarde vamos a casa de Pepa.

Nadie lo discutió. Quedó fijado así, con la sencillez con que se fijan las cosas que ya no tienen vuelta.

Cuando subieron a acostarse, África se quedó la última en el salón. El chico dormía en el sofá, boca arriba, con la cara de Nico rendida en lo oscuro. Y encima de él, en la repisa, seguía la foto de los cinco tumbada boca abajo desde el miércoles, mirando a la pared, con Nico dentro sin dejarse ver. La había puesto así Candela, con naturalidad de quien quita el polvo, y nadie la había vuelto a levantar.

África la cogió. Con cuidado, sin hacer ruido, para no despertarlo. Le dio la vuelta y miró la foto a la poca luz que entraba del patio: los cinco delante de la hoguera, borrosos, con los ojos raros del flash, Nico en el medio porque el medio era suyo desde siempre. La miró un rato. Y la dejó de pie otra vez sobre la repisa, derecha, mirando a

la casa, encima del chico que dormía. No lo pensó más de lo que se piensan las cosas que ya no se pueden no hacer.

Se quedó un momento en el umbral del salón, mirándolo dormir. Diecisiete años tarde, con el mismo miedo en la boca que aquella noche detrás de las casetas, la traductora buscaba otra vez con qué abrir. Empezaría por lo más suave. Ya vería mañana con qué palabra. Pero por dentro, sin querer, sola, la primera ya se le estaba colocando en el renglón, la misma de siempre, la que no había servido de nada la última vez y que a lo mejor esta sí.

Apagó la luz amarilla y subió a acostarse.

Capítulo 25

La Almadraba, agosto de 2026

El domingo Rocío hizo lo único que sabía hacer cuando algo la superaba: se puso en la cocina a mirar desde fuera, la escena que no le tocaba realizar, y no se metió en plano.

Habían desayunado en corto, y África se había llevado a Martín al patio con la excusa más pequeña que encontró —«sal, que aquí dentro se ahoga uno»— y le había puesto una silla de enea enfrente de la otra, junto a la mesa de hierro de las macetas. Rocío las veía desde la cocina, por el hueco de la puerta: la cancela al fondo, los cuatro esquejes de magnolio en fila, y en el centro los dos, madre e hijo sentados sin saberlo del todo el uno, sabiéndolo del todo la otra.

Marina fregaba una cafetera que ya estaba limpia. Candela regaba el poyete a poca presión, por tener las manos en algo que no fuera la magnolia de la muñeca. Se habían colocado, sin hablarlo, a la distancia exacta: cerca por si hacía falta, lejos para no oír. Aquella distancia era el respeto que se le tiene a una cosa que se rompe si la miras de más.

Pero algo llegaba. El patio estaba a cuatro metros y la cal devuelve las voces, y Rocío, que se ganaba la vida oyendo lo que la gente no termina de decir, cogió el arranque sin querer cogerlo. Dos palabras. África las dijo bajas, con esa manera suya de abrir las cosas grandes antes de meterse en ellas, y cruzaron el patio y se colaron por la puerta de la cocina igual que el humo.

—No te asustes.

Rocío se quedó con el paño en la mano. No supo por qué se le clavaron así, dos palabras de nada, las que dice cualquiera. Marina levantó la vista de la cafetera y volvió a bajarla. Candela cerró la manguera. Las tres se quedaron muy quietas en su distancia, como

si moverse fuera a apagar lo que estaba pasando ahí fuera, y después de eso ya no llegó nada más que se pudiera entender: solo el runrún de África, largo y ordenado, subiendo y bajando, y los silencios largos del chico en medio.

Rocío no oyó las palabras. Vio los gestos, que era su oficio.

Vio a África con las manos quietas encima de la mesa, cosa rara en ella. Vio, entre los dos, la cuartilla de Remedios abierta sobre el hierro, la que el chico había traído de Málaga doblada en cuatro. Vio a Martín escuchar sin moverse, con la cara de Nico puesta en una quietud que no era de Nico: la de un crío al que le están dando por fin la cosa que ha venido a buscar y no sabe todavía si le va a caber. Hubo un momento en que se levantó. De golpe, y a Rocío se le paró la respiración en el pecho —*se va, se nos va cuesta abajo y no lo alcanza nadie*— y adelantó medio paso hacia la puerta sin darse cuenta. Marina la frenó con la mano abierta, sin tocarla, el gesto solo. Y no hizo falta. El chico no se fue. Se quedó de pie un segundo, dos, mirando los esquejes o nada, y se volvió a sentar. Despacio. Como quien decide quedarse.

Y al final, lo último que Rocío alcanzó a ver antes de retirarse de la puerta, fue la mano de Martín. La puso encima del hierro, cerca de la de África, a un palmo, la palma para abajo. No la tocó. Ninguno de los dos movió el último palmo. Se quedaron así, dos manos sobre el mismo hierro caliente sin llegar a rozarse, y Rocío pensó que diecisiete años son pocos para un abrazo con una desconocida que resulta que eres tú, y que aquel palmo sin cruzar decía más. Ahí no había música ni corte a plano general. Había dos manos quietas y un palmo de aire. Eso era la lágrima; no hacía falta más.

África entró en la cocina un rato después con la cara de quien ha corrido diez kilómetros cuesta arriba: sin aire, blanca, con el pelo pegado a las sienes aunque en el patio no se hubiera movido de la silla. Se apoyó en el marco. Rocío le puso un vaso de agua delante sin preguntar, por darle algo a lo que agarrarse.

—Ya lo sabe —dijo África—. Todo lo que se puede saber hoy. —Bebió—. Que soy yo. Que su padre era Nico Herrera, del pueblo, y que se lo llevó el mar aquella noche de San Juan, una desgracia, la

barca. Eso. Lo del mar entero, la noche entera, eso todavía no. Cada cosa a su hora.

Nadie preguntó nada. Marina le acercó una silla.

—¿Y él? —dijo Rocío, en voz baja.

—Él. —A África se le torció algo en la boca que no era del todo pena—. ¿Sabéis qué me ha preguntado? De todo lo que le podía preguntar a una. Me ha mirado y me ha dicho que si le puedo seguir diciendo mamá a su madre. A la de Málaga. Que si eso ahora estaba mal.

Se calló. Cogió aire.

—Le he dicho que faltaría más. Que su madre es su madre y no la cambia esto, que yo no vengo a quitarle nada a nadie. —La voz se le quedó sin sitio, como en la azotea la otra noche—. Diecisiete años y lo primero que hace es preocuparse de no hacerle daño a la mujer que lo crió. Así de bien lo han criado los Navas, Rocío. Yo elegí bien las carpetas.

Y esa fue toda la mañana. La verdad grande dicha en el patio, entre dos sillas de enea, y devuelta a la cocina en tres frases y un vaso de agua. Por la tarde tocaba la otra.

o o *

Bajaron a la lonja las tres: África, Martín y ella. Marina y Candela se quedaron en el siete, que a una casa de duelo no se baja en cuadrilla, y Rocío iba porque el capítulo era también suyo, aunque nadie lo hubiera dicho con esas palabras, y porque a Pepa le gustaba tenerla cerca desde la cena de junio. Lucía estaba en casa de una amiga, la Lucía mala, pasando la tarde; mejor así. Lo del chico y la niña era otra historia y merecía su propio día.

La casa de Pepa olía a lo de siempre, a fritura y a mar de trabajo, a hielo y a caja de pescado. Pepa abrió con el paño en la mano, dispuesta a meterlas para dentro a empujones de cariño como hacía con todo el que llamaba.

Y se quedó.

Se quedó en la puerta con el paño colgando, mirando al chico, y Rocío vio en su cara lo mismo que había visto en la de Marina el

miércoles: la cuenta que se para en mitad de la cabeza y no vuelve. Pepa no preguntó quién era. No dijo «pasad» ni «mi arma» ni nada de lo suyo. Lo miró de arriba abajo, la frente, la barbilla, la boca, se le fue la mano sola a la jamba, y luego, sin decir palabra, se dio media vuelta y entró en el comedor. Fueron detrás. La vieron ir derecha al aparador, coger con las dos manos la foto grande, la de estudio, Nico con diecinueve recién cumplidos y la media sonrisa de crío bueno, y volverse con ella. La levantó a la altura de la cara del chico. Los puso al lado, la cara de la foto y la cara viva, el hijo muerto de diecinueve para siempre y el nieto de diecisiete que respiraba, y los miró a los dos a la vez, uno junto a otro, y a Pepa se le acabó lo que le quedaba dentro. No fue un grito. Fue quedarse sin aire de golpe, con la foto temblándole en las manos, y una risa pequeña rota por la mitad, y las lágrimas cayéndole por la cara sin que hiciera nada por pararlas.

—Ay, mi arma —le dijo al chico, y era a él, era el «mi arma» de ella, el bueno, el que no se lo daba a cualquiera—. Ay, mi arma. Pero si eres tú. Si estás aquí.

Y dejó la foto en la mesa, boca arriba, y le cogió la cara a Martín con las dos manos, esas manos de fregar cajas y desespinar pescado, y se la sostuvo con el cuidado del agua que se escapa entre los dedos. El chico la dejó hacer. Bajó la cabeza hacia aquella mujer chica que le lloraba en las manos y no se apartó, con la educación de siempre y con otra cosa debajo, una que no venía de la educación.

Fue entonces cuando Gonzalo apareció en la puerta del comedor.

Venía de la lonja, con la camisa de faena y las manos grandes todavía con el agua del trabajo, avisado de que su madre tenía visita y sin saber cuál. Se paró en el umbral. Miró a su madre con la foto de su hermano en la mesa y las manos en la cara de un desconocido, miró al desconocido, y Rocío le vio hacer el mismo recorrido que había hecho Pepa, solo que más lento, con esa lentitud suya de hombre que mide el mar antes de salir. La frente. La barbilla. La boca de Nico. Y los ojos, que no eran de Nico.

—¿Quién es este? —dijo. Tres palabras, secas, no de mala manera; de miedo.

Se lo contó África. De pie, en el comedor, sin sentarse nadie, con el chico en medio y la foto en la mesa, se lo tradujo entero: la noche del vivero de abril, el test, el silencio de dieciocho años, Sevilla, la adopción, los Navas. Lo dijo por orden, como sabía decir las cosas grandes, y no se ahorró la suya:

—Se lo dije a él esa noche. A Nico. En la playa, la noche de San Juan, antes de que saliera al mar. Que estaba embarazada, que era suyo. —Tragó—. Es tu sobrino, Gonzalo. Es hijo de tu hermano. Y de mí.

A Pepa se le doblaron las piernas hacia la silla, no de desmayo, de peso, y se sentó donde siempre se sentaba, en la única de las seis que le daba el mar a la espalda, y desde ahí, de espaldas al agua que se le llevó al hijo, tendió la mano y buscó la del chico y se la quedó entre las suyas. Ganaba un nieto el mismo día en que le contaban que su hijo había tenido una vida entera que ella no supo. Las dos cosas a la vez, sin tiempo de ordenarlas.

Gonzalo no se sentó. Se quedó de pie, quieto, y Rocío le veía trabajar por dentro la cuenta grande: que el chico llevaba en el pueblo cuatro días; que ellas lo sabían y habían decidido a quién contárselo y en qué orden, puestas de acuerdo en el reparto; que la vida entera de su hermano —la novia que nadie le conoció, el hijo que no supo— la habían tenido guardada unas mujeres de la calle Magnolia mientras él, el que se quedó a sostenerlo todo, no sabía ni la mitad.

Y entonces la miró a ella. A Rocío. Solo a ella.

Fue una mirada de las últimas, y en ella estaba la cena de junio, y la barca del alba, y la lonja mojada, y todo lo que había pasado aquel verano entre los dos sin nombre; y Rocío supo, por oficio, que la estaba realizando, que le estaba leyendo en la cara la respuesta antes de hacer la pregunta.

—¿Y tú qué más sabes que yo no? —dijo.

Rocío no tenía plano al que dar paso. Miró a Pepa, que la miraba desde su silla con los ojos llenos, sin soltar la mano del nieto, esperando de ella el consuelo de siempre, el de la que quería tanto a su Nico. Miró a Gonzalo. Y lo dijo, porque ahí ya no se podía cortar el directo.

—Nico y yo. —Se oyó desde fuera, como en un pinganillo—. Éramos novios. En secreto. Desde la feria de mayo de aquel año. —Cogió aire y le dio la versión que llevaba dando todo el verano, la que dijo delante de la hoguera, la que dejaba una noche entera doblada por dentro sin sacarla—. Hasta el final. Los dos. Nadie lo supo.

En la mesa, Pepa hizo un ruido pequeño, y no era de rabia.

—Pues claro —dijo, muy bajito, con la risa y el llanto ya trenzados sin remedio—. Si se te veía, mi arma. Si te lo dije yo en la cena, ¿te acuerdas? Que se te notaba todavía. —Y a Rocío, que se había preparado para el juicio de aquella mujer, la desarmó por el sitio de siempre: por el lado de la ternura. Pepa no la culpaba. Pepa le daba la razón a dieciocho años de distancia.

Pero Gonzalo sí.

Gonzalo no dijo nada durante un rato que se hizo largo, mirándola, y cuando habló lo hizo bajo, sin levantar la voz ni una pizca, con una frialdad que quemaba más que si hubiera gritado.

—Todo el verano. —Fue soltando las cosas despacio, poniéndolas encima de la mesa una a una, al lado de la foto—. En mi casa. En mi barca. Con mi madre poniéndote la silla buena y diciéndote que se te notaba el querer. Y era verdad, se te notaba, solo que era a él. —Paró. Le tembló la mandíbula, apenas, y la apretó para que no se le notara—. Y me besaste tú, Rocío. En la lonja. Fuiste tú.

Rocío no dijo nada. Porque para defenderse tenía que abrir la noche entera, la ruptura del espigón, contarle que aquello se había acabado antes de acabarse todo, que lo de él, lo de Gonzalo, era otra cosa y no un pago atrasado a un muerto; y esa noche no se la daba, ni a él, ni delante de Pepa, ni todavía. Se quedó con la boca cerrada y la mentira creciéndole por dentro un centímetro más, y aguantó lo que le echaban encima porque no tenía con qué pararlo sin sacar lo otro.

—Gonzalo —dijo África.

—No. —No fue duro con África. Fue solo con Rocío—. A ella. —La miró—. No sé cuál de todas me duele más. Si que quisieras a mi hermano y no me lo dijeras, o que me dejaras a mí quererte a ti

sabiendo lo que sabías. No sé cuál de las dos. De verdad que no lo sé.

Y salió del comedor sin dar un portazo, que a un hombre que mide el mar no le hace falta el ruido, y lo oyeron cruzar el patio de atrás y no volvió.

Se quedaron. Pepa lloraba en su silla sin soltar al chico, diciéndole «mi arma» cada poco, entre pregunta y pregunta que el crío iba contestando bajito, ganando por la puerta de atrás un pedazo de su hijo mientras por la de delante se enteraba de todo lo que le habían escondido. África se quedó con ella. Rocío, que ahí ya sobraba, que había venido a acompañar y se había convertido en la noticia, recogió su bolso. Al salir, en el escalón, se cruzó con Álvaro Cepeda, que subía de la plaza con el maletín, avisado por Gonzalo por si a Pepa, con tanto golpe junto, le daba algo al corazón. Se saludaron con la cabeza. Álvaro no preguntó. Iba a entrar en aquella casa a enterarse de lo del chico, como médico de la familia, y a callárselo, que para eso llevaba dieciocho años callando cosas de aquel pueblo.

o o *

Rocío subió la cuesta sola.

África y el chico se quedaron con Pepa, que era donde tenían que estar, y ella hizo el camino de vuelta a pie, despacio, con el móvil en la mano mirándolo sin verlo, retocándose el pelo en el cristal oscuro de un coche aparcado para nadie, que era lo que hacía con las manos cuando no sabía qué hacer con lo demás.

Le había salido. La escena le había salido: el chico tenía abuela, tenía tío, tenía una casa junto a la lonja con la cara de su padre en el aparador; Pepa había recuperado un pedazo de Nico y lo tenía cogido de la mano en su silla de espaldas al mar. El pueblo tendría, por fin, un vivo a quien mirar en vez de un fantasma. Todo el mundo salía ganando algo.

Menos ella.

Ella se volvía cuesta arriba habiendo dado la mejor noticia del verano y perdiendo, en la misma escena, lo único nuevo que tenía. Ni siquiera había podido defenderse; no con lo que llevaba dentro

sin sacar. Pensó, con el oficio puesto para no pensarlo de otra manera, que había directos que no llegaban a emitirse: se montaba el plató entero y a última hora caían, y nadie sabía nunca lo que se había quedado sin contar.

Llegó arriba. La calle Magnolia estaba en su hora tonta, ni de día ni de noche, y abajo, entre las casas, se veía un trozo de la lonja apagándose, las luces de trabajo yéndose una a una a medida que cerraban, hasta que no quedó abajo más que el mar oscuro y el sitio donde había estado la luz. Rocío se quedó un rato en la cancela del siete mirándolo, sin entrar, con la cara de Nico todavía detrás de los ojos y ahora también la del chico, las dos, la de diecinueve para siempre y la de diecisiete vivo, encima del mismo mar.

Capítulo 26

La Almadraba, julio de 2008

El magnolio grande llevaba días soltando flores pasadas, y Candela las iba recogiendo del suelo del patio una por una sin haberlo decidido, porque las manos, cuando no sabían qué otra cosa, se le iban solas a lo vivo. Las juntaba en el regazo de la rebeca. Eran nueve. Marrones por los bordes, dobladas como servilletas usadas, con ese olor a limón y a cera que ya se estaba pasando también.

Hacía once días de la mañana en que Chano entró en el puerto gritando un nombre que no era el de un hombre. Once días. Los había contado sin querer, como contaba los peldaños y las olas y las juntas de los azulejos, y luego se había obligado a no contarlos más, con el mismo resultado de siempre.

Abajo, el pueblo seguía a media asta. Se veía desde el patio, si una se ponía de cara a la cancela y no de cara a lo otro: las persianas de la calle echadas a la hora en que no se echan, la lonja callada un martes, el toldo del Espigón recogido a mediodía. La del estanco había vuelto a abrir, pero abría sin dar el parte, que en La Almadraba era como no abrir. El país entero llevaba una semana con banderas en los balcones porque la selección había ganado no sé qué en Viena; en la calle Magnolia no colgaba ni una, y a nadie se le había ocurrido reprochárselo a nadie.

Habían enterrado a Nico Herrera hacía ocho días. A Pepa la habían sentado de espaldas al mar en el entierro y no la habían vuelto a levantar de esa postura: se la veía en la puerta de su casa, junto a la lonja, con la silla de anea puesta hacia el pueblo y el mar a la espalda, negándoselo como a un vecino con el que no piensa volver a hablar. Los Herrera habían cerrado la casa a cal y canto. Gonzalo salía a faenar de madrugada, antes de que hubiera nadie en

el muelle para no decirle nada, y volvía cuando ya no lo había, y entremedias el mar hacía como que no había pasado nada, que era lo que mejor se le daba.

Las notas de Selectividad habían llegado esa misma semana. Se metían en el sobre y llegaban así, sin mirar lo que había fuera, sin enterarse. A Rocío le había dado la nota para Madrid, para lo que ella quería, y la carta lo decía en frío, con un número, y nadie descorchó nada. A Candela le había dado para el módulo que ella pensara, que no había pensado ninguno. A África, decían, la iban a mandar fuera a un curso, no se sabía muy bien de qué. La cuadrilla se estaba deshaciendo así, en silencio y por correo, como una feria que se recoge: apagando las bombillas por tramos.

No se llamaban. Once días y no se habían llamado. Y cuando se cruzaban —en la panadería, en la esquina de la plaza— se quedaban las dos plantadas sin saber qué hacer con las manos, se decían algo de nada y se iban cada una para su lado más deprisa de lo que se habían encontrado. Habían sido un solo bulto diecisiete años. Ahora no sabían ni estar de pie juntas.

Remedios las había citado a merendar. No con esas palabras —Remedios nunca citaba, invitaba—, pero había pasado por las cuatro casas el día antes diciendo lo mismo, «mañana os venís al siete, que he hecho bizcocho», y a Remedios no se le decía que no, ni muerto Nico ni nada. Así que subieron. Y luego, sin que nadie lo dijera, en vez de meterse en la cocina como se habían metido toda la vida, se quedaron en el patio, las cuatro, de pie entre los esquejes, cada una tocando algo que no hacía falta tocar. El bizcocho se quedó dentro, en la encimera, empezado como siempre.

Candela soltó las flores muertas en el poyete. Se acuclilló delante de los esquejes de magnolio, en fila a la derecha de la cancela, porque acuclillarse delante de una planta era una cosa que sabía hacer y que le tapaba la cara. El de Rocío iba tirando. El de Marina, fuerte y torcido. El de África, el más alto, buscando la luz por encima. Y el suyo, el cuarto, con la yema de la punta cerrada, dura, apretada, igual que el verano pasado y que el otro, sin una flor. Le contó las hojas. Seis. Le pasó el dedo por la yema y no cargó la mano, que a lo vivo no se le exige.

—Habría que regar esto —dijo, por decir algo con voz.

Nadie contestó a lo del riego, que no era una cosa que necesitara contestación.

Rocío estaba apoyada en la cancela con los brazos cruzados, muy derecha, la postura de estar por encima de algo que en realidad la tenía por debajo. Empezó una frase. La empezó de verdad, con el nombre puesto —«Nico…»—, y a la mitad de la primera palabra la cortó, como una cinta que se va de tiempo, y miró para el mar que Candela no estaba mirando. Candela, que había visto lo que había visto en las rocas y no se lo había dicho a nadie, tampoco dijo nada. Sabía a medias qué era lo que Rocío no terminaba, y no quería saberlo del todo, porque saber lo de otra le dejaba menos sitio dentro para lo suyo, y de lo suyo no le sobraba ni un dedo.

Marina abrió la boca con el gesto de una cuenta mal echada, de esas que llevan días sin cuadrarle en la caja. Le salió un «yo aquella noche…» y se lo tragó entero, con la nuez y todo, y se puso a alinear las macetas del poyete que ya estaban alineadas. Candela la miró alinearlas y no supo de qué cuenta hablaba. No tenía manera de saberlo. Cada una traía su noche metida en el cuerpo y ninguna enseñaba la suya, y desde fuera solo se veía a cuatro chicas tocando plantas y tragándose principios de frases.

África llevaba toda la tarde con la vista en la cancela, como si tuviera un tren que coger. Dijo «yo me voy a tener que ir a…», y ahí se paró, y se recolocó el reloj en la muñeca, y no dijo adónde. A un curso, pensó Candela, a lo del curso ese de fuera. Lo pensó sin más vuelta, porque a los diecisiete un curso fuera es un curso fuera y no le cabía en la cabeza que detrás de una chica callada mirando una cancela hubiera nada más grande que un billete. África era la que más lejos se iba y la que menos parecía irse a ningún lado.

Y ella. Candela abrió su propia frase por dentro, ni siquiera con la boca, y no llegó ni a la primera palabra, porque la primera palabra habría sido el borde de una cosa que no tenía forma de decirse. Esa noche era, para ella, una sola cosa. Una. Y esa cosa no cabía en el aire de un patio a media tarde con las amigas delante y el bizcocho enfriándose dentro. Se tocó la cara de dentro de la muñeca izquierda con el pulgar, el tic de siempre, para calmarse con lo de siempre.

La muñeca estaba desnuda.

No estaba el cordón. No estaba la florecilla de plata que no era plata, la de dos euros de la feria, la que llevaba puesta desde… la que llevaba puesta. El pulgar frotó piel y hueso y nada, y a Candela se le fue el aire un segundo, el que se tarda en acordarse de que una cosa se ha perdido y no se puede ir a buscar. La había tenido. Ya no. Cerró la mano sobre la muñeca vacía como quien tapa un sitio por donde entra frío, y en pleno julio se ciñó la rebeca, que llevaba abrochada hasta arriba desde hacía once días porque el frío de aquella noche no se le había ido del cuerpo y ya empezaba a pensar que a lo mejor no se le iba.

—Bueno —dijo Marina.

Lo dijo con el peso con que Marina decía las cosas cuando había que echarles la persiana. Se secó las manos en los vaqueros aunque no las tenía mojadas.

—Lo que pasó esa noche se queda aquí. Entre nosotras. Y ya está.

No dijo qué era «lo que pasó». No hacía falta. Cada una lo tenía clarísimo.

Candela oyó «esa noche» y oyó lo suyo, solo lo suyo, el pantalán y el agua y la cosa que no cabía en ninguna frase, y dijo que sí. Dijo que sí, y fue como echar la llave a una puerta que no se piensa volver a abrir, la llave antigua, la del cordón, la que se deja un poco aparte de las demás. Se le cerró una cosa por dentro con un clic que solo oyó ella y le dio, por un momento, algo parecido al descanso: ya estaba dicho que no se decía. Ya no había que decidirlo cada mañana.

Y vio a las otras tres decir que sí. Las vio. Rocío bajó la barbilla una vez, seca, con cara de estar cerrando un directo. Marina asintió mirando las macetas. África dijo «vale» muy bajito, con esa manera suya de bajar la voz cuando una cosa importaba, y siguió con los ojos en la cancela. Las tres dijeron que sí deprisa. Demasiado deprisa, quizá, cada una con una cara distinta, como si cada una estuviera echando una llave a una puerta que no era la misma.

Candela no se preguntó por qué. Estaba demasiado adentro de lo suyo para preguntárselo. Lo archivó en el sitio de las cosas que no

cuadran y que no da la vida para poner derechas, y contó, sin querer, cuántas veces había asentido cada una. Una, Rocío. Una, Marina. Una, África. Y ella. Cuatro síes. Le salió el número y no le dijo nada, porque los números, cuando no cuentan la cosa que de verdad pesa, solo sirven para respirar.

En la ventana de la cocina, del otro lado del patio, estaba Remedios. Candela la vio un momento, entre las hojas del magnolio grande: quieta detrás del cristal, con la mano metida en el bolsillo del delantal, mirándolas a las cuatro como pasaba lista en la escuela cuando le faltaba un nombre. No bajó. Tenía el bizcocho hecho y la mesa puesta y no bajó a interrumpir, no salió a decir «pasad, mi arma, que se enfría», no hizo nada de lo que Remedios hacía siempre. Se quedó en la ventana, del lado de dentro, con la mano en el delantal, dejándolas estar en el patio con lo que traían. Candela pensó, si es que pensó algo, que Remedios les estaba dando su rato, que era lo que Remedios daba. Y volvió a lo suyo.

Se fueron yendo. No a la vez. Rocío la primera, con la excusa de Madrid, que en septiembre había que estar allí y quedaba todo por hacer; se iría de verdad, del pueblo entero, aunque el adiós ya estaba dado aquella tarde, en el patio, sin que ninguna lo llamara adiós. África detrás, a lo de su curso, a Sevilla o a donde fuera, con el reloj recolocado y la vista todavía en la cancela. Marina se quedaba: el bar no se iba a llevar solo, y a Marina el Espigón la tenía cogida por el mandil como la tuvo su madre y la madre de su madre. Y Candela pensó, bajando la mano por última vez a la yema cerrada del esqueje que no florecía, que ella también se iría; que había un módulo de jardinería en Jerez, tierra adentro, lejos del agua, donde una podía pasarse el día entera con las manos en lo vivo y de espaldas al mar sin que nadie le preguntara por qué. Lo decidió allí mismo, sin decírselo a nadie, agachada delante de cuatro esquejes que Remedios había plantado el año que nacieron, uno por cada una.

Salieron del patio por la cancela, una detrás de otra, y en la esquina de la calle cada una cogió su cuesta. Rocío para arriba, África para el otro lado, Marina para la plaza, Candela se quedó la última con las flores muertas del magnolio todavía en el poyete. Por

encima de todas, el magnolio grande seguía a lo suyo, soltando sus flores pasadas al suelo del patio, con su reloj, que no era el de nadie. Y en la ventana de la cocina, cuando ya no quedaba ninguna en el patio, seguía encendida la luz amarilla de Remedios.

Capítulo 27

La Almadraba, agosto de 2026

Inma llegó el martes a media mañana con las manos vacías, y eso, en Inma, era una noticia. Las otras veces traía un sobre, y un sobre la obligaba a entrar con las manos ocupadas y la cara de juez. Aquella mañana venía con las manos libres y la cara de quien viene a contar y no a entregar.

—¿Está el chico? —preguntó desde la cancela.

—Con los Herrera —dijo África—. Pepa se lo ha llevado a la lonja desde temprano, a ver faenar a Gonzalo. No para en casa más que a dormir.

—Mejor. —Inma pasó al patio—. Porque lo de hoy es de antes que él. Llama a las otras tres, anda, que esto se dice una vez.

Se sentaron alrededor de la mesa de la cocina, a la luz de la mañana. Inma no ocupó la cabecera, que seguía siendo de Remedios aunque Remedios llevara tres meses muerta; arrimó la silla de enea coja de Sebas y se sentó de lado, con las dos manos abiertas sobre el hule.

—Vosotras sabéis que yo administro lo que ella dejó —empezó—. Lo que no sabéis es desde cuándo lo venía pensando. —Miró la mesa, no las caras—. El octubre pasado llamaron a mi despacho de una oficina de mediación. De esas que ponen en contacto a los que se buscan. Preguntaban por Remedios Alcántara, que figuraba como persona de contacto en un expediente desde hacía años. Un chaval de Málaga había empezado a buscar de dónde venía.

—La puse yo. —África lo dijo con la voz plana, la de cabina, mirando a Inma para no mirar a las otras—. En 2009, cuando firmé los papeles. Puse a Remedios de contacto por si algún día. Ya os lo conté en la azotea.

Las tres no se movieron. Lo sabían desde aquella noche, y esa quietud sin sorpresa era, para África, la única forma de perdón que había recibido.

—Pues Remedios, ya enferma, le escribió al chico —siguió Inma —. Dos veces. La primera para decirle que sí, que ella sabía quién era y que aquí lo estaban esperando. La segunda, más corta. Esa la habéis visto: ven en verano. —Se recolocó el bolso en el regazo—. Y entonces se puso a fabricar todo esto.

Abarcó con la barbilla la cocina, la casa, el verano entero.

—El testamento. Las noventa y dos noches. Las cuatro cartas. —Las fue soltando una a una, las cartas de una mano puestas encima de la mesa—. No lo hizo para curaros la pena, aunque también. Lo hizo para que el día que ese niño llamara a la puerta preguntando por ella, estuvierais las cuatro dentro. Sabía que vendría en verano. Y quiso que estuvierais aquí. No lo dejó a que pasara. Lo montó para que pasara.

África se recolocó el reloj, que no estaba flojo. Y le vino, entera, la frase que Inma había dicho un mes antes delante del hueco del zócalo, *ella sabía que la obra pasaba por aquí*, dicha entonces como un misterio y entendida ahora del derecho: la obra no era el baño ni la azotea. La obra eran ellas cuatro, apuntaladas a la fuerza en la misma casa para que aguantaran de pie lo que iba a llegar por la cuesta con la cara de Nico.

—Nos ha traído con una carta cada una como se lleva a los borregos con sal —dijo Marina, sin acritud, con la voz un poco tomada.

—Con sal de la buena —dijo Inma—. Pero sí.

Candela no dijo nada. Rocío miraba el hule.

—¿Y por qué no nos lo dijo ella? —preguntó al fin Candela, muy bajo, con el pulgar clavado en la magnolia de la muñeca—. En vida. Estaba, y no dijo nada. Tres meses muerta para contárnoslo con notaría de por medio.

—Eso no me toca a mí —dijo Inma. Y lo dijo de una manera que cerraba la puerta sin dar un portazo, dejando la pregunta viva encima de la mesa, quieta, para otro día—. Yo os cuento lo que ella me dejó dicho que os contara, y hasta aquí llega.

Se levantó. Ya en la cancela, con el bolso otra vez colgado del codo, se volvió a medias.

—Queda el sobre pequeño. El de la lata. —África lo tenía guardado en algún cajón de la memoria, las dos palabras, la letra temblona—. Ya tiene fecha. Se abrirá la noche de los Faroles, si estáis las cuatro. Instrucciones son instrucciones.

—¿Y qué es? —dijo Marina, que necesitaba preguntarlo aunque supiera la respuesta.

—Es lo que pone. Todavía no. —Y se fue calle abajo.

Ninguna se atrevió a adivinar en alto. En aquella cocina llevaban dos meses aprendiendo que las cosas de Remedios se entendían a destiempo, y que ponerle nombre a un sobre cerrado antes de tiempo era la mejor manera de acertar lo que no era.

o o *

El jueves el sobre azul no vino por correo: lo trajo un hombre. África lo vio desde la ventana de la cocina antes de que llamara a la cancela —traje de lino color hueso, camisa sin corbata, una carpeta fina bajo el brazo— y lo tradujo de un vistazo, como traducía a los pasajeros de primera antes de que abrieran la boca: alguien a quien mandan a decir en persona lo que ya no cabe en una carta. Bajó ella a abrir, que para los desconocidos estaba ella, la de la voz sin acento.

—Bermúdez, de Azahar Costa —dijo él, con una sonrisa de comercial de los buenos y la mano tendida por encima de la cancela —. Vengo a traerles esto yo mismo, que ya está bien de correos.

Le puso en la mano el sobre. La tercera. África no lo abrió delante de él: lo sostuvo cerrado, con el pulgar en el filo, y esperó, que esperar sin dar nada también era un idioma.

Bermúdez no se fue. Miró por encima de su hombro hacia el zaguán, la parra, el trozo de patio que se veía desde la calle, y lo midió con los ojos, por los metros y los años, no por quién vivía dentro. Luego bajó un poco la voz, no de secreto, de oficio.

—Ahí va la nueva oferta, y le seré sincero, que es lo suyo entre gente seria. Hay un plan parcial en el ayuntamiento. Si sale

adelante, esa manzana se recalifica, y entonces ustedes venderán igual, señora. Pero peor. Yo se lo digo hoy para que no me lo reprochen mañana.

Lo dijo educadísimo, sin una arruga en el tono, enseñando los dientes con la misma cortesía con que se enseñan: sin abrir del todo la boca. África había traducido a demasiados hombres de traje en demasiadas cabinas para no reconocer la construcción —el verbo en condicional, la soga bien lejos de la mano, la amenaza vestida de aviso amable.

—Queda dicho —contestó ella. Ni un grado de más ni de menos, la voz lisa de las megafonías de aeropuerto, la que da una información y no admite charla—. Buenos días.

Y le cerró la cancela con la misma suavidad con que se corta una comunicación: sin ruido, sin dejar la línea abierta.

Se lo bajó a Rocío al salón.

—Ese ha venido a olernos la casa —dijo África—. Como los tasadores, que entran midiendo con la nariz.

—Y a meternos miedo. —Rocío lo leyó con los ojos entornados de quien lee un teleprónter—. Recalificación, plan parcial, y la cifra más gorda que las dos anteriores juntas. Palabras gordas para que firmemos antes de enterarnos. —Dobló el papel—. Se lo llevo a Inma. Para decir que no también hace falta saber decirlo, y ella sabe.

Y no se habló más aquella tarde. Pero se quedó en la casa igual que el olor de algo quemado en otra habitación, y África lo archivó donde archivaba lo que iba a volver.

Afuera, además, el pueblo ya sabía. Bajó ella el jueves a por unos sellos que otra vez no necesitaba, y la del estanco, que llevaba La Almadraba al día igual que una caja, se lo sirvió antes de que preguntara:

—Ay, hija, qué cosa. El hijo de Nico Herrera, quién nos lo iba a decir. Con la cara del padre clavada, dicen. Si es que Pepa se merecía una alegría, después de dieciocho años de la otra. —Le dio los sellos y bajó la voz, no de secreto, de gusto—. Un nieto caído del cielo. Bendito sea.

Y era verdad, y estaba bien, y a África se le quedó de través de todas maneras, porque «el hijo de Nico Herrera» era también el suyo, y en aquella frase que le devolvía a Pepa un pedazo del muerto no cabía ella por ningún lado.

En casa, la que se apagaba era Candela. Desde la noche de la confesión se había ido quedando sin voz y sin color, más quieta cada día, y cuando abajo se brindaba por «el nieto de Pepa» ella subía al cuarto y cerraba la puerta sin ruido. África lo veía y lo traducía como sabía: que a Candela se le metían las penas de todas en el cuerpo, y que aquella —un niño perdido y recuperado— le pesaba como si fuera suya. No tenía con qué leerlo de otra manera. Todavía no.

o o *

Teo terminó el viernes. No quedaba ya casi nada: el baño de abajo rematado, las vigas del salón con su segunda mano, el zócalo del escondrijo tapado otra vez como si nunca hubiera guardado nada detrás. Se pasó la tarde bajando cosas a la furgoneta con un cuidado de despedida, y África lo miró cargar desde la ventana de la cocina y entendió, sin que él lo dijera, que se iba.

—El lunes me piro —lo dijo él al subir a por la última caja—. Tengo que cerrar un par de cosas antes de meterme en lo de Huelva. La casa os la dejo entera, jefa. Ni una gotera.

Y fue viéndolo doblar el último cordel cuando África supo dos cosas a la vez: que se iba el lunes, y que si no se lo contaba antes, no se lo contaría nunca, porque a los que se van no se les alcanza después. Llevaba todo el verano esquivándolo con eficiencia de cabina, tratándolo como a un servicio, sin una grieta por donde entrara nada. Y ahora era ella la que subía a la azotea detrás de él, con dos cervezas de la nevera, la que buscaba.

—No bebo en horario —dijo Teo, por costumbre.

—Ya has terminado. No estás en horario. —Le tendió la lata y se sentó en el pretil, en la parte seca, de cara al puerto—. Te tengo que contar una cosa antes de que te vayas. Y no sé por dónde se empieza, que tiene guasa, porque yo empiezo las cosas para ganarme la vida.

Se lo contó por orden, entero, como se lo había traducido a las tres en aquella misma azotea dos semanas antes, solo que esta vez a nadie protegía y nadie la obligaba. La caseta del vivero en abril, con los dos libres. El test en el estuche de los rotuladores. La noche de San Juan, y las seis palabras que le dijo a Nico detrás de las casetas, y Nico marchándose sin decir una, y muriéndose en el mar esa misma noche sin que ella supiera nunca si se había ido por eso. Sevilla, y los nueve meses escondida. La hora en brazos antes de firmar, la que no cabía en ningún idioma y que a Teo tampoco le contó. Los años con el dedo encima de un botón, sin pulsarlo. Y el chico de la cara de Nico y los ojos suyos que ahora andaba por la lonja aprendiendo a distinguir un sargo de una dorada con un tío estrenado la semana anterior. Metió por el camino lo de alrededor —que Rocío y Nico eran novios en secreto desde la feria y lo fueron hasta el final sin que se enterara un alma—, porque una historia se entiende mal a trozos, y ella, que vivía de contarla entera, no sabía darla de otra manera.

Cuando terminó, dejó sitio para la respuesta —lo dejaba siempre— y esperó lo que viniera: la pena, el susto, la cara de estar recolocando a una persona entera en otra casilla. Los hombres hacían eso. Se enteraban de que la mujer que tenían al lado cargaba con un muerto, un hijo dado y todos aquellos años de silencio, y se les veía medir la puerta.

Teo no midió la puerta. No se movió un dedo del pretil. Le dio un trago a la lata, despacio, mirando el agua, y cuando habló no preguntó nada de lo que preguntan los que quieren el morbo y lo llaman interés, ni dijo nada de lo que dicen los que juzgan y lo llaman consuelo.

—Yo me dedico a entrar en casas que todo el mundo da por perdidas —dijo—. Y a mirarlas por dentro hasta que encuentro lo que todavía aguanta. Casi siempre aguanta más de lo que parece por fuera. —Rascó una gota de pintura seca del pretil con la uña, el gesto de siempre—. Es literalmente mi oficio, África. No me asusta una pared por tener humedad detrás del zócalo. Se pica, se airea y se apuntala. —La miró por fin—. Lo demás lo has levantado tú sola,

y ahí sigue en pie. No sé qué esperabas que hiciera. ¿Salir corriendo? Corre el que no sabe de obra.

Un hombre sin casilla, quieto en el pretil, sin pedirle nada, ni la pena ni que le riera la gracia. Lo más incómodo que había, hasta que dejaba de serlo de golpe y se volvía lo contrario.

África se había pasado la vida con una norma que le explicaba todas las demás: no se quedaba en los sitios. Ni en las ciudades, ni en las camas, ni en los nombres. Llegaba, traducía y se iba antes de que el sitio se le hiciera dirección. La había cumplido dieciocho años sin una falta.

—Tengo una norma —dijo, con la lata vacía en la mano.

—Me la sé —dijo Teo—. No te quedas en los sitios. Se te nota.

—Esa. —Dejó la lata en el pretil—. El lunes te vas tú. Así que hoy la rompo yo, que para eso es mía.

Lo besó ella, que para eso las normas eran suyas y una norma se rompe mejor por la propia mano. Lo besó despacio y sabiendo dónde, con la calma de un papel que llevas media vida leyendo antes de firmarlo. La azotea que Teo había terminado aquella misma semana estrenó su primera noche con ellos dos, y de la azotea no hay más que contar.

Lo de después sí es de esta historia. Fue el cuarto de arriba, con la ventana abierta al puerto porque la noche de agosto lo pedía, y la sábana subida hasta la cintura, y las manos de Teo —las que se habían pasado el verano acariciando la veta de las vigas con el pulgar, buscándole a la madera por dónde seguía viva— aprendiéndose otra veta distinta sin ninguna prisa, como si también ella fuera una cosa bien hecha que alguien había dado por perdida.

El faro entraba por la ventana, barría el techo del cuarto, se iba y volvía. África, que medía el tiempo para ganarse la vida —husos horarios, minutados, el reloj en la muñeca antes de cada cosa que importaba— y que no contaba nunca nada por gusto, porque contar por contar era de Candela y no de ella, aquella noche contó. Del haz que se iba al haz que volvía había doce segundos. Los contó una vez para saberlo, y otra vez porque le dio gusto saberlo, tumbada, sin nada que traducir, midiendo el único tiempo del mundo que no la llevaba a ninguna parte.

—Cuéntame lo de Bruselas —dijo Teo en lo oscuro, con la voz del que pregunta de verdad y no por llenar el hueco—. Cómo es. Tu vida allí.

Y África, que llevaba años y años contestando a esa clase de preguntas con una frase lisa y un cambio de tema, se puso a contestar por orden. El piso pequeño cerca de la estación. Las cabinas, el pinganillo, la lengua que entra por un oído y sale por la boca en otra sin pasar por el corazón, que ese es el truco del oficio y también su condena. Los domingos largos. El nombre que le decían perfecto y no era el suyo. Se lo fue contando entero, sin ahorrarse los huecos. Y en algún punto se dio cuenta de que era la primera vez en dieciocho años que contestaba por orden a algo que nadie la había obligado a decir, que no era una confesión ni una traducción, sino ella contándose a un hombre en una cama porque le apetecía que la supiera. Y eso —lo entendió según lo decía, que era su manera de entender las cosas— era otra norma rompiéndose, más honda que la primera.

Se durmió antes que él, cosa que tampoco le pasaba nunca. Y lo último que hizo no fue lo de siempre. No se llevó la mano a la muñeca a recolocarse el reloj antes de cerrar los ojos, ese gesto de comprobar la hora antes de soltarse. El reloj estaba en la mesilla, quitado, con la correa abierta, marcando un tiempo que a nadie le hacía falta. África se durmió con la muñeca desnuda, del lado del puerto, mientras el faro seguía contando por ella los doce segundos.

Capítulo 28

La Almadraba, agosto de 2026

El pueblo llevaba una semana diciendo un nombre, y el nombre no era el suyo, y aun así a Candela le pesaba como si lo fuera.

Se decía en las esquinas, en la cola de la pescadería, en la puerta del estanco con el abanico parado a media brisa. *El hijo de Nico Herrera.* Se decía con la boca redonda, con gusto, con el gusto de una buena noticia que a uno no le cuesta nada dar. Y era buena. Candela lo sabía regando de noche el poyete —porque ahora regaba de noche, cuando ya no la veía nadie—, lo sabía con la certeza de las cosas justas: que aquel chico con la cara de Nico y los ojos de África era un milagro de los de verdad, y que Pepa se lo merecía después de todos estos años sentada de espaldas al mar. Todo era bueno. Todo era justo. Y cada vez que alguien lo brindaba, a Candela le pesaba el doble, y no sabía decir por qué, y tampoco lo intentaba, porque lo de intentarlo se le quedaba siempre a medias en la garganta.

El coro no paraba. Esa semana Pepa había bajado a la plaza tres tardes con el nieto del brazo, rejuvenecida diez años, enseñándolo igual que una cosecha buena, y el pueblo entero se paraba a mirar. Gonzalo se lo llevaba a la lonja de mañana a enseñarle a distinguir un sargo de una dorada. En El Espigón, que había reabierto quince días antes, no se ponía una caña sin que alguien levantara el vaso por Pepa, por el chaval, por Nico —*que en gloria esté, mira tú qué cosa, un nieto caído del cielo*—, y Marina servía y brindaba con ellos porque para eso estaba detrás de la barra. Todo el mundo tenía un pedazo de aquella alegría. A Candela le tocaba mirarla desde fuera, como una hoguera de otros: dando calor de lejos y sin sitio en el corro.

Y lo del hombre que se murió en el mar —aquello que en la calle Magnolia no se nombraba— recibido por fin como un regalo, mientras ella…

Ahí cortaba. Siempre cortaba ahí. No se dejaba llegar al final de esa frase, igual que no se dejaba mirar el agua de noche.

Las otras lo veían. Claro que lo veían. Marina le dejaba comida sin decir nada, un plato tapado con otro plato en su sitio de la mesa, y por la mañana el plato seguía casi entero y Marina no preguntaba, solo apretaba los labios y lo retiraba. África la miraba de otra manera esos días, con una cara nueva que Candela no supo leer del todo y que era la culpa mansa del que anda por fin en paz y ve al de al lado en el suelo. Rocío proponía cosas —bajar juntas al agua por la mañana temprano, que no hay nadie; hacerse una comida las cuatro como Dios manda; llamar a no sé quién—, porque Rocío, cuando algo se torcía, organizaba, que era su forma de querer. Ninguna sabía nada. Ninguna se acercaba, ni de lejos, a lo que era. Le tenían la preocupación que se le tiene a Candela cuando se le mete algo dentro, esa que no acierta, y punto.

La rebeca había vuelto al respaldo de la silla. Azul marino, de punto fino, con los botones hasta el cuello, en pleno agosto. Marina la vio ponérsela el domingo por la tarde y esta vez sí dijo algo.

—Tú te vienes conmigo —dijo, ya con las llaves de la Berlingo en la mano, aunque iban andando—. Le he dicho a Álvaro que te vea.

Candela abrió la boca.

—Que no —cortó Marina—. Que no te pregunto. Que llevas una semana comiendo lo que come un jilguero y con la rebeca esa en agosto, y a mí no me da la gana de mirar para otro lado, que ya miré bastante en su día. Te vas a dejar ver por el médico, y si me tengo que bajar contigo agarrada del codo como una madre pesada, me bajo. Anda, tira.

No era pregunta. Era amor de bar, del que se sirve sin que lo pidas y no se cobra. Candela se pasó el pulgar por la magnolia de la muñeca y bajó la cuesta medio a rastras, un paso por delante de Marina, contando los escalones de la calle sin quererlos contar.

La consulta estaba a cuatro puertas de la plaza, en la calle de atrás de la iglesia, con su placa de esmalte al lado del timbre. Era

domingo y estaba cerrada, pero Álvaro abrió con su llave, como aquella otra vez, y Marina se quedó fuera, en la sala de espera, en una de las cuatro sillas de plástico azul, debajo del cartel de las vacunas.

—Aquí te espero —dijo—. No corras.

Dentro estaba fresco y oscuro y olía a alcohol y a papel. La camilla con el papel puesto, la báscula antigua de pesas, la vitrina de cristal con el material en fila, el grifo del rincón. Álvaro encendió solo la luz de la mesa. Iba sin bata, con la camisa remangada, como siempre.

Hizo de médico un rato. La pesó en la báscula de las pesas, corriendo la barra de hierro con el dedo despacio hasta que la lengüeta quedó quieta, y no dijo el número, pero movió la boca de una manera que lo decía. Le tomó la tensión con el aparato de siempre, el de la pera de goma, mirándole el brazo y no la cara. Le miró la garganta, los ojos, le preguntó si dormía —«poco», dijo ella — y si comía —«algo», dijo ella, y él no apuntó ni «poco» ni «algo», porque los dos sabían que eran mentira educada—. Escribió dos líneas en una hoja. Y luego dejó el boli encima de la mesa, con cuidado, como algo que ya no se va a usar más.

Y dejó de ser médico.

—Candela —dijo. Y esperó a que ella levantara los ojos de los palitos del bote, que ni siquiera le había dado esta vez, y que ella miraba igual porque sabía dónde estaban—. La voy a molestar con una cosa que llevo mucho tiempo sin decirle a nadie. Y se la voy a decir despacio, para que le quepa.

Candela se quedó muy quieta. La quietud de cuando algo se acerca por el agua y todavía no sabes si es una barca o una sombra.

—La mañana del veinticuatro de junio de dos mil ocho la atendí yo —dijo Álvaro—. Aquí no. En el centro de salud viejo, el de Barbate, que a esas horas era donde había médico. La trajeron a usted. Una cría de diecisiete años con una hipotermia impropia de junio, en pleno verano, tiritando como en pleno enero. Y con arañazos. En las manos. En las rodillas. De piedra, no de zarza; yo entonces no sabía distinguirlos, pero he tenido años para aprender. —Hablaba sin subir la voz, sin prisa, con las manos quietas sobre la

mesa—. Yo era residente. Tenía veinticuatro años y llevaba dos semanas en la costa. Y aquella mañana el pueblo entero estaba en la orilla por un chico que no aparecía, y a mí me llega una muchacha helada y con las manos peladas, y a nadie le extraña, porque esa noche había pasado lo que había pasado y había gente rara por todas partes.

El grifo goteaba. Candela contó tres gotas sin querer.

—No lo apunté —dijo Álvaro—. En ningún parte. No escribí «hipotermia», no escribí «erosiones», no escribí la hora. Decidí, con veinticuatro años, que aquello no era de partes. Que era de otra cosa. Le puse mantas, le di algo caliente, esperé a que entrara en color, y cuando vinieron a por usted no dije nada, porque no había nada que decir que fuera mío. Y me callé. Dieciocho años.

Candela tenía las manos en el regazo, una encima de otra, tapándose la muñeca. No dijo nada. No le salía nada. Se le había ido el sonido otra vez, pero al revés que en el Carmen: no se estrechaba, se ensanchaba, y por el hueco entraba una cosa que no cabía.

Álvaro no se acercó. No cambió de sitio la silla. Y entonces dijo lo único que llevaba callado todos aquellos años.

—No sé qué hizo usted esa noche, Candela. —Lo dijo mirándola, sencillo, como quien dice la hora—. No lo sé, y no se lo pregunto, y le juro que no me hace falta saberlo. Sé lo que le está haciendo a usted. Eso sí lo sé. Lo veo cada vez que se cruza conmigo en la plaza. Lo vi el día del Carmen, con los palitos. Lo llevo viendo desde entonces.

Candela abrió la boca. La cerró. Se pasó el pulgar por la magnolia una vez, dos, y no le sirvió de nada la magnolia, igual que aquella tarde.

—No le pido que me cuente nada —siguió él, y aquí bajó todavía la voz, aunque no había nadie más que el grifo—. No he abierto la boca en todos estos años y no la abro ahora para cobrarme nada. Solo quiero que sepa una cosa, para cuando la necesite. El día que quiera contarlo, lo que sea, a quien sea —a mí, a las suyas de arriba, a un compañero mío de Cádiz que es de esto, de la cabeza, y que es

bueno y no la va a mirar raro—, ese día tendrá dónde. No se lo tiene que buscar. Llevo dieciocho años guardándole el sitio.

Guardándole el sitio.

Y ahí fue donde a Candela se le dio la vuelta el mundo, no como se le había dado la vuelta otras veces, sino del todo, de raíz, como cuando arrancas una planta que creías bien plantada y te sale con la tierra colgando de unas raíces que iban por donde tú no sabías.

Porque no era eso lo que ella había esperado toda la vida. Ella había esperado una pregunta. Se había pasado la vida con la respuesta lista para no darla, blindada, ensayada —*qué te pasó, qué hiciste, dónde estuviste esa noche*—, esperando a que se lo preguntaran para poder callarse con derecho. Y ahora resultaba que la pregunta nunca había sido una pregunta. Era un hombre. Un hombre callado, que aquella mañana, con veinticuatro años, la había mirado helada y con las manos peladas y había sabido —algo, no todo, pero lo bastante— y había decidido callarse. Que todas las mañanas de todos estos años, cada vez que ella se lo cruzaba en la plaza y le decía buenos días y seguía andando con el pecho en su sitio, él sabía. Le compraba el pan sabiendo. Le sostenía la puerta sabiendo.

Alguien lo había sabido desde siempre.

Y eso —que no hubiera estado sola con aquello ni un solo día— en vez de aliviarla la partió por un sitio nuevo, porque si él lo sabía, entonces era verdad. Entonces había pasado de verdad. No era solo suyo, no era una cosa que ella pudiera apretar en el puño hasta hacerla pequeña; estaba fuera, en la cabeza de otro, con nombre de síntoma, hipotermia, erosiones, la hora que él no apuntó.

Se levantó.

Se levantó tan de golpe que la silla chirrió contra el suelo, y con el borde de la mano —sin querer, o queriendo, que ya no sabía distinguirlo— barrió el bote de depresores de la mesa. El bote cayó y se destapó, y los palitos se salieron y se esparcieron por las baldosas, decenas, cada uno para un lado, sin fila, sin cuenta posible. Los palitos que se dejaban contar. En el suelo no se dejaban contar nada. Se habían ido cada uno por su sitio, igual que las coronas en el agua negra, igual que todo lo que el mar no deja

quieto, y Candela los miró un instante en el suelo y no se agachó a recogerlos. No los contó. Los dejó.

—Perdone —dijo. Y no era por el bote.

—Candela —dijo Álvaro, sin moverse de su sitio.

Pero ella ya estaba en la puerta. La abrió, y en la sala de espera Marina se puso en pie de la silla azul con una pregunta en la cara, y Candela pasó por delante sin pararse, sin mirarla, y salió a la calle de atrás de la iglesia, al aire de la tarde de agosto que empezaba a ponerse de color.

Álvaro no la siguió. No se sigue a quien huye; eso lo había aprendido a fuerza de callar. Se quedó de pie en la consulta, entre los palitos esparcidos por el suelo, y no dijo nada más, ni a la puerta, ni bajito para dentro. La dejó ir, que era la única manera que le quedaba de guardarle el sitio.

Fuera ya no la esperaba Marina, porque a Marina la había dejado dentro con la pregunta a medio hacer. Candela echó a andar sola.

Andar era lo suyo. Andaba de noche cuando la casa se le venía encima, calle arriba, calle abajo, y volvía de madrugada con las piernas cansadas de una manera que le dejaba dormir. Esa tarde anduvo por el borde del pueblo, por la carretera vieja que va bordeando por lo alto, con las casas a un lado y a lo lejos, muy abajo, el agua que ella no miraba. No bajó. No se acercó. Nunca se acercaba de noche, esa era su regla, la que le explicaba todas las demás. Andaba por arriba, por donde el mar es solo un ruido y un olor y no una cosa que te pueda mirar a ti.

Las cuentas no le agarraban esa tarde. Empezaba —los postes de la luz, uno, dos, tres— y se le desordenaban, uno, uno, uno, como aquella vez con las coronas, como si contar hubiera dejado de servir. Y por debajo de las cuentas rotas se le colaban las frases sin final. *Si él lo sabía, entonces. La mañana del veinticuatro, cuando yo. Las manos peladas de.* Frases que empezaban con cuidado y se paraban en el borde, en el mismo borde de siempre, ese que ella no cruzaba nunca. Notó, sin querer notarlo, el frío. Un frío que no era el de la tarde, que hacía calor, sino un frío viejo, guardado en un sitio del cuerpo que no se calentaba con rebecas: el frío de un agua de junio que no debía estar tan fría, y la piedra que araña cuando te agarras

a ella para salir, los arañazos de las piedras en las palmas, en las rodillas, la orilla que no llega y llega—

Cortó.

Cortó como cortaba siempre, un paso antes, y se quedó parada en mitad de la carretera vieja con la mano apretada contra el pecho, respirando, mirándose las palmas a la luz que se iba como si todavía pudieran tener algo. No tenían nada. Manos de florista, con la tierra metida en las rayas. Dieciocho años.

Volvió a casa cuando ya era de noche cerrada. Subió sin encender, porque las otras dormían o lo fingían, y la comida de Marina estaba en su sitio, tapada, y esta vez comió tres cosas de pie en la cocina, a oscuras, sin saber por qué, quizá porque después de todo el día había que ponerle algo al cuerpo. Regó las plantas. Y subió a su cuarto.

En la mesilla estaba la pulsera. El cordón de cuero trenzado con la florecilla de plata que no era plata, la de dos euros de feria, la que había vuelto a sus manos en julio dentro de la caja de Remedios y que ella había dicho que era suya, que la había perdido de cría. La cogió. Se la cerró en el puño, la florecilla clavándosele un poco en la palma, encima justo de donde dieciocho años atrás hubo un arañazo que ya no se veía.

Y entonces Candela hizo una cosa que no hacía nunca.

Se acercó a la ventana. El cuarto daba al puerto, y de noche el mar era ahí abajo una negrura con cuatro luces amarillas temblando encima, la del faro barriendo cada tanto, lo demás oscuro. Candela nunca lo miraba de noche. Bajaba la persiana antes de que se hiciera de noche, todos los días, esa era también una de sus reglas, y esa noche no la había bajado.

Con la pulsera cerrada en el puño, se quedó de cara al agua negra y la miró.

No bajó la persiana ni contó las luces; se quedó mirando lo que en toda su vida no se había dejado mirar de noche, y aguantó la mirada mientras el faro barría una vez y otra, sin apartarla.

Capítulo 29

Noche de San Juan de 2008

En las rocas de la playa chica el frío subía de la piedra, no del aire, y Candela lo notaba en las corvas y en las palmas, en todo lo que tocaba el granito, mientras contaba las olas de la orilla pequeña para no pensar en lo que acababa de ver desde allí, un palmo más arriba, en la última roca del espigón: a los dos. El abrazo largo. Y a él bajando después por el otro lado, hacia las casas, y a Rocío quedándose sola en la piedra un rato y luego cogiendo la cuesta.

Rocío ya se había ido. La había visto irse, chancla en mano, sin mirar bien hacia donde Candela estaba agachada, y Candela se había quedado quieta, hecha una bola contra la roca, tapándose la muñeca con la mano por la costumbre de tapársela, contando: nueve, diez, once olas chicas que ni rompían.

Podía haber subido a su casa. Era lo que tenía que hacer. Coger la cuesta detrás de Rocío con dos calles de por medio, meterse en la cama sin que nadie preguntara, y dejar aquella noche donde estaban todas las noches del verano: en el sitio de dentro donde ella guardaba lo que sabía y no decía.

Porque lo sabía. Desde mayo, desde una tarde detrás de las casetas en que vio lo que no se estaba enseñando y se lo calló, y se lo guardó dentro con todo lo demás. Sabía lo de Nico y Rocío mejor que Nico y Rocío. Y sabía lo suyo, que era otra cosa y más vieja, tan callada que ni las plantas se habían enterado. Los dos secretos vivían en el mismo sitio del pecho, apretados, y esta noche los había tenido a los dos delante, en una roca, dándose un abrazo que era una puñalada y una noticia a la vez.

Y entonces, al levantarse por fin, con las piernas dormidas y el propósito de subir a casa, lo vio abajo.

No había ido hacia las casas del todo. O había ido y había vuelto. Estaba en el pantalán del puerto, a la luz pobre de la farola del muelle, agachado sobre el noray de la *Estrella Polar*, soltando amarras. Solo. La barca de los Herrera, blanca y sucia, con las nasas apiladas a popa, cabeceando floja en el agua negra del puerto.

Candela no se lo pensó. O se lo pensó tan deprisa que fue igual que no pensarlo. Bajó de las piedras a la arena, cruzó la orilla pequeña por lo duro, por donde no se hunde el pie, y enfiló el pantalán sin darse cuenta de que iba contando los tablones, uno, dos, tres, hasta los veintidós que había hasta el amarre de los Herrera, que se los sabía de haber ido de cría a esperar a que Salvador repartiera pescado.

—Nico.

Levantó la cabeza. A la luz de la farola se le vio la cara y no era la que ella traía preparada: no había susto, ni fastidio, ni la prisa del que quiere estar solo. La miró y la recibió: una cosa que llega un poco tarde y se recibe igual.

—Cande. —Ni siquiera se extrañó del todo—. ¿Y tú no tendrías que estar en la hoguera?

—Y tú.

—Yo tengo faena. —Volvió al cabo, lo soltó del noray con dos vueltas que se sabía de memoria, sin mirarlo—. Anda, súbete un momento del pantalán, que me estorbas ahí de pie.

No le dijo que se fuera. Ni una vez en toda la noche le dijo que se fuera, y eso Candela lo iba a recordar dieciocho años, cómo no le dijo que se fuera.

—Te acompaño —dijo ella, y le tembló—. Y me lo cuentas todo. Por el camino.

Nico se paró medio segundo. Miró el agua, el puerto, la bocana al fondo con las dos luces, la verde y la roja. Luego se encogió de hombros, muy poco, sin fuerzas para decirle que no a una cría empeñada; o puede que esa noche no le dijera que no a nada.

—Al lío de las nasas y te vuelvo —dijo—. Un rato. Que no se entere tu madre.

Le tendió la mano para subirla a bordo. Se la agarró de la muñeca entera, no de los dedos, con el agarre con que se sube a alguien a

una barca, y Candela pasó por encima de la regala con el corazón haciéndole lo que le hacía, y se sentó en la bancada de proa, mojada de rocío, mientras Nico empujaba con el pie el pantalán y arrancaba el motorcillo a la tercera.

Zarparon a la media.

Candela lo supo porque el reloj de la iglesia dio la media justo cuando la barca sacaba la proa del abrigo del muelle y el agua cambiaba de color debajo, de negro quieto a negro con vida. La farola del puerto se fue quedando atrás, chica. Nico llevaba el timón con una mano floja, la otra en la rodilla, y no tenía prisa ninguna. Iba, además, de una manera que a Candela no le encajaba con la noche, con el abrazo del espigón, con nada: iba tranquilo. Más que tranquilo. Iba ligero, aliviado, y todavía no se creía lo poco que le abultaba ahora el peso que había soltado. En un momento se puso a silbar. Bajito, para dentro, una cosa sin canción fija, de las que se silban sin darse cuenta.

Y le pasaba la mano a la barca. Eso también lo vio Candela y no lo entendió hasta mucho después. Le pasaba la mano al canto de la regala como quien le pasa la mano al lomo de un animal viejo, tocaba el palo de las nasas, comprobaba un cabo que no hacía falta comprobar, todo despacio, con un cuidado que era de mimo y no de faena. Como si la conociera de otra manera esa noche. Como si fuera la última vez.

A Candela, en cambio, se le iba subiendo lo otro. El reproche. Lo traía desde las rocas y con cada metro de agua se le hacía más grande, porque verlo tan tranquilo, tan suelto, tan silbando después de lo del espigón, después de todo el verano de secretos, le pareció de pronto la cosa más injusta del mundo.

—¿Tú te crees que no sabemos nada? —le salió de sopetón, más alto de lo que quería—. Tú y Rocío. Todo el verano. Y las demás como tontas.

Nico dejó de silbar. No dijo nada.

—Yo os vi. En mayo. Y esta noche también os he visto, en el espigón, no te creas que no. —Le temblaba la voz y la barca y todo —. Las tienes a todas detrás, Nico, y ni te enteras. A Rocío, que se va y no te lo dice. A Marina, que no te cobra desde los catorce. A

todas. Y tú venga a silbar. Y esto se está rompiendo, ¿sabes? La cuadrilla. Se rompe. Y es por ti, que las tienes a todas y no…

—Cande.

—…y no ves a la que tienes al lado. —Y ahí se le acabó el reproche y empezó lo otro, lo que había bajado a decir de verdad y no sabía, y le salió por el sitio equivocado, torpe, de golpe, con los años de callarlo saliéndole todos a la vez y mal—. Que soy yo, Nico. Que llevo yo… Que a mí me gustas tú. Desde antes que a ninguna. Desde siempre. Y no lo he dicho nunca porque no se podía, porque tú mirabas para otro lado, pero soy yo. Y esta noche estás libre. Rocío te ha dejado, lo he visto. Y he pensado que a lo mejor…

Se calló. Ya estaba dicho. Dieciocho años de no decirlo se le acabaron en el agua negra, a doscientos metros de la orilla, delante de un chico que llevaba el timón con una mano.

Nico la miró. Y no se rio, que eso Candela habría podido perdonárselo. No se rio ni se enfadó ni se apartó. Puso la cara más blanda del mundo, la peor de todas, la de querer mucho a alguien y no de esa manera, y bajó la voz, la que se pone delante de una cosa que se puede romper.

—Cande. —Le buscó los ojos—. Tú eres de mi familia. Desde que teníamos así. Eres de las mías, de las de siempre, de las que uno se lleva puestas toda la vida. ¿Tú sabes lo que es eso para mí? —Y lo dijo con todo el cariño, que fue lo que la mató—. Eres como una herma…

—No lo digas.

Pero ya lo había dicho. Familia. Hermana. Todas las palabras que quieren decir *nunca*, dichas con dulzura, que es como más hondo entran. Candela sintió cómo se le caía la cara por dentro, cómo se le encendía toda por fuera, la vergüenza subiéndole del cuello a las orejas en la oscuridad donde por lo menos no se veía. Familia. Le había abierto el corazón en canal y él le había puesto encima la peor de las tiritas buenas.

Estaban ya en la bocana. Las dos luces, la verde a un lado, la roja al otro, y en medio la barca, y la orilla ahí detrás, negra, cerca, a un buen nadar de cría que se había criado en esa agua.

Y a Candela le salió del sitio de la vergüenza lo peor que tenía, lo que se dice para hacer daño porque a uno le acaban de hacer daño, en el peor momento, con la bocana delante.

—Pues vete tú también, ¡anda! —Se puso de pie en la bancada, la barca moviéndose—. ¡Vete con tu marea y con tu barca y con quien te dé la gana! ¡Ojalá no vuelvas!

Y saltó.

Se tiró por la regala de proa al agua negra, de cabeza casi, igual que se había tirado mil veces de las rocas en agosto, y el mar de junio la recibió con un frío que no debía tener, un frío de invierno metido en el agua de verano, que le apretó el pecho y le vació los pulmones de golpe. Salió a flote braceando. Detrás oyó el motor bajar de vueltas, oyó su nombre —«¡Cande!»—, una vez, dos, la voz de Nico rebotando en el agua. No contestó. El grito ya era su última palabra y no pensaba estropearlo. Nadó hacia la orilla pequeña con toda la rabia, con la ropa pesándole como si se la hubieran cosido con plomo, la camiseta, los pantalones cortos, todo tirando de ella hacia abajo, y ella tirando hacia la playa chica, brazada a brazada, sin volverse.

Cuando por fin se volvió, escupiendo agua, ya estaba lejos. La *Estrella Polar* era otra vez una mancha con una lucecita, la proa puesta a los bajos de la Perla, a donde estaban las nasas de su padre. Y por encima del agua, traído por el aire un segundo, tan raro que Candela pensó luego que se lo había inventado, le llegó el silbido. Bajito. Sin canción. Se iba silbando.

Fue la última vez que lo oyó.

Tocó fondo con los pies antes de lo que creía y salió a gatas por las piedras de la playa chica, las mismas de las que había bajado hacía nada siendo otra persona. Se agarró a ellas para izarse y las piedras le arañaron las palmas y las rodillas, arañazos de piedra, de canto vivo, no de zarza, que escuecen distinto. Se quedó a cuatro patas en la orilla, tiritando, echando el agua salada que había tragado.

Y al apoyar la mano en el granito para levantarse, el pulgar buscó solo la muñeca, el tic de siempre, la florecilla del cordón, y no encontró nada. Piel y hueso. La pulsera no estaba. Se le había ido en

el agua, o entre las piedras, o en el salto; en algún sitio de aquellos veinticinco minutos se le había desatado el cordón de dos euros y ya estaba en el fondo o entre el canto, para siempre. Candela se miró la muñeca desnuda un momento. No se agachó a buscarla. No se metió otra vez en aquella agua ni por la florecilla ni por nada. La dejó donde estuviera y se abrazó a sí misma en la orilla, calada, con el pelo pegado a la cara, mirando cómo la lucecita de la barca se hacía chica hacia los bajos.

El aire cambió de golpe.

Vino de tierra, del levante, un empujón seco que no estaba hacía un minuto y que de pronto estaba, rizando el agua del revés, levantando arena de la playa chica, colándose por la ropa mojada como cuchillos. Candela no supo qué era. No sabía de mares como sabía de tierra; para ella fue solo que se había puesto a hacer viento y que tenía más frío todavía, si es que cabía. Se abrazó más fuerte. La lucecita seguía alejándose, más pequeña cada vez, con la proa a los bajos, y ella en la orilla con el «ojalá no vuelvas» todavía puesto en la boca, sabiéndole a sal y a algo peor.

Le castañeteaban los dientes. Se apartó el pelo. Y decidió allí mismo, con la barca aún a la vista, una cosa que iba a cumplir el resto de su vida: que nadie iba a saber nunca que ella había estado en esa barca. Que se había subido. Que le había gritado eso. Que se había declarado y le habían dicho familia. Aquello se quedaba en el agua negra con la florecilla. Se lo juró de verdad, con el juramento de los diecisiete años, que es sin palabras y para siempre.

Subió la cuesta empapada, por las calles de dentro, las que no dan a la playa, esquivando la luz de las farolas que quedaban encendidas. No se cruzó con nadie. El pueblo dormía la resaca de la hoguera detrás de las persianas, olía a humo apagado y a sardina fría, y sus chanclas iban dejando en la acera una raya oscura de agua que el levante secaría antes del amanecer. Se ciñó los brazos al cuerpo. Contó los escalones de la calle Magnolia sin querer, veintitrés hasta su portal, y ni así entró en calor.

Entró sin encender. Se quitó la ropa mojada en el baño a oscuras y la enrolló apretada en una bolsa, la camiseta, los pantalones, todo, y la metió al fondo del armario, detrás de las cajas, donde no se le

ocurriera mirar a nadie. Se puso seca. Se metió en la cama con el pelo todavía chorreando, encima de la almohada, y se hizo una bola de costado, tapada hasta la barbilla en pleno junio.

El frío no se le iba. Lo tenía dentro, en un sitio donde no llegaban las mantas.

Capítulo 30

La Almadraba, agosto de 2026

A mediodía las macetas del poyete estaban lacias y la regadera seca, y fue eso, antes que la cama sin deshacer o el móvil en la mesilla, lo que le puso a Rocío el reloj por dentro.

Porque Candela regaba. Era lo único que no le fallaba nunca, ni en sus peores días, ni de noche, que era cuando regaba ahora para que no la viera nadie: bajaba con la regadera y le daba a la albahaca, a los geranios, al poyete entero, hoja por hoja. Y aquella mañana las hojas colgaban en el bochorno pidiendo agua y la regadera estaba boca abajo en la sombra, sin usar, y la tierra, cuando Rocío metió el dedo, ardía.

—No ha regado —dijo, en voz alta, a la cocina vacía.

Y esa frase, dicha así, sin querer, fue la que lo encendió todo. Marina la oyó desde el patio y subió los tres escalones de dos en dos. África salió del cuarto con el ordenador todavía en la mano. Subieron a mirar la habitación de Candela y estaba la cama hecha, y el móvil cargando en la mesilla con la florecilla de plata al lado —no; la florecilla no estaba, la florecilla se la había llevado en el puño—, y la persiana subida del todo, dando al puerto, a un mar de agosto liso como una plancha.

Nadie dijo la palabra. Rocío se dio cuenta de eso enseguida, con el oído que tenía para lo que no se dice: que las tres se movían por la casa hablando de horarios y de a quién llamar, y ninguna decía en voz alta lo que las tres estaban pensando mirando aquella persiana subida.

Bajaron a la calle.

Lo demás fue un directo sin escaleta, de esos que Rocío odiaba, en los que hay que dar paso sin saber a qué. Marina llamó a Sebas,

que dejó el bar a la primera y salió con dos hombres a mirar la carretera de Barbate. Gonzalo apareció con la furgoneta de la lonja antes de que nadie lo avisara —lo avisó el pueblo, que en La Almadraba las malas noticias no necesitan teléfono— y se ofreció a subir a los pinares, al mirador, a donde hiciera falta. La del estanco bajó la persiana a media mañana, que no lo hacía ni el día de la boda de su hija, y se plantó en la esquina a repartir sitios con el abanico parado:

—Vosotras por arriba —dijo—, que abajo ya hay quien mire.

Abajo. La playa. El agua. Lo dijo con esa naturalidad de pueblo que sabe siempre de qué se está hablando aunque no se nombre, y a Rocío se le quedó la palabra atravesada, y siguió.

Fue buscando, y a la vez, por el vicio del oficio, fue realizando a la gente, poniéndole a cada cara su plano. Y en medio de todos apareció Álvaro. Llegó a pie, sin la bata, con la camisa remangada como siempre, y preguntó dónde habían mirado, y cuando Marina le fue diciendo —la carretera, el vivero cerrado, la ermita no todavía—, él escuchó con una quietud que a Rocío no le encajó. Los demás tenían el miedo del pueblo, el de todos, el que se reparte. El de Álvaro era otro, más hondo, más quieto, uno que sabía algo que no decía. «¿Habéis mirado abajo?», preguntó, y lo preguntó con el abajo ya imaginado. Rocío lo archivó en el sitio de las cosas que no cuadran, sin fuerzas para nada más, y tiró para arriba.

Subieron ella, Marina y África en la Berlingo por la carretera vieja, la de lo alto, por donde Candela andaba de noche cuando la casa se le venía encima. Dieciocho años atrás el miedo las había repartido por la playa en cuatro puntos que no se tocaban. Aquella tarde las metió a tres en una furgoneta a buscar a la cuarta, y Rocío pensó eso mientras Marina conducía despacio, mirando las cunetas, y no supo qué hacer con el pensamiento, así que lo dejó.

Fue Rocío la que dijo la ermita.

Se le vino de golpe, sin razonarlo, como se le venían los buenos cortes en pleno directo: la ermita del Carmen, extramuros, la de la Virgen del manto azul, la patrona de los que se van al mar y no vuelven. El día del Carmen a Candela le había dado el pánico con las coronas. A lo mejor por eso. A lo mejor por lo contrario.

—Para —dijo—. Sube por aquí. A la ermita.

Marina metió la Berlingo por el camino de tierra y la ermita apareció al final, chica, encalada, con su espadaña de una campana y la puerta de madera abierta a tierra adentro, la loma alta detrás, que le tapaba el agua entera. Desde el escalón de la ermita no se veía el mar. Era, en todo el término, casi el único sitio donde no se veía.

Y en el escalón estaba Candela.

Sentada, menuda, con la rebeca azul abrochada hasta el cuello en pleno agosto y las rodillas recogidas, mirando la puerta cerrada de la Virgen. Entera. No le había pasado nada. Estaba entera y vaciada, como una casa a la que le han sacado los muebles, y en el puño cerrado, contra el pecho, tenía la pulsera.

Rocío bajó de la furgoneta con las piernas flojas de puro alivio y se le salió el pueblo por debajo de la voz de dar las noticias:

—Candela, hija. —No lo decía nunca, ni ese «hija» ni con esa música. Le salió de más abajo del Telediario—. Que llevamos medio día.

—No he pedido que vinierais. —No era borde. Era verdad, dicha sin fuerza—. No pido perdón por el susto, no me sale. —Se miró el puño—. Necesitaba un sitio donde no se viera el agua. Y esta Virgen no me pregunta nada. Está ahí, con lo suyo. Es la única de por aquí que no me mira como si supiera.

Marina se sentó en el escalón a su lado sin decir nada, hombro con hombro. África se quedó de pie, altísima contra la pared blanca. Rocío mandó un mensaje de tres palabras —«Está aquí. Bien.»— y apagó el móvil, para que no subiera nadie. Esto era de las cuatro. Y se sentó ella también en el albero, delante, de cara a Candela, y esperó, porque había aprendido en veinte años de plató que a veces el mejor plano es el que no interrumpes.

Candela empezó a hablar mirando la pulsera.

Habló bajo, plano, sin subir, y Rocío reconoció enseguida la cadencia: no era el tono del que se derrumba, era el del que lleva media vida ensayando una confesión contra una pared. La reconoció porque era la misma con que ella daba las peores noticias del informativo, la voz igual para el gol y para el naufragio.

—Yo lo sabía todo —dijo Candela—. Lo vuestro. Desde mayo. Os vi a Nico y a ti detrás de las casetas, Rocío, y no dije nada, como no decía nada nunca. Y esa noche también os vi. En el espigón. Abrazados.

Rocío dejó de respirar.

Esperó la palabra. La palabra estaba ahí, a un renglón, esperando a que Candela la dijera —*cuando rompiste con él*—, y con ella toda una mentira que Rocío había repetido en la hoguera y en casa de Pepa, «hasta el final, los dos». Candela levantó los ojos y la miró. Un segundo. Rocío supo, en ese momento, que Candela podía decirlo, que lo tenía, que lo había tenido siempre. Y vio cómo Candela decidía no decirlo. Volvió a bajar la vista a la pulsera y siguió por otro lado, por el suyo, y la palabra no vino.

—Abrazados —repitió, y ya estaba en otra cosa—. Y luego él bajó al puerto. Y yo lo seguí.

Rocío soltó el aire despacio, con una vergüenza nueva, la de estar aliviada en mitad de aquello, la de seguir guardándose su mentira mientras Candela sacaba la suya en canal.

—Me subí a la barca con él —dijo Candela—. La *Estrella Polar*. Zarpamos a la media, lo sé por la campana. Y le eché en cara todo, y luego le dije lo que llevaba callando desde cría, que me gustaba, que era yo, desde antes que ninguna. —La voz no le temblaba; eso era lo peor—. Y él me miró con todo el cariño del mundo y me dijo que yo era de su familia. Que como una hermana. Con dulzura, ¿sabéis? Que es como más hondo entra.

El grifo de la casa, aquella otra madrugada, había goteado. Aquí no había grifo. Había una cigarra sola, y la campana quieta, y las cuatro.

—Y le grité que ojalá no volviera. —Cerró el puño más fuerte—. Eso le grité. En la bocana. Y salté de la barca y nadé a la playa chica, con la ropa tirando de mí, y salí a gatas por las piedras y me arañé las manos, y me juré que no lo iba a saber nadie. Y no lo supo nadie. Dieciocho años. La ropa mojada al fondo del armario. —Se pasó el pulgar por la muñeca desnuda—. Álvaro lo sabe. Me atendió esa mañana, helada, con las manos peladas, y se calló también. Por

eso salí el domingo de la consulta como salí. Porque alguien lo sabía. Porque entonces era verdad.

Se calló. Miró la puerta cerrada de la Virgen.

—La última persona que lo vio vivo fui yo —dijo—. Y lo último que oyó de una de nosotras fue «ojalá no vuelvas».

Nadie dijo nada durante un tiempo que a Rocío se le hizo largo como un silencio en antena.

Y entonces fue ella la primera en romperlo, y le salió por donde no debía, por su propia herida, con una pregunta que no venía a cuento de la culpa de Candela sino de la suya.

—¿Y cómo estaba? —Le salió ronca—. Él. En la barca. Antes de todo eso. ¿Cómo estaba?

—Tranquilo. —Candela la miró sin entender por qué preguntaba eso, precisamente eso—. Iba ligero. Aliviado, casi. Se puso a silbar. Bajito, sin canción, como se silba sin darse cuenta. Le pasaba la mano a la barca como a un animal viejo. Iba contento, Rocío. Iba sereno.

Sereno.

Y a Rocío el mundo se le movió una pulgada. Solo una. Si iba sereno, si iba silbando después del espigón, después de que ella lo dejara en aquella roca diciéndole que no la esperara, entonces a lo mejor no lo había roto ella. A lo mejor no salió al mar hundido por lo suyo. La pregunta le subió a la boca entera —*¿entonces no fue por mí?*— y se la tragó, porque hacerla era desnudar la ruptura, era decir la palabra que Candela le acababa de regalar callándose. Se quedó con la pulgada dentro, sola, sin poder dejarla en ningún sitio.

Y al mirar a Marina, vio que a Marina le había pasado algo parecido y peor.

Porque Marina había recibido el «sereno» con la cara descuadrada, la de una cuenta a la que de pronto le sobra un número. La misma cara de la azotea. Se le fue el color, se buscó el mandil que no llevaba, y se levantó del escalón de un tirón.

—¿A qué hora? —Le salió con un hilo, y luego más alto—. ¿A qué hora zarpasteis, Candela? ¿A qué hora saltaste?

—No sé. La media pasada. —Candela la miró como África la había mirado a ella en la azotea—. ¿Qué más da la hora?

Pero a Marina le daba, y Rocío no entendía por qué, igual que no lo entendió en la azotea, la hora otra vez, la manía de la hora, rabiosa, incomprensible. Marina se apretó la boca con la mano. Y luego lo soltó, todo junto, con todo lo que llevaba dentro:

—Dieciocho años odiándome. Dieciocho años creyendo que había sido yo. —Le temblaba entera, y no dijo el qué; no lo había dicho nunca—. ¿Y tú estabas allí? ¿Tú lo viste marcharse, tú sabías cómo murió, y nos has dejado a las tres pudriéndonos cada una en su rincón todo este tiempo?

—Marina. —África se separó por fin de la pared. Bajó la voz, que en ella era bajarla del todo—. Marina, para.

—Que no —dijo Marina, pero ya sin fuerza.

—Yo callé diecisiete años un hijo. —África lo dijo despacio, poniendo cada palabra en su sitio, con el peso de quien se ha pasado la vida traduciendo a los demás y aún así no supo traducirse a sí misma—. Un hijo entero. Vivo. Y todas lo habéis sabido hace once días y ninguna me tiró una piedra. —Miró a Candela, y luego a Marina, y luego a Rocío—. ¿Quién de esta ermita le va a tirar a ella la primera?

Nadie contestó, porque no había respuesta que no fuera esa.

Y ahí fue donde Rocío, que llevaba la tarde entera realizando la escena, entendió el plano completo, y no le gustó. No había dos bandos. No era Candela contra las tres, ni las tres contra Candela. Eran cuatro mujeres en el escalón de una ermita, cada una con su muerto propio de la misma noche, cada una sabiendo ahora que la culpa que había cargado dieciocho años se repartía con las otras de una manera que ninguna podía todavía ni mirar. Cuatro soledades sentadas muy juntas. La casa se había partido, pero no por la mitad: se había partido en cuatro.

Bajaron al pueblo cuando ya era de noche.

Y en la Berlingo, mirando la carretera, fue Rocío la que puso lo práctico encima, porque alguien tenía que hacerlo y era lo suyo, minutar hasta el dolor.

—Escuchadme una cosa. —La voz le salió ya de plató, la de dar paso—. Esto no sale de nosotras. Ni a Gonzalo, ni a Pepa, ni al niño. Todavía no.

—Rocío… —empezó Marina.

—Hasta los Faroles. —No la dejó—. Queda la carta de Candela, y queda la quinta, la de Remedios, la que Inma abre el sábado. Lo que sea que hay en esa carta, se abre antes de que removamos un muerto más. —Tragó—. Bastante tenemos con el nuestro. Tres días. Aguantamos tres días.

Nadie discutió. Marina mandó a Sebas un titular de cuatro palabras —«Apareció. Está bien. Luego.»— y no le contó más, porque lo entero se lo debía y lo entero era para otra noche.

Aquella no durmió nadie.

Rocío lo supo porque estuvo despierta oyéndolo. Oyó a Marina fregando a las tres de la madrugada una cocina que ya estaba limpia, el chorro y el roce, el chorro y el roce, limpiando lo que no manchaba nadie. Oyó a África salir al pasillo y quedarse ahí, sin bajar, apoyada en la pared, escuchando también. Y oyó, por primera vez desde junio, la puerta del cuarto de Candela abierta: la dejó abierta toda la noche, ella que dormía con la persiana bajada y con llave, la dejó abierta de par en par al pasillo, ella que por fin no tenía ya nada más que esconder.

Rocío se sentó en su cama y sacó del cajón el papelito de San Juan, el que se había quedado en blanco en la hoguera y no había quemado. Dos meses después seguía en blanco. Seguía sin saber qué escribir en el sitio de lo que no quería que volviera, porque lo que le había vuelto aquella tarde en el escalón de la ermita —la pulgada, el «sereno», la posibilidad de que no hubiera sido ella— no era algo que se pudiera echar al fuego. Lo dobló otra vez. Lo guardó.

Cuatro mujeres bajo el mismo techo del número siete. La casa de Remedios, pequeña, encalada, con la luz amarilla encendida en la cocina por si la última en subir la necesitaba.

Y las cuatro, esa noche, en cuatro provincias distintas.

PARTE IV

LOS FAROLES

Capítulo 31

La Almadraba, agosto de 2026

Marina amaneció guisando para un regimiento que no iba a sentarse.

Dejó los garbanzos en remojo desde la noche —dos puñados de más, echados a ojo para nadie— y a media mañana del jueves tenía ya en el fuego un puchero que daba para quince, un bizcocho empezado en la encimera y pelados los tomates de una ensalada que no había pedido nadie. Le pasaba cuando la casa se le ponía de aquella manera. En julio, con Sebas en Barbate, había cocinado de menos, el potaje corto y soso, con esa cara de guiso al que le falta algo y no es la sal. Ahora le salía al revés. Cuanto más callada estaba la casa, más echaba ella a la olla, como si con caldo de sobra se pudiera tapar el hueco por donde no se hablaban.

Y no se hablaban. Cuatro mujeres en ciento veinte metros cuadrados moviéndose para no cruzarse, midiéndose los pasos por el ruido: Rocío arriba con el móvil, África en la azotea con las cuentas de otra vida, Candela regando a deshora un poyete que ya chorreaba. Los buenos días se daban de refilón, tres palabras cada uno, y a Marina se le habían vuelto campos de minas: había que decirlos sin pisar lo de la ermita, sin nombrar la barca, sin rozar el «sereno» que a ella le seguía descuadrando una cuenta que no cuadraba. Nadie tocaba el tema. Lo de Rocío en la Berlingo estaba en pie, callar hasta los Faroles, aguantar tres días, y llevaban dos aguantando sin mirarse.

Solo una cosa había cambiado, y Marina la apuntó en la libreta de dentro, la de lo que no se cobra ni se dice. La puerta de Candela. Toda la vida cerrada, con llave y persiana bajada, y desde la noche

de la ermita se quedaba entornada, un palmo abierta al pasillo, como quien por fin no tiene nada más que guardar detrás.

A eso del mediodía sonó la cancela.

Fue Candela la que abrió, y por el hueco de la puerta Marina vio entrar a Lucía cuesta arriba, sola, con una libreta de espiral apretada contra el pecho y el aire de quien viene a un asunto de importancia.

—Vengo a ensayar la radio con Rocío —anunció al patio entero—. Que en septiembre es ya, y hay que practicar.

Y ahí se paró en seco.

Porque en el arranque de la escalera estaba Martín, descalzo, con el pelo mojado, que bajaba a por agua. Los dos críos se quedaron mirándose un momento en mitad del zaguán, la de nueve años inspeccionando al de diecisiete con esa falta de vergüenza que se les pasa a los diez. Marina soltó la bayeta en el mármol sin darse cuenta. Sabía lo que había en aquella casa que aún no se había cruzado, y era eso.

—Tú eres el de Málaga —dijo Lucía. No era pregunta. Era un dato que colocaba en su sitio—. El hijo de mi tío Nico. Entonces eres mi primo.

—Sí —dijo Martín.

—Pues no te había visto todavía. —Lo dijo casi con reproche, como si le debieran una presentación desde hacía días—. ¿Sabes silbar con dos dedos?

—Sé.

—Enséñame. Que yo lo intento y me sale aire.

Y así, sin más trámite, sin una palabra sobre el muerto que tenían los dos metido en la cara, Lucía lo adoptó. Igual que había adoptado a Rocío en la cena de junio, igual que adoptaba todo lo que le hacía falta: cerrando el trato antes de que al otro le diera tiempo a negociarlo. Se sentó en el escalón, plantó la libreta en las rodillas y le hizo sitio al lado con la mano, y Martín, que llevaba dos semanas siendo el hijo de, el fantasma, el chaval al que el pueblo entero miraba como si viera resucitar a alguien, se sentó a enseñarle a silbar a una prima de nueve años que solo quería eso de él: un primo mayor que supiera hacer algo.

Marina lo vio respirar. Lo vio de verdad, desde la cocina, con el paño en la mano: al crío se le soltaron los hombros, se le fue de la boca la tirantez de andar pidiendo permiso, y por primera vez desde que cruzó aquella cancela pareció un chico de diecisiete años y no un recado de dieciocho años atrás. Se metió los dedos en la boca, sopló, y le salió un silbido que espantó a las palomas del tejado de enfrente, y Lucía se rio con la boca abierta y lo intentó y le salió aire, y volvió a intentarlo.

Marina lo apuntó en la libreta de dentro, y se le puso encima una cosa que no supo cobrar. Que había cuentas que se pagaban solas, sin que nadie las echara. Que a aquel niño, para dejarlo respirar, no le había hecho falta ni una de las cuatro con todas sus verdades y todos sus silencios: le había hecho falta otro crío que no supiera nada, que le pidiera un silbido y una carabela y lo tratara como lo que era.

Gonzalo subió a última hora de la tarde a por la niña.

Se quedó en la cancela, con la camisa de faena y las manos grandes, sin pasar del umbral, que a aquella casa él no entraba de más. Lucía bajó las escaleras a la carrera con el asunto de la radio a medio resolver y el silbido a medio aprender, y detrás bajó Martín, y fue en el patio, con Marina cerca fingiendo recoger las macetas, donde el chico se paró delante de su tío y dijo lo que traía dicho.

—Quiero salir a pescar contigo. —Le costó, pero lo soltó entero—. Un día de estos. A la mar, de verdad, no a mirar. Quiero saber qué se siente.

Lo dijo con la sencillez tremenda de los críos que ya han colocado a sus muertos en su sitio, o buscándoles el sitio; con la misma naturalidad con que Lucía contaba que a nadar la había enseñado su madre, en pasado, sin que se le rompiera la voz. Gonzalo lo miró un momento, ese momento suyo de hombre que mide el mar antes de salir.

—Mañana —dijo. Tres palabras contadas, como todas las suyas—. De madrugada. En la *Salvador*.

Y no dijeron más, ni el crío ni él, y a Marina se le fue el aire por debajo del mandil, porque nadie más lo dijo tampoco y ella sí lo estaba pensando con todas sus letras: que el hijo de Nico salía

mañana al agua con el hermano de Nico, en la barca del padre muerto, a las horas en que el otro no volvió. Nadie lo comentó en voz alta. No hacía falta. Había cosas en aquel pueblo que se decían callándolas, y aquella era de las gordas.

Cenaron seis, con Sebas y con el chico, y fue una cena de las que sostienen los niños aunque el niño ya casi fuera un hombre. Después, cuando la casa se recogió, Marina no subió con las otras.

Bajó al bar.

Sebas estaba echando el cierre de la noche, la plancha ya fría, las sillas subiéndose a las mesas de dos en dos, y ella entró por debajo de la persiana medio bajada, agachada, a escondidas en su propia casa. No encendió la luz grande. Se quedaron los dos en la penumbra de la barra, la de trece años, el trozo de mar sin ver entre los toldos, y Marina se sentó en un taburete del lado de los clientes, que era el sitio raro para ella, el de fuera.

—Aquella cosa que te prometí en Barbate —dijo—. La de contártelo entero. Que aquello no era entero, y tú lo sabías y yo lo sabía. —Puso las manos en el mármol—. Pues es esta noche. Antes de que se abran esas cartas y ya no sepa yo ni por dónde empezar.

Sebas dejó la bayeta. No dijo nada. Se apoyó en su lado de la barra, en el de dentro, con las manos quietas por una vez, y esperó, que era lo que aquel hombre sabía hacer mejor que nadie.

Y Marina le contó lo suyo entero.

Lo del niño ya se lo había dado, la madrugada en que el chico salió a ser verdad, con Martín durmiendo en el sofá del salón y ella diciéndoselo bajito para no despertar a la casa: que aquel crío era hijo de Nico y de África, que África lo había parido en Sevilla y lo había dado, todos aquellos años atrás. Eso Sebas lo sabía. Pero en Barbate Marina le había dado la forma de lo suyo y no la cosa, y ahora venía la cosa.

—Lo que le dije a Nico aquella noche. —Cogió aire, el que se coge antes de cantar la comanda que uno no quiere cantar—. No fue «una cosa de Rocío y de Madrid», como te lo puse yo de bonito. Fue esto, con estas palabras: «Rocío se va a Madrid en septiembre. Y no piensa decírtelo.» Se lo escupí junto a las casetas de los aparejos, del tirón, a las once y pico de la noche. Y no se lo dije por él, fíjate.

Se lo dije para partirle a ella el único sitio por donde sangraba, por celos de cría, porque Rocío lo tenía todo y a mí me hervía aquel chaval por dentro desde los catorce. —Miró el mármol—. Fue despecho pelado, Sebas. Vestido de favor, que es lo peor, porque me lo creí. Me dije que alguien tenía que avisar al pobre. Y una palabra dicha es hielo bajado a la playa: para cuando quieres devolverla al arcón, ya es agua. Eso ya te lo dije. Lo que no te dije es el agua que era.

Sebas no se movió.

—Dieciocho años creyendo que lo maté con la bocaza —siguió ella—. Que le di la puntilla y a la media hora estaba en el mar. Y ahora resulta —y aquí se le puso la voz de cuenta que sobra un número— que hay más manos en esto. Candela iba con él. En la barca. Se subió, le echó en cara medio pueblo, se le declaró, y él la trató como a una hermana, con dulzura, que es como más hondo entra, y ella se humilló y le gritó «ojalá no vuelvas» y saltó al agua en la bocana. La última que lo oyó fue ella. Y me contó, en la ermita, que Nico iba sereno. Contento. Silbando. Y yo con ese «sereno» no sé qué hacer, no le encuentro el sitio, no me cuadra en ninguna cuenta.

Se calló. En la barra, dieciocho años atrás, no había habido testigo de nada. Ahora había uno, quieto, con las manos en el mármol.

Y estuvo Marina a punto de dejarlo ahí. Pero se acordó de la otra frase, la que se tragó en aquel mismo bar hacía un mes, la que empezó a decir y bajó como una persiana.

—Y aquel día, cuando te dije lo de que me casé contigo porque era lo que había. —Le costó más esto que todo lo demás—. Iba a decirte una cosa peor. Iba a decirte que ni siquiera me habría casado contigo si él viviera. Y me la callé. —Por fin lo miró—. Y me la callé porque era mentira, Sebas. Me la callé porque la iba a decir para hacer daño, como lo de Nico, y a mitad me di cuenta de que no era verdad. Me casé contigo por lo que había, eso sí. Pero me quedé por lo que fue llegando. Y eso no es lo que había. Eso ya eras tú.

Sebas se quedó un rato largo mirándola, un hombre grande al que le habían movido todos los muebles de la casa de una vez. No

preguntó. No cobró. Cogió la bayeta otra vez y le pasó al mármol un repaso que el mármol no necesitaba —el gesto de ella, se lo había pegado en trece años—, y cuando habló lo hizo despacio, sin subir la voz, con su lógica de cocinero bueno.

—Marina. —Dejó la bayeta—. ¿Y si no tuvo la culpa nadie? ¿Lo habéis pensado alguna vez, las cuatro a la vez?

Ella no contestó.

—Mira. —Buscó las palabras en lo que sabía, que era la cocina—. Cuatro guisando el mismo puchero, cada una echa lo suyo, una la sal, otra el sofrito, otra el agua. Y si se quema, cada una jura por sus muertos que se quemó por lo que echó ella. Y a lo mejor se quemó porque hacía viento y entró de golpe por la puerta. —Se encogió de hombros, una vez, con cuidado—. Yo no os conocía de entonces. Pero llevo un verano oyéndoos cargar cada una con el muerto entero como si fuera de una sola. Y me da que ese muerto no cabe en cuatro espaldas repartido, porque cada una se lo ha echado enterito a la suya.

Marina bajó la vista al mármol.

No podía cogerlo. Lo notó ahí, en medio de la barra, y no pudo alargar la mano. Porque la culpa era su esqueleto, lo que la tenía de pie desde los diecisiete; si le quitaban aquello, no sabía con qué iba a sostenerse. La frase de Sebas le entró como entra la luz por debajo de una puerta cerrada: se ve la raya en el suelo, se sabe que al otro lado está encendido, y no se abre. Todavía no. No aquella noche.

—A lo mejor —dijo, y no dijo más, porque «a lo mejor» era lo más grande que le cabía por la boca aquella noche.

Sebas no insistió. Nunca insistía. Recogió los dos últimos vasos, apagó la nevera, y subieron juntos la cuesta a oscuras, sin tocarse y sin hablar, que a veces era la manera de ir más juntos.

En la casa la luz amarilla de la cocina seguía encendida por si la última en subir la necesitaba. Marina se acostó, y en lo oscuro, sin bayeta que pasar ni barra que poner por medio, le rondó por primera vez, sin cortarla, la raya de luz por debajo de la puerta. No la abrió. Todavía no. Pero se quedó mirándola, sabiendo que estaba encendida al otro lado.

Ninguna se había disculpado. Era demasiado pronto, y eso Marina lo sabía por oficio, como sabía que a un guiso no se le levanta la tapa antes de su hora.

Quedaban dos cartas. La de Candela, la cuarta, sin abrir todavía, y aquel sobre pequeño que decía «todavía no» con la letra temblona, el que Inma se llevó envuelto en un pañuelo. Y mañana era viernes. Si Inma bajaba la cuesta con la cuarta debajo del brazo, como bajaba siempre en cuanto se cumplía la anterior, aquello ya no lo paraba nadie: los Faroles caían el sábado, a dos días, y el pueblo entero soltaría al mar sus faroles por los que no volvieron, y entre ellos, por fin, el de ellas.

Capítulo 32

La Almadraba, agosto de 2026

Candela llevaba despierta desde antes de que aclarara, pero eso ya no era noticia en aquella casa. Bajó al patio con la regadera y le dio a los geranios, a la albahaca y al esqueje suyo, el que no florecía nunca, seis hojas y una yema cerrada, igual que el verano pasado. Regar por la mañana era una novedad; llevaba semanas regando de noche, a escondidas, y esa mañana lo hizo a la luz, sin pensar por qué, quizá solo porque ya no le importaba que la vieran.

Las otras tres dormían o lo fingían, cada una en su provincia. Dos días llevaban así, midiéndose los pasos, aguantando hasta los Faroles como había mandado Rocío. Candela se movía por la casa igual que por un invernadero en invierno: sin ruido, para no despertar lo que estaba dormido.

Y entonces, por la cuesta de abajo, subió Martín.

Venía del puerto. Traía puestas unas botas de agua de Gonzalo que le venían grandes, un jersey que no era suyo, y en la cara el rojo del relente y del sol de plano sobre el agua. Olía a mar y a gasoil desde tres metros. Había salido de madrugada en la *Salvador*, con el tío, a la marea de verdad, a lo que había pedido: saber qué se siente. Volvía callado, con la manera de andar del que trae el cuerpo cansado y por dentro una cosa grande que aún no ha colocado. Y radiante. Radiante de una forma seca, sin sonrisa, que a Candela le entró por un sitio para el que no tenía palabra.

Un chico volviendo del agua. Vivo. Subiendo la cuesta a las ocho de la mañana con las botas de otro y el pelo tieso de salitre, para desayunar y contarlo.

Candela se agachó otra vez sobre las macetas para no mirarlo más de la cuenta. No supo qué le había pasado por dentro; solo que

le costó un momento volver a coger la regadera, y que no fue tristeza, o no solo.

—Buenos días —dijo el crío al pasar, educado como siempre.

—Buenos días, hijo —dijo ella. Y él subió a la cocina, y Candela se quedó en el patio con el agua cayendo sobre una tierra que ya no la pedía.

○ ○ *

Inma bajó la cuesta a mediodía, como bajaba siempre en cuanto una carta se cumplía, con su carpeta de cuero bajo el brazo y el paso corto de la plaza al número siete, que se lo sabía ya de memoria. Las encontró a las cuatro en la cocina, cada una en su sitio de la mesa, sin apenas hablarse, y a Candela le pareció que la notaria las repasó con la vista antes de decir nada, con el ojo de quien lleva un verano leyéndoles las caras.

—La tercera está cumplida —dijo, dejando la carpeta en el mármol—. Se abrió la puerta. Vino quien tenía que venir. —Miró hacia la escalera, por donde andaba Martín, y no dijo más de eso, que Inma era de las que sabían lo que se dice y lo que se calla—. Así que traigo la cuarta.

Sacó el sobre. Color crema, numerado, con la letra temblona que a estas alturas las cuatro conocían mejor que su propia firma. Y esta vez el nombre de fuera no era el de ninguna de las de arriba.

—«Para Candela» —leyó Inma, y se lo tendió a ella por encima de la mesa.

Candela se limpió las manos en el pantalón antes de cogerlo, aunque las tenía limpias. Lo tuvo un momento sin abrir, del peso de nada que tienen las cosas que pesan.

—Las cartas de Remedios se leen en alto —dijo Inma, y lo dijo suave, con el tono de lo que se ofrece y no se obliga—. Ya lo sabéis. Pero cada una lee lo que quiere leer. Si prefieres que la lea otra…

—No —dijo Candela.

Le salió sin pensarlo, y la sorprendió a ella la primera. Nunca había leído una en alto. Las otras tres se habían turnado a lo largo del verano —Rocío casi siempre, que para eso tenía la voz—, y ella

se había quedado siempre de cara a la pared, contando azulejos mientras las palabras de Remedios llenaban la cocina. Esta vez despegó el borde con el pulgar, sacó la cuartilla, y leyó ella, con la voz corta al principio y luego menos corta, en voz alta, delante de las tres, por primera vez en su vida:

> *Cuéntaselo. Todo. Llevas media vida pagando una deuda que nadie te cobró. Mañana, en los Faroles, Inma os dará lo que guardo para vosotras desde hace dieciocho años. Id con las manos vacías y el corazón abierto. — R.*

Nadie dijo nada.

Y a Candela, mientras la última palabra se le quedaba quieta en la cocina, no le cayó encima como una orden. Le cayó al revés. Porque *cuéntaselo, todo* era lo que Remedios le pedía que hiciera, y ella lo había hecho ya. El miércoles. Sola. En el escalón de una ermita donde no se veía el mar, sin que ninguna carta se lo mandara. Remedios había escrito aquello meses atrás, con el pulso prestado, apostando a que Candela lo soltaría por su cuenta antes de que le llegara el papel. Y había ganado la apuesta. La carta no llegaba tarde: llegaba justo para decirle que Remedios había confiado en que lo haría sola. Que la conoció mejor de lo que Candela se conocía. Que aquella madrugada, cuando la vio salir del agua —porque algo vio, siempre lo sospechó—, no la dio por perdida.

Eso fue lo que la partió, más que ninguna orden. Que no era una orden. Era una fe cumplida.

—«Mañana, en los Faroles» —repitió Rocío, en voz baja, y las cuatro se miraron de refilón, un cruce rápido de ojos que no llegó a mirada, porque todavía no se sostenían las miradas. Seguían partidas. La carta las convocaba a todas al sábado, con las manos vacías; no las arreglaba. Eso lo sabían las cuatro sin decírselo.

—Lo que guarda desde entonces —dijo Marina, para el mármol.

—Eso mañana —cortó Inma, recogiendo la carpeta—. Yo cumplo instrucciones, no adelanto sorpresas. Que para eso me paga la difunta, y paga bien. —Ya en la cancela, se volvió—: A las nueve, en

la playa del Chorrillo. Las cuatro. Y con las manos vacías, que lo pone ella y yo se lo hago cumplir.

o o *

Por la tarde, Candela hizo una cosa que no había hecho nunca.

Fue ella.

Toda la vida la habían llevado o la habían sacado. La habían subido a rastras a la consulta, Marina agarrándola del codo. La habían sacado de la multitud del Carmen por el brazo, igual que una maceta que se va a caer. La habían buscado por los pinares y encontrado en una ermita. Siempre alguien la movía a ella. Esa tarde cogió la cuesta abajo por su pie, sin decírselo a nadie, con el sobre crema doblado en el bolsillo del pantalón, y bajó a la calle de atrás de la iglesia a buscar a Álvaro.

Porque *cuéntaselo, todo* era una orden que ella ya había cumplido con las suyas. Pero leyéndola otra vez por la cuesta se dio cuenta de que decía también otra cosa. Había un hombre que llevaba dieciocho años guardándole el sitio, y ella nunca se lo había contado. Le había contado a las tres lo de la barca. A él no. A él, que la había atendido helada aquella mañana y se lo había callado todos esos años, le debía las palabras enteras, y no se las había dado.

La consulta estaba cerrando. Álvaro salió con las llaves en la mano, sin bata, la camisa remangada, y al verla en la acera se paró. No preguntó qué hacía allí. Había, a la vuelta de la esquina, en la calle de atrás, un banco de piedra a la sombra de la iglesia, uno de esos que nadie usa a esas horas de calor. Álvaro señaló el banco con la barbilla, sin una palabra, y se sentaron los dos.

Y Candela se lo contó. No con la voz plana del que recita contra una pared, como había hecho con las tres; más despacio, saltando lo que él ya sabía y parándose en lo que no. La barca. La media, que la supo por la campana. El reproche y la declaración, tantos años de callarlo saliéndole todos a la vez y mal, y él mirándola con todo el cariño del mundo para decirle que era de su familia. Como una hermana. Con dulzura, que es como más hondo entra.

Y le contó lo que él no sabía. Lo de Rocío y Nico, que ella lo había visto desde mayo, detrás de las casetas, y se lo había callado. Y lo del espigón esa noche: el abrazo, la ruptura, que Rocío lo dejó horas antes y que Candela lo vio desde las rocas, agachada, tapándose la muñeca. Todo, hasta lo que las otras tres no sabían aún, porque a él sí podía. Y supo, diciéndolo, que Álvaro pasaba a saber de aquella noche más que ninguna de las de arriba, y que no lo iba a mover de sitio jamás. Era su oficio. Callar lo de los otros era lo que aquel hombre sabía hacer mejor que nadie.

Cuando terminó —el grito, el salto, el agua de junio con frío de enero, la orilla— se quedó mirándose las manos, esperando lo que fuera.

Álvaro tardó un poco. Y luego habló de otra cosa. Habló del informe.

—Yo lo leí entonces —dijo—. En un pueblo estas cosas se saben enteras, no hace falta ser guardia civil. El informe decía lo que dijo el mar esa noche. Había levante anunciado, pero flojo. Y a eso de la una y pico roló y arreció de golpe, sin avisar, como hace el levante cuando le da la gana. —Miraba al frente, a la pared blanca de la iglesia, no a ella—. La *Estrella Polar* estaba en los bajos de la Perla, que es rompiente, piedra mala, y estaba subiendo las nasas. Con el aparejo a medio izar. Eso, con mar de fondo entrando de través, es lo peor que hay. Nico era buen patrón, Candela. De los mejores. Pero esa noche el mar le cambió la carta a mitad de partida, y ni el mejor patrón gana con las cartas cambiadas.

Candela no dijo nada. Contaba, sin querer, las juntas de la piedra del banco.

—Y ahora escúcheme lo otro, que es lo que ha venido usted a que le diga aunque no lo sepa. —Se volvió por fin—. Usted saltó antes. En la bocana. Cuando saltó, quedó en la barca una persona menos. —Lo dijo despacio, poniendo cada palabra donde iba—. Una persona menos es una barca más ligera, Candela. Más alta de flotación, más fácil de gobernar. Su salto no volcó nada. Al revés. Si acaso, la dejó mejor. El mar no llevaba su nombre esa noche. Llevaba el de él, y el de un embargo, y el de un levante que roló. El suyo no.

—¿Y si me hubiera quedado? —Le salió del sitio de siempre, del borde donde ella cortaba—. Si me quedo, a lo mejor le ayudo con las nasas. A lo mejor izamos antes. A lo mejor…

—Si se queda, son dos en los bajos con el levante encima. —No la dejó terminar, y no lo dijo duro; lo dijo con la naturalidad de una verdad de oficio, con la calma del que lleva años pensándola—. Dos, y una que no sabe de mar. No lo salva usted quedándose. Se ahoga con él. Eso no es una opinión mía. Es de física, Candela. El agua no perdona ni castiga: pesa y flota, y ya está.

Y algo, en algún sitio, cedió.

No era todo. Candela lo notó incluso mientras cedía: que se le caía una losa y debajo quedaba otra. Porque el mar la soltaba —el mar, el vuelco, el peso del agua, todo aquello dejaba de ser suyo—, pero lo último que le dijo, eso no lo desmontaba ningún informe. *Ojalá no vuelvas.* Eso seguía siendo verdad, seguía siendo suyo, seguía sin sitio.

—Lo último que le dije fue eso —dijo, muy bajo—. «Ojalá no vuelvas.» Eso no me lo quita usted con el levante.

—No —dijo Álvaro—. Eso no es mío. Eso es de otra carta, a lo mejor. —Y no fingió que podía arreglárselo. La dejó ahí, viva, la culpa que le quedaba.

Álvaro no se levantó. Se quedó con las llaves en la mano, dándoles vueltas despacio, y habló otra vez, más bajo, sin mirarla.

—Ya que estamos, hay una cosa mía. Que también toca decirla.

Candela esperó.

—Aquella mañana yo era un residente de veinticuatro años. La atendí a usted helada, sin más explicación que la que usted no me dio. Y me callé. En una sola mañana decidí una cosa que no me tocaba a mí decidir.

—Usted me protegió —dijo ella.

—Puede. O no. —Dejó las llaves quietas—. Había un parte que escribir. Un papel diciendo dónde había estado usted esa noche y de dónde la había sacado yo. Eso era lo honrado. Y a lo mejor lo más cruel también. Las dos cosas iban juntas.

Candela no apartó los ojos de él, que para una vez no le pesaba mirar de frente.

—Lo que no sé todavía, y ya son muchos años, es si la protegí a usted o me escondí yo detrás de usted. Si me callé por su bien o por no cargar con lo que venía detrás. —No lo dijo con pena. Lo dijo derecho, como una fecha—. Me lo he preguntado cada año, yo solo, sin contárselo a nadie. Y no siempre me contesto lo mismo. Hay veranos que me doy la razón y veranos que no me la doy.

Se guardó las llaves en el bolsillo.

—No le pido que me lo agradezca, Candela. Al revés se lo pido. No lo tome por ejemplo. Aquel día yo no hice lo correcto. Hice lo que podía vivir después, que no es lo mismo. A un médico no se le paga por eso.

Pero la otra, la del agua, ya se le había ido. Y por el hueco que dejó al irse subió, de golpe, dieciocho años.

o o *

Lloró.

Lloró por fin, y no fue bonito. Fue con hipo, con la cara escondida entre las dos manos, doblada sobre las rodillas en un banco de piedra de la calle de atrás de la iglesia, un llanto feo y ruidoso que no había llorado en dieciocho años porque no se había dejado. Lloró como se deja correr el agua que lleva años embalsada, que sale sucia primero y arrastra hojas y barro y todo lo que se le había podrido dentro. Le temblaban los hombros. Se le escapaba el aire con un ruido que le daba vergüenza y ni así podía parar.

Álvaro no se echó encima. No la abrazó, no le dijo tranquila, no hizo aspavientos. Le puso una mano en el hombro, una sola, quieta, con el peso justo para que ella supiera que estaba, y la dejó llorar. La dejó llorar todo lo que había que llorar, sin prisa, mirando la pared blanca mientras a su lado se vaciaba una presa de muchos años.

—Ya está —dijo, cuando el llanto empezó a bajar de vueltas—. Ya está. Ya pasó. Mírame.

Candela levantó la cara, hinchada, corrida, fea de llorar.

Y lo miró. Y en mitad de mirarlo, con la respiración todavía a saltos, se dio cuenta de una cosa pequeña que se le había colado por debajo de todo lo grande.

—Me has tuteado —dijo.

Álvaro se quedó quieto. Cayó en ello un segundo después que ella; se le notó en la cara, el hombre que lleva años hablándole a alguien de usted y a quien se le acaba de escapar el tú sin permiso, en el peor momento o en el mejor. No lo arregló. No volvió al usted. Solo la miró, y con las dos manos, con el cuidado de coger algo que se puede romper, le tomó la cara a los lados, le apartó el pelo pegado por las lágrimas, y la besó.

Fue un beso corto. Quieto. Casi de médico, de los que se dan sin abrir la boca, sin prisa y sin nada detrás que empujara. Las manos a los lados de la cara, los labios apenas, un momento, y ya. No hubo más. Ni falta que hizo. Era otro idioma de beso, uno que Candela no se sabía y entendió a la primera.

Se separó él, no mucho, y se quedó con la frente casi en la de ella.

—Dieciocho años guardándote el sitio —dijo. En tú, ya para siempre.

Y era la misma frase que le había dicho en la consulta, la de *guardándole el sitio*, pero cambiada de idioma, y por eso decía otra cosa.

o o *

Volvieron andando hasta la plaza, sin tocarse, un palmo de aire entre los dos, que a Candela le pareció el sitio exacto. Ninguno tenía prisa por ponerle nombre a lo que acababa de pasar. Ya habría tiempo. Mañana eran los Faroles, y al día siguiente otro día, y aquel hombre no se iba a ninguna parte: llevaba años demostrándolo.

—Mañana es lo de la carta —dijo Candela en la plaza—. La quinta. La que guarda Inma.

—Lo sé. Va medio pueblo. —Álvaro se metió las manos en los bolsillos—. Yo estaré. Por si alguien se marea con el gentío. —Y era mentira a medias, y los dos lo supieron.

Subió sola la cuesta. En la cocina del número siete estaban las tres, y una novedad: Rocío decía que Teo volvía por la mañana, que había llamado a África para avisar, que quería estar en los Faroles.

Volvían todos, para el sábado. El pueblo entero soltaría sus faroles al mar por los que no volvieron, y entre ellos, por fin, iría el de ellas. Con las manos vacías, había dicho Remedios. Con las manos vacías y el corazón abierto.

Candela no cenó con ellas. Subió a su cuarto. No bajó la persiana —no la bajaba desde la noche en que Álvaro dejó de hablar en clave — y se quedó un rato de cara al agua negra del puerto, a las cuatro luces temblando encima, al faro barriendo cada tanto. Ya no le pesaba mirarla. El mar de ahí abajo era agua, y pesaba y flotaba, y ya está.

Se pasó el pulgar por la muñeca, por la magnolia tatuada, sin darse cuenta. Y entonces sí se dio cuenta, y se paró a mirarse el gesto. Toda la vida se había tocado allí para aguantar, para contar, para no caerse, la magnolia como un ancla contra lo que subía. Esta vez no subía nada. La tocó y no le hizo falta que le hiciera nada. Era una flor dibujada en la piel de una florista, y ya está. Una flor y una muñeca, sin florecilla de plata, sin frío debajo. Dejó la mano quieta encima, y así se quedó, mirando el agua sin contarla, hasta que se hizo de noche cerrada.

Capítulo 33

La Almadraba, agosto de 2026

A las nueve, cuando la feria de arriba empezó a apagar sus bombillas de colores para que se vieran las de abajo, el pueblo entero echó a andar cuesta abajo hacia la playa del Chorrillo con un farol de papel en la mano.

Rocío los vio bajar desde el principio de la arena y, sin quererlo, se puso a realizarlo, que era su manera de aguantar las cosas por dentro: el plano general primero, el pueblo entrando en cuadro por la izquierda, cientos de globos de papel encerado con una vela temblando dentro, subiendo y bajando al paso de la gente como si respiraran. La Noche de los Faroles se hacía así desde antes de que hubiera memoria. Un farol por cada hombre que salió al mar y no volvió. Al soltarlos sobre el agua se decía el nombre, en voz baja, cada familia el suyo, sin micrófono y sin cura, un rezo de andar por casa que el pueblo se sabía de memoria. Los faroles no volaban: flotaban. Los dejaban en la orilla y la marea de la tarde se los iba llevando despacio, muchos puntos de luz alejándose juntos hacia lo oscuro.

Las cuatro bajaron con las manos vacías.

Eso ponía la carta, y eso les había hecho jurar Inma en la cancela: id con las manos vacías. Así que mientras el pueblo entero llevaba su lucecita, ellas cuatro bajaron sin nada, con los brazos colgando raros a los lados, y a Rocío la imagen le dolió antes de entenderla. Todo el mundo con su farol, y ellas cuatro sin traer nada, como si a ellas les tocara traer otra cosa.

Las había apuntado Martín. Él y Lucía, sin preguntar a nadie, que era como los niños de aquel verano habían ido decidiendo todo lo importante. Habían ido a la mesa de la cofradía donde se apuntaban

los nombres, y en el renglón de los faroles nuevos habían puesto, con la letra grande de Lucía, «las chicas del 7, por Nico Herrera». Cuando lo contaron en la cena, ninguna de las cuatro dijo nada. África se levantó a recoger sin que hubiera nada que recoger.

Se colocaron en la arena como el mar coloca a la gente en una desgracia: cerca y sin tocarse. Las cuatro, y en medio de las cuatro, Inma, con su carpeta de cuero abrazada contra el pecho. A un lado, Gonzalo, quieto, las manos grandes muertas a los costados. Y en su silla de anea, bajada a la arena por Gonzalo y puesta de cara al agua, Pepa —la segunda vez en todo el verano que se sentaba mirando el mar, y las dos veces por un muerto—, con Martín de pie a su vera, tan alto ya, tan de la cara de Nico que a Rocío le costaba mirarlo a contraluz de las velas. Lucía se había sentado en la arena, entre las piernas de su padre, con la barbilla en las rodillas.

A diez pasos, ni uno más ni uno menos, guardando la distancia exacta de quien sabe que aquello no es suyo esta noche, esperaban los tres hombres: Sebas con las manos en los bolsillos, Teo recién vuelto esa misma mañana, y Álvaro, que había dicho que venía por si alguien se mareaba con el gentío y no engañaba a nadie.

Por la megafonía de la feria, allá arriba, una voz cansada anunció que el ganador del jamón del concurso de tortillas pasara a recogerlo por la caseta municipal. Nadie del corro se movió. Olía a churro y a algodón de azúcar, y a mar por debajo de todo.

Y entonces, cuando en la orilla empezaron a prender los primeros faroles y la arena se puso de un cobre igual que el de las hogueras de aquel verano, Inma abrió la carpeta.

Sacó un sobre. Rocío lo conocía. Era el sobre pequeño de la caja del zócalo, el del celo amarillo, el que ponía por fuera, con la letra temblona de Remedios, «Todavía no.». Ahora el celo estaba despegado.

—Ya es «ahora» —dijo Inma, y no le tembló la voz porque llevaba un verano preparándose para no dejarla temblar—. Dentro hay dos cosas. Remedios dejó dicho el orden: primero la de él. Después la suya.

Metió dos dedos y sacó los papeles. Eran dos cosas distintas y se notaba desde lejos. Una era una cuartilla sola, de las de ahora, con

la letra temblona por los dos lados. La otra eran unos folios doblados en cuatro, amarillos de guardados, y en cuanto Inma los abrió un poco Rocío les vio la letra y supo, antes que nadie, de quién era, porque aquella letra no la había visto en su vida y a la vez la conocía: grande, redonda, echada hacia delante, de las que aprietan tanto el bolígrafo que traspasa al otro lado, letra de un chico que había escrito muy pocas veces y ninguna así.

Inma miró a las cuatro.

—Alguien tiene que leerla en alto —dijo—. Ya sabéis cómo se leen las cartas de Remedios.

Se hizo un silencio. Y en ese silencio, sin que se hablaran, las otras tres volvieron la cara hacia Rocío.

—Léela tú, Ro —dijo Marina.

No lo dijo porque le tocara. Lo dijo porque Rocío tenía la voz, y todas lo sabían, y Remedios lo había sabido antes que ninguna, hacía ya veinte años, cuando le dijo a una cría de quince que tenía voz de las que se escuchan. Rocío alargó la mano y cogió los folios, y le pesaron lo que no había pesado nada aquel verano. Le temblaban. Los abrió del todo. Buscó un plano donde meterse, un sitio de directo desde donde dar aquello sin que se le quebrara, y no lo encontró, así que respiró y empezó por lo primero, que era una fecha.

—«Veintitrés de junio de dos mil ocho. Las cinco de la tarde.»

Oyó, a su izquierda, a Marina coger aire de golpe. No la miró. Siguió.

Remedios, esto se lo dejo a usted, que es la única que sabe guardar las cosas. Déselo a las chicas cuando estén listas. Usted sabrá cuándo, que para eso las conoce mejor que ellas mismas.

Me embarco. Mañana. De mozo de cubierta en un mercante, un año o lo que salga, y pagan bien. Con eso las deudas de mi padre se arreglan y a lo mejor hasta le queda barca para cuando yo vuelva. Porque vuelvo hecho alguien, Remedios, se lo digo yo. No se lo he contado a nadie

porque me lo lloráis, y con vosotras cuatro llorándome yo no sé zarpar. Así que me voy sin avisar. Es de cobardes, ya lo sé. Pero prefiero que me lloréis cuando ya no lo vea.

Esta noche saco las nasas por última vez. La Estrella Polar *ya no es nuestra desde hace un mes, aunque en mi casa esa palabra no se dice, y mañana vienen a llevársela. No pienso dejarles el aparejo dentro para el juzgado. Salgo, subo las nasas de mi padre, y me despido de ella yo solo, que de una barca se despide uno sin público, illos.*

Y ahora una cosa para cada una, que sois muchas y todas mandáis.

Rocío: tú vuela. Tú siempre ibas a volar, se te veía de cría, así que vuela lejos y no mires atrás, que yo también he echado a volar a mi manera y no pasa nada, y no me debes nada. Vete tranquila.

Marina: cuídame el bar. Y abre los ojos con Sebas, el de Barbate, que ese te mira como yo no he sabido mirar a nadie en mi vida, y tú venga a no verlo. Míralo.

África: deja de hacerte las maletas por dentro, que te conozco. Siempre andas medio subida a un tren. Tu sitio aquí no te lo quita nadie, y menos yo. Quédate un poco, aunque sea de mentira.

Candela: eres la más valiente de las cinco, aunque enseñes los dientes para que no se note. Ves más que todas nosotras juntas. Cuida lo que está vivo, que en eso no te gana nadie. Y no cuentes tanto.

Cuidádmelas, Remedios. Que yo, desde el agua, no voy a poder.

— Nico.

Al leer en alto el renglón de Candela, Rocío vio una palabra tachada que la voz se había saltado. Rayada tan fuerte que el bolígrafo

traspasó el papel, y encima, metida en el poco hueco que quedaba, la palabra que puso en su lugar. Un chico de diecinueve años buscando la palabra exacta, y la primera no le valía. Pasó el pulgar por el dorso y notó el relieve de la raya, sin saber cuál era la de debajo.

Rocío se paró. Creyó que se había acabado. Pero debajo, más abajo del nombre, con otra tinta y la letra más deprisa, apretada, como de quien vuelve a un sitio corriendo y no se sienta a escribir, había cuatro renglones más. Tuvo que coger aire dos veces para poder con ellos. Al lado, un número.

> *23:55.*
>
> *Remedios: dile a África que sí. A todo. Que a partir de ahora seremos dos esperándola. Mañana no me embarco: mañana empiezo.*

Nadie dijo nada.

En la orilla seguían prendiendo faroles, y arriba la megafonía dio otro aviso que nadie oyó, y el mundo entero siguió pasando por delante de aquel corro sin saber lo que acababa de pasar dentro de él.

Rocío bajó los folios. No le salía la voz para más, y tampoco hacía falta. Miró a las otras tres, una por una, con el oficio de quien lleva media vida leyendo caras en un plató, y les fue viendo la absolución llegarles como llega la marea a la arena: sin ruido, cubriéndolo todo, y ya no se sabe dónde estaba la línea seca.

Marina tenía la boca abierta y no salía nada de ella. Movía los labios haciendo una cuenta, la misma cuenta que llevaba dieciocho años echando mal.

—Las cinco de la tarde —dijo por fin, muy bajo, para nadie—. Ya estaba escrita. A las cinco.

Y Rocío se la terminó por dentro, la cuenta, porque a ella se le daban los minutos. La carta era de las cinco. Lo de Marina, aquello que se le veía en la cara como un moretón viejo, había sido de noche, tardísimo. Cuando Marina abrió la boca junto a las casetas,

Nico ya llevaba horas con la maleta hecha por dentro. No lo empujó ella. No lo empujó nadie. Marina no lo mató, porque no había nada que matar que él no llevara ya decidido desde antes de comer. Rocío se lo vio entenderlo, y le vio también que aún no podía decirlo en voz alta, que eso vendría después, con las cuatro solas; pero se le fue un peso de la mandíbula, como cuando a alguien le quitan por fin un yeso de un hueso que ya estaba curado.

África se había ido doblando sobre sí misma sin que se notara, hasta quedar de rodillas en la arena, con la cuartilla imaginaria de aquel «dile que sí, a todo» apretada contra el pecho aunque no tuviera nada entre las manos. *No te pido nada, que conste.* Rocío no la oyó decirlo; no hacía falta oírlo para saber que lo estaba oyendo ella ahora, la respuesta que aquella noche se había ido sin darle. El chico que ella lloró toda la vida como el que huye no había huido: había vuelto corriendo a la casa de Remedios a las doce menos cinco a decir que sí. A todo.

Y Martín. Martín, de pie junto a la silla de su abuela, había oído lo de «seremos dos esperándola» y lo había entendido enseguida, porque no había otra cosa que entender: los dos eran él. Su padre, la última noche de su vida, con la barca perdida y el mundo entero encima, había decidido quedarse. Por él. El crío no se derrumbó. Se quedó muy quieto, muy derecho, mirando el agua, tragando, y Pepa alargó una mano desde la silla de anea y le cogió la suya sin volver la cabeza, y así se quedaron los dos, agarrados, la abuela de espaldas a su casa y de cara al mar por su hijo, y el nieto sosteniendo lo que le acababan de dar sin saber todavía dónde ponerlo. Rocío apartó la vista de ellos, que aquello no era para mirarlo.

Y le llegó la suya, la de ella, por el sitio de siempre: por los minutos.

Vete tranquila, Ro. Se lo había dicho en la roca sin que le temblara, y ella se había pasado años rebobinando aquella calma, un plano que no acababa de entender. Ahora lo entendía. Él estaba tranquilo porque él también se iba. Le decía que volara porque él ya volaba. No la retuvo, no peleó por ella, porque se iba él primero, al día siguiente, y no podía decírselo. Su calma no era desamor. Era su

secreto siendo amable. La ruptura de ella no lo mandó al mar: al mar iba de todas maneras, por su padre, aunque ella no hubiera bajado a la roca a soltarle aquel discurso de cría dura. Y a Rocío se le soltó por fin el hueso que llevaba dentro desde los diecisiete años, y por el hueco que dejó al soltarse subió una cosa rara, casi tierna: que había llorado durante años a un chico que iba a dejarla él a ella. Que los dos, aquella noche, se estaban diciendo adiós a la vez sin saberlo, cada uno con su billete escondido.

Miró los folios. «23:55.» A las doce menos cinco él había estado en el número siete, escribiendo aquello. Y ella había pasado por delante del número siete a las doce pasadas, con la luz amarilla de la cocina de Remedios encendida como todas las noches, y se había parado un segundo debajo del magnolio a decirse que lo suyo no se había acabado. Quince minutos. Dos calles. No se cruzaron por quince minutos y dos calles. Rocío se guardó esa cuenta para ella sola. A esa no le encontró plano.

Inma esperó a que el silencio pesara lo justo. Luego dijo, muy suave:

—Falta la de ella.

Rocío cambió los folios de Nico por la cuartilla temblona, y las dos letras se le quedaron un momento juntas en las manos, una encima de la otra: la del chico de diecinueve años que apretaba el bolígrafo, firme y redonda, de 2008; y la de la vieja que se moría, temblona, de este año. Dieciocho años entre un papel y otro. Leyó el segundo.

Mis niñas:

Esa noche lo vi zarpar. Desde el mirador de la Cruz, adonde subo a tomar el fresco cuando no me viene el sueño. Lo vi soltar amarras a las doce y media y sacar la barca del puerto silbando, tranquilo, como sale un hombre que ha hecho las paces con algo. No iba huyendo de nadie. Que os quede eso por encima de todo lo demás.

Y vi salir del agua a una de vosotras a la una y diez. La vi. Siempre lo supe.

Rocío levantó la vista sin querer, y la vista se le fue sola a Candela, y la de Candela ya estaba en la de ella. Candela se había llevado el pulgar a la muñeca, a la magnolia, y lo tenía allí quieto, sin contar, sin apretar. Lo de «la más valiente de las cinco» le había caído encima hacía un momento y no lo había soltado; ahora le caía esto otro. La habían visto. Dieciocho años creyéndose el único testigo de su propia noche, y había habido una vieja en un mirador, mirándola salir del agua, guardándoselo. No fue frío lo que le vio Rocío en la cara. Fue lo contrario.

Pero fue Gonzalo el que se movió.

—Espera. —Le salió ronco, y dio medio paso hacia Inma, hacia los papeles, como quien no se cree un número—. ¿Salió del agua? —Miró a Candela. Miró a las cuatro. Ató el cabo delante de todos, en voz alta, y la voz le subió—: ¿Tú estuviste en la barca? ¿Estuviste con él esa noche y en dieciocho años nadie…?

No terminó. Se le cortó solo. Y Rocío le vio hacer, en la cara, el mismo viaje que acababan de hacer ellas, solo que en tres segundos y de golpe: primero la rabia, la de un hermano al que le han escamoteado un pedazo de su muerto durante media vida; y luego, encima de la rabia, sin darle tiempo a instalarse, el vuelco. Bajó los ojos. Los subió. Y lo dijo despacio, descubriéndolo mientras lo decía:

—Entonces no salió solo. —Tragó—. Mi hermano no salió solo de este puerto. Iba alguien con él. Alguien de los suyos, de la cuadrilla, lo acompañó hasta la bocana. —Miró a Candela otra vez, y ya no había en aquella mirada nada de lo de antes—. La última voz que oyó no fue la del mar. Fue una de vosotras.

Y a Gonzalo Herrera, que no había llorado delante de nadie desde que enterró a su mujer, se le puso la cara de un agradecimiento tan raro y tan torcido que Rocío tuvo que mirar para otro lado. Le buscó la mano sin pensarlo —la de él, grande, fría— y se la apretó un instante, solo un instante, sin una palabra, y luego la soltó, porque aquello no era esta noche y los dos lo sabían.

Rocío bajó otra vez a la cuartilla. Quedaba el final.

No dije nada en dieciocho años, y os debo el porqué. Le prometí a Nico entregaros su carta cuando estuvierais listas, y no volvisteis a estar juntas ni un solo día. Su posdata guardaba un secreto que no era mío, y yo lo había jurado. Y lo intenté por las buenas cada Navidad, con una postal, y me las devolvían con las señas tachadas, o no me las devolvían siquiera. Así que me inventé todo esto. Perdonadme el rodeo de una vieja. No supe hacerlo de otra manera.

No os pedí que volvierais para llorarlo. Os pedí que volvierais para soltarlo.

— Remedios.

Rocío dobló los dos papeles juntos, el de Nico y el de Remedios, y se quedó con ellos en la mano, sin saber a quién dárselos, porque no eran de nadie y eran de las cuatro y eran de aquel chico que se había quedado en los bajos de la Perla.

En la orilla estaban ya soltando los faroles. El pueblo entero, hilera tras hilera, decía sus nombres bajito y dejaba las lucecitas en el agua, y la marea las cogía y se las llevaba, muchas juntas, temblando, mar adentro.

El de ellas lo trajo Martín. De dónde lo sacó, Rocío no lo supo —de la mesa de la cofradía, se lo habrían guardado los niños—, un farol de papel como todos, con su vela dentro, y lo puso en el centro del corro. Se acercaron las cuatro. Y sin que nadie lo mandara pusieron las manos, las ocho manos, en aquel papel encerado; y encima de las de ellas puso Martín la suya, y encima de todas, de puntillas, la de Lucía, que quería llegar. Lo llevaron entre todos hasta la orilla. Lo dejaron en el agua. Nadie dijo el nombre en voz alta, porque el nombre ya estaba dicho entero en dos papeles, pero Pepa lo dijo desde su silla, bajito, «mi niño», una sola vez, y con eso bastó.

El farol se quedó un momento quieto, y luego la marea lo cogió y lo fue juntando con los demás, un punto de luz más entre todos los puntos de luz, alejándose sin prisa hacia lo oscuro, sin distinguirse

ya de los otros hijos que aquel pueblo llevaba un siglo devolviéndole al mar.

Martín no se movió de la orilla. Tenía los dos papeles en la mano —se los había ido pidiendo a Rocío sin palabras, y Rocío se los había dado—, y los sujetaba contra el pecho, mirando irse la luz, y a Rocío le quedó claro que aquel crío iba a bajar solo a aquella orilla con la carta de su padre en las manos en cuanto los dejaran, y que había que dejarlo.

Ella se quedó atrás. Miró el agua, los faroles yéndose, el pueblo entero rezando sin saber lo que sabían las de la calle Magnolia. Buscó, por costumbre, el plano que lo contara, el que buscaba siempre, desde los quince años, para dárselo luego a alguien. Y por primera vez en su vida no lo encontró, y no le importó no encontrarlo. Se guardó las manos vacías en los bolsillos y dejó que las cosas pasaran sin ponerles palabras.

Capítulo 34

La Almadraba, agosto de 2026

Los faroles se habían ido juntando mar adentro hasta ser una sola raya de luz temblona, y luego ni eso, y el pueblo empezó a subir la cuesta de vuelta a la feria con esa prisa mansa que le entra a la gente después de las cosas. Candela los vio irse como se ve retirarse una marea: primero los de la orilla, después los del medio, al final los rezagados, dejando la arena marcada de pisadas y de ceniza.

Gonzalo plegó la silla de anea de Pepa y se echó a Lucía al hombro, dormida, con las sandalias colgándole de una mano.

—Subid cuando queráis —dijo, a nadie y a las cuatro—. La puerta de mi madre esta noche no tiene llave.

Pepa se dejó llevar cuesta arriba con una mano en el brazo de su hijo y la otra todavía cerrada sobre nada, y al pasar por delante de Candela se paró un momento.

—Cuídate esa cabeza, mi niña. —Lo decía a todo el mundo, pero esta vez lo dijo mirándola a los ojos.

Sebas fue detrás, con las llaves del bar sonándole en el bolsillo.

—El cierre lo echo yo. Vosotras a lo vuestro. —Y a Marina, sin tocarla—: A la hora que tú digas.

Álvaro fue el último de los de fuera. No dijo casi nada, que era lo suyo. Le puso a Candela una mano en el hombro, el tiempo de una palabra, y la quitó.

—Aquí abajo hace fresco de madrugada. Ponte algo.

Se subió el pueblo por la cuesta, y las bombillas de colores de la feria se los fueron tragando, y en la playa del Chorrillo, donde aquel verano habían ardido las hogueras y esa noche habían nadado los faroles, quedaron cuatro mujeres y un chico.

Martín se quedó un rato más en la orilla. Solo. Con los dos papeles contra el pecho, mirando el sitio del agua por donde se había ido la luz. Cuando por fin subió, pasó al lado de las cuatro sin una palabra, y estuvo bien que no la dijera, y se metió los papeles por dentro de la camisa, sobre la piel, a buen recaudo, como una semilla que aún no sabe dónde va a plantarse.

Entonces se quedaron solas.

Se sentaron en la arena, descalzas, con las sandalias en la mano, en un corro flojo cerca de donde había estado la mesa de la cofradía. Y sin que nadie lo mandara —igual que no había mandado nadie el farol, ni la foto de la caja, ni ninguna de las cosas que se hacían solas aquel verano— se pusieron a poner la noche en su sitio. Hora por hora. Como Candela ordenaba su vivero, por especies, que era lo único que la calmaba de verdad: cada cosa en su cuadro, con su nombre, sin mezclar.

—A las diez fue la foto —empezó África. Neutra, ordenada, la voz de traducir—. La de los cinco, con Nico en el medio. Aquella noche pensé que no había sido nada. Un momento pequeño. No pesó nada. —Tragó—. Y ahora no puedo con ella. La tengo en la repisa de arriba y le doy la vuelta cuando entro.

—Déjala derecha —dijo Candela. Bajito. Le salió sin pensarlo—. Está mejor derecha.

Y detrás de la foto fueron cayendo las demás horas, cada una la suya. Se dieron el reloj entero, pieza a pieza, cada cual su ventana de aquella noche, corrigiéndose a media voz —no, eso fue antes; a ti te vi después— hasta que no quedó un minuto suelto. Candela las oía replantar la noche a tiento, cuadrándola hasta que ninguna raíz quedaba cruzada. Y cuando estuvo puesta entera sobre la arena, entre las cuatro, por primera vez quedó fuera de una cabeza sola, y ya no la cargaba ninguna a solas.

Marina puso la suya con una media sonrisa que no era de risa.

—El hielo. Le cambié la litrona caliente por una fría, que la cerveza sola le daba acidez, y hablamos del hielo y de nada. Lo último bonito que le dije fue eso. A las menos veinte. Con una litrona.

Y ahí Marina cogió aire, y Candela supo que llegaba la suya, porque se le puso la cara de quien va a bajar el hielo a la playa sabiendo ya lo que le va a pasar al hielo.

—A las once y pico fui a por él otra vez. En caliente. Todavía con la pelea puesta. Y se lo solté. —Levantó la vista y lo dijo entero, mirando a Rocío, que era a quien nunca se lo había dicho—: «Rocío se va a Madrid en septiembre. Y no piensa decírtelo.» Eso le dije. Con la plaza de la residencia y la carpeta, todo, para hacer daño. —Le temblaba, pero no paró—. No era justicia, Ro. Era despecho vestido de faena. El que se emperra en cobrar una deuda que no le deben siempre encuentra la manera de que le parezca justa. Y en cuanto lo dije lo quise recoger, y ya no se podía. Una palabra dicha es como el hielo bajado a la playa: para cuando quieres devolverlo al arcón, ya es agua.

Rocío no dijo nada. Estaba muy quieta, con los brazos en las rodillas, y Candela le vio hacer por dentro la cuenta que ella ya tenía hecha desde aquella noche.

—Lo querías —dijo Rocío, al fin. No preguntaba.

—Desde antes que tú. Desde los catorce.

—Desde los catorce que no le cobrabas —dijo Candela.

Marina volvió la cabeza de golpe.

—¿Tú eso lo sabías?

—Yo lo sabía todo. —Candela se encogió de hombros, muy poco —. Lo tuyo, lo de Rocío, lo de África subida siempre a un tren. Lo veía. Era lo único que se me daba bien, ver lo que la gente escondía y callármelo. —Se miró la muñeca, la de la magnolia tatuada, la que dos años después de aquello se había hecho pintar justo encima de donde antes hubo un cordón—. Se me daba mejor callar que a nadie.

A Marina se le quedó la cara descuadrada, la de una cuenta a la que le sale un número que no esperaba. Que Candela, la callada, la del rincón, las hubiera tenido a las tres leídas todo el verano y no hubiera dicho jamás una palabra.

Y entonces le tocó a Rocío, y Candela la vio coger el turno con el tiento de pisar un escalón podrido.

—A las doce menos veinte bajé yo al espigón —dijo Rocío—. Y os mentí. A todas. En la hoguera dije «hasta el final, los dos», y lo repetí en casa de Pepa, delante de Gonzalo, mirándolos a la cara. Y no fue hasta el final. —Cogió aire—. Esa noche rompí con él. En la roca. Le dije que me iba a ir, que no me esperara. Rompí yo. Y me pasé dieciocho años creyendo que lo había mandado al mar de un empujón, y encima mintiendo para que nadie supiera ni siquiera que lo había empujado.

—¿Por qué mentiste? —preguntó África. Sin filo.

—Por vergüenza. —Rocío se rio hacia dentro, sin ganas—. Porque contar que rompí era contar que me creí más lista que nadie, que le solté un discurso de cría dura de «no me debes nada», y que a la vez, subiendo la cuesta, me dije que bueno, que quedaba agosto entero, que el «de momento» era una puerta que dejaba abierta. Rompí con él y no me lo creí ni yo. —Bajó la voz—. Es más fácil decir «hasta el final» que decir «lo dejé y me arrepentí antes de llegar a mi casa».

Candela la miraba. Y le vino la ermita, hacía tres días, cuando tuvo la palabra *ruptura* en la punta de la boca y la soltó como una piedra al mar para no darle a nadie con ella.

—Yo os vi —dijo Candela—. En el espigón. Abrazados.

—Lo sé. —Rocío la miró—. En la ermita pudiste decirlo. Tenías la palabra. La viste en mi cara y decidiste no decirla. Dijiste «abrazados» y me guardaste el sitio. —Se le quebró un poco—. Gracias por eso. Llevabas dieciocho años guardándote lo tuyo y todavía tuviste sitio para guardarme lo mío.

Candela no supo qué contestar, así que hizo lo que sabía: pasó la mano por la arena, la alisó, quitó una concha rota, la puso a un lado. Cada cosa en su cuadro.

Se hizo un silencio. Faltaba una hora. La última. Y las tres, sin mirarla del todo, se la dejaron a Candela, porque era la suya y porque era la peor.

—Yo cierro —dijo Candela.

Ya lo había contado casi todo en la ermita: la barca, el grito, el salto. No lo repitió. Puso encima solo lo que a las otras les faltaba para tener el reloj entero.

—Lo alcancé en el pantalán a las doce y pico. Me subí. Zarpamos a la media, lo sé por la campana. Y a mitad de agua le eché en cara todo y me le declaré, con todo lo callado saliéndome de golpe y mal. —Miró el agua negra de la bocana, allá al fondo, las dos luces todavía puestas, la verde y la roja—. Y él me dijo que yo era de su familia. Con dulzura. Que es como más hondo entra. —Tragó—. Pero lo que os tengo que decir no es eso. Es que iba contento. Todo el rato. Antes de mi grito y después. Iba ligero, silbando, pasándole la mano a la barca como a un animal viejo. No iba huido de ninguna de vosotras. Cuando salté y llegué a la playa chica y me volví, todavía silbaba. —Se paró—. Y el levante entró después. Después de que yo estuviera fuera del agua. Yo creí media vida que se lo había llamado yo con la boca, que le grité «ojalá no vuelvas» y el mar me obedeció. Y no. El mar entró a la una y cuarto y yo llevaba rato tiritando en la orilla. Se cruzaron por casualidad, como nos cruzamos todo aquella noche.

Y ahí, sin que Candela lo esperara, entendió una cosa que llevaba mal contada desde los diecisiete: que su hora no era peor que las otras. Que las cuatro habían dicho su barbaridad en el peor momento, cada una la suya, y que ninguna barbaridad había mandado sobre el mar ni sobre la carta que ya estaba escrita a las cinco de la tarde, dentro de una lonja, por un chico que había decidido quedarse antes de que ninguna abriera la boca.

Fue Marina la que lo dijo por el lado, sin nombrarlo.

—Sebas me preguntó una noche, en el bar cerrado. —Hablaba despacio, cosa rara en ella—. Me dijo: «¿Y si no tuvo la culpa nadie? ¿Lo habéis pensado alguna vez, las cuatro a la vez?» Y yo le dije que todavía no. Que todavía no podía. —Levantó la cara—. Se me quedó dentro como una raya de luz por debajo de una puerta cerrada. Sabiendo que detrás había claridad y sin atreverme a abrir. —Puso las manos en la arena—. Pues ya está. Ya la abro.

Nadie aplaudió aquello ni lo subrayó. En aquella casa, y en aquella playa, los favores se hacían por el lado, sin nombrarlos.

Marina se giró hacia Candela.

—Tú le gritaste «ojalá no vuelvas» —dijo—. Yo le dije que Rocío se iba y no se lo pensaba decir, con toda la mala idea que tenía

dentro, para hacerle daño porque a mí me lo hacía verlo con ella. Si las palabras mataran, Candela, me habría matado a mí la mía primero, que iba con más veneno que la tuya. Se murió contento. Las palabras no mandan tanto. Menos mal que no mandan tanto.

—Y mi «no me esperes» tampoco —dijo Rocío, bajito, recogiendo la suya.

—Y mi «no te pido nada» —dijo África—. Que se lo dije para que no me lo diera y me lo acabó dando por escrito, años tarde.

Cuatro frases dichas en el peor momento de una vida, puestas en fila en la arena como cuatro piedras, y ninguna de las cuatro pesaba ya lo que había pesado, porque por fin estaban las cuatro juntas para levantarlas a la vez.

El cielo, por detrás de la loma, había empezado a ponerse de un gris de ceniza mojada.

Se levantaron sin ponerse de acuerdo, entumecidas, y se fueron separando por la arena sin querer, cada una a lo suyo, como las lleva el cuerpo. Y Candela, que veía lo que la gente hacía sin darse cuenta, las vio colocarse. Rocío tiró hacia el espigón viejo, a la punta, de pie y con los brazos cruzados. Marina se quedó atrás, del lado de la plaza, donde arriba estaba la persiana verde del bar de siempre. África se acercó a las casetas de los aparejos, las manos en los bolsillos. Y ella, Candela, se encontró andando hacia donde la playa se acaba y empieza a llamarse playa chica, la más lejos, como la mañana en que hallaron la barca.

Los cuatro puntos del prólogo. Sin saberlo. Otra vez.

Pero esta vez no se fueron cada una por su cuesta.

Rocío echó a andar desde el espigón hacia el agua. Marina bajó del lado del bar. África dejó las casetas. Candela volvió de la playa chica. Cuatro que se buscaban por la arena mojada, sin prisa, y se juntaron abajo, donde la resaca dejaba el suelo espejo, las cuatro en una sola mancha, tan pegadas que ya no se sabía dónde acababa una y empezaba la otra.

Candela dio el último paso ella sola.

Metió los pies en el agua.

No había pisado el mar de noche en dieciocho años. Se lo tenía prohibido con un miedo que le subía por las corvas nada más oler el

salitre a oscuras. Y esperó el miedo, lo esperó de pie con el agua por los tobillos, contando por costumbre —una ola, dos— y se quedó sin terminar de contar, porque no vino. El agua estaba fría de madrugada y le lamía los pies y se retiraba y volvía, y no era el sitio donde se había quedado a vivir su vergüenza, ni la boca que se había tragado a Nico, ni un castigo. Era agua. Pesaba y flotaba y estaba fría, y ya está. Se apartó el pulgar de la muñeca, de la magnolia, y lo dejó caer. No le hizo falta.

A su lado, Rocío se sacó del bolsillo un papelito doblado. Candela lo conocía de vista: el de San Juan, el que la del estanco repartió en junio, el que Rocío no había quemado porque no supo nunca qué escribir en el sitio de lo que no quería que volviera. Seguía en blanco. Rocío lo miró un momento a la luz sucia del amanecer, y no escribió nada, y no lo rompió. Lo dejó en el agua, así, en blanco, y la resaca se lo llevó hacia lo oscuro con la misma calma con que se había llevado los faroles, un papel vacío mar adentro, porque ya no había nada que no quisiera que volviera, y lo que había vuelto aquella noche había venido para quedarse.

Subieron cuando ya clareaba.

Descalzas, con las sandalias en la mano, por la cuesta de la calle Magnolia, contando Candela sin querer los escalones —veintitrés hasta el portal, los mismos— y dejándolos a medio contar. En el escalón del número siete, antes de entrar, se quitaron el calzado para no meter la playa en la casa de Remedios, y cayó arena de los cuatro pares. De los de Rocío, de los de Marina, de los de África. Y de los de Candela.

Cuatro pares con arena, alineados en el escalón.

Candela se quedó mirándolos un segundo de más. Se acordaba de otra madrugada en aquel mismo felpudo, tres pares con arena y el suyo limpio, ella la única que no había pisado la playa, la que se subía siempre antes de que la noche se pusiera negra. Ya no. El suyo tenía arena esta vez, y salitre en los tobillos, y la playa chica pegada a las plantas de los pies.

Entraron a la cocina, que era donde se acababa todo en aquella casa. La luz amarilla estaba puesta, la de siempre, la que Remedios dejó dicho que se quedara encendida por si la última en subir la

necesitaba. Y por primera vez en todo el verano no subía ninguna la última: subían las cuatro a la vez.

Marina puso agua a hervir por hacer algo con las manos. Fuera empezaban los primeros pájaros, y allá abajo un motor de barca de bajura salía a la faena del domingo, ajeno del todo, y estaba bien que fuera ajeno.

—Habría que dormir algo —dijo África, sin moverse.

—Ya dormiremos muertas —dijo Marina, y se le escapó la risa por la puerta de atrás, la primera de la noche—. Ya lo diría Inma, que velar por las nuestras también es dormir.

No durmieron. Se quedaron a esa luz, alrededor de la mesa, hasta que amaneció del todo sobre el puerto, y a la cabecera, la que llevaba tres meses vacía, no se sentó nadie, pero por primera vez no dolía verla así: dolía como duele un sitio que alguien guardó a propósito, y no como un hueco.

Capítulo 35

La Almadraba, septiembre de 2026

Septiembre entró en La Almadraba de un día para otro, como entran las cosas en los pueblos: sin avisar y notándose en todo. La luz se puso más baja y más de oro, los veraneantes fueron soltando las casas, y en la plaza volvió a caber la gente de siempre. La del estanco, que llevaba tres días repartiendo la crónica oficial de la Noche de los Faroles a quien pasara por el mostrador, se la soltó a Rocío el martes por la mañana, entera y equivocada, mientras le cobraba el periódico.

—Que soltasteis un farol por el pobre Nico Herrera, mi arma, que ya era hora, con lo que lo queríais las cuatro. —Bajó la voz, aunque no había secreto que bajar—. Y dicen que la Benítez se echó a llorar como una Magdalena. Cosas de la juventud, que la vida es larga.

Rocío cogió el cambio y no la corrigió. No se podía. El pueblo tenía media historia y la contaba completa, poniéndole de su cosecha lo que le faltaba, como hace siempre con lo que no sabe del todo; y aquella media historia bien contada les iba a servir de verdad durante otros dieciocho años, y a las cuatro las dejaba en paz, que era lo que hacía falta. Solo que a Candela le habían puesto lágrimas de más y motivos de menos, y eso a Rocío le costó tragarlo con el buenos días.

En el móvil llevaba desde el sábado un mensaje de Quique sin contestar. *Ro, el de la renovación pregunta. Necesitan tu firma antes del 15. ¿Bajo yo o subes tú?* Lo miraba tres veces al día y lo cerraba sin verlo, con el pulgar, con el gesto de quien aplaza una llamada que sabe que va a doler. Once temporadas. La edición de noche. Su sitio. En septiembre firmaba, como firmaba cada septiembre, y este

septiembre el papel seguía sin abrir en la bandeja de entrada, torcido como el Audi junto a la cancela.

El jueves, en la cancela justo, Gonzalo le dijo la frase más larga que le había dicho en toda la semana.

—Mañana salgo a la mar. —Se quedó mirando la calle, no a ella—. A las cinco y media, si quieres. Sin la niña, esta vez.

No lo mandaba Lucía. Lo decía él, por su boca, que era otra clase de cosa.

Estaba a las cinco y veinte en la plaza.

o o *

El *Salvador* olía a lo mismo de julio, a mar viejo y a nasa, y salieron de la bocana con el pueblo negro a la espalda y el cielo despintándose por el este igual que aquella otra vez. Rocío se puso el chaleco naranja sin que se lo dijera. Se sentó donde sabía. Y cuando el amanecer los pilló fuera, con la costa hecha una raya de luces, no buscó el plano. Miró el sol salir del agua y se dejó. Le estaba costando menos que en julio dejar las cosas sin doblar.

Él fue a la faena. Y a media marea, sin avisar, aflojó el motor pegado a la rompiente blanca que se quebraba sola en mitad de la nada.

—Los bajos de la Perla —dijo, como leyendo el parte.

En julio, en aquel mismo sitio, Rocío había cerrado la boca con un corte seco y había bebido café para tener las manos ocupadas. Se había pasado dieciocho años pasando por delante de aquello por dentro sin contárselo a nadie. Ahora el sitio era el mismo y ella no.

—Tengo que contarte una cosa —dijo—. Aquí. Que es donde toca.

Gonzalo dejó el cabo. No dijo nada. Puso las manos quietas sobre las rodillas, que en un hombre de manos como aquellas era ponerse a escuchar con el cuerpo entero.

—Aquella noche rompí con él. —Lo soltó de una, del modo en que se dan las peores noticias, sin música—. En el espigón viejo, tarde. Le dije que me iba a ir, que no sabía cuándo, que no me esperara. Una ruptura de cría dura, de las que se hacen para no llorar. Y él no peleó. Me dijo «vete tranquila, Ro», sin que le temblara, y yo me

pasé la vida sin entender aquella calma. —Tragó—. Ahora la entiendo. Se iba él también, al día siguiente, y no podía decírmelo. Nos estábamos despidiendo los dos a la vez y ninguno lo sabía.

El motor ronroneaba flojo. Un charrán pasó bajo y se fue.

—Delante de la hoguera, en junio, y en tu casa, delante de tu madre, dije otra cosa. Dije «hasta el final, los dos, nadie lo supo». Y era mentira. —Le sostuvo la mirada, que le costó lo que no está escrito—. Os mentí a todos. Y a ti el que más, que eras el que más derecho tenía a la noche entera. En la lonja, cuando me preguntaste qué más sabía, me la callé. Porque para defenderme tenía que abrirte esto, y no supe hacerlo delante de Pepa y con la foto de Nico en la mesa. Así que me quedé callada y dejé que me lo echaras encima.

Gonzalo bajó los ojos al agua. Los subió. No había rabia; después de la carta ya no quedaba rabia que valiese, y él lo sabía mejor que nadie.

—Entonces esa noche él estuvo en casa de Remedios. —Lo iba atando despacio, en voz alta—. La posdata. Las doce menos cinco.

—Y yo pasé por delante del siete a las doce y diez. Con la luz de la cocina encendida. —Se lo dio. Lo que no le había dado a nadie, lo que se había guardado para ella sola porque no le encontraba plano —. Quince minutos, Gonzalo. Y dos calles. No nos cruzamos por quince minutos y dos calles.

Él se quedó con aquello un rato largo, mirando la rompiente. Cuando habló, lo hizo bajito.

—Quince minutos. —Movió la cabeza una vez, con el gesto de quien recibe un peso y lo acomoda—. Mi hermano tuvo suerte de que fueras tú la última de vosotras con la que habló en tierra. Aunque le dijeras adiós. Peor habría sido nadie.

Y ahí Rocío puso la última cosa, la suya, la que no venía a pedir perdón sino a decirse en voz alta por fin.

—No te voy a pedir perdón por haberlo querido. —Miró los bajos, no a él—. Lo quise con diecisiete años y era verdad. Y esto de ahora, lo tuyo, también es verdad, y no es una deuda que le pague a él contigo, ni un premio de consolación, ni nada de lo que pensaste en la lonja. Son dos cosas verdaderas con dieciocho años en medio. Te

besé yo, sí. Y no fue por Nico. Fue por ti. Eso es lo único que no era mentira de todo el verano.

Gonzalo tardó en contestar. Metió motor, dejó los bajos a popa, y solo cuando la rompiente ya no se oía, dijo lo suyo, que era corto porque él era corto.

—Lo de «no sé cuál de todas me duele más». —Apretó la mandíbula—. Aquello estuvo mal dicho. Retíralo tú por mí, que a mí no me sale.

—Retirado.

—A Elena la quise entera —siguió, la vista al frente, apilando cabo sin necesidad—. Doce años. Y no me quita sitio para esto, ¿sabes? Creía que sí. Creía que querer a una era hacerle un feo a la otra. Y no. Los muertos que uno quiere bien no estorban. Los que estorban son los que uno dejó a medio querer. —Una pausa de tres palabras contadas—. A ella la quise entera. Por eso puedo.

Rocío se acordó de julio, de aquel «vengo al mar a descansar de echarla de menos». Ahora el mar era otra cosa. Ahora en el mar se le podía sentar alguien al lado.

o o *

Atracaron a media mañana en el pantalán chico, el mismo del casi-beso de julio, del que ella había huido con una prisa inventada y un cajón de pulpo contra la cadera. Esta vez no se movió. Gonzalo amarró, y en vez de pasarle un cajón se metió en la caseta y salió con una cosa pequeña en la mano.

—Espera. Que hay más.

Era un MP3. Uno de aquellos de antes, chiquito, con la carcasa gris arañada de haber vivido en un bolsillo, y los auriculares enrollados alrededor con una vuelta apretada de hace años. A Rocío se le paró el aire de golpe, sin ruido.

—Mi madre lleva desde el sábado abriendo cosas de él —dijo Gonzalo, y le costaba, se le notaba que le costaba—. Una caja de zapatos que tenía en lo alto del armario. Dieciocho años sin tocarla. Y ha salido esto, entre unas fotos y una navaja. —Se lo tendió—. Nadie sabe qué canción es. Ni de quién. Se me ha ocurrido que a lo

mejor tú… No sé. Que era suyo, y tú eras suya, así que igual es más tuyo que nuestro.

Rocío lo cogió con las dos manos. Pesaba lo que pesa nada y le pesó como los folios de la carta.

—Escucha esta, que la he grabado para ti. Bueno, para… la he grabado.

No lo dijo en voz alta. Le vino él entero, con diecisiete años, detrás de las casetas de la feria, atado a ella por un cable de medio metro, buscando una palabra que no acabó de decir. La de Melendi. La privada. La que no era himno de nadie, ni de la cuadrilla, ni del pueblo: la de ellos dos y ya está.

Apretó el botón. No se encendió. Claro que no se encendió: era una batería de 2008, muerta desde hacía años, y menos mal, porque si aquel trasto hubiera arrancado con la cancioncita saliendo del auricular Rocío no sé qué habría hecho allí, de pie en el pantalán. No hacía falta. Se sabía la canción entera sin oírla. La llevaba puesta por dentro desde una feria, y no había batería que se la quitara ni que se la devolviera.

—¿Sabes cuál es? —preguntó Gonzalo.

—Sé cuál es.

—¿Me la dices?

—No. —Se lo dijo sin dureza, cerrándole los dedos sobre el aparato un segundo y volviéndoselos a abrir—. Esa me la quedo yo. Que para algo era mía.

Gonzalo asintió, que era lo que hacía con lo que no entendía del todo pero respetaba. Y Rocío se guardó el MP3 en el bolsillo del pantalón, contra la cadera, en el mismo sitio donde en julio había llevado el cajón, y no lloró. Ya había llorado a Nico lo suyo, aquella tarde de mayo en Madrid con el teléfono en la mano. Esto de ahora no era para llorarlo. Era para guardarlo.

o o *

Contestó a Quique el viernes por la noche, en el patio, con los cuatro esquejes en fila y la magnolia grande quieta encima.

No firmaba. Se lo dijo así, en dos frases, como había roto con Íñigo, igual que se cortan los directos que se van de tiempo. Que negociaran: unas colaboraciones, una corresponsalía de costa, lo que hubiera; que ella la cara se la ponía a la cámara cuando hiciera falta, pero desde abajo. Y que tenía una idea suya entre manos —contar las cosas que no caben en dos minutos de informativo, las de un pueblo, las de la gente que se queda—, una radio de las de verdad, y que la iba a hacer con o sin cadena. Lo de la radio se lo debía a una cría de nueve años con un cepillo por micrófono, pero eso no se lo dijo a Quique.

No lo hacía por Gonzalo. Eso lo tenía claro, y lo tenía claro porque Gonzalo no se lo había pedido. Ni una vez. Ni en la barca, ni en el pantalán, ni con la mano en la muñeca. El hombre que no soltaba nada tampoco tiraba de nada; y por eso, justamente por eso, podía ella quedarse sin que pareciera que se rendía. No se quedaba por un hombre. Se quedaba por la casa, y por las tres, y por el pueblo, y por la niña, y por una voz que llevaba once temporadas retransmitiendo la vida de los demás y quería, por fin, contar algo desde dentro. La que se fue estaba aprendiendo a irse solo a medias, que era la única manera decente de irse.

o o *

El sábado cenaron en el siete, que Pepa mandó a Gonzalo con la niña «que la casa se les cae encima a los dos solos», y trajo una fuente de la que no cabía. Lucía se sentó pegada a Rocío, sin preguntar a nadie, y le fue robando aceitunas del plato con esa desvergüenza suya de los nueve años; la cabecera de Remedios se quedó vacía, como todo el verano, que esa aún no le tocaba a nadie.

A los postres, con la boca llena de flan, Lucía dejó la cuchara y miró a Rocío de frente, con esa lógica intacta suya.

—Oye. —Entornó los ojos, igualita que su padre, igualita que Nico en la foto de la barca—. ¿Tú vas a ser mi algo?

Se hizo un silencio en la mesa. Marina paró de recoger. Gonzalo se quedó con el vaso a medio camino.

Rocío podía haber dicho muchas cosas grandes, y ninguna le habría cabido a la niña por la boca. Así que la hizo pequeña, del tamaño de Lucía.

—Voy a ser una que se queda —dijo—. Y que te enseña lo de la radio. Y que baja a la marea cuando tu padre me lleve. Ya iremos viendo cómo se llama eso. ¿Te vale de momento?

Lucía lo pensó el tiempo de otra cucharada.

—De momento —dijo, que era una palabra que en aquella casa venía de lejos.

Se fueron ya de noche. Gonzalo bajó el último, en el escalón, y le buscó la mano a Rocío en la oscuridad de la cancela; se la cogió de la muñeca entera, no de los dedos, como se agarra a la gente que se puede caer al agua, y no para subirla a ninguna barca. Para que no se fuera esta vez. Y esta vez Rocío no se inventó ninguna prisa.

Subió tarde. En la mesilla, junto al despertador, había dejado el MP3 de la carcasa arañada, con los auriculares enrollados como los había traído. No se encendía y no hacía falta. Apagó la luz, y en lo oscuro, bajita, sin batería y sin cable y sin nadie que la oyera más que ella, le sonó la de Melendi entera, de principio a fin, como la noche que se la grabó un chico que no supo terminar la frase.

Capítulo 36

La Almadraba, septiembre de 2026

África había cogido aquel autobús mil veces, o uno igual en otro sitio, con otra chapa de otra compañía en el frontal, siempre para lo mismo: llegar, traducir, irse antes de que el sitio se le hiciera dirección. Aquel domingo iba a Málaga por primera vez en su vida a un sitio del que no pensaba irse del todo, y llevaba en el regazo, en vez de la mochila del oficio, una bolsa de tela con dos tuppers que le había subido Pepa la noche antes al número 7 con la solemnidad de quien entrega un salvoconducto.

—Tortillitas de camarones y unas papas aliñás —le había dicho Pepa en la cancela, tapando la bolsa con un paño, con el cuidado que se le pone a lo que importa—. Que en Málaga el pescado lo fríen de otra manera, hija, y no quiero yo que el niño pase el domingo sin probar lo suyo. Por si acaso.

El «por si acaso» de Pepa era un tratado entero. Por si acaso en Málaga no daban de comer bien; por si acaso la paella salía sosa; por si acaso el chico, en una mesa que no era la de la lonja, echaba de menos algo que ni él sabía que era suyo. África llevó los tuppers en las rodillas las tres horas de curvas, con Martín dormido contra la ventanilla a su lado, la cara de Nico rendida sobre el cristal y una gota de baba de crío que a los diecisiete no se pierde del todo, y pensó que era la primera vez que transportaba comida en lugar de palabras y que pesaba más.

Los Navas vivían en un tercero con terraza en un barrio de casas bajas al este de la ciudad, donde el mar se veía a trozos entre los tejados y olía distinto, a otra sal. Abrió Charo. Cincuenta y pocos, menuda, el pelo teñido de caoba y unas gafas colgando de un cordón sobre el delantal, y detrás, en la terraza, Paco de espaldas

ante una paellera del tamaño de una rueda de tractor, con la caña de la garrafa en una mano y la cara de concentración de un hombre que lleva tres días pensando en aquel arroz. Se llamaban así, Charo y Paco, y lo declararon los dos a la vez en la puerta, «Charo», «Paco», como si África pudiera necesitar subtítulos, y ella lo agradeció, porque los necesitaba.

Lo difícil de aquella mesa no fue el dolor. Fue cómo se llamaba cada uno.

Martín decía «mamá» y era Charo, y lo decía sin bajar la voz ni pedir perdón con los ojos, «mamá, ¿dónde has puesto mi cargador», «mamá, que África no ha probado el gazpachuelo», y África, que había dicho ella misma en un patio de La Almadraba que la madre de aquel chico era su madre y que ella no venía a quitarle nada a nadie, oyó ese «mamá» quince veces en dos horas y no le dolió ninguna. Decía «papá» y era Paco. Y a ella la llamaba «África», a secas, porque el nombre de madre no se fuerza y ninguno de los dos, ni el chico ni ella, tenía prisa por ponerle a aquello un cargo que todavía no había crecido. Charo, en cambio, no supo cómo presentarla cuando una vecina asomó por la escalera a pedir sal. Se quedó con la boca abierta un segundo, buscando la palabra, «esta es…», y como no la encontró, dijo la verdad, que era más corta:

—Es la madre de Martín. La de antes. —Y luego, bajando la voz, solo para África—: Perdona, hija, que no me sé todavía el idioma este.

—No pasa nada —dijo África—. Yo me dedico a eso y tampoco lo tengo.

Comieron en la terraza, con la paella en el centro y, al lado, destapados, los dos tuppers de Pepa, que Charo había sacado a la mesa sin que nadie se lo pidiera, de manera que las dos cocinas quedaran a la misma altura del mantel. Las tortillitas de camarones de una abuela de Cádiz que no estaba, al lado de la paella de un padre de Málaga que sí. Paco probó una y cerró los ojos.

—Dile a la señora Pepa —le dijo a Martín, muy serio— que su servidor se rinde con las tortillitas. Que yo hago un arroz, pero esto es otra liga.

Y fue entonces, cuando ya se reían los cuatro y el arroz iba por la mitad, cuando África vio el gesto y se le paró el tenedor en el aire.

Martín, sin mirar lo que hacía, hablando de otra cosa, había ido apartando con la cuchara el trozo tostado del fondo de la paellera, el socarrat, la parte que se pelea en toda mesa, y en vez de comérselo lo había puesto en el plato de ella. En el de África. Sin decir nada, como quien pasa la sal. Y siguió hablando.

Ella conocía ese gesto. Lo había visto dos veces en su vida y las dos las tenía guardadas. Se lo había visto a Nico en una feria de mayo, empujándole a su padre el mejor cacho de la fuente por encima de la mesa sin que Salvador se enterara. Se lo habían contado de Gonzalo, que a Lucía le sacaba las espinas de la caballa una a una y le dejaba el lomo limpio en el borde del plato. Acercar la comida a quien se quiere, sin nombrarlo. Era un gesto de los Herrera, de una casa junto a una lonja donde el cariño no se decía porque se ponía en el plato. Y aquel chico que nunca había conocido a Nico, que se había criado a trescientos kilómetros de la lonja, en la terraza de Paco y en la cocina de Charo, hacía el gesto exacto, letra por letra, porque los Navas lo habían criado en el mismo idioma sin saber que era el mismo. Dos familias que no se habían visto nunca, hablándole al chico la misma frase muda desde dos cocinas distintas. Y él, bilingüe sin enterarse, apartándole el socarrat a una mujer a la que llamaba por su nombre.

África era la única en aquella terraza que sabía lo que acababa de traducir. Se comió el trozo tostado y no dijo de dónde le venía al chico aquella costumbre, porque hay cosas que no se explican en la mesa, y menos con la boca llena.

○ ○ *

Fregaron entre las dos, Charo y ella, después de que Paco se echara en el sofá con la barriga al aire y Martín bajara a enseñarle el pueblo a un amigo del instituto. La cocina era pequeña y estaban las dos hombro con hombro, una lavando y otra secando, que es la postura en la que las mujeres se dicen las cosas de verdad, mirando al fregadero y no a la cara.

—En los papeles de entonces ponía que lo tuviste una hora en brazos antes de firmar —dijo Charo, de pronto, sin dramatizar, con un vaso en la mano—. Lo leí muchas veces, ¿sabes? Los primeros años. Una hora.

África no contestó. Aquella hora no cabía en ningún idioma y no la iba a meter en aquella cocina. Siguió secando el plato que ya estaba seco.

—No te lo digo para removerlo —siguió Charo—. Te lo digo porque yo lo he tenido diecisiete años, y a lo mejor te crees que vienes tú aquí a que te midan. —Cerró el grifo—. Y no. En esta mesa cabemos las dos, hija. Un niño no se gasta porque lo quieran de más. Se gasta de lo otro, de que no lo quiera nadie, y de eso a este no le va a tocar. —Le puso el vaso en las manos, mojado—. Tú lo trajiste al mundo eligiéndonos a nosotros, que eso me lo contó la de la mediación, lo de las carpetas, que te leíste medio Málaga hasta dar con la casa. Menuda intérprete. Nos elegiste bien.

África se quedó con el vaso mojado entre las manos y con la garganta cerrada, ella que se ganaba la vida sin que se le cerrara nunca, y solo pudo decir, muy bajo, lo único que le salió del derecho:

—Lo habéis criado de maravilla, Charo.

—Lo hemos criado los dos y lo hiciste tú. Las dos cosas. —Charo se secó las manos en el delantal—. Deja de darle vueltas, que las madres somos muchas y el crío es uno. Anda, coge otro paño.

Volvió a La Almadraba de noche, ella sola, en el último autobús, porque las noventa y dos noches seguían contándose y a la cama de Remedios había que volver a dormir. Martín se quedó en su casa, con su mamá y su papá y su cargador, empezando el instituto el lunes. En la parada, antes de subir ella al autobús, el chico le dio dos besos torpes y le dijo:

—Ven en Navidad, África. Que Charo hace un potaje que no veas.

Lo dijo con las aes abiertas de Málaga, las del sur, redondas, y a ella el nombre le sonó como no le sonaba desde que se murió la única persona que lo pronunciaba así, en una cocina de luz amarilla, con las mismas aes. En Bruselas era madame Soler. Allí, en aquella parada, con el chico diciéndolo, volvía a ser África entera, con todas

sus letras del sur puestas. No dijo nada. Subió al autobús antes de que se le notara.

o o *

El martes por la mañana abrió el portátil en la mesa de la cocina y sacó el formulario que llevaba empezado desde marzo.

Lo había rellenado en primavera, antes de todo esto, en una noche de Bruselas de esas en que se decidía a cambiar de vida y no cambiaba. Solicitud de excedencia voluntaria. Los campos estaban puestos hacía seis meses; solo faltaba lo de siempre, lo único que a ella se le atragantaba: darle a enviar. Llevaba años dejando el cursor encima de los botones. El de aquella web de búsqueda que se autocompletaba sola en el idioma que tocara, con «empezar» debajo del dedo y el dedo sin bajar, dieciocho años. Ese no había tenido que pulsarlo, al final, porque el chico había llamado él a la puerta sin que ella abriera ninguna; se lo había ahorrado Remedios. Este otro sí era suyo. Este lo daba ella.

Le dio a enviar. Salió una barra, y un mensaje, «su solicitud ha sido registrada», en las tres lenguas de la casa madre, y ya está. Bruselas quedaba en pausa: el piso pequeño cerca de la estación, las cabinas, el pinganillo, la lengua que entraba por un oído y salía por otra boca sin pasar por el corazón. Todo aquello seguía allí, esperándola para que fuera a cerrarlo cuando tocara, después de la firma de septiembre. Pero por primera vez la casa a la que iba a volver no era esa. Era esta, la de la cuesta, la de la cabecera vacía.

o o *

Teo apareció el jueves por la tarde a dar la obra por acabada de verdad, con el nivel y la caja de herramientas y la cara del que viene a despedirse de una casa. La recorrió entera pasando el pulgar por las vetas de las vigas, su gesto de siempre, comprobando que lo suyo aguantaba. La azotea rematada, el baño de abajo, el zócalo del escondrijo tapado como si nunca hubiera guardado dieciocho años

dentro. La casa estaba nueva y era la misma, que es lo más difícil de dejar una obra: que no se note quién la ha tocado.

—En octubre empiezo lo de Huelva —dijo él, en el pretil de la azotea, con el faro todavía apagado porque no era la hora—. Un cortijo. Seis meses de andamios, por lo menos.

—Yo en octubre no sé dónde estaré —dijo África—. En excedencia. Es lo primero que no sé desde hace dieciocho años.

Le contó, en tres frases, lo que le había callado en aquella misma azotea la noche que se lo contó todo: que la versión buena, la que le dio entonces, tenía un hueco; que Rocío había roto con Nico esa noche en el espigón, que lo que parecía una huida no lo había sido, que al final la carta de Nico las había soltado a las cuatro de una culpa que ninguna debía. No lo volvió a narrar entero, porque ya era historia de todos y las cosas comunes se dan en resumen. Teo la escuchó rascando una gota de pintura del pretil con la uña, sin medir la puerta, como no la había medido nunca.

Y entonces África hizo lo contrario de lo que había hecho toda la vida. Ella, que no se quedaba en los sitios, le pidió a un hombre que no se estuviera quieto un sitio donde escribirle.

—No te pido raíces, Teo. —Lo dijo mirando el puerto, con la voz baja, la que baja cuando importa—. Ni te pido que te plantes en un pueblo, que ni tú sabes ni yo tampoco. Te pido una dirección postal. Un sitio fijo donde mandarte algo y que no me lo devuelvan con «destinatario desconocido». Llevo media vida siendo eso, la que se devuelve. Quiero mandar una carta y saber dónde cae.

Teo dejó de rascar la pintura.

—Una dirección postal —dijo— te la levanto yo en un fin de semana. Es de lo poco que hago que se queda quieto donde lo pongo. —La miró—. El cortijo tiene cuatro paredes y un buzón de hierro colado que no le he tocado a propósito. Te apunto las señas antes de irme.

Abajo, en el patio, se oía a Rocío al teléfono negociando con un tal Quique su salida de Madrid, «colaboraciones sí, la firma de temporada no, Quique, que ya te he dicho que no»; en la plaza estaría Marina cerrando la barra del Espigón un jueves de septiembre con menos gente y más paz; y Candela, que andaba

mejor, regaba ahora el poyete a la luz del día, con el cumpleaños encima sin que nadie se atreviera todavía a nombrarlo. La casa entera seguía a lo suyo, cada una en su idioma.

África subió a acostarse la última, apagó la luz amarilla por si alguien la necesitaba y no la necesitó nadie. En el portátil, cerrado sobre la mesa, dormía el «su solicitud ha sido registrada». En la mesilla, la correa abierta, el reloj marcaba una hora que ya no la llevaba a ningún aeropuerto. Se durmió con la muñeca desnuda, del lado del puerto, con las aes del sur de un chico de Málaga todavía puestas en el oído, diciendo su nombre entero.

Capítulo 37

La Almadraba, de 2008 a 2026

A las siete de la tarde del veintitrés de junio, Nico Herrera llamó a su puerta con un sobre en la mano y la cara de quien ha tomado una decisión grande y viene a dejarla en sitio seguro.

Remedios lo hizo pasar a la cocina, porque a Nico se le hacía pasar a la cocina desde que tenía seis años y venía a que le pusiera mercromina en las rodillas, y le cortó un trozo de bizcocho del que tenía empezado en la encimera. El chico no lo tocó. Aquello ya le dijo bastante: un muchacho de diecinueve años que no le entra al bizcocho es un muchacho que trae algo dentro que no le deja hueco.

—Guárdemela usted —dijo, y puso el sobre en el hule, entre los dos—. Para ellas. Cuando estén listas. Usted sabrá cuándo, que las conoce mejor que ellas mismas.

Y después, de pie, con la gorra en las manos, le contó lo demás: que al día siguiente se embarcaba en un mercante, un año, o lo que saliera, para arreglar las deudas de su padre; y que esa misma noche iba a sacar las nasas de la *Estrella Polar* por última vez, porque la barca ya no era de ellos desde hacía un mes y por la mañana venían a llevársela. Lo dijo del tirón, sin dramatismo, con el aire del que deja las cuentas hechas antes de un viaje.

Remedios cogió el sobre y lo metió en el bolsillo del delantal. No prometió nada en voz alta, porque las cosas de guardar no se prometen, se guardan. Toda su vida había sido eso. «Se lee y se devuelve», ponía de su puño en la primera hoja del *Matilda* de la biblioteca del aula. Cosas que la gente le dejaba y que ella devolvía a su hora, ni antes ni después.

Y ya tenía la mitad de aquello en las manos sin que él lo supiera. Desde el día veinte, desde una tarde detrás de la iglesia con una cría

alta vomitando el miedo contra la pared. Así que cuando Nico habló, Remedios oía dos historias en una sola boca y se callaba la que no le tocaba.

Se acostó tarde, como siempre, con la luz amarilla de la cocina encendida por si acaso. A las doce menos cinco lo oyó volver corriendo cuesta arriba. Le abrió antes de que llamara. Venía otra vez, sin resuello y con una alegría que le partía la cara en dos, a pedirle el sobre de vuelta un momento. Lo abrió en el hule, escribió cuatro renglones deprisa por detrás y se los leyó él mismo, en voz baja, sin creérselo del todo: que le dijera a África que sí, a todo; que a partir de ahora serían dos esperándola; que mañana no se embarcaba, que mañana empezaba.

Y a Remedios se le juntaron las dos piezas en las manos, la del día veinte y la de aquella noche, y encajaron con un ruidito limpio que solo oyó ella. Le dio un beso en la frente al chico y lo mandó para el puerto, que tenía faena. Cerró la puerta contenta. Contenta de verdad, hay que decirlo, porque es lo único que importa de aquella noche: se acostó feliz por ellos dos.

Poco después oyó unos pasos bajo el magnolio. Unas chanclas que se paraban un momento al pie del árbol y seguían cuesta arriba. No se asomó. En San Juan la calle Magnolia era un ir y venir hasta el amanecer, y ella no era guardia de nadie.

No le venía el sueño, y subió al mirador de la Cruz a tomar el fresco, que era lo que hacía cuando no le venía. A las doce y media lo vio soltar amarras y sacar la barca del puerto silbando, tranquilo, la lucecita de proa apuntando a la bocana. Un hombre que ha hecho las paces con algo sale así al mar. Se quedó un rato más, por gusto. Y a la una y diez vio salir del agua, en la playa chica, una figura pequeña que se quedó un momento en las piedras y luego echó a andar hacia las casas. No supo quién era ni qué hacía allí una criatura a esas horas, y le entró el frío de no saber, ese que no calienta ninguna rebeca. Pensó que sería algún chiquillo de la verbena bañándose de noche. Se bajó a la cama.

Al amanecer no aguantó más en las sábanas. Bajó ella a la playa chica, con el frío todavía puesto, a mirar dónde había mirado desde arriba. Entre dos piedras, en el sitio justo, había una florecilla de

plata que no era plata, de las de dos euros de la feria, con un cordón de cuero reventado. La recogió. La conocía: era de muñeca de niña, y de niña la había visto ella en una muñeca concreta. Se la guardó en el otro bolsillo del delantal, y ya no fue capaz de dejar de saber lo que aún no sabía.

Cuando Chano entró en el puerto gritando el nombre de una barca, Remedios ya estaba en lo alto de la calle. No miró el mar. Miró a las niñas, una por una, repartidas por la arena como no las había visto nunca, y las fue contando por dentro con la costumbre de cuarenta años de lista. Estaban las cuatro. Faltaba un nombre. Se metió las manos en los bolsillos del delantal —en uno la carta, en el otro la flor— y bajó a poner agua a hervir, que era lo que sabía hacer con las manos cuando ya no se podía hacer nada.

o o *

Aquel verano las llamó a merendar. Fue por las cuatro casas diciendo lo de siempre, «mañana os venís al siete, que he hecho bizcocho», y subieron. Pero en vez de meterse en la cocina se quedaron en el patio, de pie entre los esquejes, cada una tocando algo que no hacía falta tocar. Y Remedios, que tenía la mesa puesta y el bizcocho cortado, se quedó detrás del cristal de la cocina y no bajó.

No bajó, y ha tenido dieciocho años para arrepentirse y no se ha arrepentido, porque lo pensó bien allí mismo, con la mano en el bolsillo del delantal y el sobre de Nico dentro. La carta decía «cuando estén listas», y no lo estaban; se lo estaba viendo en la cara a las cuatro. Y en el sobre, debajo del nombre del chico, había cuatro renglones que contaban lo de África sin permiso de África, y a África le había jurado en aquella misma cocina que aquello no salía de allí hasta que ella dijera. Bajar era romper una de las dos cosas. Así que las miró echar cada una su llave a una puerta distinta, cuatro puertas, y se quedó del lado de dentro del cristal, dándoles su rato. No estaban listas. Ni ella tampoco.

A África se la llevó a Sevilla en septiembre, a casa de una prima suya que no preguntaba, con la coartada del curso en el extranjero

que se inventaron entre las dos. El niño nació en marzo, y Remedios lo tuvo en brazos lo que hubo que tenerlo, ni un minuto más, porque aquello no era suyo. La cría lo dio en adopción con la cabeza fría y el corazón hecho pedazos, que es la única manera de darlo bien, y en un papel del expediente puso un nombre para el día que el niño, de mayor, quisiera saber de dónde venía: el de Remedios. La única del mundo que sabía las dos puntas del hilo.

Y lo intentó por las buenas, año tras año. Cada Navidad se sentaba a la mesa camilla con las postales del estanco, las del abeto y la purpurina, y les escribía a las cuatro, a cada una la suya, buscándoles las señas nuevas por donde podía. Le volvían. «Devuelto al remitente. Destinatario desconocido», con las señas viejas tachadas, pisos que ya no eran de nadie, una ciudad de fuera con un idioma que ella escribía despacio, aplicada, como una alumna. Algunas ni las echaba: las escribía y se quedaba con ellas en la mano, sabiendo que no había buzón para aquello. Las ató con una goma y las guardó en el cajón hondo del aparador, esperando una dirección que no cambiara.

o o *

Se murió Salvador Herrera en el once, del pecho, y Remedios fue al entierro con la carta en el bolsillo, como iba a todas partes por si acaso, y volvió con ella, como volvía siempre. Al padre de Nico le habría tocado saberlo, que su hijo salió al mar por él. No se lo dijo. No era de él aquel papel; era de las cuatro, y las cuatro andaban esparcidas por el mapa como los esquejes del patio, cada uno con su reloj.

El pueblo hizo lo que hace el pueblo, que es seguir. San Juan volvió a ser San Juan; a los pocos años ya decían «el pobre Nico Herrera, que en paz descanse» sin bajar los ojos, y estaba bien que así fuera. Marina heredó el taburete del Espigón y desde allí se enteraba de todo, y de casi nada. Rocío daba las noticias por la tele, y Remedios se compró unas gafas nuevas para verla en el ordenador que le puso el sobrino, porque en la televisión de la casa no le entraba aquel canal; la veía dar el parte del mundo entero con la voz

que ella le había enseñado a no dejar temblar, y le hablaba a la pantalla como una vieja tonta, «mi niña, respira antes del último punto». Candela plantaba flores en Jerez, tierra adentro, lejos del agua. Su esqueje, el cuarto de la fila, seguía sin echar una flor. Las cosas vivas tienen cada una su reloj, ya lo decía ella, y hay relojes que se paran a esperar.

Envejeció guardando. Es lo que sabía hacer.

o o *

En octubre del año pasado llamó al número siete una señora de una oficina de Cádiz, muy correcta, con esas palabras lavadas que usan los que trabajan con dolor ajeno. El chico quería saber. El niño de Sevilla, que ya tenía dieciséis años y una familia buena en Málaga que lo apoyaba, había empezado a buscar de dónde venía, y en un papel de hacía dieciséis años seguía puesto un nombre: el suyo.

Le llegó justo cuando le habían dado los análisis. No hace falta contar más de eso; lo que le dijeron en Cádiz se lo guardó ella también, como todo, y no dejó que le cambiara la letra más de lo justo. Le escribió al chico dos cartas. La primera se la comió medio bloc, buscándole el tono a un nieto que no sabía que lo era. La segunda le salió en cuatro renglones: que viniera en verano, que lo estarían esperando. La firmó sabiendo que ella, para ese verano, no iba a estar. La echó al correo sin que le temblara el pulso, que para las cosas que importan siempre le sobró pulso.

o o *

Y entonces se puso a levantar la casa como se levanta una obra: con planos, con plazos y con un buen encargado.

Del testamento se ocupó desde la cama, con Inma sentada a los pies tomando nota. Las cuatro tenían que vivir en el número siete de junio a septiembre, las noventa y dos noches enteras, o las cuatro o ninguna. Sabía que aquello se podía impugnar, que era discutible, que a lo mejor no venía nadie. Lo pensó muchas noches: ¿y si no venían? ¿Y si el chico no llamaba a la puerta? No tenía ninguna

certeza. Tenía a cuatro niñas que había conocido de crías y una idea de cómo eran por dentro, y con eso se jugó el final. Un maestro no aprueba a nadie por adelantado; solo pone el examen bien puesto y confía en lo que enseñó.

Escribió las cuatro cartas a mano, con la letra ya de prestado, agarrándose al renglón. La que más le costó fue la de Candela. A las otras tres les pedía cosas que sabía: una cena, un mes cerrado, una puerta abierta. A Candela le pedía que lo contara todo, y ella no sabía cuál era el todo. Solo había visto, desde un mirador, a una cría salir del agua en la noche más larga. Le estaba pidiendo a una mujer que soltara un peso cuya forma exacta Remedios no había llegado nunca a ver. Escribió «cuéntaselo, todo» y se quedó un rato mirando la palabra, fiándose de la niña más de lo que la niña se había fiado nunca de sí misma.

Buscó al arquitecto por teléfono, con Inma de intermediaria. «Búscame uno que sepa apuntalar», le dijo, «no uno que sepa tirar paredes, que de ésos hay muchos. Uno que las sostenga.» Vino un madrileño tranquilo que no preguntaba, que era justo lo que hacía falta en aquella casa.

La lata la escondió ella misma. Le costó lo suyo agacharse, pero se agachó, detrás del zócalo del salón, en el escondrijo que había picado hacía años para lo que hiciera falta guardar. Dentro puso la foto de los cinco en la lumbre, la que le pidió a África revelada en Barbate; los programas de las fiestas de un pueblo que siguió celebrando; la florecilla de plata, para devolvérsela a Candela sin dársela; y un sobre pequeño, cerrado, con dos palabras por fuera que le salieron torcidas de la mano que ya no obedecía: «Todavía no». Volvió a tapar el zócalo. La obra pasaría por allí; de eso se encargó ella al hacer el plano con el chico.

Firmó en la notaría en marzo, por su pie, con dos testigos, Remedios Alcántara Ponce, con una letra que ya no era la suya y que aun así aguantó el renglón hasta el final. Y le hizo jurar a Inma que ni una coma se cambiaría, pasara lo que pasara, viniera quien viniera a pedirlo.

—Instrucciones son instrucciones —le dijo Inma, y lo dijo con la gravedad de un juramento.

—Ésas —contestó Remedios—. Que ya está la casa armada. Ahora que caigan solas.

o o *

Se apagó una tarde de mayo, en el hospital de Cádiz, sin ruido, que era como lo hacía todo menos regañar. No le dolió apenas, y lo que le dolió no se lo contó a nadie.

Pasó lista una última vez, por costumbre, que una maestra no se muere sin pasar lista. Rocío, la que se fue. Marina, la que se quedó. África, la que huyó más lejos. Candela, la que cargaba con la peor parte sin dejar que nadie se la cogiera. Y el quinto, el del medio, que contaba siempre. Los contó a los cinco y esta vez no le faltó ninguno, porque los tenía a todos guardados donde nadie se los podía quitar, y a punto de devolvérselos unos a otros.

En el número siete se quedó encendida, como todas las noches, la luz amarilla de la cocina, por si la última en subir la necesitaba. Y detrás del zócalo del salón, a oscuras, esperaba una lata de mantecados con una pastora medio comida por el óxido, y dentro un sobre con dos palabras que aguantaban la respiración hasta el verano: todavía no.

Capítulo 38

La Almadraba, septiembre de 2026

En septiembre La Almadraba se iba quedando sin gente como se apaga un puchero: despacio, por los bordes primero. Se fueron los del camping, se fueron los de los apartamentos de la playa nueva, y el martes quince Marina abrió el Espigón para los de siempre y para nadie más. La del estanco con su parte, Chano con su caña temprana, y a media mañana la plaza para ella sola. El verano dejaba de dar dinero, sí. Pero también dejaba de pedir.

Estaba bajando las sillas de la terraza cuando vio bajar por la cuesta al hombre del traje claro.

No era de allí. Eso se sabe antes de verle la cara: por cómo pisa, por cómo mira los números de las puertas buscando el que le han dado. Traje de lino color hueso, camisa sin corbata, una carpeta fina bajo el brazo. Entró en el Espigón, miró el trozo de mar que se colaba entre los toldos con ojo de tasador, y pidió un cortado con una sonrisa de las que se ensayan en el coche.

—Un cortado —dijo Marina, y se lo puso. Templado y corto, como el de Remedios, porque no sabía ponerlos de otra manera.

—Marina Quintero, ¿verdad? —Le tendió la mano por encima de la barra—. Bermúdez, de Azahar Costa. Le va a sonar el nombre.

Le sonaba de un membrete azul metido en el cajón de las cosas sin sitio, junto a las postales de Navidad que nunca se enviaron. Tres sobres en tres meses, cada uno más gordo, todos «muy educados, muy altos»; el de agosto lo había traído este mismo hombre a la cancela, pero con él se las había visto África, y a Marina, hasta aquella mañana, solo le habían llegado los papeles. Ahora, por fin, le tocaba a ella la cara. Marina le miró las manos —limpias, de las que no habían fregado nunca una barra— y esperó a ver qué pedía de

verdad, que a la gente la leía por eso, por lo que pedía y por cómo pagaba.

—Ustedes firman el lunes, tengo entendido. —Bermúdez dejó la carpeta en el mármol, sin abrirla todavía—. Y me manda mi empresa a decírselo en persona, que ya está bien de cartas. Es la mejor oferta que van a ver por esta casa. —Bajó un poco la voz, no de secreto, de oficio—. Se lo digo de corazón: hay un plan parcial en el ayuntamiento. Si esa manzana se recalifica, y va a recalificarse, ustedes venderán igual. Pero peor. Y yo no habré vuelto.

No lo dijo con maldad. Esa era la parte fea: lo dijo casi con pena, avisando de una marea que iba a subir con ellas o sin ellas.

Fue en ese momento cuando entraron las otras tres.

Venían de la notaría, de dos puertas más abajo, de pasar la mañana con Inma y unos papeles que Bermúdez no sabía que existían. Rocío delante, con esa manera suya de entrar en un sitio y ponerse al mando sin que nadie se lo pida; África detrás, recolocándose el reloj; Candela la última, callada, con tierra todavía en las uñas de haber regado a la luz del día.

—¿Interrumpimos? —dijo Rocío. Ya había visto el traje claro. Ya lo había realizado entero de un plano.

—El señor de Azahar —dijo Marina—. Que ha bajado a asustarnos en persona.

Bermúdez sonrió con paciencia y abrió la carpeta. Sacó una hoja, la giró sobre el mármol para que la cifra mirara hacia las cuatro, y a Marina no le hizo falta leerla para saber que era más grande que todas las otras juntas.

Fue África la que habló, con la voz plana de traducir, poniéndolo en columnas.

—El plan parcial lo hemos mirado esta mañana con Inma. —Ni un temblor—. La manzana se recalificaría para vivienda. Pisos con vistas. Su producto de costa.

—Exacto —dijo Bermúdez, agradecido de que lo entendieran.

—Ya. El problema es que el número siete no va a ser vivienda. —África se recolocó el reloj—. Va a ser un equipamiento. Un proyecto, con la cofradía de pescadores y con el ayuntamiento dentro. —Hizo una pausa de intérprete, la justa—. Y recalificar un pueblo entero es

una cosa. Recalificarle al ayuntamiento un equipamiento que él mismo firma es otra guerra. Esa no la gana usted con una carta más gorda.

Bermúdez miró a las cuatro, una por una. Era buen comercial: supo antes que ellas que había perdido. Cerró la carpeta despacio.

—Piénsenlo hasta el lunes —dijo, por decir algo.

—Está pensado —dijo Marina.

Y cogió la hoja de la cifra, la de los ceros, y la partió por la mitad encima de la mesa. Y luego partió las mitades. Sin dramatismo, con las mismas manos con que rompía el pan duro para las migas, y dejó los cuatro trozos en un platillo, al lado del cortado. Ella, que se había pasado el verano aprendiendo a guardar en vez de romper —el cartón del cierre lo tenía en el almacén, doblado, sin tirar—, aquello no era de guardar. Aquello era de romper, y le supo a gloria.

Bermúdez dejó una moneda de más junto a la taza.

—Invita la casa —dijo Marina, y le devolvió la moneda—. Pero el cortado se lo cobro. Un euro con veinte. Clavado. —Porque a los suyos no les cobraba, y él no era de los suyos, y ella marcaba la frontera donde la había marcado siempre: en la caja.

El hombre del traje claro subió la cuesta y no volvió, y no dejó nada detrás, ni siquiera miedo.

○ ○ *

—Va a ir diciendo que somos cuatro locas —dijo Marina, recogiendo los trozos del platillo.

—Que lo diga. —Rocío se sentó en un taburete—. Peor sería que nos llamaran las que vendieron.

Lo del proyecto llevaba dos semanas cociéndose, desde la noche de los Faroles, aunque ninguna lo había dicho en voz alta hasta que Inma les puso los números delante aquella misma mañana. La casa no se vendía. La casa iba a ser una escuela de vela y aula del mar para los críos del pueblo, los que en invierno no tenían más que hacer que mirar las barcas desde el muelle. Gonzalo de patrón y de director, que para eso era secretario de la cofradía y sabía de mar más que de hablar.

Bajó él a media tarde, con Lucía de la mano recién salida del colegio, y se sentó en el Espigón sin saber que se sentaba a una reunión. Marina les puso un batido y un café, y se apoyó en la barra a oír cómo se armaba la cosa, que era su sitio favorito para oír armarse las cosas.

—Lo que quede del fondo de Remedios, para arrancar —dijo Inma, que había bajado también, con su libreta—. Ella dejó dicho que lo que sobrara al final del verano fuera para vosotras. Pues ya está dicho para qué.

—La cofradía pone dos barcas viejas y sitio en el pantalán —dijo Gonzalo—. Eso lo saco yo adelante en la junta de octubre; los viejos llevan años quejándose de que los chavales no saben ni hacer un nudo.

—Y el ayuntamiento, el local del varadero y los permisos —remató Rocío, que ya lo tenía minutado—. Con salir en el bando de fiestas se conforma el alcalde. Le viene de cara.

Una frase cada uno, y la cosa se tenía de pie. A Marina, que llevaba toda la vida cuadrando cajas ajenas, le pareció que aquella cuadraba mejor que ninguna, porque no la sostenía el dinero: la sostenía el pueblo, cada uno arrimando un hombro.

La parte del chico se apartó por teléfono. Marina llamó a Málaga desde la barra y le explicó a Charo lo que se estaba montando; y Charo, que era mujer de pocas vueltas, dijo que a Martín le haría ilusión que hubiera algo suyo en aquel pueblo aunque estudiara lejos. Que se lo reservaran por escrito. Que ya bajaría en verano a estrenarlo.

—Hay que ponerle un nombre —dijo Inma, con el bolígrafo levantado sobre la libreta—. Para los papeles.

Se hizo un silencio de esos que en aquella casa no eran incómodos, sino de estar todos pensando lo mismo y esperando a ver quién lo decía. No hizo falta votarlo. La casa había sido siempre la casa de Remedios; el bizcocho de la encimera, la luz amarilla, hasta la trampa de amor en que las había metido, todo era suyo.

—Casa Remedios —dijo Marina. Y nadie propuso otro.

Fue Lucía la que dio con el corazón del asunto, sin saberlo, como daban con todo los niños. Estaba dibujando barquitas en una

servilleta y levantó la cabeza.

—¿Y me vais a enseñar a mí?

—Tú ya sabes nadar, renacuaja —dijo Gonzalo.

—Yo sé porque me enseñó mamá. —Lo dijo sin sombra, con esa naturalidad con que los críos nombran a sus muertos—. En la poza de Punta del Fraile. Iba de un lado a otro cosiendo las dos aguas, decía ella.

Y a Marina se le quedó la frase pegada, cosiendo las dos aguas, y vio que a Candela también, que hasta entonces no había dicho ni una palabra y tenía los ojos en la servilleta de la niña.

—Para eso está el aula del mar —dijo Candela, muy bajo—. Para los que le tienen miedo al agua. —Se tocó la muñeca, la magnolia, y siguió, mirando la plaza y no a nadie—. Si a mí a los diecisiete alguien me hubiera sentado en una barca y me hubiera enseñado que el agua no muerde, a lo mejor no me habría ido tan lejos de ella. A lo mejor no me hubiera hecho falta un módulo de jardinería tierra adentro para poder dormir.

No lo dijo con pena. Lo dijo con el alivio del que por fin le encuentra la utilidad a una herida vieja. Marina no contestó; le puso otro batido a Lucía que la niña no había pedido, que era su manera de estar de acuerdo.

o o *

Esa noche, cerrando, Marina cogió un cartón de una caja de cascos —el mismo tipo de cartón, la vida son ecos— y un rotulador gordo, y escribió: LOS DOMINGOS, CERRADO. Lo pegó por dentro del cristal, al lado de la persiana verde.

—Trece años sin librar un domingo —dijo Sebas, viéndola desde la plancha ya apagada—. La del estanco se va a morir.

—Que se tome el cortado del domingo en la gasolinera. Un día. —Marina apretó el celo en las esquinas—. Este bar lleva demasiado tiempo siendo lo que se pone entre tú y yo. Un día a la semana, sin barra en medio, a ver qué hay.

Sebas se acercó, se apoyó en el mármol por el lado de los clientes, que era desde donde le hablaba cuando le hablaba de

verdad.

—¿Y qué crees que va a haber?

—No sé. —Marina dejó el rotulador—. A lo mejor una tarde tonta. A lo mejor un día de estos dejamos de impedirnos las cosas. —No dijo la palabra hijos. No hacía falta decirla; estaba en la mesa, como había estado siempre, solo que ya no era una puerta cerrada con llave sino una que se había quedado entornada—. No te prometo nada. No te hago un plan. Solo digo que se acabó lo de cerrarme yo la puerta antes de mirar si había alguien detrás.

Sebas no dijo «vale». Aquella noche no dijo «vale». Le puso a Marina la mano en la nuca, corta, y volvió a la plancha a raspar lo que ya estaba raspado. Marina se acordó de una cosa que le había dicho a él en agosto, y le pareció que aquello de ahora era su segunda mitad: que se había casado por lo que había, sí, pero que se había quedado por lo que fue llegando. Y lo que iba llegando, a los treinta y cinco, era un domingo libre y una puerta sin cerrar. No era poco. A Marina, que sabía de cuentas, no le parecía poco.

o o *

Lo del sábado lo llevaban entre todos y a espaldas de la única que no debía enterarse.

Candela cumplía treinta y seis el sábado diecinueve. Y las otras tres, con Sebas de intendencia y Álvaro de correveidile discreto y Lucía de espía —que la niña guardaba un secreto mejor que un notario—, llevaban una semana montando algo pequeño para el patio del siete. Nada de fiesta; a Candela una fiesta la habría hecho salir corriendo cuesta abajo. Y un regalo que Marina había apalabrado en secreto: el local de al lado del Espigón, la mercería que cerró la difunta Angustias, con el cartón amarillo de SE TRASPASA en el cristal desde hacía dos años. Marina había llamado a la sobrina, en Sevilla, para pedirle que no lo traspasara a nadie hasta el sábado. Por si Candela quería una floristería con vistas al puerto en vez de coronas de entierro tierra adentro. Por si quería quedarse.

Faltó poco para que se fuera al traste. Candela bajó al bar el jueves a por hielo justo cuando Rocío tenía el móvil en la mano enseñándole a Álvaro la foto del local, y Sebas, que la vio venir por el rabillo, cantó una comanda que no existía —«¡marchando dos de calamares!»— con tal susto en la voz que Candela se paró en la puerta.

—Si no hay nadie en la terraza, Sebas.

—Es para… —Sebas miró a Marina, náufrago— para el congelador. Que hay que rotar el género.

—Los calamares.

—Los calamares.

Candela los miró a los cuatro, uno por uno, con esa cara suya de ver lo que la gente escondía y callárselo. Cogió su bolsa de hielo, y en la puerta, sin volverse, soltó:

—Estáis todos rarísimos. —Y se fue cuesta arriba.

—Nos ha pillado —dijo Rocío, blanca.

—No nos ha pillado —dijo Marina, secando un vaso que ya estaba seco—. Esa lo ve todo. Pero es la que mejor sabe callarse lo que ve. Nos va a hacer el favor de no saberlo hasta el sábado.

Se quedaron los cuatro riéndose bajito, en el bar vacío, con la persiana medio echada y el cartel nuevo de los domingos pegado al cristal.

Después del lunes cada una tenía su viaje pendiente. Rocío subía a Madrid a firmar su salida —lo del plató por lo de la costa, un cambio que a Marina todavía le costaba explicarle a la del estanco—, y África a Bruselas a recoger dieciocho años de piso pequeño ahora que la excedencia estaba dada. Pero eso era después. Primero el pueblo, que en septiembre se vaciaba de todos menos de ellas.

Fuera, la plaza se iba a dormir temprano, con el sueño hondo de los pueblos en septiembre. El sábado, el cumpleaños en el patio, con el esqueje que nunca floreció mirando. El lunes, la firma en la notaría de Inma, dos puertas más abajo, y la casa por fin de las cuatro.

Quedaban seis días de las noventa y dos noches.

Capítulo 39

La Almadraba, septiembre de 2026

Candela cumplía treinta y seis y lo supo antes de bajar al patio, porque la casa olía a bizcocho.

No a bizcocho de horno de pueblo, de los que se compran. A ese otro, el de la encimera, el de siempre, el que Remedios dejaba empezado en un plato con un trozo envuelto en papel de aluminio «por si te entra luego». Marina lo había hecho con la receta de la maestra, que se sabía de memoria de haberla mirado hacer mil mañanas, y lo había hecho sin anunciarlo, y ese olor subiendo por el hueco de la escalera un sábado a las once era la manera que tenía aquella casa de felicitarla.

Bajó. En el patio, entre la parra de sombra fea y los cuatro esquejes en fila, estaban puestas dos mesas juntas con un mantel que no era de nadie, y alrededor la gente. Las otras tres. Sebas con el delantal de fuera del bar. Lucía de rodillas en una silla, dibujando. Y Álvaro, en un rincón, sin bata, con las manos en los bolsillos y una cara de estar donde tenía que estar.

—No hemos puesto globos —dijo Rocío, adelantándose— porque dijo Marina que salías corriendo cuesta abajo.

—Y tenía razón —dijo Candela.

Se rieron los cuatro, y en la risa se les fue el susto que traían, el de haberle montado algo a la que no se dejaba montar nada. Candela los miró uno por uno con su oficio de siempre —el de ver lo que la gente esconde— y esta vez no había nada escondido detrás. Estaba todo delante, encima del mantel: el bizcocho con una vela sola, sin números, que a los treinta y seis las velas de contar son una crueldad; un plato de tortillitas que había mandado Pepa; y una

servilleta con un dibujo de Lucía en el que se distinguían cuatro mujeres y un magnolio del tamaño de una casa.

El móvil de Rocío sonó apoyado en la jarra del agua. Era Martín, desde Málaga, la cara pegada a la pantalla y detrás una cocina que no era la de allí.

—¡Felicidades, Candela! —Y se le oyó a Charo por detrás, «que no se acaba el bizcocho sin nosotros», y se cortó la llamada con esa prisa de los críos, que dan el recado y ya están en otra cosa.

Gonzalo se asomó a media mañana, dejó una caja de fruta de la lonja «que sobraba» —no sobraba— y no se quedó, porque los hombres como Gonzalo saben cuándo un patio es de mujeres. Y cuando ya estaban todos con el bizcocho en la mano, Marina se secó las suyas en el delantal, cosa que hacía cuando iba a decir algo que le costaba, y dejó sobre el mantel, delante de Candela, una llave.

Una llave sola. De las antiguas, con el paletón grande y el ojo redondo.

—Es del local de al lado del Espigón —dijo Marina, sin mirarla del todo—. El de la difunta Angustias, la mercería. Lleva dos años con el cartel de traspaso y yo lo he apalabrado con la sobrina, que está en Sevilla y no lo quiere. —Ahora sí la miró—. No es un regalo con trampa, Candela. No es «quédate». Es «por si quieres quedarte», que no es lo mismo. Si te vuelves a Jerez, la sobrina lo traspasa a otro y aquí no ha pasado nada.

Candela cogió la llave. Le pesó lo que pesan las cosas que pesan: nada en la mano y todo en otro sitio.

Y le entró el miedo primero, que era como le entraban a ella las cosas. El miedo de deshacer diez años de vivero armado planta a planta, una vida entera hecha tierra adentro para poder dormir. Le duró lo que un latido. Porque debajo del miedo, sin pedirle permiso, ya se le había puesto a trabajar la otra cabeza, la de florista, la que entra en un sitio vacío y lo ve lleno. Los cubos de zinc a la entrada, donde diera el fresco. El mostrador para atar. Las coronas —porque coronas también, que en un pueblo de mar al que se va al mar hay que despedirlo con flores— al fondo, lejos de la puerta. Y en el escaparate, mirando al puerto, lo que el pueblo pidiera: un ramo de novia, una maceta de albahaca, un geranio para una ventana.

Con la llave todavía en la mano y el bizcocho a medias, ya lo estaba colocando.

—A ver si va a resultar —dijo Lucía, muy seria, levantando la cabeza del dibujo— que tú no tienes mote.

—¿Cómo?

—La tía Marina es la Sargento. África es la Jirafa. A Rocío la llaman Radio Ro. —Los iba contando con los dedos manchados de rotulador—. Y tú no tienes. ¿Por qué tú no tienes?

Se hizo uno de esos silencios que en aquella casa no eran incómodos. Candela no tenía mote. Nunca lo había tenido; había sido siempre la callada, la que no daba materia. Lucía la miró de arriba abajo, las manos con tierra que no se le iba ni fregando, el tiesto que había subido con ella hasta al cumpleaños, y decidió con la seguridad con que deciden los niños.

—Pues Maceta —dijo—. Porque siempre llevas una. —Y volvió al dibujo tan tranquila.

—Maceta —repitió Sebas, saboreándolo—. Le va.

Y a Candela, que dieciocho años atrás un hombre callado la había sacado de una multitud «como se coge una maceta que se va a caer», le pareció bien que la niña la bautizara sin saber nada de aquello, con una palabra chica, de estar por casa. No dijo lo del bautizo. No hacía falta decirlo.

Nadie lloró en aquel patio. La emoción se quedó donde tenía que quedarse: en una vela, en una llave, en un dibujo con un magnolio demasiado grande.

o o *

El domingo por la mañana Candela se levantó antes que la casa, como siempre, y bajó al patio con la regadera.

Era la última mañana de las noventa y dos. Esa noche se cerraba el plazo y al día siguiente la casa sería suya, de las cuatro, pero el agua no entendía de fechas y las plantas tampoco, así que hizo lo de todos los días: los geranios, la albahaca, las aromáticas del poyete. Y al final, como al final, los cuatro esquejes en fila a la derecha de la cancela.

Se acuclilló delante. El de Rocío iba tirando. El de Marina, fuerte y torcido. El de África, el más alto. Y el suyo, el cuarto, el que en treinta y seis años no había echado una flor. Le pasó revista con el dedo, como pasaba lista, y le contó las hojas por costumbre —una, dos, tres, cuatro, cinco, seis— y ahí se paró.

Porque en la punta de la rama, donde el verano pasado no había más que el tallo terminado en seco, había una yema.

Una yema nueva. Chica, apretada, de un verde tierno que no le pegaba a la madera vieja de alrededor. No la yema de siempre, la dura, la que llevaba tres veranos igual sin abrirse. Otra. Una que no estaba en junio, que no estaba en agosto. Y Candela, que se ganaba la vida con esto y lo sabía mejor que nadie, supo lo primero que sabe una florista: que un magnolio no echa yema en septiembre. Que no tocaba. Que estaba fuera de temporada, contra el calendario, contra lo que debía.

Le vino, sin decirla en alto, la voz de Remedios agachada como ella el año en que las plantó: *las cosas vivas tienen cada una su reloj.*

Dejó el pulgar posado encima. No apretó, que a lo vivo no se le exige. No dijo nada, porque no había nada que decir. Estuvo así un momento, agachada delante del esqueje que no florecía, como dieciocho años atrás, cuando agachada delante de aquel mismo tallo sin flor había decidido irse tierra adentro, lejos del agua, a un módulo de jardinería en Jerez donde una podía vivir de espaldas al mar.

Se levantó. Y siguió regando.

o o *

A Fali la llamó desde el patio, sentada en la mesa de hierro de las macetas, con el sol de la mañana subiendo por la tapia.

Se lo dijo despacio, con el cuidado que piden las cosas que llevan dentro un traspaso y una vida. El vivero era suyo, si lo quería. La casa, las bandejas, la clientela, el jazmín que ella no dejaba tocar a nadie. Tres veranos regando bien, madrugando bien, callando cuando había que callar: se lo había ganado. Fali se quedó sin

palabras primero y luego le sobraron todas, y Candela la dejó hablar, mirando el esqueje de la yema mientras la muchacha le prometía que al jazmín lo iba a cuidar como si fuera de ella. «Que ya es tuyo, criatura», le dijo Candela. Y Fali se reía y decía que sí, que ya era suyo.

Dónde iba a dormir ella, eso no lo tenía resuelto del todo. El número siete era de las cuatro y las cuatro no cabían a la vez para siempre. Ya se vería. De momento, su cuarto de abajo, el del fondo, el que le tocó la primera noche porque abajo dormían las que volvían con el mar a la altura de los pies. De momento, eso. Lo demás tenía su reloj, como todo.

o o *

Por la tarde subió Álvaro y se sentaron los dos en el banco de piedra de la calle de atrás de la iglesia, el mismo, a la sombra, donde ella había llorado como no volvería a llorar. Esta vez no lloró. Trajo la llave de la mercería en el bolsillo sin saber muy bien por qué, quizá para enseñársela, y él la miró en la palma de su mano y no dijo «qué bien» ni «cuánto me alegro», que no era hombre de esas cosas.

—Me quedo —dijo Candela. Por decirlo en voz alta una vez, a alguien.

—Ya lo sé. —Álvaro miraba al frente, a la pared blanca—. Lo supe ayer, cuando cogiste la llave y se te fueron los ojos a colocar los cubos.

Sacó del bolsillo una cosa pequeña envuelta en papel de periódico. Era un cuentahílos de latón, de los de contar los hilos de la tela, que había aparecido en un cajón de la mercería cuando bajaron a verla. Lo había limpiado. Se lo puso en la mano sin ceremonia.

—Para lo tuyo también sirve —dijo—. Para mirar de cerca una semilla, un bicho en una hoja. —Una pausa suya, de las que ocupaban su sitio—. Y para contar, que a ti se te da.

No era una broma. O era la clase de broma que se dice sin reírse, que era la única que él sabía.

—En octubre, cuando abra la tienda —dijo Candela, mirando el latón—, voy a llamar a ese compañero tuyo de Cádiz. El de la cabeza. —Lo dijo con la calma de cambiarle la tierra a una planta: sin drama, porque tocaba—. No sé para cuánto. Pero llamarlo, lo llamo.

—Bien —dijo Álvaro. Nada más. Y estuvo bien que no fuera nada más.

Volvieron a la plaza andando, con un palmo de aire entre los dos, ni más ni menos, que a Candela le seguía pareciendo el sitio exacto. Él no vivía en el siete, ni ella le había pedido que viviera, ni había una promesa grande metida en aquello. Había otra cosa, más callada.

—Yo ya esperé dieciocho años sin saber a qué —dijo Álvaro, al llegar a la esquina—. Ahora sé. —Y no añadió más, porque él era así, de dejar las frases enteras y quietas, como quien deja una piedra bien puesta.

o o *

La firma fue el lunes a las doce, en la notaría de Inma, en los bajos de la casa de la plaza, a dos puertas del Espigón. Placa de latón, la maceta de gitanillas en la puerta, dentro las cuatro sillas y una.

Inma les puso los papeles delante. La condición cumplida: las noventa y dos noches hechas, del veintiuno de junio al veintiuno de septiembre, una por una, sin que faltara ninguna de las cuatro ni una sola. La casa de Remedios pasaba a ser de ellas. Firmaron por orden, y cada firma sonaba en aquel despacho pequeño como suena el pestillo de una puerta que por fin se puede dejar abierta.

—¿Y ya está? —preguntó Marina, con la pluma todavía en la mano.

—Y ya está —dijo Inma, recogiendo los folios—. Esto es una firma, no un entierro. Aquí no hay más carta, ni más instrucción. —Los cuadró en la mesa con dos golpecitos del canto—. Bueno. Una cosa dejó dicha para hoy, de viva voz, y no era secreto. Me dijo: «Inma, el día que firmen no te me pongas solemne, que las notarias

solemnes espantan la suerte.» —Media sonrisa de maestra jubilada —. Así que hala. Firmado y a comer.

En la puerta de la notaría se dieron los abrazos partidos, los de la gente que se va a medias. Rocío subía esa tarde a Madrid a firmar su salida del plató, lo de la costa, lo nuevo.

—Vuelvo en nada —dijo, y no era del todo verdad y sí lo era—. Que le prometí a Lucía lo de la radio del colegio, y a esa niña no le fallo yo.

África se iba a Bruselas a cerrar dieciocho años de piso pequeño, a meter en cajas una vida que ya no le servía de dirección.

—Y yo para el puente, a lo de la escuela —dijo, recolocándose el reloj—. Que alguien tiene que llevarle las cuentas al aula esa del mar antes de que la lleven mal.

Se iban las dos, con billete de vuelta, sin saber ninguna que la vuelta de verdad, la de todas, ya estaba puesta para un San Juan que aún quedaba lejos.

Candela se quedó en la acera con Marina, que no se iba a ningún sitio, y sacó las llaves del bolsillo. Le puso en la anilla la de la mercería, la grande, la de la difunta Angustias, al lado de la del número siete. Y por primera vez ninguna de sus llaves era la de una puerta por la que salir corriendo.

Enfrente, a dos puertas, el escaparate de la mercería seguía con el polvo de dos años y el cartel amarillo de traspaso. El pueblo en septiembre, medio vacío, con su versión a medias de todo lo que había pasado aquel verano, yéndose a dormir temprano. Y aquel cristal sucio, mirando al puerto, esperando a llenarse de flores.

Habría que limpiarlo. Eso, lo primero.

Capítulo 40

Noviembre de 2026

GRUPO «Las del 7», con la florecita que le puso Lucía al lado del nombre

○ ○ *

Viernes 13 de noviembre

MARINA · 8:14 QUE LLEVO DOS DÍAS MANDANDO COSAS Y NO CONTESTA NI DIOS. ¿ESTÁIS VIVAS O QUÉ.

MARINA · 8:14 SEBAS DICE QUE OS DEJE EN PAZ QUE TENÉIS VIDA. PUES NO. ESTO ES LA VIDA. FLOR Y FUERZA, HIJAS.

MARINA · 8:15 LUEGO NO QUERÁIS QUE OS CUENTE NADA.

CANDELA · 9:41 *Foto: una corona de siemprevivas y crisantemos blancos sobre un caballete, atada con una cinta morada sin ninguna letra. Detrás, desenfocado, un escaparate a medio limpiar y, al fondo, un trozo de puerto.*

MARINA · 9:42 LA PRIMERA CORONA. HA VENDIDO LA PRIMERA CORONA.

ROCÍO · 9:50 Que no, Marina. Fíjate en la cinta, que no lleva nombre ni encargo. Esa no es de vender. Esa es para el nicho de Remedios, que Candela no lo dice pero es eso. Cinta morada y a callar.

ÁFRICA · 9:58 Rocío tiene razón. Una corona de venta lleva letras. Esa no. Es para Remedios.

Candela no contestó. Puso una carita de nada, un pulgar hacia arriba de Marina, y las siemprevivas se quedaron ahí colgadas en la pantalla, sin dueño y con dueña.

ROCÍO · 22:40 · *Audio, 2:51. Hola, hijas. Perdonad el audio de las tantas, que aquí ya no tengo a nadie que me diga por el pinganillo «Rocío, treinta segundos», así que me enrollo. Os tengo que contar lo de la radio de Lucía porque si no reviento en la cama. Que hoy han emitido el primer programa de verdad. De verdad de verdad, por los altavoces del patio, a la hora del recreo, con todo el colegio escuchando y a mí me habían puesto de… no sé cómo lo llaman ellos, «la invitada de lujo». Yo pensé que hablaría yo, claro, que para eso me han criado. Pues no. Habla Lucía. Se planta con su papel escrito a mano, con esa letra suya de patas de araña, y suelta «Buenos días, La Almadraba», como si llevara toda la vida dándolas. Y entonces, hijas, va y entrevista a Gonzalo. A su padre. Delante de todo el patio. Le pregunta que qué se siente cuando sacas una barca al mar tú solo antes de que amanezca… y Gonzalo, que no suelta tres palabras seguidas ni con agua caliente, se pone a hablar del mar bajito, como si estuviera él solo, y se calló el patio entero. Perdón, que se me ha caído el trasto de la mesilla. En fin. Que me pasé el recreo callada, yo, que vivo de hablar, oyendo a una niña de nueve años contar las cosas mejor de lo que yo las he contado en once temporadas de noche. Y no me dio envidia ninguna. Eso es lo nuevo, ¿eh? Que no me dio ninguna. Bueno. Os quiero. Ya está. Ya está.*

○ ○ *

Sábado 14 de noviembre

CANDELA · 12:15 *Foto: un ramo de novia a medio atar sobre el mostrador de mármol. Paniculata, unas rosas de color carne, esparto, la cinta de raso sin cortar todavía. Al fondo, muy movido, un hombre con una escoba.*

ROCÍO · 12:18 ¿Boda? ¿En noviembre? ¿Quién se casa en La Almadraba en noviembre.

MARINA · 12:19 LA HIJA DE LA DEL ESTANCO. TE LO DIGO YO. LO SÉ ANTES QUE LA NOVIA.

ROCÍO · 12:21 Y el del fondo con la escoba, Candela, ¿ese no es Álvaro? Que se te ve el médico barriendo en el escaparate. Esas

rosas te las trae Fali de Jerez, ¿a que sí? Contéstame, mujer, aunque sea con otra foto.

Candela contestó con otra foto: un cubo de zinc lleno de esparto, y ninguna palabra.

ÁFRICA · 19:03 Perdonad el silencio. Llevo tres días metiendo dieciocho años en cajas de cartón, y resulta que dieciocho años caben en once cajas y media. La media es de libros que no sé por qué guardo.

ÁFRICA · 19:05 Antes de cerrar la caja de la mesa he hecho una cosa que no hacía desde hace dieciocho años: he comprado una postal y la he echado al correo. Con sello. A la antigua.

ÁFRICA · 19:06 Toda la vida he sido yo la dirección que cambiaba, la que le devolvía las cosas a la gente con «destinatario desconocido» antes de que llegaran. Esta vez la he mandado a una que no se mueve. Os llegará al número 7. Tardará; el correo de aquí no entiende de prisas.

ÁFRICA · 19:07 *Foto: el reverso de una postal. En el frente, que no se ve, se adivina la Grand-Place de noche. Detrás, con letra menuda y perfecta, unas líneas y una firma.*

> *A las del número 7: No sé escribir postales; siempre las mandé a sitios de los que ya me había ido. Esta va al primero que se queda quieto. Y no os pongo la calle porque mi dirección nueva no es una calle: sois vosotras. Estoy cerrando aquí. Llego para el puente. — Á.*

MARINA · 19:12 NO LLORO PORQUE ESTOY FRIENDO. PERO CONSTE QUE LLORARÍA.

ÁFRICA · 20:11 Os reenvío esto, que me lo ha mandado a mí solo y creo que es de las cuatro.

MARTÍN *(reenviado)* · *Audio, 0:41. Hola… esto es para todas, ¿no? Bueno. Que en el insti nos han mandado un trabajo de historia de la familia, de dónde viene uno, con árbol y todo, y yo… en fin, que material tengo. (Risa.) Que es broma. Oye, que os quería preguntar una cosa: ¿puedo ir en Navidad? Que Charo dice que sí si*

vosotras decís que sí, y la señora Pepa ya me ha llamado tres veces para decirme que hay sitio. Tres veces. Que hay sitio, dice. Bueno. Un abrazo a todas. Adiós. Adiós.

GONZALO · 21:30 Me dice mi madre que os diga —y lo pongo tal cual, que yo no me hago responsable— que «esas niñas cuándo van a subir a comer, que la casa está muy sola y el puchero no se hace para uno».

GONZALO · 21:31 Yo no he dicho nada. Buenas noches.

GONZALO · 21:33 *Foto: la casa vieja de la punta, la del aula del mar, con un andamio nuevo levantado en la fachada y medio tejado empezado. De noche, el andamio recortado contra el cielo. Colgado del balcón, un cartel pequeño: CASA REMEDIOS · ESCUELA DE VELA.*

GONZALO · 21:34 Teo se pasó el jueves camino de Huelva y dejó eso plantado. Dice que la obra chica se la hace él entre viaje y viaje, que le pilla de paso. De paso le pilla Huelva, ya te digo.

ÁFRICA · 21:40 Otra casa con andamio. Ese hombre no sabe querer sin un nivel en la mano.

○ ○ *

Domingo 15 de noviembre

CANDELA · 9:30 *Foto: una maceta de albahaca en el alféizar de una ventana. A un lado, media persiana verde bajada.*

MARINA · 9:32 ESA PERSIANA ES LA MÍA. ESA VENTANA ES LA DEL ESPIGÓN. ME HAS PUESTO ALBAHACA EN MI VENTANA Y NO ME HAS DICHO NI HOLA.

MARINA · 9:33 COMO SIEMPRE. GRACIAS, FLOR.

ROCÍO · 11:20 Os escaneo esto, que me lo ha dado Lucía esta mañana con la orden de mandároslo «a las cuatro, tía Ro, a las cuatro».

ROCÍO · 11:21 *Dibujo escaneado: la casa de la cuesta con el número 7 pintado enorme en la puerta. Al lado, el magnolio, más alto que la casa, con flores del tamaño de platos aunque sea noviembre. Delante, cogidas de la mano, cinco mujeres de palo con*

el pelo de colores distintos. Arriba, con letra de niña: LAS DEL 7. Abajo, más chico, una flecha a la quinta figura: «esta soy yo».

MARINA · 11:24 SE HA PINTADO ELLA DE QUINTA. LA NIÑA SE HA HECHO SOCIA.

ROCÍO · 11:25 Socia fundadora. Y con todo el derecho del mundo.

MARINA · 13:05 Hoy cerrado, que ya lo sabéis, los domingos cerrado. Me costó quince años hacerle caso a Remedios, que me lo metió en la cabeza cuando yo aún no la escuchaba. Sebas ha hecho un arroz para los dos y ha sobrado para ocho. No aprende el hombre.

CANDELA · 17:40 *Foto: el magnolio grande de la calle, visto desde abajo, sin una sola hoja. Las ramas negras y peladas contra un cielo gris de noviembre. En una rama alta, un solo botón cerrado, apretado, que no se sabe si es de este año o del que viene.*

MARINA · 17:44 Ese árbol da miedo en noviembre. Parece que se ha muerto.

ROCÍO · 17:46 No se ha muerto, Marina. Es que le toca. En junio no lo reconoces: en junio ese árbol es una nube blanca y huele a limón y no cabe en la calle. Ahora está juntando fuerzas, nada más.

ROCÍO · 17:47 · *Audio, 0:14. …San Juan. Que en San Juan ese árbol estaba reventando de flor y nosotras cuatro debajo. Me ha dado ahora, de golpe, mirando la foto. Qué tontería.*

MARINA · 17:50 SAN JUAN.

MARINA · 17:51 LO DIGO EN SERIO. EL SAN JUAN QUE VIENE, EL DE JUNIO, AQUÍ, LAS CUATRO. NADA DE ENTIERROS NI DE CARTAS NI DE NOTARIAS. HOGUERA Y YA. ¿QUIÉN SE APUNTA.

MARINA · 17:51 SAN JUAN. TODAS.

ROCÍO · 17:53 · *Audio, 0:19. Yo la primera. Yo firmo eso. Y esta vez sin billete de vuelta a Madrid, que ya vivo aquí abajo, hija, que ya soy de las que no se van. San Juan. Cuenta conmigo la primera.*

ÁFRICA · 17:55 Confirmado. Llego el 22 y no me voy el 24. Anotadlo.

Las tres se quedaron mirando la pantalla, esperando a la cuarta, la que llevaba tres días hablándoles solo con flores. Tardó nueve minutos. Nueve minutos, que en aquella casa era el tiempo que

tardaba Candela en decidir algo grande, y luego escribió lo primero que escribía en todo el mes, una palabra sola, chica, de estar por casa:

CANDELA · 18:04 Todas.

Epílogo

La Almadraba, San Juan de 2027

A mediodía, en la cocina del número siete no se cabía.

Rocío los contó por costumbre, que contar era de las últimas cosas del oficio que no se le habían caído, y le salieron trece a una mesa pensada para seis. Habían bajado la de hierro del patio y la habían empalmado con la de dentro; el mantel de encima disimulaba la juntura y no disimulaba nada. En el fogón, Sebas y Paco Navas discutían el punto del arroz en dos acentos, el de Cádiz y el de Málaga, cada uno con su religión sobre el pimiento, y Marina arbitraba entre los dos con una cuchara de palo, que es la manera que tienen los que mandan de verdad de recordarlo.

—En esta cocina el arroz lo vigilo yo.

—Nuestra —apuntó Candela desde el poyete, sin levantar la vista de un manojo de flores que estaba metiendo en un vaso de agua.

—Nuestra. Pero el arroz, mío.

Charo había subido de Málaga con dos tuppers y la prudencia de quien viene a casa ajena; Pepa mandó por delante las tortillitas de camarones «por si el arroz salía escaso», que era su forma de no fiarse del arroz de nadie. Teo llegó el último, con polvo de Huelva todavía en las botas, y África se lo sacudió de un manotazo antes de dejarlo pasar, callada, que a esas alturas ya se querían así, por el lado.

Se sentaron como se sientan trece personas que se quieren: mal, a codazos, riñendo por el sitio.

Lucía presidía la mesa de los críos —ella sola, porque Martín ya no contaba de crío y aún no sabía de qué contaba— y llevaba la conversación como llevaba la radio del colegio, dando y quitando la palabra. Le había puesto mote a Teo esa misma mañana, «el

Niveles», y andaba defendiéndolo contra Marina, que opinaba que un mote no se pone, que se cría.

—A tía Ro le costó años ser Radio Ro —dijo Lucía, muy seria—. Un mote hay que ganárselo.

—Pues yo lo de Sargento no me lo he ganado —dijo Marina.

—Ese te lo pusieron en la cuna —dijo Sebas desde la plancha, y la broma no se la cobró nadie, que en aquella mesa las bromas iban gratis.

Quedó libre la cabecera, la silla que daba la cara a la puerta y veía entrar a la gente. Martín volvía del patio de lavarse las manos y fue derecho a la de enea coja, la calzada con un cartón, que era la de los huecos. Pepa lo paró con la barbilla.

—Ahí no, mi niño. Ahí. —Y le señaló la cabecera—. Que hay sitio.

Se sentó donde le decían, sin saber lo que se sentaba, que era lo mejor que le podía pasar a aquella silla: que la ocupara el único de la mesa que no cargaba con lo que había pesado en ella. Rocío esperó el pellizco de siempre —el de ver aquel sitio con alguien— y no vino. La cabecera había dejado de ser un hueco. Nadie brindó por ello, porque en aquella casa los favores se hacían por el lado, sin nombrarlos.

Comieron hasta que Paco dio el arroz por bueno y Sebas por rendido, que en aquella guerra el que cedía se llevaba lo mejor. Después, cuando ya bajaban en fila hacia la playa, Candela se paró en seco en el patio, delante de la cancela.

Rocío no vio primero la flor. Vio a Candela verla.

El cuarto esqueje de la fila, el que nunca había echado nada, tenía una flor abierta. Blanca, de pétalos gruesos, ahuecada como una taza, con ese olor a limón y a cera que en junio se le sube a uno a la cabeza. Candela no la tocó. No se llevó el pulgar a la muñeca, no le contó los pétalos, no dijo una palabra. Se quedó de pie delante, con las manos quietas, mirándola estar abierta al sol del mediodía. Rocío, detrás, buscó por vieja costumbre el plano que lo contara. Y esta vez lo encontró, y esta vez no se lo dio a nadie: se lo quedó para ella.

La escuela estrenaba barca aquella tarde. La habían sacado del varadero entre Gonzalo y los críos, una vela ligera de casco blanco

que la cofradía había dado por vieja y que Teo había dejado como nueva entre viaje y viaje. La habían pintado los niños del aula, cada uno su palmo, y la banda había quedado un desastre de azules que no casaban. En un costado, con letras grandes y torcidas, la pintura corrida en la última vocal porque a los diez años la mano va más deprisa que la idea, Lucía había puesto el nombre.

NICO.

Bajó el pueblo entero al pantalán, que una botadura en La Almadraba es de bajar todos. Estaba la del estanco, estaban las de la pescadería, y alguno leyó el nombre en el casco en alto —«el Nico»— sin bajar los ojos y sin ponerle delante el «pobre» que le había llevado puesto media vida.

Gonzalo la metió en el agua con la maña del que lleva toda la vida metiendo barcas. Martín, descalzo y con el pantalón remangado, la sujetó por la borda mientras los críos subían de uno en uno; monitor en prácticas de su primer verano, mandaba poco y bien. La barca flotó. Se quedó un momento quieta sobre su propia sombra, cabeceó, buscó su sitio y lo encontró, como hacen las que están bien hechas.

Pepa la miraba de frente. Ella, que se pasaba la vida de espaldas al mar, estaba de pie en la orilla con Lucía de la mano y los ojos puestos en el agua, y esta vez no era por un muerto. Dijo una sola cosa, para nadie y para todos, con la voz plana de quien entiende de barcas por haber perdido una:

—Ésa vuelve todas las tardes.

Y no lloró nadie, porque no tocaba: tocaba ver a una niña de diez años darle instrucciones a un chaval de dieciocho, y a los críos del aula cruzar en fila de la casa a la orilla, del sitio donde aprendían las cosas al sitio donde las hacían. Cosiendo las dos aguas, que decía la madre de Lucía. La niña lo soltó en alto, sin acordarse de dónde lo había sacado, riñendo a uno que se quedaba atrás:

—¡Que hay que coser las dos aguas! ¡No te me quedes en la orilla!

Y volvió a lo suyo.

Por la noche encendieron la suya. No la de los quintos, que ardía alta y lejos en el Chorrillo, con su reguetón y sus puertas viejas de

más; la suya, una hoguera chica de palés y cajas de fruta, con la verbena de fondo y las bombillas de colores colgadas entre los postes. Se sentaron todos alrededor, que ya eran una tribu. Álvaro, que hablaba poco, le echó a Candela una rebeca por los hombros y se quedó como estaba.

La del estanco pasó repartiendo papelitos, los de siempre, para escribir lo que uno no quiere que vuelva y echarlo al fuego. Le tendió uno a Rocío. Rocío le dijo que no con la cabeza, sin darle vueltas —lo suyo ya lo había echado al agua en blanco, y no había vuelto—, y la mujer siguió repartiendo sin ofenderse, que en un pueblo cada cual sabe lo que le quema y lo que no.

En algún momento los hombres subieron a los críos a ver arder la hoguera grande, y Pepa se dejó llevar cuesta arriba del brazo de Gonzalo, y quedaron las cuatro solas junto al fuego chico. Se juntaron sin decírselo, por el fresco que entra en Cádiz de madrugada aunque sea junio, debajo de una manta que olía a armario. Hombro con hombro, las piernas revueltas, tan pegadas que cualquiera que se fijara —y siempre hay quien se fija— no habría sabido decir dónde acababa una y empezaba la otra.

Rocío miró el fuego y, por deformación, se puso a repartirse el año en titulares: que había dejado el plató y las noches de Madrid por una corresponsalía de costa y un programa que se oía poco y le gustaba mucho, y que ya no se retocaba para nadie porque ya no había para quién. Ahí lo dejó. No hacía falta más balance.

Gonzalo se sentó detrás de ella, fuera de la manta, y le pasó un brazo por delante; y para arrimarla no la cogió de la mano, la cogió de la muñeca entera, como suben los Herrera a la gente a bordo, para que no se caiga y para que no se vaya. Rocío se dejó.

La hoguera de los quintos empezó a venirse abajo entre gritos, y la suya, la chica, ardía todavía derecha. Las cuatro chicas de la calle Magnolia —que ya no eran cuatro chicas, pero a estas alturas el pueblo no iba a cambiarles el nombre— se quedaron quietas debajo de la misma manta, calientes, sin ningún sitio al que irse a la mañana siguiente.

La noche de San Juan, La Almadraba olía a hoguera encendida.